CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

6

PRODUCCION PLANEADA ORIGINALMENTE
60,000 TONS.

80,000 TONS.

96,000 TONS.

\ PRODUCCION DE ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.

En el año de 1942 se fundó **ALTOS HORNOS E MEXICO, S. A.** con objeto de cubrir la de anda de algunos productos que hasta esa fecha venían comprando en el extranjero Sus instalacio s obedecen a un plan de integración completa, ues su proceso se inició con la utilización del mineral fierro y del carbón y terminó con productos que n básicos para el desarrollo de nuestras industrias ndamentales para la vida económica del País.

Así pues, aun cuando los proyectos originales eron para que **AHMSA** produjera 60,000 tone das de acero al año, antes de terminarse la cons ucción de la primera parte de la planta, se tomaron las medidas necesarias para aumentar la producción de 60,000 a 80,000 toneladas de acero al año Este esfuerzo no fué suficiente y en el año de 1947 se adqui rieron nuevos equipos y se tomaron todas las medidas necesarias para aumentar la producción a 95,000 toneladas anuales.

Tampoco fué suficiente esta ampliación y hubo nece sidad de aumentar la producción a 120,000 toneladas de acero al año, las cuales se lograron durante 1949

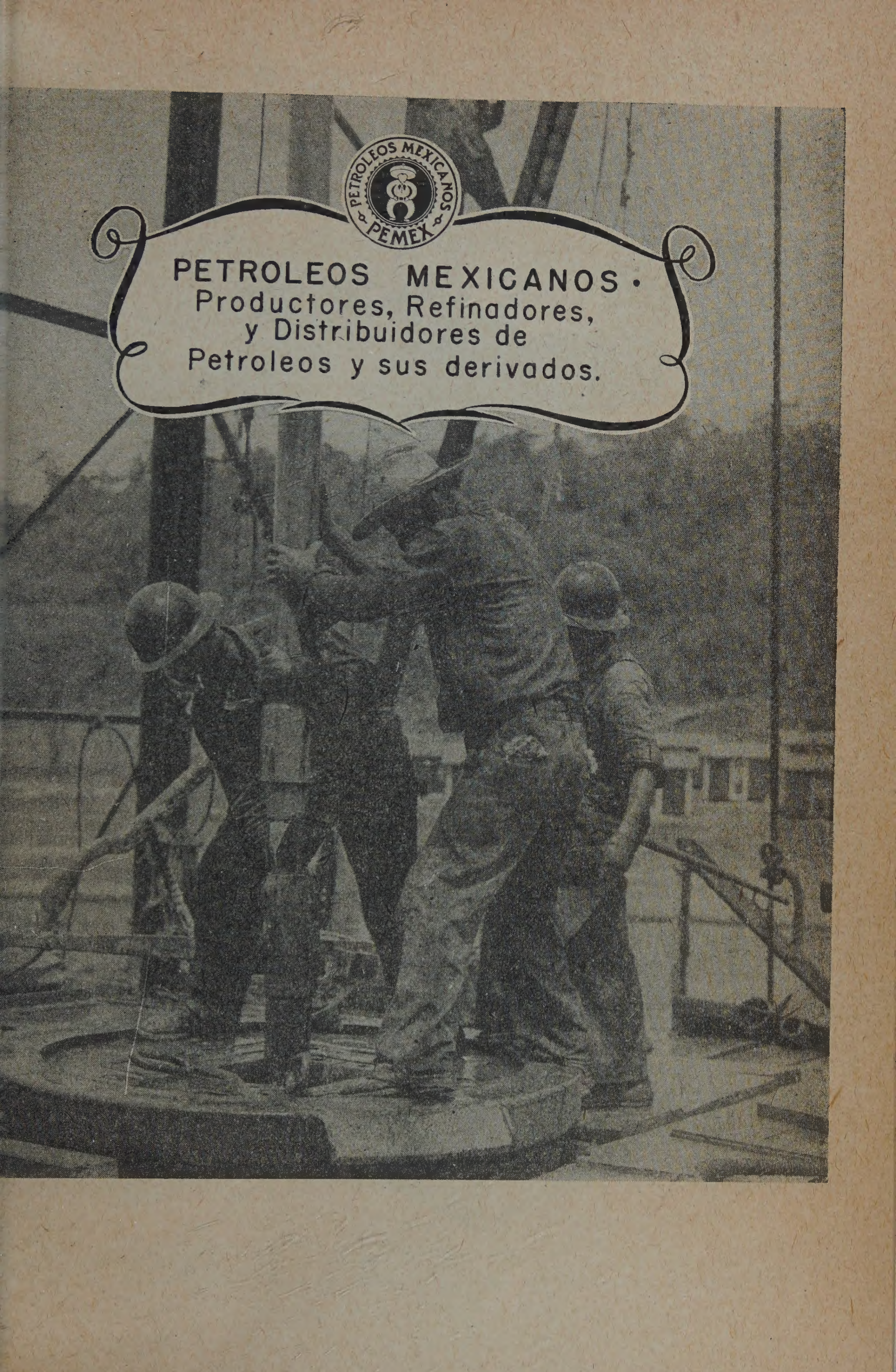
AHMSA pondra toda su atención y esfuerzo en acelerar un nuevo aumento de producción que por su importancia contribuya al desenvolvimiento econó mico y consolidación definitiva de la industria nacional



ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.

PASEO DE LA REFORMA No 20 TERCER PISO TELS 12-91-42 Y 35-50-78 MEXICO D. F


MAS DE MEDIO SIGLO
SIRVIENDO A MEXICO
ESTRUCTURA DE ACERO PARA LA SUBESTACION ELEVADORA DE LA PLANTA HIDROELECTRICA DE CHAPALA, EN JALISCO, FABRICADA POR ACERO ESTRUCTURAL, S. A., DE TLALNEPANTLA, MEXICO, CON MATERIALES PRODUCIDOS POR LA CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.
ACERO MONTERREY
NUESTROS PRODUCTOS SATISFACEN LAS NORMAS DE CALIDAD DE LA SECRETARIA DE LA ECONOMIA NACIONAL Y ADEMAS LAS ESPECIFICACIONES DE LA A. S. T. M. (SOCIEDAD AMERICANA PARA PRUEBAS DE MATERIALES)
CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S.
• OFICINA DE VENTAS EN MEXICO: BALDERAS 68 • APARTADO 1336
• FABRICAS EN MONTERREY, N. L.: APARTADO 206

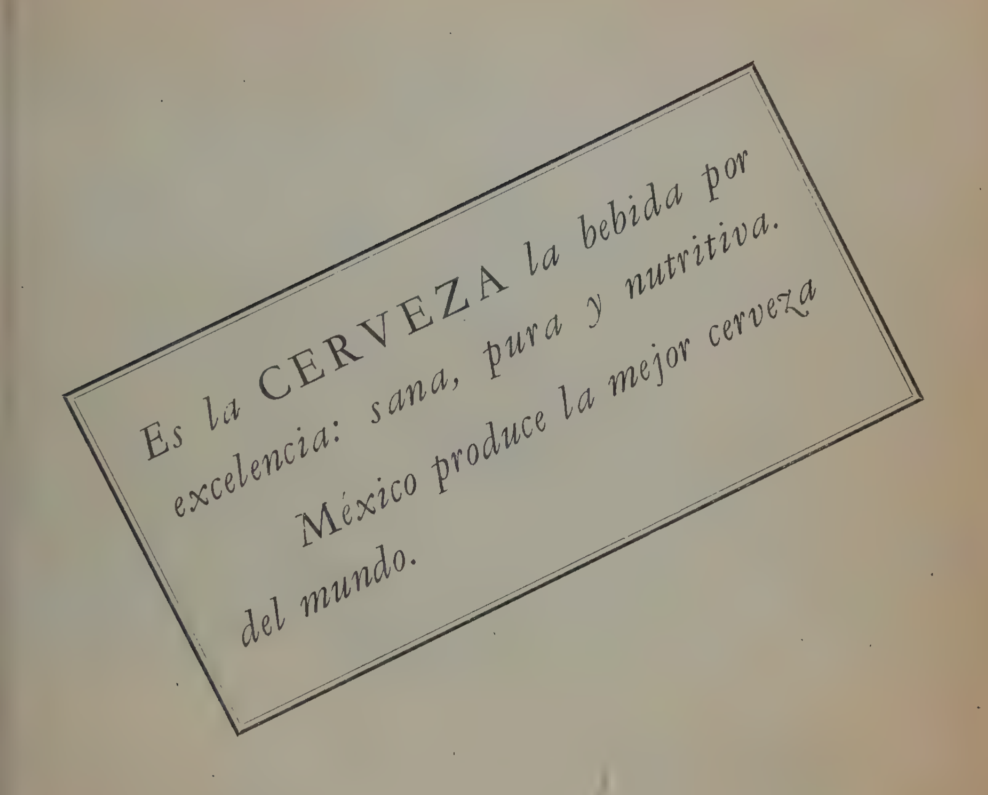

PETROLEOS MEXICANOS
PEMEX
PETROLEOS MEXICANOS·
Productores, Refinadores,
y Distribuidores de
Petroleos y sus derivados.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 6 Noviembre-Diciembre de 1951 Vol. LX

INDICE

DIMENSION IMAGINARIA



Asociacion Nacional de
Fabricantes de Cerveza

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO X VOL. LX

6

NOVIEMBRE - DICIEMBRE
1951

MÉXICO, 1º DE NOVIEMBRE DE 1951

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F. CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO, D. F.

S U M A R I O

INDICE DE ILUSTRACIONES

Fotograbados de

Fotograbadores y Rotograbadores Unidos, S. de R. L.

Bucareli No. 24. — México, D. F.

Nuestro Tiempo

TODOS LOS CAMINOS CONDUCEN A LA PAZ

Por *Manuel SANCHEZ SARTO*

En una "ronda de noche", inolvidable como la de Rembrandt van Rijn, el señor Gobernador de la Insula Barataria ve llegar a un joven, detenido por sus esbirros:

"—¿Por qué huías, hombre? preguntó Sancho; a lo que el mozo respondió:

—Señor, por excusar de responder a las muchas preguntas que *las justicias* hacen".

El subrayado es mío, como suelen decir ciertos investigadores y comentaristas, atentos en ocasiones a respetar la palabra y no la idea. A mí me importan, exactamente, una y otra.

Las justicias y sus preguntas. Cuando la gran Justicia anda descarriada y fugitiva, por fuerza han de surgir, como pequeñas lenguas de llama, las preguntas inoportunas, pero tenaces, tan pronto encendidas como apagadas, y surgidas de nuevo. En muchos lugares del mundo han brotado fuegos de esos, que nada tienen de fatuos, respecto al reciente caso de España y al intento de incorporarla —con anuencia de un caudillo, no de un pueblo— a uno de los bandos bélicos contemporáneos.

Lo hecho, hecho está. Vamos tan de prisa en los tiempos actuales, que importa más ocupar posiciones que justificarlas. Antes de ser Presidente de los Estados Unidos (1829-1837), el discutido Andrew Jackson había sido un victorioso militar: como buen soldado procuró, primero, hacer con la máxima celeridad las cosas necesarias; más tarde, con toda calma, buscaría las razones de su legalidad. Primero bombardearemos Guernica, Varsovia, Coventry, Londres, Nuremberg o Dresden: después encargaremos a un hábil equipo de propagandistas la justificación del hecho, o la atribución del *raid* precisamente a los defensores de las víctimas.

El famoso "caso de las bases españolas" nos ha causado dolor, pero no sorpresa, pues nuestra capacidad para el asom-

bro se acabó hace tiempo. De las dos vertientes del suceso, la de tejas abajo, hacia la "moral" del régimen franquista, no será objeto de nuestro examen actual. Más nos importa analizar, en esta oportunidad, lo que el problema significa en el flujo y reflujo de las fuerzas internacionales agrupadas en el llamado campo democrático occidental. El problema en discusión es *si* la España franquista puede constituir una partida de activo a la hora de realizar la "integración de la zona occidental del Continente europeo".

APENAS si nos dan tiempo de respirar, a quienes pretendemos hallarnos algo informados sobre las coyunturas internacionales. Es una cinemática sucesión de palabras —*slogan,* que, en su sobriedad, van cada vez más cargadas de explosivos efectos. Todavía durante la Segunda Guerra Mundial se habló de socorro gratuito o *relief* (en la obra de la UNRRA); después, de recuperación y *reconstrucción económica* (Banco Mundial y Programa de Ayuda Económica a Europa, Plan Marshall); luego, a raíz de la iniciación de las hostilidades en Corea, se inicia la era del *rearme* del mundo occidental, frente al poderío ruso igualmente en auge; y en esa etapa nos encontramos, aunque ahora el cuadro armamentista se complique con un tema nuevo: el de la *integración simple* de Europa occidental.

Esta última y sorprendente idea está viviendo una intensa vida en libros, revistas y diarios norteamericanos, y en la conciencia de muy eminentes personalidades europeas, implicadas en los viejos problemas de la reconstrucción y en los recientes del rearme. Espíritus malignos podrían ver en el aparente sincronismo de esa campaña una muestra más del espíritu acometivo, orgánico y pujante que anima a la política exterior norteamericana. Y ahí cabría una pregunta: toda esa maquinaria oficial ¿trabaja en el sentido de la paz?

En agosto del año en curso una prestigiosa institución cultural estadounidense, la *National Planning Association,* publicó un jugoso folleto titulado *Making Western Europe Defensible* ("La capacitación de la Europa Occidental para la Defensa"), como un informe de comité internacional, preparado por Theodore Geiger y H. van Cleveland. La claridad y precisión de los postulados de ese escrito son insuperables: su luz se proyecta sobre el cercano pretérito de la actual política

mundial norteamericana, enlaza con las opiniones de ciertas figuras europeas, y reduce amplios núcleos de población del viejo Continente a la condición de simples beneficiarios de una política más o menos paternalista.

Entre 1815 y 1914 los Estados Unidos mantuvieron una posición de aislamiento en las cuestiones referidas al territorio europeo. Pero desde entonces, según los referidos autores, han cambiado de actitud y criterio: "El principio de que la capacidad industrial y la mano de obra calificada de la Europa continental del Occidente no deben caer en manos de ninguna gran potencia hostil a los Estados Unidos ha sido un postulado tácito, cuando no expreso, de la política exterior norteamericana, desde 1917. A pesar de los descarríos y vacilaciones del período de entreguerras, y de la resurgencia del aislacionismo a fines de la cuarta década del presente siglo, el principio citado ha sido, para la política exterior norteamericana del siglo XX, lo que la Doctrina Monroe significó en el XIX".

¿Qué tan alto valor tienen esas arras nupciales ofrecidas por la vieja Europa? "Bajo la eficiente, unificada y despiadada dirección comunista —siguen diciendo— los vastos recursos económicos de la Europa continental podrían resolverse en potencialidad bélica que, agregada a la del presente bloque soviético, llegaría a ser, con el tiempo, mayor que la norteamericana, por grande que pudiera ser nuestra movilización. Con el Continente europeo totalmente en manos rusas, Inglaterra quedaría sojuzgada o neutralizada, y abierto el libre acceso a las tareas finales del imperialismo comunista".

Y no son, éstas, palabras ligeras de unos libelistas interesados en abultar el peligro con propósito de desencadenar la acción rápida, profunda y certera para contrarrestarlo. Es una tarea para la que el General Eisenhower, un militar sereno y juicioso, reclamaba los esfuerzos de los estadistas más preclaros, de los mejores economistas, de los diplomáticos más brillantes, en un discurso pronunciado por él en Londres, en 3 de julio del presente año.

Un hecho ya indiscutible, según nuestros autores: con la ruptura de hostilidades en Corea el acento de la política norteamericana en Europa se ha desplazado, de acuerdo con la frase oficial, "de la *recuperación* al *rearme*". Pero ni una amplia ayuda en dólares ni unos programas de robustecimiento militar a base nacional resuelven el problema: por debajo de lo econó-

mico y de lo bélico se extienden factores más esenciales todavía: políticos, psicológicos e institucionales, que reclaman una total subversión de estructura. Y preguntamos: ¿sigue esa política el claro camino de la paz?

Sólo ahora se está concediendo atención suficiente a esos últimos aspectos. Pero ¡qué tremendas son las consecuencias del nuevo enfoque! Aseguran los informantes referidos que los avances hasta ahora logrados en la organización de la defensa son, aún, muy tenues, y que "no hay razones tampoco para suponer que sin cambios importantes en las instituciones y actitudes del europeo continental, la obra de robustecer las defensas del oeste de Europa avanzarán con más rapidez en el futuro". "En esa vital región —decía el General Eisenhower en el citado discurso— la historia, las costumbres, los idiomas y los prejuicios se han concitado para obstaculizar la integración. El progreso se ha visto y se ve dificultado por una maraña de barreras arancelarias, entrelazadas con convenios bilaterales, carteles multilaterales, deficiencias locales y monstruosidades económicas. ¡Qué tragedia! ¡Hombres libres, frente al espectro de la esclavitud política, anquilosados por vínculos artificiales que ellos mismos forjaron, y sólo ellos pueden desatar! El gran obstáculo está, pues, en la personalidad nacional: pero ¿es, ese, un problema exclusivo del Occidente europeo?

Para afianzar la recuperación económica lograda durante los tres últimos años y robustecer las defensas militares contra el comunismo —se sigue opinando— es preciso atacar de raíz los males endémicos de la gobernación nacional en el Occidente continental de Europa. Y ahí viene una crecida lista de reparos norteamericanos que son motivo de sonrojo para los europeos: "Los presupuestos de sus cuatro países más importantes —Francia, Italia, Alemania occidental y Suiza— están sobrecargados con gastos sacrosantos destinados a grandes programas de inversiones civiles, subsidios y servicios sociales, y con los inveterados déficit de muchas industrias nacionalizadas; . . . los sistemas fiscales no pueden aumentar sus impuestos notoriamente regresivos, sin agravar aún más el cuadro de una inicua distribución del ingreso". A esto se añade su posición competitiva, crecientemente desfavorable, por la divergencia entre la alta productividad norteamericana y la anémica productividad europea, principal motivo de la caída de estos países viejos en una situación de dependencia con respecto a la ayuda americana.

Con cierta destemplanza se habla de una "incapacidad arraigada y constitucional para gobernar efectivamente, es decir para realizar las decisiones políticas necesarias, en el tiempo debido". A la luz de las serias limitaciones económicas y políticas al rearme de los principales países continentales del Continente europeo y de los peligros inherentes a todo intento de forzar el ritmo de acondicionamiento militar, más allá de un cierto límite, sería irrazonable, en las presentes circunstancias contar con que Francia, Italia y Alemania Occidental, a pesar de sus grandes poblaciones y sus importantes industrias, soporten en lo esencial la carga económica y humana de la defensa del Occidente europeo.

¿Son estos cauces del reproche los más derechos para el logro de una concordia cultural y pacífica?

La NATO *(North Atlantic Treaty Organization,* Organización del Tratado del Atlántico Norte) y la SHAPE *(Supreme Headquarters of the Allied Powers in Europe*, Cuartel General Supremo de las Potencias Aliadas en Europa), tratan de resolver el problema de un ejército "supernacional" en que cada país contribuya con las fuerzas parciales en cuya especialidad se halle mejor dotado. Pero el principio, que cuenta, en cuanto a Inglaterra y los Estados Unidos, con una experiencia adquirida durante la última guerra, no juega con la misma suavidad respecto a los países continentales del Occidente europeo, actualmente débiles en los aspectos económico, político y militar. Para los autores del estudio el problema es insoluble sin una subordinación casi integral a un mando único y, casi por definición, extranjero, que pueda cursar órdenes militares y efectuar suministros *sin preocuparse de las fronteras nacionales.* Aun así, dudan de que la "voluntad de lucha" de los continentales de Occidente pueda compararse con las actitudes de los ciudadanos del grupo anglo-americano, "naciones fuertes que nunca hasta ahora perdieron una guerra y cuyo patriotismo y lealtad a sus países permanecen incólumes". ¡Con qué tristeza leerán los occidentales de los países del Continente europeo que "su caso es diferente"! El choque de la derrota en la Segunda Guerra Mundial, la pesadilla de la ocupación y la humillación de su orgullo nacional al haber sido liberados por norteamericanos e ingleses acentúa esa incapacidad continental para la defensa, y alimenta "la convicción de que cada país continental del Occidente europeo es inepto para defen-

derse a sí mismo por sus propias fuerzas". Agréguese a esto la creencia de estos pueblos en que el programa de rearme no hará otra cosa sino irritar innecesariamente a los rusos y agostar el movimiento de recuperación económica, emprendida y lograda con tanto esfuerzo.

El juicio que se hace acerca de la moral cívica en ese rincón de la vieja Europa tampoco es muy halagüeño. Desde la Guerra la psicología del europeo continental del Occidente se ha hecho más susceptible a rápidas y extremas fluctuaciones. Contribuyen a crear esa tónica "el temor a una ocupación por la Unión Soviética; el hecho de que el rearme intensificará las privaciones económicas; la convicción de ser el 'pariente pobre' de los Estados Unidos, y la angustia de ver la vida política nacional paralizada por amargos conflictos de clase". Todo ello se traduce en un oscuro deseo de neutralidad, de indiferencia.

Por esos derrumbaderos mentales se llega a una afirmación donde con letras de fuego se lee el ocaso de una cultura política y el orto vigoroso de una nueva: "La política nacional y la estructura económica nacional del Continente europeo no son, simplemente, adecuadas para acoplarse al riguroso ambiente mundial de mediados del siglo XX". Los europeos de las tierras de Occidente —se dice en el estudio— no sienten una indeclinable fe y lealtad a sus gobiernos, y, en consecuencia, carecen de espíritu de sacrificio y no llegarían a sacrificar la vida por la entidad política, en ciertos necesarios casos.

La consecuencia inmediata de semejantes razonamientos, a la mano está: "En último análisis, la salvación de la Europa occidental depende de la posibilidad de movilizar sus energías cívicas mediante programas capaces de cambiar su inadecuada estructura económica y política, antes de que sea demasiado tarde". La falta de un programa concreto de unión política es el principal obstáculo al renacimiento de la moral continental: y como espontáneamente no surge ese movimiento, desde varios ángulos ultramarinos se señala la fórmula salvadora: "la meta de *una federación continental,* más apta para soportar las cargas que el agonizante sistema de los Estados nacionales, es la única recomendable en el momento actual".

"Ningún programa menos dramático e inspirado —nos dicen los proyectistas— ofrece la posibilidad de reagrupar las lealtades y de reanimar la moralidad europea: ningún arreglo

menos concreto puede procurar una estructura institucional adecuada. Y como tácito o reconocido conductor del mundo libre, los Estados Unidos poseen la fuerza económica o militar, la fe política en sí mismos y la moral que son los catalizadores requeridos para esa tarea". Muerte y transfiguración de Europa en una unión política y económica donde los perfiles de la individualidad cultural se diluyan en una amorfa e inconcebible estructura capaz de satisfacer una necesidad, aunque importante, pasajera.

¿QUÉ tipo de unificación apetecen los norteamericanos para esa región del Occidente de Europa a la que Paul-Henri Spaak ha llamado el "promontorio de Asia"? El político belga señala cuán difícil es una cabal inteligencia entre las partes, porque los estadounidenses imaginan que el problema podría resolverse como lo hicieron los Padres de la Independencia con la Unión Norteamericana, y propenden a atribuir la negativa de los europeos a seguir el ejemplo de ese precedente, a una manifiesta mala fe.

Por lo pronto, y aunque la cosa parezca inocente, para crear un nuevo y mejor balance europeo hay que romper los moldes antiguos, cosa nada fácil por cierto. Una vida internacional orgánica —dice Spaak— sólo puede realizarse después de destruir el dogma de la soberanía absoluta de los Estados. Ardua resolución, difícil de adoptar en tiempos normales, para unas democracias que, cuando no sienten apremio, llegan siempre tarde; pero, estos pueblos, de la miseria de las crisis sacan motivos de grandeza, y a la hora de la urgencia y del peligro, pronto encuentran y siguen con firmeza la senda de la sabiduría. De momentos como los actuales puede salir la voluntad inicial de acción; la obra es larga, sin embargo, y el esfuerzo paciente y pertinaz, cuando la agudeza del problema reclama operar en forma inmediata y certera. Spaak ve el peligro de que los norteamericanos se alejen de Europa porque los países europeos no avanzan, con la celeridad deseada, hacia su integración. Pero han de tener en cuenta que no se defienden preferentemente a sí mismos sino a los propios americanos. Y han de cuidar también de no arruinar un posible entendimiento más vasto, para una tarea no de guerra temporal sino de paz duradera.

Van Buren, uno de los colaboradores del Presidente Jackson, decía estas palabras: "Quienes realizaron grandes cambios en el mundo nunca triunfaron atrayéndose los jefes, sino excitando a las multitudes. La primera táctica opera con el recurso de la intriga, y sólo produce resultados accesorios; la segunda apela a recursos geniales, y transforma la faz del universo". La idea de una unificación europea sólo ha sugestionado a las figuras señeras de los respectivos países, pero nunca ganó en profundidad y extensión, las masas populares. Fueron el viejo Aristides Briand y el Conde Coudenhowe-Kalergi los primeros en ofrecer la idea de una unión política y económica para los Estados europeos, ensanchada luego por quienes temían los excesos del nacionalismo recalcitrante y de la naciente autarquía. Nada cuajó de estos avances de alta diplomacia: hubo de pasar todo el período interbélico, y la Segunda Guerra mundial, para que en 1947 Winston Churchill lanzara el "Movimiento europeo" —aristocratizante también, y sin el apoyo de Inglaterra ni de Suecia— en compañía del difunto León Blum, de Paul-Henri Spaak y de Alcide de Gasperi. En la reunión celebrada en La Haya, en 1948, por el recién fundado organismo, se echaron las bases para la creación del "Consejo de Europa": sus miembros, reunidos en Estrasburgo, no concurren por nacionalidades sino con carácter personal, sentándose por orden alfabético. Las persecuciones nazifascistas hicieron prender no sólo entre grupos selectos, sino entre las masas, un ideal vanguardista y ecuménico —el de la "Unión Federal Europea"— entidad excepcional a cuyo juicio los más serios problemas del Viejo Mundo no pueden ya ser resueltos en un plano nacional.

Pero aun en las altas esferas —con pocas excepciones: el ministro de Estado italiano Conde Sforza; Roberto Schumann, antiguo ministro francés de Negocios Extranjeros; el canciller Adenauer, de la Alemania Occidental— se ve el problema con marcada reticencia. Más bien se avienen los altos funcionarios a auspiciar una lenta evolución hacia agencias supranacionales en el campo económico y militar, que a dejarse captar por la idea, cara a los americanos, de una federación política integral.

Al término de la Segunda Guerra mundial, frente a la "integración plena", y por razón del temor que inspiraba esta solución extremada, se buscó el camino o "enfoque funcional" para la defensa económica o el apoyo militar mutuo. Un

ejemplo lo ofrece el ya famoso Plan Schuman, caso de parcial transferencia de soberanía en los importantísimos sectores del carbón y del acero; otro, el Plan Stikker, que persigue la abolición de ciertas restricciones a la importación, la reducción de los elevados aranceles y un intento de solución del problema de las industrias marginales; a su vez el Plan Mansholt (Ministro de Agricultura de Holanda) extiende la idea integradora a la solución de las dificultades de la agricultura europea. Como un paso preliminar para la integración de las inversiones en Europa apareció recientemente el Plan Petsche (Ministro de Economía y Finanzas en un reciente Gabinete francés). En una línea coherente, pero mucho más ancha y eficaz, la Unión Europea de Pagos (EPU) ha marcado el rumbo hacia un mercado único, amplio y competitivo, donde bienes y dinero pueden moverse con mayor holgura. En el campo militar, aparte de la NATO, de inspiración estadounidense, nos hallamos con el discutido Plan Pleven, para la organización de un ejército occidental europeo.

Todos estos esporádicos e inconexos intentos, por importantes que sean, revelan a las claras la falta de madurez y de adecuado ambiente para una iniciativa omnicomprensiva como la lanzada por los norteamericanos, con el declarado propósito de liquidar las ineficiencias y derivaciones provenientes del enfoque nacional de la recuperación económica y de los programas de rearme. Por su parte Inglaterra ha precisado siempre —al margen de la acción personal de Mr. Churchill— su deseo de permanecer —isla, al fin— al margen de ese proyecto para Europa, y deseosa de mantener su personalidad, junto al *Commonwealth* y a Norteamérica, velando por su viejo y tradicional orgullo: no olvidemos que para los británicos, Europa comienza en Calais, y que en esa hostilidad a cualquier consolidación política con la Europa continental los dos grandes partidos ingleses se mantienen francamente unidos.

El hombre llano de Europa no vibra ni puede vibrar con esas preocupaciones de estadistas o de altos funcionarios de la Banca. Ve con recelo el tremendo avance del programa americano de rearme: hasta el primer trimestre del año actual los Estados Unidos proyectaban gastar en atenciones militares 48.5 mil millones en dólar, o sea el 15.7% del producto nacional

bruto. Hacia la misma fecha la aportación de la Gran Bretaña se cifraba, para el mismo ejercicio, en 3.6 mil millones de dólares (9% del producto bruto nacional), y la de Francia en 2,400 millones de dólares (9.7%).

Nuevamente un motivo de preocupación y de duda. El rearme hizo salir a Alemania de la gran desocupación existente tras del asalto del poder por Adolfo Hitler; fenómenos semejantes se dieron en los Estados Unidos antes de 1939 y diez años más tarde. ¿Se dará la paradoja de que el rearme imprima una mayor rapidez a la recuperación europea? ¿No caeremos en la penosa alternativa entre cañones y margarina?

Nadie pone en tela de juicio que la espléndida recuperación alemana de los tres últimos años fué sólo posible porque Alemania pudo dedicar a su reconstrucción productora la totalidad de sus recursos, sin desviar sus fuerzas hacia una gran producción bélica. No menos cierto es que Europa no puede —sin dólares— mantenerse por sí sola; pero, además y sobre todo, los artículos europeos son más fáciles de producir que de colocar en mercados extranjeros. Ni siquiera las devaluaciones de 1949 trajeron a esa enfermedad un permanente alivio.

Existe, en particular, el ingente problema de la defectuosa distribución de los ingresos: indudablemente el empresario industrial, el agricultor y el comerciante han obtenido jugosos rendimientos durante el período de reconstrucción: pero el obrero industrial, el funcionario y el pequeño rentista permanecen en una situación económica cada vez más desventajosa, circunstancia que ha empujado buena parte de sus masas obreras hacia posiciones políticas extremas. La presión ejercida por esas masas en los comicios electorales ha permitido arrancar a los Gobiernos de la Europa occidental del 20% al 35% del ingreso nacional para fines de seguridad social. Así se comprenderá claramente que los obreros vean con enojo el surgimiento de fuertes presupuestos de guerra que, aun siendo modestos —cosa que no ocurre—, perturbarían profundamente las atenciones de política social, hacia cuya partida presupuestaria se concentra la atención de los armamentistas del mundo entero.

Nuevo motivo de alarma popular es el evidente efecto inflacionario del programa norteamericano de armamentos, y la evidente repercusión del fenómeno en otros países: aparte, las perturbaciones causadas por la política de constitución de stocks: por último, la tendencia ya advertida a reducirse el



Mr. Bull (a su hijo extravagante): "Lo cierto es, Jonathan, que tanto tú como tu mujer habéis vivido demasiado de prisa".

(De la revista londinense *PUNCH*, 1857).

abastecimiento mundial con materias primas y a concentrarse en el aprovisionamiento bélico.

Si la inflación continúa y crece, bien pueden anularse —según los expertos— los logros conseguidos en los tres últimos años, y lo peor del caso es que para ese problema de la inflación no se arbitra una eficaz ayuda externa, sino que cada país europeo debe resolver la cuestión por sus propios medios. Según un reciente estudio de Richard M. Bissell, Diputado Administrador de la ECA, "durante un año, poco más o menos, acaso sea posible mantener el ritmo de armamento a base de un ingreso nacional estático o contraído. Pero, a menos que la economía europea se dinamice y extienda, llegará un tiempo en que Europa no podrá sostener un decente nivel de vida y soportar, a la vez, el elevado costo de una gran potencialidad militar". Si a ello se añade que Europa necesita, además, exportar, para cubrir sus déficit alimenticios y de materias primas, se comprenderá la gravedad del problema y la dificultad de compaginar la pujanza unificadora norteamericana y las fuerzas centrífugas que a ese movimiento se oponen.

Las dificultades son —a juicio de los técnicos— mucho más arduas de lo que antes se suponía. La gente de la calle se ha dado ya, con fina intuición, buena cuenta de ellas, y advierte cómo de la situación presente pueden brotar las causas para un fuerte deterioro en los tiempos del inmediato futuro.

Hoy hablan los norteamericanos, en el estudio repetidas veces mencionado, de cómo "la experiencia de los seis últimos años prueba que *los gobiernos continentales no poseen ya el prestigio, la autoridad y la energía necesarios para resolver las cuestiones por sus propias fuerzas*". ¿Serán los Estados Unidos lo bastante poderosos para colmar esa tremenda laguna, y hacerlo sin dejar, en tierras de Europa, reliquias de hostilidad y de rencor? Dentro y fuera de Norteamérica esa ampliación del campo de actividad de la política exterior estadounidense puede engendrar, además, una serie de reacciones en cadena que irán desde la animadversión hasta el aislacionismo.

"La mayoría de los americanos repudiará la satelitización de Europa Occidental como una de las metas de la política exterior estadounidense". La mayoría de los europeos, por su parte, se opondrá a una acción de tal índole, que borraría de un golpe los bellos logros de la reciente reconstrucción, devolviendo los pueblos a los pretéritos y bajos niveles de la

economía. ¿Será posible para Europa ganar solidez y confianza, y liberarse de pronto de la ayuda americana? Pregunta de *las justicias,* que quedan, por ahora, sin respuesta.

¿Nos hemos olvidado de Franco y de sus bases, y de la inicua transacción que, al margen de sus auténticos titulares, ha hecho de España una estéril colonia, y de sus habitantes, aptos para el servicio de las armas, una heril comitiva de ajenos y lejanos designios? No, no nos hemos olvidado: antes bien, cada línea de nuestro argumento llevaba subyacente una referencia hispánica, con un dolor actual y una futura esperanza.

El elenco político del dictador hispánico ha llegado tarde a su ayuntamiento con las fuerzas del Occidente. Tarde, porque dejó pasar, sin beneficiarse de ella, la etapa de las ventajas de la reconstrucción, hasta aquí tan favorable a las naciones del Occidente europeo, dos de las cuales eran antiguas enemigas del bloque democrático. Llegó sólo a tiempo para engancharse en el tren rugiente de la aventura bélica, de una aventura que prolonga la vida política de Franco y la agonía del pueblo español, al que el destino ahorrará el martirio de ofrecer su tierra y sus hijos para que sobre ellos se riña la más feroz contienda, sin ventaja para su economía y su cultura, y sin brillo para el prestigio de quienes hoy gobiernan a España.

Franco no puede dar una potencialidad que no posee, sino, en cambio, tender muchas manos en espera de la sopa boba; Franco no puede presentar un pueblo unido, que aporte algo positivo a una tarea de unificación occidental; Franco no puede inspirar confianza ni por su lealtad, ni por su eficacia productiva, ni por su solvencia. Las bases y su cauda de conflictos no traerán a Occidente valores útiles sino más dolencias por curar, más heridas por restañar, más cráteres de odio que se abren. Y cuando el extrañado labriego castellano vea cruzar tanques y autobuses por las resquebrajadas carreteras de España se le antojará que llega sobre su país un gran eclipse, tan grande como el de la libertad.

Bastan esas razones para esperar que de todo ese inmenso desconcierto hispánico y occidental, al que quizá pueden agregarse otros motivos originados más allá de la cortina de hierro, acaso resulte, por fortuna, lo inesperado: la paz por la imposibilidad de la guerra, una paz por la cual suspiran muchas

almas en el ancho mundo. Una paz donde se hundan de una vez los imperialismos, para dejar paso a la verdadera fraternidad entre los pueblos.

HACE pocas horas oía decir, a un distinguido conferenciante, que hoy es tan peligroso hablar como callarse. Y yo pensaba: es preciso hablar, o callar, cuando así sea decente, y hacerlo con gallardía, sin ostentación, con serenidad humana. Y preguntar, preguntar mucho, con la tenacidad de *las justicias* de que hablaba el mozo, ante Sancho, el juicioso gobernador de una ínsula soñada.

Es deber nuestro buscar la verdad lisa y llana, como camino de la paz. Al margen de programas y de idearios políticos, sin violencia pero sin miedo, como lo hicieron los *satyagraha* de Gandhi, con su resistencia pasiva; como lo hicieron recientemente los huelguistas de Barcelona, Bilbao, Pamplona y Madrid; como recientemente lo ha hecho un grupo del Comité de los Amigos Cuáqueros, planteando con serena y respetable energía ante Andrei Vishinsky, en Moscú, las anhelantes preguntas del mundo occidental; como esos y otros grupos lo han hecho a los poderes de Occidente.

Siempre habrá penosas víctimas individuales. Pero ninguna fuerza podrá privarnos a todos del aire de la libertad respetuosa. Como no pudo Sancho obligar al joven, detenido por sus esbirros, a hacer, en fin de cuentas, cosa distinta de su santa voluntad.

—¡Por más poder que vuesa merced tenga —dijo el mozo— no será bastante para hacerme *dormir* en la cárcel!

Y Sancho Panza lo dejó marchar en paz. Que lo importante no es caer en la cárcel por voluntad ajena: sino mantenerse despierto, por propia voluntad. En lo primero pueden con nosotros; en lo segundo, en la vigilia por la paz y la justicia, somos siempre los más fuertes.

COLOMBIA. MENSAJE A LOS HOMBRES DE AMERICA

Por *Antonio José GAITAN*

YA hemos afirmado que no hay sino una sola inteligencia: que es democrática o no es inteligencia. La diabólica perversión de la verdad y de la inteligencia en Colombia me obliga a hacer un llamamiento con dolor que se puede tocar a todos mis compañeros intelectuales de la América continental que han dedicado sus vidas amorosamente y con ternuras de acero a construir los caminos de la libertad para que los transiten dignamente los niños, las mujeres y los hombres sin pagar impuestos sangrantes a quienes luchan criminalmente en contra del mejor porvenir humano manchando sus manos y sus conciencias de sangre.

Las fuerzas obscuras del *mal* han cercado con alambradas de púas los perímetros de la intimidad humana transformándola en campos de concentración física y mental en lo internacional, nacional e individual, utilizando dictaduras que son la soga manejada hábilmente por las oligarquías eclesiástica, militar, política y financiera que ahoga al hombre común instigándolo a la rebelión justiciera.

Las púas negras del nazifascismo-falangista de la postguerra han sido sembradas estratégicamente en América y Europa en la presente guerra civil universal con la finalidad de herir mortalmente lo vital democrático. Esta guerra total en lo militar, social, político, económico e ideológico debemos canalizarla en todas sus dimensiones precisando sus objetivos: ganar la batalla de la liberación estableciendo "gobiernos del pueblo, por el pueblo y para el pueblo".

Desde CUADERNOS AMERICANOS, periscopio y voz libre americana deseo subir cuidadosamente el telón de fondo del escenario en donde los que hacen de actores sean condenados por los niños y madres del mundo consciente.

Por la boca misma de los acontecimientos históricos irrefutables edificados por los actores del drama de a *Sangre y Fuego* de la vida real colombiana desde el nueve de abril de 1948, se conocerá la verdad, no la mitad de la verdad.

Estas *fuerzas del mal* de a *Sangre y Fuego,* usadas como banderas de lucha por la dictadura colombiana son las mismas que asesinaron al nobilísimo pueblo español. Tienen una misma finalidad: combatir la inteligencia, la democracia vital y la dignidad humana.

Mi invitación orgánica debe ser oída sin pasiones mezquinas de secta o de partido. El espíritu de mi llamamiento a gritos debe interpretarse como una orden para que los intelectuales responsables y los hombres de bien, nos ayuden con su bondad humana, cuanto antes, para sacar del lodo y de la obscuridad nuestras verdaderas raíces históricas sembradas con las propias manos del pueblo valiéndose de sus intermediarios: Lincoln, Juárez, Bolívar, Santander, Artigas, Martí, José Antonio Galán, San Martín, Mariátegui, Policarpa Salavarrieta, Walt Whitman.

El florecimiento del *mal* —que es temporal y vértice de una época— no debemos permitir que continúe creciendo más e hiriendo a las futuras generaciones, ya que estas cicatrices históricas de ignominia son lavadas con las lágrimas de los niños, de las viudas, por las madres y por los refugiados de todas las latitudes.

Los americanos del Sur y del Norte, quedan notificados que por entre este mar de lágrimas, de sangre y de ceniza, están navegando los barcos piratas anti-democráticos con su cargamento criminal de a *Sangre y Fuego* que fué y es el trapo negro que usan los opresores en Colombia, como en los otros continentes.

En un mensaje dirigido desde Washington al "Chicago Sun Times" Carleton Kent decía: *"Esta es la última semana de democracia en Colombia".* Y esto es verdad definitivamente, si las fuerzas vivas democráticas de América no se movilizan eficaz y rápidamente para neutralizar y controlar una situación que para el futuro afectaría incuestionablemente la unidad y defensa continental.

El hecho de ser hermano de Jorge Eliécer Gaitán —jefe del Partido Liberal de Colombia— quien fué asesinado por la dictadura Mariano Ospina Pérez y Laureano Gómez, jefes de la Falange, por la reacción y las fuerzas confesionales de la oligarquía de los partidos tradicionales, pudiera influir la opinión pública continental en el sentido de que tal vez una pasión de resentimiento me inspira al dar a conocer la realidad objetiva del gravísimo peligro que significa silenciar o permanecer indiferente ante hechos que afectan el sistema nervioso de la democracia americana en su conjunto.

El material que usamos en este ensayo no es otro que el que han producido los personajes a quienes denunciamos. Para no dejar la más ligera duda acerca de nuestras afirmaciones hemos recurrido a fuentes de escritores norteamericanos y latinoamericanos, ampliamente conocidos, quienes por ninguna razón en lo personal o en lo político han sido afectados. Hemos escogido esta actitud, ya que bien conocida es la táctica de la dictadura que lo niega todo afirmando: estas cosas son de origen comunista o de colombianos resentidos que se dejan dominar por la pasión política.

Nuestra actitud nace de nuestra convicción hondamente democrática. Hoy el jefe de Falange y dictador Laureano Gómez en unión de Mariano Ospina Pérez, más sus empleados —embajadores y cónsules— pretenden estafar a la opinión pública continental con declaraciones hipócritas de emergencia para consolidarse en el poder. Este es el objetivo inmediato, pero los objetivos futuros son los de integrar un grupo de países afines con raíces nazi-fascistas-falangistas que se enfrenten a los Estados Unidos y demás países democráticos rompiendo la unidad continental para materializar una internacional política cuya columna vertebral sería la Iglesia Católica, que les serviría de apoyo en sus designios internacionales.

Las declaraciones de adhesión democrática no tienen otro objeto que el de obtener: inversiones de capitales norteamericanos; buen precio para el café; adquirir mercancías y maquinaria indispensables que estabilicen la economía colombiana y pongan al Estado colombiano en condiciones especiales para servir los intereses del grupo anti-democrático del continente y afiliarlo a otras fuerzas poderosas que se están organizando en Europa.

En el año de 1941 en mi carácter de director del Instituto Continental de Intelectuales Latino-Americanos en México y, en unión de Alfonso Reyes, el más grande humanista de nuestra América, del Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, Mario de la Cueva, del presidente de la Academia de la Lengua, Lic. Alejandro Quijano, de González Martínez y de los más responsables y altos valores de la intelectualidad latinoamericana, más otras organizaciones, ofrecimos nuestra colaboración a la causa democrática que los Estados Unidos estaban defendiendo. Según el periódico "Excelsior" del 4 de julio de 1941, dió cuenta del mensaje así: "El Instituto Continental, por conducto de su dirección y firmado por su director Antonio José Gaitán, ha dirigido un importante mensaje de salutación a todas las instituciones del trabajo y de la inteligencia de los Estados Unidos en la fecha de su independencia diciendo: "la colaboración democrática y la solidaridad continental es indispensable a los pueblos americanos como arma de defensa en contra de quienes pretenden con el "nuevo orden" reducirnos a simples colonias. "Hoy las fuerzas falangistas y nazi-fascistas pretenden crear un antagonismo que sirva al totalitarismo en su intento de dividir a América en dos campos hostiles: Estados Unidos y Latino América. "La causa que defienden los Estados Unidos no está limitada, *también nos pertenece*. Se trata de la libertad, no precisamente individual, sino de creación colectiva, de raíz social indestructible".

Esta era nuestra actitud en los tiempos de peligro. Pero ¿cuál era la actitud del jefe falangista Laureano Gómez, por esa misma época hace diez años? Dejemos a que nos lo aclare un escritor del cual no se puede sospechar, cómo en ese entonces y ahora Laureano Gómez es uno de los más fanáticos enemigos de la democracia: Arthur P. Whitaker, profesor y alto miembro del Committee on Latin-American Affairs del Departamento de Estado en 1943 y 1944, en su libro, "The United States and South America — The Northern Republics". Editado por American Foreign Policy Library, Sumner Welles, redactor, Donald C. Mackay, socio redactor; Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, (1948), afirma:

> *Página 137*: "Los enemigos de origen nacional en algunos países, desafectos a la causa de la defensa política continental creaban un problema para los gobiernos, no

pudiendo solucionarlo. Por ejemplo, en Colombia, el ultra-conservador periódico de Laureano Gómez, "El Siglo", *el cual simpatiza muchísimo con la Falange de la España de Franco, fué abiertamente hostil* hacia los Estados Unidos desde mucho *antes* de Pearl Harbor yendo hasta el punto de afirmar que desde el punto de vista colombiano, el Canal de Panamá sería lo mismo que estuviera controlado por Japón o Alemania que por los Estados Unidos".

¡Más claro, imposible! Aliados sinceros de Hitler, de Musolini, de Franco. Estos socios son los que hoy están gobernando en Colombia. Hace mucho tiempo dijimos que lo que estos falangistas planean es integrar un grupo que aunque hoy nos parecen diametralmente opuestos en su estructura ideológica se alimenta de las mismas raíces para dar el golpe definitivo en contra de la democracia.

Hugo Fernández Artucio, profesor uruguayo, en "The nazi underground in South America", publicado por Farrar y Reinhart, Inc., 1942, en la página 271, nos informa:

"Laureano Gómez acusa a la administración liberal de haberse vendido en cuerpo y alma a Washington. El insiste enfáticamente que la supuesta invasión del continente americano por los nazis es pura y meramente propaganda judía. Gómez insiste que el plan de acción de cooperación económica fué resultado de la reciente conferencia pan-americana como un simple episodio de la batalla de Wall Street para extender su influencia imperialista del capital norteamericano en Sur América. El —Gómez— considera la política del "Buen Vecino" como una amenaza contra la libertad de comercio, contra el desarrollo normal de las industrias nacionales y contra la banca local. El —Gómez— considera que los préstamos norteamericanos traen consigo perder la soberanía nacional por parte del prestatario".

Los vínculos con el fascismo, con el nazismo y el falangismo del que hoy hace declaraciones tendenciosas en favor de la democracia son viejos. Hoy, multiplicándolos y materializándolos han culminado en una victoria anti-democrática que sólo los necios o personas mal informadas no valoran sus consecuencias.

Preguntamos: ¿Podrá la opinión continental americana creer al falangista Gómez, a su segundón Mariano Ospina Pérez, o al autor del drama colombiano de *Sangre y Fuego,* José Antonio Montalvo, lo que dicen a las agencias de noticias, The Associated Press y The United Press, de que él o ellos son demócratas insospechables, amigos leales de los Estados Unidos, fieles servidores de la unión continental, etc.?

Russell H. Fitzgibbon en la revista, "The Inter-American", febrero 1945, página 35, refiriéndose a Gómez, nos dice:

> "El —Gómez— jamás ha dejado pasar una oportunidad para maldecir al imperialismo yanqui su codicia y su ignorancia cultural. En todo instante él mira con alarma cualquier situación en la cual esté implicado el "octupus del norte". Los cuatro regímenes liberales desde 1930 han sido para Gómez muy penosos en sus campañas contra el imperialismo yanqui, pues los gobiernos liberales han cooperado de cerca y entusiastamente en tiempos de la paz y de la guerra".

Después de la violenta y criminal elección con fraude de Gómez, los lectores norteamericanos y latino-americanos por conducto de la Associated Press y la United Press, han tenido la oportunidad de leer las declaraciones del jefe de falange en Colombia sobre la libertad de prensa, libertad religiosa, reformas sociales, etc. No es un secreto que su ayudante dictador Mariano Ospina haya girado instrucciones a los consulados instruyéndolos para que discretamente hagan discriminaciones a los viajeros norteamericanos que no sean católicos. Pero para que no se crea que estamos exagerando sobre lo estrecho de las ideas de Gómez, dejamos que nos lo explique el distinguido profesor de ciencias políticas de la Universidad de California, Austin F. Macdonald en su libro: "Latin American Politics and Government", página 383:

> "Para él —Gómez— cualquier tentativa en cuanto a la separación de la Iglesia y el Estado en los asuntos de gobierno, lo interpreta como producto del ateísmo. Cada sugestión para fomentar la libertad religiosa es una herejía. Y se podría agregar, que toda iniciativa para ampliar el sistema de seguridad y beneficio social es comunismo... Algunas de sus flechas más agudas las emplea para atacar

a los EE. UU. por los cuales tiene una intensa aversión. Jamás ha olvidado el episodio sobre el Canal de Panamá y jamás deja a la Nación colombiana olvidarlo. . . Hoy, dice: los Estados Unidos son tan imperialistas como lo eran en el año de 1903. Que los buenos colombianos siempre deben estar preparados para oponerse al imperialismo yanqui en todo momento".

Después del golpe anticonstitucional el mismo señor Laureano Gómez —jefe de falange— se permitió con un cinismo sin precedente en Colombia, afirmar a un corresponsal de la United Press que "la calumnia lo presentaba como falangista; que jamás ha propiciado desfiles de tipo totalitario; que siempre ha sido un defensor de los Estados Unidos y de la democracia; que jamás ha organizado tropas de choque, etc.". Veamos la realidad y sinceridad de sus afirmaciones.

En el libro titulado "Falange, The Axis Secret Army in the Americas", por Allan Chase y editado por G. P. Putnam's Sons, New York, 1943, en las páginas 197, 198 y 199, textualmente Chase dice:

> "Las dos figuras más prominentes en el campo franquista en Colombia en el año de *1936* eran Laureano Gómez e Hilario Rajul. Gómez publica el influyente periódico, "El Siglo", uno de los periódicos *más* violentos en sus campañas *contra* los Estados Unidos que se publican *en todas partes del mundo, incluso el órgano falangista que se publica en Madrid.* Agrégase a esto que Gómez es el jefe del partido conservador en Colombia".

Hoy, el órgano falangista "El Siglo" a pesar de la censura, ha aumentado al doble su circulación, pues es el único periódico que goza de todas las prerrogativas de la dictadura.

Ahora, le cedemos la palabra al distinguido corresponsal del New York Times, Milton Bracker:

> "Laureano Gómez es una persona a quien sus seguidores no aman, sino que temen, y sus adversarios odian. El terror a Laureano Gómez hizo que el presidente Ospina Pérez se hiciera dictador y entregara, a Gómez todos los resortes del gobierno, no obstante el intento de Gómez de desalojarlo con *una dictadura militar. El asalto a Colombia*

por la reacción tiene un sabor simbólico. Se ha querido herir a la democracia latino-americana en lo más vivo".

Pero como no deseamos decir nada sin su debido documento histórico probatorio e irrefutable, el origen de la anterior afirmación está publicada en "Cuadernos Americanos", de México, correspondiente a los meses de enero y febrero de 1950, páginas 1 a 33, Autor, Germán Arciniegas.

¿No será, entonces, que este mismo Sr. Gómez, con sus sirvientes, tropas de asalto: embajadores y cónsules más la servidumbre burocrática son unos grandes farsantes y unos grandes mentirosos anti-democráticos?

John Gunther en su libro, "Inside Latin America", publicado por Harper & Brothers, New York, London, 1941, levanta un poco más el telón de la escena de la realidad de esta personalidad amoral, denunciándolo ante la opinión pública continental diciendo:

> "Dos socios editoriales del doctor Gómez, José de la Vega y Guillermo Camacho Montoya son violentamente anti-americanos. "El Siglo" es el único periódico en Bogotá que publica conspicuamente el servicio de la agencia alemana de noticias, "Transocean". Algo que les gusta decir es el que los Estados Unidos contemplan, desean la conquista militar de la América Latina... La Falange Católica es de gran importancia, también.
>
> Otra publicación falangista, controlada por Gómez, es una punta de lanza que se expresa así: "Los veinte gobiernos cobardes de América Latina, se han puesto en manos de naciones extranjeras en donde se practica un liberalismo falso y una democracia masónica y ateísta (Estados Unidos). Nosotros somos todavía territorios conquistables... Hispano-América tierra de vasallaje... Pero todo no está perdido. Todavía se oye la voz de Laureano Gómez, para decir la verdad sobre el futuro, para señalarnos el camino del mañana que es el *imperio hispano católico...* Y regresaremos a España".

A la organización de la juventud que en los desfiles llevaban camisas azules, nadie la tomaba en serio. A los que denunciamos con angustia la inminencia del peligro —si no obra-

mos efectivamente— se nos tilda de impertinentes o de exagerados. Algunas ciertas organizaciones políticas, culturales o cierta prensa parece que desea cerrar herméticamente sus puertas sin pensar que posiblemente estos tipos de organizaciones sean las primeras en recibir el bautismo y tizne de la sangre podrida de los nazi-fascistas-falangistas.

Los hechos nos demuestran la necesidad inaplazable de organizar un frente continental americano que nos vincule permanentemente para desatar los nudos del peligro que nos amenaza.

Suele decirse que en las Naciones Unidas están representados nuestros pueblos. Esto es falso. Generalmente los delegados son tan sólo agentes de las dictaduras o de las minorías oligarcas que son las quintas columnas anti-democráticas que trabajan para defender sus intereses materiales en contra del hombre común.

Lo de Panamá, Argentina, Perú, Venezuela, Bolivia, y los otros movimientos en la América Central, no son sino tan sólo el reflejo de lo que ha sucedido a una de las naciones que fué la más democrática de nuestras repúblicas petroleras, bananeras, del estaño o del café.

Quienes precisamente han proclamado a Laureano Gómez y a su ayudante Ospina Pérez fueron los de las "Camisas Azules", cantando el himno falangista "cara al sol", y al grito ridículo de "Dios, Bolívar y Gómez". Estos son los que hoy están gobernando a Colombia ya como gobernadores, congresistas, secretarios de estado ya como jefes de partido, embajadores y cónsules jurándonos que defienden tan sólo la causa democrática y al "orden" y a la "constitución", pero por sus hechos nos demuestran lo que únicamente están defendiendo es a la dictadura y sus intereses privados.

La opinión pública continental debe tener presente que uno de los argumentos de los que integraron el partido conservador en Colombia —hoy falangistas— es el de que en tiempos de los liberales también, se declaró el estado de sitio o se ejerció la dictadura. Tal argumento es un sofisma de distracción, pues el caso es que no debe existir la *dictadura;* que debe lucharse contra todo tipo de dictadura, máxime cuando lo Colombiana tiene raíces de dependencia internacional.

El telón de fondo del drama nacional colombiano: unión de la oligarquía eclesiástica militar y política con las finalidades

expresas de controlar todos los resortes de la vida nacional y el poder para sus intereses privados, apoyo a la dictadura por oligarcas liberales y conservadores para planear el asesinato del jefe del partido liberal de Colombia, doctor Jorge Eliécer Gaitán, quien los combatió y, quien muy seguramente hubiese sido el presidente realizando la idea lincolniana del "gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo". Imposición de las dictaduras Mariano Ospina Pérez y Laureano Gómez con la bandera de a "sangre y fuego" usada por uno de los más peligrosos jefes de la falange internacional —Gómez—; cierre del Congreso a la fuerza; clausura de las quince asambleas estatales; retiro total de los gobernadores y alcaldes civiles reemplazándolos por militares; cierre de los novecientos consejos municipales; modificación por simples decretos de la Corte Suprema de Justicia; censura telefónica y telegráfica; violación de la correspondencia privada; censura de prensa; prohibición de la entrada al país de publicaciones tales como la revista "Life" y el "New York Times" por contener informaciones que censuraban las actuaciones de los dictadores Ospina Pérez y Laureano Gómez; prohibición de publicar en la prensa colombiana los poemas del más excelso poeta norteamericano Walt Withman; consejos de guerra en contra de los obreros y campesinos; asesinatos de mujeres en estado grávido y de niños; incitación al ataque personal por la prensa falangista como "El Colombiano" de Medellín, cuyo propietario es cuñado del dictador Ospina.

Balance de la dictadura: más de 15,000 muertos; 20,000 refugiados políticos en Bogotá, huyendo de sus provincias; 8,000 refugiados en la hermana república de Venezuela y Ecuador con la consigna de disparar a los que intentaran atravesar huyendo del terror dominante.

La opinión democrática continental debe saber que los mismos que cometen tales crímenes son los mismos quienes hacen declaraciones de fe democrática, de respeto a la persona humana, de respeto a la constitución y las leyes, a la voluntad popular, a las creencias religiosas, a la libertad de prensa, etc., pero todo dentro del criterio de la doble moral del una cosa decir y otra cosa hacer. Es la actitud de la dualidad más inmoral, pero lo cierto es que un país como Colombia con un presupuesto aproximado de 420 millones, invierte el 65 y 70 por

ciento de su presupuesto en el ejército para sostener y defender lo que ellos llaman el "orden".

Los Estados Unidos y Rusia sólo invierten el primero un 6 por ciento y el segundo un 24 por ciento de su presupuesto a pesar de la intensa preparación que se adelanta para cualquier emergencia bélica.

Queremos repetir que hemos acudido a fuentes que no son de origen estrictamente político, sino a la verificación de documentos históricos irrefutables dados a conocer por ciudadanos ampliamente conocidos en la América Continental y quienes no han sido afectados en lo personal por los tenebrosos personajes denunciados con el objeto concreto de que el lector no piense que este ensayo está inspirado por el resentimiento o por la pasión política. Nuestra intención es simple: mostrar la realidad de la situación colombiana para que las madres y los niños del continente americano conozcan la verdad, solamente la verdad. También, para que los hombres de pensamiento y acción de buena voluntad integren un frente antioligarca que defienda los intereses superiores de la dignidad humana.

AMERICA EN EL MUNDO DE AYER Y DE HOY

Por *J. Natalicio GONZÁLEZ*

OBEDECIENDO a tendencias intrínsecas, ineluctables casi, porque forman parte de su propia estructura espiritual, América comienza a salir de su particularismo y se ve precisada a pensar y vivir en términos universales. Este hecho le sorprende a los americanos del norte en la plenitud de su poderío, y precisamente es esa avasalladora plenitud la que ha venido a crear este nuevo clima de la historia; contrariamente, a los americanos de habla hispano-portuguesa aún les falta movilizar las riquezas latentes de su medio físico, organizar sus instituciones libres y llevar el proceso de su cultura a un grado de madurez que le defina claramente como una nueva modalidad de la cultura universal. En tanto que los Estados Unidos han llegado a ser la máxima potencia de nuestro tiempo, Indoamérica alcanzará en un futuro inmediato un poderío en todo similar. Si ambas Américas se compenetran, coordinan su política y actúan al servicio del espíritu, el centro de la civilización universal permanecerá indefinidamente en nuestro hemisferio.

Esta marcha de la historia viene a plantear en términos totalmente nuevos el problema de nuestras relaciones con los países europeos y de nuestra posición en el mundo. Desgraciadamente, la mentalidad predominante en ambos continentes actúa en un plano propio de comienzos de este siglo; la realidad de nuestros días le ha superado, y el mundo se rige por su propia dinámica, al margen de todo racionalismo. Las inteligencias rectoras, o que se creen tales, se manifiestan crónicamente, tomando como objeto de sus especulaciones una etapa histórica ya cerrada, y por eso sus ideaciones no son válidas para la vida de hoy. Uno de los mitos que más perturba la clara visión de las cosas es la idea de una Europa tentacular, guía del mundo, idea que sobrevive a la realidad como la luz de una estrella extinguida.

¿Cómo es que una espléndida realidad de la que todos fuimos testigos, ha llegado a convertirse en un mito perturbador del mundo moderno? Creo que no es difícil sorprender esporádicas señales de ese cambio a lo largo de la historia continental.

1. *La América indígena*

AMÉRICA fué inicialmente un mundo autónomo. Sus pueblos, cualesquiera hayan sido sus lejanos y desconocidos orígenes, crearon una civilización peculiar con la sola fecundidad de su propio genio, sin el aporte de milenarias experiencias anteriores de otros continentes, como ocurrió en el mundo greco-romano y en la Europa cristiana. De ahí proviene el desequilibrio desconcertante de las culturas indígenas del Nuevo Mundo. Algunos rasgos de la misma brillan a inigualada altura; otros son de una limitación irritante. Y ciertas manifestaciones de su ritual religioso, como la antropofagia y el sacrificio humano, son de una barbarie tan sanguinaria, que desconciertan a los que conciben racionalmente el proceso de la historia.[1] En una escala más humana, y no como sistema sino como accidente, a manera de bruscos despertares ancestrales irreprimibles, en la historia de la América independiente aparece igualmente una extraña mezcla de brutalidades primitivas y de la más alta y fina espiritualidad. Son las secuelas de un medio físico abrupto, no totalmente humanizado.

La botánica médica y agrícola de aztecas, kechuas y guaraníes, estaba por encima de la europea. Las matemáticas que elaboraron las culturas de Mesoamérica, y el calendario, de extraordinaria precisión, que inventaron, no tuvieron rival en ningún otro continente. Los mayas usaron un sistema de numeración escrita superior a la romana, y "*por primera vez en la historia de la especie humana,* hace notar Sylvanus G. Morley,

---

[1] Para ser justos, conviene recordar que los aztecas concebían a la humanidad como condición para la existencia de los dioses. Las divinidades, consideradas como fuerzas rectoras y conservadoras del mundo, declinan y mueren si no les nutre periódicamente la sangre de los mortales. Los dioses preservan al mundo de la destrucción, pero a la vez la vida de los dioses depende de las ofrendas de sangre humana. Esta metafísica extraña ¿no es acaso de una trágica grandeza en su abnegación sin límites?

concibieron un sistema de numeración basado en la posición de los valores, que implica la concepción y el uso de la cantidad matemática cero, un portentoso adelanto de orden abstracto. Desarrollaron un sistema aritmético de posiciones, adoptando la base 20 como unidad de progresión, en lugar de la base 10, es decir, un sistema vigesimal en lugar del decimal, por lo menos mil años antes de que éste fuera inventado por los indostanos en el Antiguo Mundo, y cerca de dos mil años antes de que el sistema de posiciones en matemáticas fuera de uso general entre nuestros antepasados de la Europa occidental". En arquitectura, el estilo indígena de terrazas superpuestas ha tenido un renacimiento contemporáneo en los rascacielos de Nueva York.

Como matemáticos, los mayas elevaron la abstracción y el cálculo a un grado de perfección insuperable, y crearon una especie de pitagorismo que trascendió en su religión y en su vida toda. Eran sabios y no guerreros; nos han legado una historia esencialmente abstracta, una historia del progreso de los conocimientos científicos, morales y religiosos, sin mención de guerreros ni conquistadores. Este es un rasgo distintivo de la concepción de vida de los mayas.

Las bases materiales de las culturas indígenas eran sumamente limitadas; no figuraban entre ellas ni el hierro, ni el acero, ni la pólvora. Por eso los mayas fueron fáciles víctimas de la conquista. ¿Qué podía el sabio, que medía desde su observatorio el curso de los astros y llevaba la cuenta de los días, frente al soldado analfabeto armado de un arcabuz? ¿Qué el agricultor docto en la ciencia de las plantas, que sabía de hibridaciones, ante los brutales buscadores de oro? Todos fueron aniquilados. Aun los aztecas, que divinizaron en cierto modo la guerra, cayeron vencidos por la superior técnica y material de la cultura europea, animada por una moral de depredadores, que el cristianismo logró atenuar pero no destruir.

Por estas circunstancias, aun sin aceptar la conquista de América como un hecho moral, aun repudiándola como principio motor de la historia, es fuerza reconocer que ella perteneció, dentro de la concepción de vida que Europa impuso al mundo, al número de hechos ineluctables que necesariamente tenían que integrar la trama de la historia universal.

2. *La Conquista*

En los movimientos de la Europa tentacular del siglo XV es fácil descubrir un substractum cósmico. Sus conquistas, más que los hombres, las emprendió la tierra, el medio geográfico, en la búsqueda de una expresión humana y racional del propio espíritu.

Por dondequiera que pasa, el hombre cambia la faz de las cosas. El fuego de los primeros agricultores, en el pasado, y el hacha y la sierra de los taladores de árboles, en nuestros días, han destruído selvas enteras, cambiando el régimen pluvial y hasta el clima de vastas regiones del planeta. Una ciudad que aparece en el desierto es el comienzo de la intensiva transformación de la comarca a que servirá de núcleo económico. El hombre ahuyenta a las fieras, multiplica con sus cuidados los animales domésticos y transforma la fauna de la zona en que hace sentir su influjo revolucionador. Hace surgir bosques artificiales en la campiña, reduce en campos de cultivo la floresta primitiva, inmoviliza las dunas errantes que el viento movía a los caprichos de su soplo, mediante el desagüe trueca en verdes praderas los esteros intransitables, con los abonos y el riego torna fecundo el erial de la víspera, y gracias a esta acción planificada selecciona la flora del habitat elegido, de acuerdo a sus necesidades y a sus gustos. Por eso he dicho más de una vez, que la cultura, en último término, se reduce al progresivo dominio del hombre sobre el medio, mediante la elaboración de valores, que son el resultado de la síntesis de la materia y el espíritu, o sea un fragmento de la naturaleza circundante en que el hombre ha estampado el sello de su personalidad, convirtiéndolo en algo apetecible por el conglomerado social. Gracias a una idealización intensiva de este proceso se llega a las creaciones del arte, que buscan el logro de un placer estético, y a las abstracciones de la ciencia, cuyo fin es dar fórmulas universales para el dominio de la materia.

Generalmente hay una conciencia terrígena que marca la dirección de las actividades sociales. Con un vago hermetismo, una infinita flexibilidad, pero sin apartarse de sus designios, que sólo varían en la medida de las transformaciones del medio físico, la tierra ejerce su callado influjo sobre los hombres y adquiere en ellos la obscura y nebulosa conciencia de sus necesidades y de su destino. La dinámica de sus moradores apunta

hacia la integración de su habitat en un renovado esfuerzo por conquistar aquellos dones de que primariamente se hallaba privado. En este afán, que constituye el meollo de la historia universal, tienen su origen los tres modos vitales de actuar, excéntricamente, que conocen los pueblos: la depredación guerrera, o sea la conquista; el ímpetu mercantilista, que da origen al comercio; y por último, en una etapa superior, la espiritualización de las necesidades y apetencias regionales en un sistema ideológico que logra gravitar en el mundo, gracias a la difusión, a la simpática resonancia del ideal de vida de las culturas expansivas que, lejos de encogerse dentro de los términos de su región de origen, buscan realizar su hegemonía.

3. *La Colonia y la Independencia*

AMÉRICA sufrió estas varias formas de opresión y de dominio. A la arremetida del conquistador siguió la explotación venal de su tierra y de sus pueblos, organizada por los nuevos señores. Y luego el dominio ideológico de los pueblos foráneos.

La Conquista fué el asalto, el robo, el apoderamiento desalmado de la riqueza acumulada por los pueblos indígenas. Este asalto de un continente por bandas de magníficos forajidos, que mataban y saqueaban rezando a Jesucristo, revela en un momento único de la historia, el fondo de la ética europea, constituído por un ideal crematístico desaforado. Quien sepa ver y analizar, allí descubrirá el germen de las ulteriores tragedias de la civilización occidental.

Detrás del guerrero apareció el mercader; detrás de la Conquista la explotación racional del continente sometido. En efecto, la Colonia puede ser mirada como la empresa mercantil de mayor envergadura de los siglos pasados. Los Adelantados fueron simples habilitados del rey, cuyas funciones consistían en ampliar las posesiones del soberano, cobrándose la comisión correspondiente. Y tan era así, que las llamadas *capitulaciones,* origen jurídico de la autoridad de aquéllos, tienen todos los caracteres de un contrato comercial, por el cual el rey cede en explotación sus tierras americanas, reservándose un porcentaje en el lucro, y correspondiendo a los Adelantados otra parte expresamente fijada en las utilidades del negocio. Todo el sistema social, jurídico, político, económico y financiero de la

Colonia, principalmente durante el ciclo de los descubrimientos que abarcó todo el siglo XVI, se funda en esta concepción de la explotación mercantil del continente americano. Cuando toda la tierra estuvo sometida, el rey ya no quiso socios. Eliminó al pueblo español americanizado y quedó como único capitalista, que a veces concedía alguna merced para apaciguar a los levantiscos. Mandó a sus Virreyes y Gobernadores, como gerentes de su grande empresa de Indias, a fin de asegurarse ganancias sustanciales. No obstante, se enseña a los pueblos americanos a festejar como fechas magnas de su historia aquellas que marcan su conversión en factorías inglesas, españolas o portuguesas. Orgullosamente celebramos los fastos de la esclavitud continental.

Hay que confesar, sin embargo, que la glorificación de "las rotas cadenas", como canta el verso del himno argentino, es una cosa nueva. La brillante generación de Mayo, como llamamos en el Río de la Plata a la generación de los libertadores, jamás incurrió en semejante aberración. Y es que aquella generación conoció la Colonia y supo valorar la Independencia.

Hoy está de moda hablar de nuestra liberación prematura. Pero el estudio atento y documental del pasado nos enseña que la extinción del régimen colonial fué el resultado de un largo proceso, la obra madura de los siglos y de los pueblos. Llegamos a la independencia por estos tres caminos:

1º—El aislamiento, que favoreció la asimilación del hombre europeo por la tierra americana. A los diez o quince años de su residencia en el nuevo teatro de sus actividades, el advenedizo blanco se sintió más americano que español. De la patria lejana no recibía sino males; era tan explotado por los agentes del rey como sus hermanos los nativos. Un caso típico de la americanización del español nos presenta aquel estupendo Lope de Aguirre, que en 1561 proclamó la independencia de América y, anticipándose a Bolívar, declaró la guerra a muerte a los realistas, marcando su paso desde el Perú hasta Venezuela con la sangre de los opresores. En su carta a Felipe II puntualiza la angurria del rey y de sus agentes expoliadores, que se apoderan de toda la riqueza nativa, y agrega estas palabras memorables: "He salido de hecho con mis compañeros de tu obediencia, desnaturalizándonos de nuestra tierra que es Espa-

ña, para hacerte la más cruel guerra que nuestras fuerzas puedan sustentar y sufrir".

2º—La difusión y el arraigo de la cultura en el Río de la Plata durante el período colonial, no fué empresa europea, sino la obra exclusiva de criollos, mestizos e indios. Todas las ciudades que florecieron en el desierto, desde Buenos Aires hasta Santa Fe y Corrientes, surgieron por el esfuerzo de los *mancebos de la tierra,* como nominaban los españoles a la primera generación de americanos que irrumpió en la historia rioplatense.

3º—La apropiación y monopolio de la técnica industrial europea por los nativos. El herrero, el carpintero, el fabricante de arcabuz, fueron los principales agentes de la dominación europea en América. Pues bien: poco a poco el hombre americano llegó a apropiarse de todos estos oficios y, dando un paso más, ejerció el dominio de las industrias básicas del país. En 1810, todas las embarcaciones que surcaban los grandes ríos platenses, lo mismo que las que hacían viajes a Europa, absolutamente todas, desde las fragatas hasta los botes, eran de construcción paraguaya. Entre los técnicos y obreros que trabajaban en los dos astilleros de la tierra guaraní no se encuentra un solo europeo, y la marina estaba totalmente en poder de los americanos. Mediante este proceso, el pueblo se apoderó silenciosamente de todos los instrumentos de la dominación europea, y, llegada la hora oportuna, los convirtió en armas de la propia liberación.

Los pueblos americanos surgieron a la vida independiente abrazados a la ideología liberal, pero bajo el signo de la cruz. Aceptaban el utilitarismo industrial de la gran burguesía europea, pero al propio tiempo llevaban en sus entrañas la espiritualidad indígena, que los religiosos españoles supieron preservar y enaltecer. El clero criollo había sido ganado por la causa de la independencia, y por eso aparecieron aquellos extraños sacerdotes guerreros que llegaron al cadalso después de librar batallas en defensa de la libertad.

La grandeza de España no halla su símbolo más esclarecido, en los impudentes caudillos de la Conquista, sino en los misioneros altruístas y civilizadores. Un padre Barlotomé de las Casas vivirá siempre en la veneración de los americanos; y podemos decir en honor de España, que ningún otro país europeo de la época hubiera podido producir y menos tolerar un

espíritu semejante, que supo defender la dignidad del hombre con tremendo apasionamiento, a veces con un furor sombrío y tonante. Sus palabras, de vigencia eterna, contienen en esencia lo que hay de imperecedero en las aspiraciones americanas. Esa reacción de nuestros pueblos contra el colonialismo, entendido como explotación del hombre, es un legado de Bartolomé de las Casas.

En general, los misioneros procuraron desenvolver la cultura indígena, menos en su expresión religiosa, dando libre vuelo a sus valores y enriqueciéndola con el aporte de la técnica europea. La obra trunca de los jesuítas del Paraguay es un ejemplo memorable de lo que se intentó en ese sentido.

Pero España padeció, en el siglo XVIII, de una debilidad, o de una limitación fundamental. El sistema ideológico que elaboró, y que podía servirle de instrumento de dominio y de expansión en el mundo moderno, se presentaba con los estigmas de lo extraordinariamente anticuado y, por lo mismo, carecía de poder de captación. No había superado la Edad Media: no salía de la escolástica. Por eso sus colonias se sentían imanadas por la gran lumbre que habían encendido los pensadores de la Enciclopedia. La emancipación norteamericana vigorizó esa tendencia, y nuestros próceres corrieron a quemarse en la gran hoguera del 93.

Hubo sin embargo un estadista extraordinario, que pretendió transformar el mundo hispánico en una comunidad de naciones libres, que actuasen en un plano de igualdad para preservar y desarrollar los valores de la cultura indo-española. Constituye la gloria del conde de Aranda, la de haber aconsejado a su soberano en 1783, que se deshiciese "espontáneamente del dominio de todas sus posesiones en el continente de Ambas Américas", para "establecer en ellas tres infantes, uno como rey de México, otro como rey del Perú, y otro como rey de Costa-Firme, tomando el monarca el título de Emperador". "Jamás, argumentaba, han podido conservarse posesiones tan vastas, colocadas a tan grandes distancias de la metrópoli, sin acción eficaz sobre ellas, lo que la imposibilitaba a hacer el bien en favor de sus desgraciados habitantes, sujetos a vejaciones, sin poder obtener desagravio de sus ofensas, circunstancias que unidas todas, no podían menos de descontentar a los americanos, moviéndolos a hacer esfuerzos a fin de conseguir la independencia tan luego como la ocasión les fuese propicia". Y en

contraste con la miopía del monarca que no escuchó sus consejos, añadía, profético, al referirse a los Estados Unidos: "Acabamos de reconocer una nueva potencia en un país en que no existe ninguna otra en estado de cortar su vuelo. Esta república federal nació pigmea. Llegará un día en que crezca y se torne gigante y aún coloso en aquellas regiones. Dentro de pocos años veremos con verdadero dolor la existencia de este coloso. Su primer paso, cuando haya logrado engrandecimiento, será apoderarse de la Florida y dominar el Golfo de México. Estos temores son muy fundados, y deben realizarse dentro de breves años si no presenciamos otras conmociones más funestas en nuestras Américas".

4. *La segunda Colonia*

PROFETA solitario y sin influjo, el conde de Aranda vió malogrado su sueño de un mundo hispánico libre y poderoso, que pudo haber sido uno de los sillares de la civilización moderna. Las fabulosas Indias se independizaron, atomizándose. Desgraciadamente, fundada la república, en toda América se produjo un retroceso general. Poco a poco el nativo fué despojado nuevamente del dominio de la industria y de la técnica. Perdimos hasta el control de los medios de comunicación. Si en 1810 no se podía navegar por las grandes arterias fluviales del río de la Plata, ni se podía emprender ningún viaje a Europa sino en barcos nativos, de construcción autóctona, en 1855 para ir de Buenos Aires a Rosario había que tomar pasaje en vapores cuyas piezas, hasta las más insignificantes, procedían del extranjero, y el importe del pasaje era suma que emigraba a la patria del armador.

Y lo que aconteció en orden a la industria naval se repite en relación a todas las actividades creadoras del hombre. A un siglo de la epopeya de la independencia, todas las fuentes básicas de la riqueza continental habían pasado a manos del extranjero, y ya no eran los nativos, sino otra vez los advenedizos, quienes ejercían las funciones técnicas que presupone la creación de una cultura. Habíamos perdido el dominio de los instrumentos de liberación, de autonomía, y silenciosamente se inició en América el ciclo de la segunda Colonia, la Colonia invisible de que hablan los economistas. Paradójicamente, los

suntuosos festejos celebrados en el centenario de la gesta libertadora, tenían lugar sobre las ruinas de la independencia conquistada con la sangre de los pueblos.

5. *El mimetismo americano*

Se asistía al resultado fatal del mimetismo americano.

Como la emancipación se efectuó bajo el signo de un sistema ideológico que no era trasunto ni de la realidad, ni de los intereses de nuestras repúblicas, caímos inconscientemente bajo las coyundas de nuestros inspiradores lejanos y despreciativos. En el empeño de aniquilarnos para lograr cierto parecido con el modelo, vendimos nuestra alma al diablo. Sarmiento inventó la teoría de nuestra barbarie, y afirmó enfáticamente que la sangre de los gauchos no servía ni para abono. No se trataba de una de esas imitaciones fecundas, que se traducen en la asimilación de valores foráneos y el consiguiente enriquecimiento del propio espíritu; no se trataba de adquirir la capacidad creadora, para desenvolverla al servicio de fines específicamente nuestros, sino de la caricatura, de un simple remedo de lo externo, del gesto y de la indumentaria.

Copiamos constituciones, cuya letra no tenía vigencia en la vida real; copiamos el arte, que descendió a la categoría del cromo. Y no satisfechos aún, fuimos entregando poco a poco nuestras riquezas, los elementos de nuestro poderío, a los señores reverenciados de quienes aprendíamos los vicios, no la capacidad organizadora ni el genio de empresa.

Este mimetismo tiene a veces manifestaciones en que prende la fácil ironía de los europeos. Una de ellas es el aristocratismo de ciertos historiadores. Es difícil que aparezca un personaje célebre en nuestro hemisferio sin que en seguida surja el mito infantil de su genealogía nobiliaria. Creo que tales ficticios antepasados no honran a nuestros varones ilustres. La aristocracia europea ha tenido su origen en el bandalaje. Taine ha demostrado que la nobleza se instituyó sobre el asesinato y el robo. Es la prosapia de gentes de esta calaña que algunos historiadores, de típica mentalidad colonial, se empeñan en entroncar a nuestros próceres, guerreros y estadistas.

Bolívar es una víctima típica de esta mentalidad. Los genealogistas han tomado a Bolívar como los subastadores al toro

de feria: exalta su *pedigree,* para explicar la genialidad como mera revivencia de lo aristocrático europeo, en el primer caso; y para lograr mayor precio por la mercancía, en el segundo caso.

Se trata de una tarea de archiveros que pretenden desdoblarse, grotescamente, en biólogos, en la absurda idea de que el oscuro, insondable, tenebroso proceso uterino puede captarse a través de las partidas de nacimiento. Pero el proceso histórico se desarrolla en sentido inverso que el proceso biológico, y lo que en éste se mira como culminación, en aquel ha de tenerse como principio. La confusión de dos disciplinas tan dispares conduce a lo absurdo.

Podemos saber los nombres de los progenitores de Bolívar, los nombres de sus abuelos y viceabuelos, y determinar su condición civil dentro de la realidad jurídica de su tiempo. Pero de ahí, a negarle sangre americana, para ver en él un vasco puro y sin mezcla, aclimatado en suelo de Indias, es hacer caso omiso de lo más característico de la sociedad americana: el desenfrenado mestizaje, la magnífica fusión de sangre que se halla en su base. Precisamente esta realidad biológica enaltecedora, presidida e influenciada por fuerzas telúricas incontrastables, es la que promete convertir a nuestra vasta, creadora y unificadora América en el asiento de la fraternidad humana.

Históricamente (a la inversa de lo que podría afirmarse dentro de una estricta interpretación biológica), Bolívar no desciende de nadie: de él descienden sus antepasados lo mismo que sus pósteros, como descienden por ambas vertientes de la montaña los ríos que nacen en su cumbre. Tan es así, que sólo el hecho de que existió, existe y existirá un Bolívar, explica la paciente acumulación de datos sobre sus parientes anteriores y posteriores, que emergen del olvido por la resonancia contagiosa del Libertador; y que se tornan visibles, en una lejanía de penumbra, gracias a la poderosa luz que enfoca sobre ellos la solar fulgencia del héroe. Es que Bolívar —lo mismo que San Martín, lo mismo que tantos claros varones de América— es un eterno tiempo presente, que incesantemente se distiende sobre lo que fué y sobre lo que será, sobre lo que se halla atrás y adelante de su ubicación histórica, porque su vitalismo, más potente que la muerte, impregna cuanto problema pasado, presente y futuro pueda plantearse la mente humana en su enconada angustia de saber, comprender y resolver.

6. *El fracaso de una política*

El mimetismo americano, trascendió de las vanidades nobiliarias a la vida real, a la reverencia de todo lo europeo, para terminar en la enajenación de todo lo nuestro. Advino el imperio de la política europeizante, que en el siglo pasado se tradujo en el culto del capital y del hombre europeos, política que convirtió nuestras libres repúblicas en otras tantas factorías. Ella nos trajo muchos males y muy pocos bienes. Ni siquiera se pudo dominar el desierto, la gran ilusión de los ideólogos de la época, que hizo surgir el gran apotegma de Alberdi —"gobernar es poblar"—, como el lema por excelencia del buen gobierno.

Por lo demás, aquella ilusión era explicable. Hasta hubo un principio de éxito en la empresa inicial de poblar con masas europeas el continente. De 1880 a 1930, el Brasil recibió, con bastante regularidad, 80,000 inmigrantes por año, o sea un total de cuatro millones; en el mismo lapso, Argentina absorbió más de cinco millones de europeos; y el Uruguay, más de la mitad de su población actual. La excepción, en el Río de la Plata, la constituye el Paraguay, que en ese lapso no recibió ni cuarenta mil inmigrantes.

El fracaso de esta orientación se hizo patente en 1930, cuando fué abandonada la llamada política de la "puerta abierta". Argentina dictó una rigurosa reglamentación que impide la entrada de inmigrantes que no tengan un trabajo seguro en el país o un capital mínimo fijado anticipadamente; Brasil hizo lo propio, protegió el mercado del empleo a beneficio de los nativos, y preso de repentinas preocupaciones de asimilación étnica, señaló como cuota de inmigración el dos por ciento del total de inmigrantes establecidos en el país durante el último siglo transcurrido. Paraguay adoptó una política similar a la de Argentina, y Uruguay, más radical que todos, dictó la ley del 19 de julio de 1932, prohibiendo la entrada de inmigrantes por un año, término que fué prorrogado varias veces.

No hay que pensar que estas restricciones eran pasajeras; ellas marcan una nueva etapa en la vida de las naciones americanas. Verdad que en los cuatro países a los que limitamos nuestras referencias, sobran tierras y faltan habitantes, pero se han estructurado ciertas condiciones económicas, difíciles de

transformar rápidamente, que conducen a un relativo estancamiento de la población.

La densidad de la población se halla determinada por condiciones económicas que le marcan un límite. Las industrias y las grandes empresas que ocupan gran número de empleados son la causa del desmesurado desarrollo demográfico de las ciudades modernas, mientras en las zonas rurales entran en juego el precio del salario, el valor de la tierra y el costo de comercialización de los productos, aparte de otros factores concurrentes, muchos de ellos de carácter regional. Por eso, allí donde las condiciones económicas son más propicias, como acontece en Argentina, en Uruguay y en San Pablo (Brasil), la población arraigada es mucho más densa que en el Paraguay y que en el noroeste brasileño. Mientras en Argentina el jornal del asalariado agrícola era en 1930 de 2 a 4 pesos en tareas de sol a sol, y en San Pablo de 5 a 12 mil reis, en el Paraguay ese jornal no pasaba de cincuenta centavos argentinos, y en los Estados brasileños del norte oscilaban entre los 3 y los 7 mil reis.[2] He aquí la razón profunda que marca límites a la población americana.

Un menor costo en la comercialización de los productos agrícolas, salarios más humanos y un mayor desarrollo del crédito, con una tasa de interés que no pase del cuatro por ciento, serían algunas de las condiciones que han de cumplirse previamente para superar la estagnación demográfica. El ahorro y la acumulación de productos son lo que hacen posibles las poblaciones densas. Como dice Enrique Siewers, en una referencia al Brasil generalizable a toda Indoamérica, "aún siendo factible el establecimiento de inmigrantes en condiciones tan primitivas, en nada se aumentaría con ello el progreso económico de un país. Al contrario, puede él representar un peso muerto en la obra del progreso social que incumbe a toda sociedad organizada. Para que la colonización sea viable, se requiere una probabilidad, por mínima que sea, de vender una parte de los productos del suelo para obtener, a cambio de ella, los bienes y servicios necesarios para una vida civilizada. Y así es como debe establecerse el límite práctico de toda inmigración colo-

---

2 Hay que tener presente que los salarios vigentes en 1930 se fijan en monedas de los respectivos países (menos los del Paraguay, que en aquella época tenía prácticamente como patrón monetario el peso argentino), teniendo en cuenta el valor legal y adquisitivo que tenían en aquel año.

nizadora en un país, por colmado que esté de todos los dones de la naturaleza".

7. *Potencia e impotencia*

Es precisamente en este momento de estagnación, y a veces de retroceso, de su desenvolvimiento, que sorprendió a Indoamérica la segunda guerra mundial. Fué requerido su concurso por los americanos del Norte, y él no fué negado ciertamente, pero se manifestó en una forma teórica y negativa. El Brasil fué el único país que prestó un aporte militar efectivo: sus tropas tuvieron una brillante participación en las campañas de Italia.

¿A qué se debió esta falta de solidaridad activa, militante, con los Estados Unidos? ¿A un fondo de animadversión, a la supervivencia de viejos resquemores, o a ocultas simpatías por los países del Eje?

Dudo que ninguno de estos supuestos haya tenido algún influjo en la conducta de pueblos y gobiernos. Había un factor mucho más decisivo y poderoso: la América de habla española no era libre como para ocuparse de la suerte total del género humano, sustrayendo su acción a tareas más urgentes que afectan a sus propias masas esclavizadas. Habíamos dejado de ser una colonia política, pero seguíamos siéndolo en el orden económico. Es decir, los indoamericanos no se beneficiaban con el fruto de sus trabajos en la medida a que tienen derecho, porque se les sustraía la mayor parte de sus utilidades en beneficio exclusivo del hombre europeo.

Algunas cifras han de servir para probar estos extremos. En 1929 Inglaterra importó mercaderías por un valor total de 1,233 millones de libras esterlinas; pero el valor global de sus exportaciones y reexportaciones no pasó de 840 millones. De modo que en su balance comercial figuró un enorme déficit de 393 millones de libras.

¿Cómo pudo resistir, el poderoso imperio, semejante drenaje de dinero? Es que en el mismo año llegaron a Inglaterra 517 millones en concepto de fletes, rentas de la cartera exterior, comisiones, corretajes, seguros, utilidades de ferrocarriles y bancos, amén de otros servicios. De modo que en su balance de cuentas figuró un superávit de 124 millones de libras. Esta renta colosal se nutría, principalmente, del trabajo del hombre ame-

ricano, que se pauperizaba más y más, porque cuanta riqueza creada por su esfuerzo afluía sin cesar al extranjero. Estados Unidos diestramente sacaron partido de la primera guerra mundial para cortar esta sangría económica y se convirtieron en seguida en la primera potencia mundial; pero Indoamérica no pudo seguir su ejemplo, y sigue teniendo como problema básico, el de su liberación económica. Lograda ella, podrá actuar como factor decisivo en el mundo de mañana.

Durante todo el siglo pasado y gran parte del presente, el procedimiento técnico empleado para la explotación de nuestras repúblicas, fué la llamada inversión de capitales que en numerosas ocasiones no pasó de una ficción. Ella asumía, generalmente una de estas tres formas típicas:

I.—*Los empréstitos.*—La historia de los empréstitos obtenidos por los países indoamericanos nos enseña que sólo una parte del dinero tomado en préstamo llegaba al país que lo había obtenido. Lo común era que los prestamistas lo retuviesen, casi en un cincuenta por ciento, en concepto de comisiones, premio de los títulos emitidos y pago anticipado de intereses y amortizaciones. Luego, un empréstito ulterior servía para cubrir los usurarios intereses del primero; pero esta vez ya no ingresaba al país suma alguna.

II.—*Los ferrocarriles.*—Las empresas concesionarias, si importaban algo, era apenas el material rodante; pagaban al personal con el crédito obtenido en los bancos locales, a un interés mínimo que no regía para los nativos; conseguían que el Estado les garantizase una utilidad del siete u ocho por ciento, a veces más, sobre el monto de un capital inmoderadamente aguado; y gracias a este respaldo legal, a los pocos años cobraban a la nación cuantiosas sumas que les permitían ampliar sus líneas, sin dispendio del capital propio.

III.—*Los Bancos.*—Estas instituciones iniciaban sus operaciones a base de una simple operación de crédito, y luego, con los depósitos de su clientela, es decir, con el ahorro nacional, continuaban desenvolviendo sus actividades.

Mediante el triple procedimiento técnico que queda esbozado, se estructuraba la esclavitud económica de medio continente, y todos los esfuerzos del pueblo no bastaban para superar la miseria orgánica en que vivía. Los principales factores adversos de su prosperidad, eran:

1º El monopolio de los medios de transportes, permitía el establecimiento de tarifas diferenciales en el flete, de modo que cuando una empresa verdaderamente nativa pretendía hacer circular su producción, tenía que pagar el doble o el triple que su competidor extranjero; y

2º El uso de la tasa del interés como instrumento del empobrecimiento nacional. Mientras en Europa ese interés raramente pasaba del cuatro por ciento, en la mayoría de nuestros países no bajaba del diez y del quince por ciento. Como consecuencia se fueron liquidando poco a poco la fortuna de los nativos, a pesar de la prudencia de sus administradores, y comenzó el proceso de la gran nivelación en la miseria.

8. *Europa y América*

Estos hechos nos llevan a considerar nuestra posición dentro de la civilización occidental, frente al Viejo Mundo. Pero ningún problema que tenga simultánea conexión con Europa y América, puede ser captado en sus elementos constitutivos, con relativa veracidad, si no precede a su estudio un análisis de las diferenciaciones de ambos continentes.

"Es Europa, escribió Víctor Morínigo en 1936, un continente poco extenso, subdividido en pequeñas regiones geográficas y etnográficas bien acusadas que crean condiciones de vida netamente diferenciadas entre los diversos pueblos que comprende dentro del hemisferio boreal. Su barroquismo geográfico parecería haber tenido influencia en el divisionismo feudal típicamente europeo, que es barroquismo político y social. América, en cambio, comenzando del Canadá, pasando por el Gran Cañón del Colorado, la meseta mexicana, los Andes, las grandes selvas del Brasil y del Paraguay, al altiplano altoperuano, la llanura pampeano-chaqueña hasta el Cabo de Hornos, ofrece una sensación tal de grandeza coherente —con sus montañas desmesuradas, sus ríos enormes y sus vastas selvas y las llanuras que se extienden a lo largo de los hemisferios con sus litorales marítimos batidos por los magnos océanos que la separan del mundo asiático y de las costas de Africa y Europa—, que no puede desligarse de un recóndito y fuerte espíritu de unidad sin visibles complejidades diferenciales.

"Europa es un continente disminuído en sus posibilidades naturales, con sus campos esquilmados por cultivos milenarios

y saturado de población dentro de estrechos límites. Económicamente se encuentra en la decrepitud. Y frente a la realidad europea se levanta América, económicamente joven, con un enorme margen de riquezas naturales aún vírgenes y aprovechables por centenares de millones de habitantes más de lo que posee en el presente dentro de sus dilatados límites.

"Las nacionalidades europeas constituyen osificaciones de pueblos esencialmente predatorios. Su civilización se edificó con elementos habidos en la rapiña, por medio de la conquista violenta y el sometimiento de los vencidos. La sentencia de Breno, Vae Victis, entraña un concepto moral y político esencialmente europeo que derivó de la explotación del hombre por el hombre, modalidad característica sintetizada en el terrible aforismo repetido por Hobbes: Homo Hominis Lupus, fundamento de toda una filosofía".

Llevado por una instintiva vocación de libertad, América, en contraposición a Europa, irrumpe en la historia como el abanderado de la fraternidad humana. Sus ejércitos, cuando trascienden las fronteras regionales, van para romper cadenas y no para oprimir hermanos, al menos cuando actúan obedeciendo la auténtica voluntad de los pueblos. Si en nuestro continente hubo también atropellos a la ajena soberanía y si nuestro pasado no se halla virgen de conquistas y rapiñas, hay que confesar que esas desviaciones de la vocación colectiva han sido siempre la obra de gobernantes de mentalidad colonial, europeizada, que creían propio de la civilización el abusar del desequilibrio de los poderíos. Esa misma mentalidad de sometidos, sirvió de instrumento a la política de las potencias europeas que, sobre las ruinas del imperio español, crearon el régimen de la colonia invisible, después de lograr la atomización de nuestro hemisferio.

9. *La Magna Europa*

¿PERO dónde termina Europa y comienza América? La Argentina de comienzos de este siglo se enorgullecía de ser un pedazo de Europa, un pueblo de arios, antes que una nación americana, de piel cobriza. Y en el sentir de muchos penetrantes pensadores, "América termina en el Río Grande". "Desde esa corriente fluvial hacia el norte, arguye Víctor Morínigo, se

halla constituída una nación —o dos que prácticamente pueden ser una—, que indudablemente representa a *una sección especial de la raza blanca y a una sección particular de la civilización occidental.* Podemos evocar ante la nación norteamericana y el Canadá, el recuerdo redivivo de la Magna Grecia".

Efectivamente, al norte del Río Grande, florece una gran civilización, que representa frente a Europa lo que en la antigüedad representaron las florecientes colonias helénicas del Mediterráneo frente a la civilización ateniense. Esa vasta porción del Nuevo Mundo, era en la segunda mitad del siglo pasado, "la tierra típica del *pioneer,* donde el éxito era la justificación de todo; donde el europeo, el inmigrante, desbocaba sus apetencias en un amplio estadio virgen, libre de los prejuicios de las sociedades antiguas". Y cuando en sus clases dirigentes primó la concepción de vida europea, condujeron a su pueblo por el camino de las usurpaciones, creando resentimientos que a ratos aún arden como el último rescoldo entre un montón de cenizas.

No obstante, en los últimos años se observa en los Estados Unidos un vigoroso renacimiento del verdadero espíritu americano, del espíritu propio de nuestro hemisferio, que somete el poderío material a una concepción ética de la vida. Es decir, los Estados Unidos vuelven a sus orígenes remotos; a los principios cuya práctica le dieron grandeza, prestigio y espectabilidad; a recuperar aquella personalidad cuya esencia antieuropea Emerson señaló con estas palabras: "América comienza a afirmarse a sí misma en los sentidos y en la imaginación de sus hijos y Europa retrocede en el mismo grado".

Como hemos señalado ya, también el Río de la Plata, sobre todo la tierra argentina, corrió el riesgo de desamericanizarse, de tornarse a su vez otra porción de la Magna Europa. Pero el proceso de la europeización argentina se inició demasiado tarde. La llamada conquista del desierto, episodio equivalente a la extirpación de los *pieles rojas* en los Estados Unidos, se produjo con excesivo retardo.

Hubo otros dos factores que contribuyeron a ese fracaso, o mejor dicho, a esa salvación del alma argentina. Prosiguiendo el símil, diremos que los Estados Unidos se independizaron en la edad de las carabelas, y como consecuencia, un relativo aislamiento les permitió asimilarse y desarrollar en su suelo los valores de la cultura europea, sin correr el riesgo de una absor-

ción. Las masas inmigrantes aproaron a sus costas con años de anticipación que en la Argentina, y gracias a la lentitud de las comunicaciones esos millares de advenedizos pudieron romper rápidamente sus vínculos con la tierra nativa. La nación se despreocupó de defender su concepción de vida, porque no advirtió amenazas exteriores, y estuvo a punto de desnaturalizarse. En cambio, en la Argentina la corriente inmigratoria se inicia en la edad del vapor, del telégrafo, de las comunicaciones rápidas, y pronto se sintió la necesidad de defenderse, de americanizar esos contingentes humanos, para salvar la independencia. Un esfuerzo de captación extraordinaria se desplegó para nacionalizar a los recién llegados, y por medio de la educación se argentinizó a sus hijos. Las obras de Ricardo Rojas representan la más orgánica, la más brillante contribución de la inteligencia autóctona a este empeño. Rojas es hombre del interior, siente telúricamente la patria, tal vez por herencia india, y la grandeza de su labor no puede ser medida ni comprendida si no se tiene en cuenta la época de su aparición y los angustiosos objetivos que animan sus creaciones de historiador, de crítico y de poeta.

En nuestros días, después de la aparición del avión y de la radio, aun los Estados Unidos tienen que fijar cuotas a la inmigración, para defender de la destrucción la propia individualidad.

El segundo factor que actúa en la Argentina es aún más importante y decisivo. En ella el afán europeizante del litoral se ve contrarrestado por el espíritu americano de los pueblos del interior. Lo que Sarmiento llamó lucha entre la civilización y la barbarie es en realidad la lucha entre Europa y América, que se inicia, no el año 10, sino en los albores de la Colonia. Cada vez que Buenos Aires se deja llevar por sus veleidades europeizantes, choca con el interior; pero en todas aquellas ocasiones en que resiste a la agresión europea, indios y mestizos deponen su encono y corren en defensa de la capital. No es únicamente en los días de la Reconquista que se ven confundidos en los muros de la gran ciudad, en lucha contra el agresor europeo, paraguayos y argentinos; la historia ya había presenciado el mismo hermoso espectáculo en muchas ocasiones similares. Ya en 1698, dos mil guaraníes acudieron a defender Buenos Aires contra la amenaza de los franceses; estos aguerridos indígenas levantaron las fortalezas de Buenos Aires y Mon-

tevideo, y la completaron tiempo después, sin aceptar remuneración; y en 1779 y años subsiguientes, durante la guerra con Inglaterra que terminó con la paz de Amiens en 1783, fueron ellos los que, según el testimonio del gobernador Zavala, "tripularon las 25 lanchas cañoneras del Río de la Plata y manejaban los trenes de artillería volante sobre sus riberas". El pasado abunda en episodios de esta índole, rigurosamente expurgados de las historias oficiales, y que prueban, por lo menos, que nunca hubo en estas tierras la supuesta lucha entre la civilización y la barbarie, el decantado choque entre porteños y provincianos; la pugna fué entre Europa y América, pugna en la que finalmente se impuso el espíritu nativista. Por eso la Argentina de hoy es un fragmento vivo de América, y no una Magna Europa del Sur.

10. *La unidad continental*

QUEDA el problema de los Estados Unidos, problema que puede ser mirado con un optimismo que nace del análisis de los hechos.

Con la llegada de la madurez, se advierte en ese gran país la aparición de un patriotismo americano, de un patriotismo continental. No se puede negar que actualmente, dueño como es de un poder incontrastable en el mundo, usa de él con un sentido moral y una mesura de que no serían capaces, en circunstancias idénticas, ni Inglaterra, ni Francia, ni Rusia, ni ninguna de las potencias de Asia y de Europa. Prima en el desarrollo de su política la concepción americana de la vida sobre la doctrina europea del *Vae Victis.* Esa americanización de los Estados Unidos se acentuará aún más cuando, al término del ciclo crítico a que ha entrado el mundo, sienta el odio y el desprecio de una Europa que jamás le va a perdonar la pérdida de su hegemonía en el mundo.

Hay la tendencia de señalar como característica de los Estados Unidos una concepción puramente materialista de la vida, en contraposición a la espiritualidad indoamericana. Esta apreciación proviene de la boga que tuvo y tiene en el norte la ciencia aplicada, como resultado de un prodigioso desarrollo económico, que primero alcanzó y después superó el industrialismo europeo.

¿Qué hay de verdad en esto? ¿Qué hay detrás de las realizaciones materiales?

Si, ahondando hasta más allá del fenómeno económico, captamos las corrientes filosóficas predominantes en ambas porciones del continente, descubriremos similitudes e identidades insospechadas. Las colonias españolas se educaron bajo el signo de la filosofía tomista, o sea de un aristotelismo cristiano, que no pudo prosperar, porque la mentalidad criolla estaba más cerca del platonismo agustiniano, que tuvo expresiones peculiares, propias de una sociedad que amaba la ciencia y las realidades cotidianas. Las colonias inglesas, bajo el influjo de un platonismo cristiano difundido por la escuela de Cambridge, también aceptó un idealismo corregido por cierta tendencia hacia lo empírico, que aparece claramente en Benjamín Franklin. En suma, en todo el continente predominó una corriente idealista de raigambre ateniense.

El idealismo de ambas Américas no deriva de Descartes, ni de Locke, ni de sus epígonos, quienes parten del supuesto de que el mundo que conocemos es una sombra ilusoria, una creación poética: un fenómeno mental. El idealismo de la Europa moderna es profundamente pesimista, porque es esencialmente pesimista su teoría del conocimiento.

El idealismo platónico no elude la realidad y es en cierto modo evolucionista. Cree tan real al mundo, que lo supone capaz de una perfectibilidad indefinida, en la búsqueda del arquetipo inmanente, en el constante esfuerzo por realizar la Idea. Es el optimismo radical de esta filosofía lo que seduce al temperamento americano.

La creencia en la perfectibilidad, la fe en el progreso incesante, son rasgos permanentes, casi invariables, de la mentalidad continental. Por eso, cuando entró de moda el positivismo, fué mayor la boga del positivismo evolucionista de Spencer que del positivismo estático de Augusto Comte.

La creencia es el factor dinámico de nuestras sociedades; el entusiasmo moral puede más que la metafísica. Somos amigos de las realizaciones prácticas, pero siempre descubrimos un substractum espiritual en todos los valores materiales. Y simultáneamente, queremos que la filosofía se sumerja en el mundo concreto que vivimos cotidianamente, para iluminar nuestros problemas vitales, y no que se retire a un mundo absoluto colo-

cado fuera del tiempo, sin posibilidad de iluminar ni resolver nuestros conflictos.

Todo esto es común a los pueblos del continente.

Es cierto que los americanos del Norte se nos han adelantado considerablemente en conocimientos científicos y en progreso material; pero es posible que en los del Sur permanezca más alerta el sentido de lo espiritual. A todos nos anima un humanismo trascendente, la fe en la democracia, el culto de las libertades fundamentales del hombre. Creemos en una cultura americana, cuyas características esenciales son la humanidad, en el sentido cristiano de la palabra, y en la primacía de lo espiritual, que da sentido y perennidad a los monumentos materiales con que los pueblos capaces jalonan su paso por la historia. Creemos que la paz es nuestro destino y nuestro estado natural. Y aspiramos a la universalización de las características de nuestra Cultura, no por vocación imperialista, sino por una pasión de servicio a la humanidad.

Tales son nuestras afinidades. Hay que advertir, sin embargo, que ellas pueden ser destruídas por nuestra desarmónica evolución económica. Hay el peligro de que los países más desarrollados pretendan explotar colonialmente a los menos desarrollados, en vez de ayudarlos a superar rápidamente el retraso en que los mantiene factores geográficos e históricos adversos. Si las Américas no incurren en esta materia de los mismos errores de Europa; si no pretenden dar un trato de privilegio a los fuertes y aceptar la opresión de los débiles; si no se apartan de su filosofía simultáneamente idealista, dinámica y creadora; en una palabra, si se deciden a ser las servidoras del hombre libre, su hegemonía en el mundo marcará uno de los períodos más felices y brillantes de la Historia universal.

AZAÑA Y LA REPUBLICA ESPAÑOLA

Por *Antonio* RAMOS-OLIVEIRA

1. *La encarnación de la República*

ACOGIDO con sorpresa por muchos, con disgusto por unos pocos y con expectante curiosidad por la mayoría de los españoles, don Manuel Azaña ascendía a la Presidencia del Consejo de Ministros en octubre de 1931. El vencedor ocupaba el puesto del vencido, como en un juego de destreza. La pugna entre la vieja y la nueva política, se había ahilado en las Cortes Constituyentes en un cuerpo a cuerpo oral entre Alcalá Zamora y Azaña. Azaña halló la fórmula que todos buscaban en vano. Las Cortes se le entregaron y le entregaron el destino de la República. Desde ese momento Azaña fué la República y la República fué Azaña. La creación política rara vez deja de ostentar un sello personal. La política es como una arte plástica, si no tiene algo de todas las artes, y el autor de un régimen o moldeador de un pueblo, propende a vaciarse en su obra, como los demás artistas. El fundador político imprime la impronta de su espíritu al régimen creado o parteado por él. En consecuencia, quien trate de saber qué fué la segunda República española en su instante más característico, en el momento en que se condujo con mayor espontaneidad, cuál su moral, cuáles sus gustos, cuáles sus pasiones, cuál su manera administrativa, cuáles sus virtudes y sus defectos, en suma, ha de familiarizarse con la figura de Azaña. Las fallas de Azaña fueron las fallas de la República; los méritos de la República fueron también los méritos personales de Azaña.

La segunda República española sorprende a don Manuel Azaña en la cumbre de la edad, en la "madurez fructuosa del otoño": cincuenta años. Es la ocasión de la fecundidad sazonada, la hora del hombre más favorable a las grandes creaciones. Azaña no nos va a legar, sin embargo, ningún gran

libro, siquiera deje alguno notable por el estilo; ni una noción salvada. Nada de eso. Azaña será un fracasado. Un fracasado, sin vuelta de hoja, en la política. Un fracasado, tal vez, en la literatura, por cuanto es indudable que pudo engendrar, con el talento que rebosaba, una gran obra.

Don Manuel Azaña Díaz vino al mundo en Alcalá de Henares, patria de Cervantes. Procedía de una familia acomodada de la clase media, mitad artesana, mitad terrateniente. Hogar de abolengo liberal.

> Yo recuerdo —confió en cierta ocasión Azaña— que de chico me entretuve en profanar, jugando con él, un morrión de miliciano que tenía un plumero majestuoso y le acompañaba en la panoplia una charretera de plata... El portador y dueño de aquellos trofeos militares era mi abuelo, y con ellos tengo yo recibido, de los profundos senos del siglo pasado, cuando toda España ardía en contiendas por la libertad, ese prestigio épico, indescriptible, imborrable en el alma del niño, que me ha adherido desde pequeño a los fastos liberales de la patria española.[1]

En su residencia como estudiante entre los agustinos de El Escorial le brotaron a Azaña las inquietudes y reconcomios espirituales que pinta, todavía con prosa un tanto escarpada, en *El Jardín de los Frailes*. La Iglesia no pudo apresar su alma, ni parece haber puesto amor alguno en ello. El Escorial depuró y aquilató la sensibilidad artística del literato, al tiempo que abonaba en su espíritu, por contraste, el interés por una fe sustentada sobre la razón.

La parvedad del patrimonio familiar, que se había ido adelgazando con el tiempo, impuso luego a Azaña la trayectoria social de una falange de españoles de su clase. ¡Qué remedio! Llama a las puertas del Estado, reclamando un lugar en su burocracia. Las oposiciones ganadas con brillantez, el escalafón, el empleo seguro, y sobre esta base económica, a vivir para las letras y la política. Alto funcionario del Estado, Azaña dispone de mediodía y media noche, que emplea en el estudio y la polémica. Escribe libros que no llegan al gran público, pronuncia conferencias, se mueve en segundo plano dentro del partido reformista.

---

[1] Discurso en "El Sitio", Bilbao, 9 de abril de 1933.

Por último, mencionemos su dignidad literaria de ateneísta asiduo y cabal y su condición, más tarde, de secretario inexpugnable de aquella inquieta institución.

Aunque, al parecer, Azaña no quería admitir que fuera una revelación de la República, su irrupción en la política, siendo, como era, desconocido para el pueblo, tuvo ese carácter. "Yo no he necesitado revelarme a nadie, y nadie se revela sino como trabajador", puntualizaba. Y, en efecto, lo que fraguaba en el banco azul de la República, el hombre que iba a dirigir el régimen, era el resultado de un gran esfuerzo silencioso. Azaña consuma su formación intelectual en el Ateneo de Madrid, donde aparece, con sus veinte años inquisitivos, al romper el siglo. "El Ateneo estimula y pone en su curso —nos dice— la inteligencia especulativa, la sensibilidad, la fantasía creadora y el espíritu crítico". Allí vela y ejercita sus armas de orador y de político. Y en la tregua de las luchas civiles que la dictadura del general Primo de Rivera representa para la nación por cerca de un decenio, Azaña se trabaja a sí mismo con una meta clara. Sabe lo que quiere y a dónde va, y no le falta ambición, ni voluntad, ni carácter para lograrlo. Azaña no improvisa nada, ni es una inspiración que se abre, como las flores, al cambiar la estación. Claro está que su triunfo en la política se gesta, como todos los de su estirpe, en una diversidad de circunstancias; pero lo principal lo pone Azaña con una labor metódica y callada de varios lustros. "En último resultado —escribió Balzac— el genio tal vez no sea más que una gran paciencia". En la escala que se prefiera, a Azaña le es aplicable este juicio.

Por lo demás, debemos preguntarnos: ¿De dónde le venía a Azaña la voluntad de perseverar en política? Su pasado en el reformismo no le deparó grandes éxitos personales precisamente. Los hados de la política española se empeñaron en hacer de él una figura mediocre del movimiento acaudillado por don Melquiades Alvarez. El jefe del partido le tenía en poco; en menos, sin duda, de lo que Azaña merecía, y en menos de lo que Azaña creía que merecía, cosa de cierta importancia. Llegó a oír que no tenía categoría para diputado a Cortes. ¿Y no se ocultaría en el ahinco con que Azaña se preparaba para gobernar un afán, quizás inconfesado, de desquite? Hay agravios que cuando escarban en el pecho de un hombre pueden dispararle a mover montañas.

Pero no era un sentimiento subalterno lo que mantenía a Azaña en la vida pública; aunque acaso arrastrara de la experiencia pretérita una acrimonia o desabrimiento polémico que a las veces, en la República, anegaba sus discursos. De todas suertes, se contaban entre los rasgos personales de Azaña cierta arrogancia intelectual y una agresividad de verbo y empaque que le hacía, ante el enemigo, más peligroso de lo que en realidad era, con amargo fruto para su política.

A buen seguro, Azaña era político militante por la tiranía del medio ambiente. Su vocación más cierta era la literatura. Le lanzaba a la política, como a tantos otros españoles, esa virtud pública que le es totalmente ajena a la oligarquía española: el patriotismo. Porque el sentimiento patriótico, exacerbado por la trágica situación del país, involucra en la política española a una serie de ciudadanos que en otra nación o en otra época de España hubieran vivido a extramuros de la vida pública. Unas veces porque el patriotismo enciende la vocación, y parece un cargo de conciencia, dada la notoria falta de hombres, desentenderse de la marcha del Estado; otras, porque el tejido de las relaciones sociales le envuelven, haciendo de él un forzado, raro es que el español de alguna autoridad pueda mantenerse de espaldas a la política militante. A ningún ciudadano de sensibilidad y discernimiento le ha de tener sin cuidado la crisis de una nación que va de tumbo en tumbo. Se abandona, pues, el arte, la ciencia, o lo que sea, por la lucha política; y quienes persisten en no salir de su torre de marfil imitan, después de todo, a Arquímedes, que sumido en sus estudios no se enteró de que la soldadesca le saqueaba la casa.

A mi modo de ver, Azaña era un género de ciudadano que en una España normal, constituída y próspera no se habría ocupado en política y menos en dirigirla. Tal vez hubiera escrito una obra definitiva. Como vamos a comprobar, no era hombre de acción, aunque en ocasiones lo pareciera. El propio Azaña tenía conciencia de su timidez, porque no se ignoraba totalmente a sí mismo, y más de una vez lo confesó en público.[2] También reconoció que no era hombre de acción. "Si yo fuese hombre de acción. . .".[3]

---

[2] Discurso en el Frontón Central de Madrid, 14 de febrero de 1933, y discurso en las Cortes, 2 de octubre de 1933.

[3] *La Velada en Benicarlo,* p. 82.

En su fuero más íntimo, Azaña era un artista, esto es, un hombre de sensibilidad estética. Su "ánimo de político se enardecía como el ánimo de un artista al contemplar una concepción bella". El pueblo era para Azaña "la materia concreta en que trabajaría un artista".[4]

2. *Azaña y Valera*

PERO donde Azaña nos revela más paladinamente su secreto es, quizás, en sus amables ensayos sobre don Juan Valera. La personalidad del escritor cordobés le preocupaba y sugestionaba como ninguna otra vida española. Y es que ambos contemplaban a España desde el mismo ángulo. Eran en lo esencial dos psicologías semejantes. Si hubiesen vivido juntos hubieran corroborado, en las reacciones íntimas y personalísimas respecto de la sociedad y el paisaje de España, que tenían idénticos gustos y pareceres. Azaña descubría en Valera virtudes que eran las suyas también en la madurez. "El recato, la mesura, el resguardo cuidadoso de la intimidad personal; la pureza de líneas, la claridad, el orden, la apelación perenne al buen sentido, la sencillez, la gracia, más la aversión consiguiente a lo estentóreo y lo desaforado".[5]

Como acontece con Valera, el conflicto del hombre con el medio es, asimismo, en Azaña de raíz estética. Valera siente un altivo desvío por la sociedad española, que le parece primitiva, zafia, presuntuosa e ignorante. Valera percibe, ante todo, la dimensión estética, o antiestética, de las cosas españolas, una cualidad prominente en Azaña.

Durante mucho tiempo le ocurrió a Azaña en la política algo comparable con lo que le pasó a Valera. Sin duda alguna, "su finura mental —como Azaña escribe del polígrafo cordobés— le impedía ser fanático; el señorío personal no le dejaba meterse entre la turba y abrirse camino a codazos". Y no evocaba Azaña, quizás, su paso por el reformismo en estas líneas sobre Valera?: "En los partidos no podía pasar de la condición secundaria reservada a los que brillan fuera de la política, temidos, y, en el fondo, desagradable por su inteligencia, sospechosos a sus correligionarios".

---

4 Conferencia en "El Sitio", de Bilbao, 21 de abril de 1934.

5 Véase "Valera", en el volumen *La invención del Quijote y otros ensayos.* Madrid, 1934.

Igualmente, Azaña, secuaz de un reformismo que perseguía la liberalización de la monarquía, nos recuerda a Valera ingresando en el partido moderado con el designio de liberalizarlo.

Había en ambos idéntica proclividad "a lucir personalmente su despejo intelectual y cierta indulgencia de hombre curado de espantos". Valera afrontaba a las Cortes con un "¡Pertenezco a la escuela liberal doctrinaria!", como Azaña se complacía en aguijonear a su auditorio parlamentario con un "Yo no soy liberal", o, en otra ocasión: "Si agitan el fantasma del caos social, me río". En esta suerte, de *boutade* o genialidad se complacían uno y otro, sólo que en Valera, francotirador de la política, simple diputado a Cortes, carecían de consecuencias.

Tampoco les separaba visiblemente el concepto de la revolución, si tenemos en cuenta los tiempos en que uno y otro vivieron. "De la revolución —anota Azaña sobre Valera— aceptaba el principio crítico de la razón discursiva, el principio destructor y a la vez reconstructor, enderezado contra las formas tradicionales. El advenimiento de la burguesía al mando es, para Valera, la forma definitiva, ya que no sea perfecta, de la sociedad". Azaña, hombre de una hora más avanzada, incalculable, probablemente, para el literato andaluz, no pensaba exactamente lo mismo, pero la coincidencia de fondo es absoluta en ambos.

Donde se separan radicalmente es en el destino personal. Valera invade la política con un liberalismo aristocrático y con noción confusa de su papel, mas creyendo que iba a señorear desde su escaño de diputado a la nación. No hizo nada, sin embargo; era otra su época y le faltó empuje. Aquí se bifurcan los destinos de estas dos personalidades, y Azaña adelanta en la acción mucho más allá de donde se detuvo el cordobés, que acabó sumergiéndose por entero en la literatura y la diplomacia.

Como Valera, Azaña es una alma clásica afrentada por el desorden estético de la sociedad española. La nación que a otros le salió mal, desproporcionada, monstruosa, él la quiere rehacer con mayor pureza de líneas. La ambición personal, el amor al poder, el anhelo de justicia, acicates de la mayoría de los políticos, son valores subsidiarios en la protesta de Azaña, que cuando se prepara para gobernar sueña como quien concibe una obra de arte. A Azaña le irrita, como a Valera, la

ordinariez y la chabacanería, antes que los demás defectos, de la sociedad española. Y aunque abandone los libros (pero no los abandona; escribe siempre, con acusada preocupación por el estilo) no rompe con el arte. Para Azaña, la política viene a ser una prolongación de la literatura, en un alto sentido. La misma obsesión le induce a inundar de política su obra literaria.

El ideal, ideal casi poemático, que Azaña busca realizar en la política aflora con frecuencia insistente en sus discursos:

> Si vosotros tomáis un corazón español en la mano os dirá que es pobre, que tiene hambre, que no trabaja; pero os dirá también una queja que él, quizá, no haya percibido, que es una queja de raza, traída de siglo en siglo; porque el viejo espíritu español tiene sobre sí veinticinco siglos de civilización, y cuando la mitad de Europa yacía aún en el salvajismo y en la barbarie, ya en esta tierra había encendido la civilización latina sus lámparas prodigiosas, con las cuales aún nos seguimos alumbrando. Pues bien, señores, yo digo: la República, en su valor más alto, en su potencial nacional, es una resurrección de la civilización española, es un aliento de la raza española, es la apertura de un camino inmenso y anchuroso para el genio creador de la raza española. Sí, yo estoy persuadido de esto: estoy persuadido, porque no me lo ha contado nadie; lo he oído yo mismo en los espectáculos de la naturaleza española. Me recordaba esta tarde un amigo que un poeta antiguo, conterráneo mío, cantaba quizá saudades de la juventud y decía:
>
> "Orilla el Henares sembré avena loca..."
>
> "¡Qué tristeza...! El poeta viejo, recordando su mocedad, entre el linar y la arboleda...! Pero este mismo poeta, bravío, mujeriego, montaraz, trepaba a la sierra, y en las alturas de la sierra, batido por los vientos, quemado por los soles de Madrid, este hombre daba aquel aullido a la vida, y entre el río y la montaña quedaba un espacio inmenso, cubierto por una civilización floreciente y risueña, no cantada por la historia del imperialismo, pero sentida por los españoles que conocen la historia de su país, y le brindaba los mejores frutos de la civilización y de la vida de su tiempo.
>
> Han pasado los siglos, señores, y yo también he ido, como si dijéramos, "a sembrar avena loca orilla el Henares", y la

> he sembrado. He sembrado aquella avena loca a comienzos del siglo, en que todos veníamos del escepticismo, y del pesimismo, y de la negación, en que era elegante renegar del hombre español, en que era distinguido dar por terminada la historia de nuestro país, en que era brillante desprenderse de todas las responsabilidades de colaboración social. De eso viene la juventud de mi tiempo, y entonces yo también hacía el viejo camino del arcipreste, y veía la tristeza de los ladrillos de mi país derrumbados por la incuria de los siglos, y desde la tristeza toledana subíamos a la sierra con los maestros que nos enseñaron a amar la naturaleza española, y en aquella inmensa soledad, batidos también, como el viejo arcipreste, por el vendaval serrano, nos sentíamos unidos a él y a toda su historia, no más que porque estábamos bajo la emoción desgarradora del mismo paisaje.[6]

Esa tristeza de los ladrillos de España, el tristísimo aspecto de los campos, la melancolía de los páramos, la desolación del paisaje, cuanto da a España aspecto de desorden, de abandono, de desequilibrio, es lo que Valera hubiera tratado de remediar y es lo que principalmente enardecía el patriotismo de Azaña.

Azaña se afianza en la política por su dominio del lenguaje. Ya se había impuesto en el Ateneo de Madrid con su palabra original, con su lógica desconcertante y con sus elegantes sofismas. Y no cabe duda que sus éxitos entre la ingobernable multitud literaria, sobre la Bizancio de las Musas, consolidaron en Azaña la fe en sí mismo, la confianza en sus dotes de polemista.

Nos hallamos ante un escritor que consigue arrancar al instrumento del idioma notas de un raro y delicado lirismo, como en sus ensayos. En sus discursos polémicos (lo son en realidad, todos), acierta asimismo a formar conceptos de una pugnacidad irresistible para sus adversarios, dada la deslumbrante construcción del ataque o la defensa. El propio Azaña tiene a la palabra, "el gran instrumento de creación política", por acción: "Yo no sé qué sería primero, si el verbo o la acción; pero felizmente, en política, palabra y acción son la misma cosa".[7] Esto sólo en parte es cierto, y a veces no lo es ni en parte, como Azaña llega a reconocer en otro sitio, donde señala "que

---

[6] Discurso en el Frontón Central de Madrid, 14 de febrero de 1933.

[7] Discurso en Valladolid, 14 de noviembre de 1932.

ha habido eminentes políticos en la historia que no han dicho jamás esta boca es mía".[8]

En política no basta, y a menudo sobra, el discurso. Lo peor que le puede acontecer a un político es creerse hombre de acción porque acierte a apaciguar o emborrascar, traer o llevar, a las muchedumbres. La palabra no es prenda de acción, sino de pensamiento, que son cosas distintas, en conflicto frecuente, y el acierto en la crítica o en el análisis no garantiza fortuna en la ejecución.

3. *Sentimiento estético y acción*

ANOTADA quedó la pasión que impele a Azaña a penetrar activamente en la política de su país: el patriotismo, el anhelo de regenerar a España; pasión y propósito harto comunes entre los españoles de sensibilidad, y no pocas veces presentes en los peor armados para esta clase de menester. Pero ante un incendio en la casa propia, nadie se pregunta si sirve para bombero. También vimos que lo que incita a Azaña a querer cambiar la faz de su patria es, de modo principal, el afán de armonía y de belleza, preocupación de artista más que de político; ambición de una alma lírica mejor que exigencia de hombre de acción. Sobre este segundo cabo precisa insistir.

En 1918 vemos a Azaña engolfado en el estudio de las cuestiones militares; dentro del reformismo se le encomienda entonces la redacción de una ponencia sobre el asunto militar español. En el Ateneo dicta varias lecciones sobre política militar francesa, que había estudiado en Francia a la sazón.

Esta preocupación por los problemas militares embargaba a Azaña —nos dice él mismo— "por dos motivos: primero, por un motivo interno español; segundo por la importancia que estas cuestiones militares tomaron en el mundo al estallar la guerra europea. Y debo confesar que mi preocupación mayor era de orden interno español".[9]

Por consiguiente, Azaña comienza, así que inicia sus trabajos políticos, eligiendo, entre todos los problemas españoles, uno, el militar. El político reformista no se aficiona a la cuestión agraria, a pesar de haber sido agricultor en la desorien-

---

[8] Conferencia en "El Sitio", de Bilbao, 21 de abril de 1934.

[9] Discurso en las Cortes, 18 de dicembre de 1932.

tación de su juventud, ni a la financiera, ni a la docente. ¿Por qué se especializa Azaña en los problemas castrenses, que a simple vista deberían ser los menos atractivos para un artista, para un escritor que va en pos, en la política, de un ideal estético? Precisamente por esto.

Era natural que Azaña eligiera el asunto militar, por cuanto para una psicología como la suya nada podía haber en España más "estentóreo y desaforado" que la invasión de la vida pública por el ejército. No cabía manifestación más genuina de desorden, de cacofonía, para un espíritu sobre el cual ejercía excepcional violencia el desequilibrio morfológico de los elementos componentes de una obra, en este caso la sociedad. Esto era lo que más afectaba a Azaña. El ejército fuera de su órbita, desmandado, conmoviendo y alterando la vida nacional, producía en el sentimiento poético de Azaña un terrible desgarrón. Sencillamente, los militares no le dejaban escribir, realizarse en un grave y noble sentido; constituían el mayor obstáculo para que se realizara España. ¿Podía darse algo más opuesto al orden, al pensamiento, al ensueño que las turbas castrenses convirtiendo a la nación en un manicomio? Los militares venían a ser para Azaña los "malditos" del *Tenorio*", y él, como don Juan, se proponía meterlos en cintura, reducirlos a sus cuarteles, forzarlos al silencio y a la disciplina luego que llegara al Ministerio de la Guerra, la más antigua aspiración de Azaña en la política, su única aspiración quizás.

Generalmente, el artista está incapacitado para la acción política. No es siempre así, y el mismo Azaña no se hallaba exento absolutamente de condiciones para la acción. Pero una sensibilidad estética hipertrofiada estará siempre en conflicto con la violencia, y la acción es violencia. De ahí que la dimensión lírica suele ser escasa o nula en el hombre de acción. (El juicio de Napoleón sobre la música es prototípico). Fijémonos en el hombre de acción en política en relación con la literatura, puesto que Azaña cultivó los dos oficios.

Es exacto que no pocos hombres de acción se han distinguido en las letras, y viceversa. Pero por regla general, en este linaje de persona es proverbial la resistencia a confiar su pensamiento al papel. Y a medida que se elevan los grados de acción exigidos al hombre por las circunstancias históricas o por el carácter de su obra, advertimos la mengua de amor o inclinación por expresarse gráficamente. El hecho de que buen

número de políticos hayan sido excelentes literatos y algunos incluso prolíficos, como Disraeli, no quiere decir nada. En una nación normal, organizada y en franquía se puede ser un gran político y no ser hombre de acción. Y se da también la excepción: el hombre de acción con personalidad polifacética, el genio, con alma de artista inclusive. Este es el caso de Julio César. Mas por lo común el hombre de acción rehuye manifestarse literariamente. Los más hablan, pero no escriben. Y no faltan quienes, como Cromwell, se expresen con increíble oscuridad y torpeza.

Los fundadores de grandes movimientos políticos o religiosos no han legado literatura. Ni Jesucristo, ni Mahoma, ni Sócrates, ni Pitágoras, ni Cromwell, ni Napoleón se detuvieron a escribir. Por el contrario, un artista, un filósofo contemplativo como Platón constituye la otra cara de la medalla, el paradigma opuesto. Metido a hombre de acción en Siracusa, en la corte de Dionisio, causa un desastre.

Seguro que en Napoleón, apasionado de la política y enemigo de la música, se presentan, aunque exagerados, tal vez, los atributos psicológicos del hombre de acción.

Sea como fuere, está claro que la sensibilidad de Azaña hace de él un político debilísimo, fugado a menudo de la realidad, aniquilado por aquello mismo que incita a la acción al personaje predispuesto a dominarse en las situaciones de violencia. Notemos esta anécdota. Dice Azaña a los vallisoletanos:

> Hace pocos días también —y va de anécdotas de vuestro país— he tenido esta impresión de la raza que me ha llenado de contento. Atravesaba yo una villa castellana. Era un día de fiesta o de feria; la plaza estaba llena de gente. Es claro; pasa el presidente del Consejo de Ministros, y ¡qué se le va a hacer! La gente se agolpa al coche, grita, saluda, nos cuesta trabajo abrirnos camino. ¡Ah!, pero todo esto que, agradecido, a veces es penoso, nos hace salir a la plaza, y en la esquina había un hombre magnífico, un hombre de gran estatura, atezado, seco, que debiera de ser, supongo yo, curtidor, con un enorme mandil de cuero que le caía desde los hombros hasta los talones. Apenas reclinado en un poyo de piedra, me vió pasar. Yo iba a pie. Me reconoció, me dirigió una mirada de desprecio sublime y no se movió. Desde entonces tengo por este hombre una admiración tal, que

digo: éste es el hombre castellano que yo quiero. Pasa el presidente del Consejo de Ministros y él está con su mandil de cuero, quizá con su hambre, y con su olímpico gesto castellano dice: "Somos dos iguales".[10]

4. *El idealista*

PERO ese "hombre magnífico" no es, con toda seguridad sino una creación literaria de Azaña. Probablemente era un carlista, un monárquico, que merecía, por su insolente descortesía, lo contrario de la glorificación.

Mientras el conflicto está circunscrito al área parlamentaria, Azaña triunfa de sí mismo y de los demás. No hubo enemigo para él en la tribuna del Ateneo ni lo habría en las Cortes. De todos vence por la palabra. Pero en la acción le derrota un Lerroux septuagenario, y, lo que es más grave: con Azaña cae la República. Poco importan los procedimientos de que se valió el político radical para sustituir a Azaña en la dirección de la República; con ellos tiene que contar un político, y nada digamos del jefe de una revolución.

Azaña era la República, la República del 14 de abril de 1931, la República que "arrancó o nació —digámoslo con frase suya— con vuelo bajo", por lo cual se entiende "la trayectoria que había de seguir la política republicana de reforma y de transformación social". Y era esta República de "vuelo bajo" la única que podía encarnar Azaña, héroe de una situación parlamentaria. Ahora bien, Azaña expresa en ese momento con elocuencia el sentir y el querer de los nueve décimos de la democracia española, cuya información histórica y cuyo punto de vista político son, por tanto, los de este tribuno. Y cuando, triunfante la contrarrevolución, cambian de parecer los demócratas sobre lo que debe hacerse una vez reconquistada la República, también cambia Azaña. Pero, asaltado por una realidad de violencia, el literato rehusa el combate y se deja emparedar en la hornacina de la presidencia de la República. Con el horrísono *crescendo* de la guerra civil, lo poco que había en Azaña de hombre de acción resulta sofocado. Su moral política se derrumba. El conflicto, incomprendido o mal comprendido por él, le aparta espiritual y definitivamente de la vida pública.

---

[10] Discurso en Valladolid, 14 de noviembre de 1932.

Mas Azaña cree al final que ha aprendido algo, y esto que Azaña cree haber aprendido es precioso.

Azaña, como la segunda República, de la que es inseparable en la historia, constituye una experiencia completa, una vida política entera, vida que comienza el 14 de abril de 1931, ocasión en que el pueblo español sabe por primera vez que existe Azaña, y termina cuando concluye la República. Colosal experiencia para quien la quiera y sepa conocer.

Si por temperamento Azaña no era revolucionario, tampoco lo era por filosofía. Nos encontramos a este respecto con un hegeliano, un idealista, que percibe en el Estado "la concepción más alta del espíritu humano en el orden político, nuestro guía y nuestro rector y la entidad moral delante de la cual tenemos que ir a ofrendar nuestro trabajo los que no tenemos ni queremos tener otras entidades delante de las cuales sacrificarnos y rendirnos".[11] Este idealismo lleva a Azaña a concebir una República fundada, no sobre esta o aquella clase, sino sobre la idea moral, una idea moral común a todos los ciudadanos que aceptan el régimen y que deben ver en el régimen el instrumento restaurador de los valores éticos de la españolidad. Azaña asienta la República en esa zona "donde la razón y la experiencia incuban la sabiduría".[12] "La República es mucho más que una Constitución, es mucho más que una estructura jurídica: la República es un valor moral, es una idea".[13]

Y vista la República como instrumento para la realización del "espíritu universal" en el Estado, "con la mira puesta en alturas que sobrepasan a las eminentes alturas de todos los partidos y de todas las divisiones de la sociedad española",[14] lo que importa —cree Azaña— es dotarla de fuerza moral, construirle un eje moral de acero que la haga indestructible. La República sólo puede arraigar y hacerse perdurable por sus valores éticos. Por consiguiente, a Azaña no le alarma tanto que el régimen muera a manos de los monárquicos como que se corrompa. "Si la República se hunde, pero se hunde con su prestigio y con su reputación y con su integridad, será para renacer con más violencia y más fuerza y más autoridad; pero si

11 Discurso en Valladolid, 14 de noviembre de 1932.
12 *La Velada en Benicarló,* p. 127.
13 Discurso en Bilbao, 9 de abril de 1933.
14 Discurso en Madrid, 11 de febrero de 1934.

la República se corrompe, ¿qué le queda al pueblo español para confiar en su redención".[15]

Leal a este modo de pensar y sentir, el político republicano debe instaurar la honradez más escrupulosa en las relaciones entre los partidos, en el juego de los poderes del Estado, en la administración.

El sentido moral de la República se afirma en la libertad civil, en la soberanía nacional, en el parlamento de sufragio universal. Libertad, elecciones. "En las elecciones generales hasta los que no admiten la Constitución tienen derecho a ser respetados. Hasta el comunista, que quiere hacer saltar la sociedad; hasta el monárquico, que quiere hacer saltar la República; hasta esos, desde el momento en que acuden a las urnas, aunque no admitan la Constitución, aunque quieran destruirla, tienen derecho a ser respetados, protegidos, defendidos. . .".[16]

Como Pi y Margall y los demás apóstoles de la República de 1873, Azaña repudia la victoria ganada por la coacción. "Prefiero la derrota padecida en buena lid a un triunfo que me pudiera ser disputado por la impureza de los procedimientos".[17]

Es decir, Azaña suprime la violencia, toda manera de violencia, en la revolución; se niega a oponer la coacción del poder, la única arma de que dispone la democracia en España, a la coacción económica, declarada así incoercible, de los enemigos del pueblo. Parte del falso supuesto, autorizado por su teoría integralista del Estado, de que la propiedad, la riqueza, no es una categoría política decisiva en una nación partida por la desigualdad social, como ninguna en Europa, en dos mundos antípodas. "Yo me niego terminantemente —dice— a poner esas fronteras políticas por la misma línea que las fronteras económicas. Me niego terminantemente, aunque sea un error histórico".[18]

De este error histórico arranca la utopía de Azaña y el republicanismo español, que estriba en querer edificar un Estado en conflicto con la sociedad.

No se le oculta a Azaña, sin embargo, que "cada régimen necesita su clase social sustentadora".[19] Y, en la República,

---

[15] Discurso en las Cortes, 2 de octubre de 1933.
[16] Discurso en las Cortes, 2 de octubre de 1933.
[17] Discurso en Madrid, 14 de febrero de 1933.
[18] Discurso en Madrid, 11 de febrero de 1934.
[19] Discurso en Santander, 3 de septiembre de 1932.

esta clase social no podía ser otra que una clase económica, una multitud de nuevos propietarios, individuales o colectivos. Pero la sospecha de que cada régimen necesita su clase social sustentadora, y por tanto, de que el sistema de la propiedad constituye la base de las instituciones políticas, lucha en Azaña con su idealismo irracional y emotivo. Lucha y resulta vencida. No es que no lo vea; sabe muy bien que "una revolución, para ser cumplida, necesita cambiar la base económica del poder".[20] Con todo eso, su idealismo filosófico le incapacita para anteponer lo urgente, que es la revolución social, la transformación del régimen de la propiedad, a lo menos urgente, a todos aquellos problemas políticos y morales que en análisis final tienen sus raíces en las condiciones económicas. "En mí predomina la política sobre la economía, y los puntos de vista morales sobre los datos de la estadística, perdonadme esta franqueza".[21] Aquí, como de costumbre, Azaña se nos muestra más siervo de su temperamento que de su inteligencia.

Y la preponderancia que disfrutan en la psicología de Azaña los valores morales y puramente políticos hurta a su discernimiento las verdaderas dimensiones de la deformidad nacional española. Para Azaña la deformidad española es de carácter moral. Y justo es admitir que en este desvarío inciden la mayoría de los españoles de su tiempo. Desvarío fomentado, en considerable medida, por la versión oficial republicana de la historia de España. Menester es no olvidar que la democracia española vive aún, en 1931, en la atmósfera política del siglo XIX. Es una democracia liberal ortodoxa, y en ella incluyo a los partidos obreros, que aceptan como artículo de fe, sin ninguna reflexión crítica, la historia de España tal como se escribió por los liberales de los siglos XVIII y XIX. De ello tenía conciencia Azaña y lo consignaba con dejo de reproche: "España es un país enfermo de historia mal habida, no cribada por la crítica, y el republicanismo, como miembro del cuerpo español, no está exento de esta enfermedad". Ahora bien, confieso que no he hallado en la obra de Azaña ningún atisbo original, nada que esté en abierta colisión con la filosofía de la historia que se dieron los liberales de la pasada centuria. Azaña reacciona ante los problemas españoles —regionalismo, Iglesia, Ejército, pro-

---

[20] "Tres generaciones del Ateneo", ensayo.

[21] Discurso en Madrid, 16 de octubre de 1933.

piedad— con más elegancia, acaso, pero con el mismo punto de vista que el movimiento *heterodoxo* español de que procede. Si Azaña se hubiese guiado por una filosofía de la historia de su país distinta de la promulgada por los liberales del siglo XIX, hubiera afrontado con otro espíritu y con otros modos los problemas que tuvo que resolver. Ni en la definición, ni en la manera de tratar esos problemas acredita Azaña una personalidad disidente de la tradición liberal.

5. *La prueba*

PARA un gobernante de fondo escéptico como Azaña, el menosprecio de la economía y la estadística es a un tiempo saludable y pernicioso. Saludable, al pronto, para él, porque le cubre y oculta la verdadera profundidad del desequilibrio nacional. Gracias a eso pudo soñar que la reforma agraria era una revolución y que la República, ya en mayo de 1933, había consumado "reformas profundísimas, capitales, trascendentales". Gracias a eso ignoró la parte capital que vienen tomando la Banca española en el mantenimiento de la deformidad nacional. Este problema, el segundo problema español de nuestro tiempo, no existía para Azaña. Su concepción de la historia y la política, al ocultarle la totalidad de la tragedia española, favorecía en Azaña el optimismo, la fe en su obra, e impedía que le abrumaran los remedios. Pero todo ello a expensas de la realidad. He ahí el lado pernicioso de una política que quiere enderezar a la nación sin admitir la primacía de la economía y la estadística. Si Azaña, en vez de creer que "el mayor mal de España es la falta de vigor moral, la flaqueza moral del espíritu público —dicho en un momento en que la nación estaba en pie y alentándole como jamás alentó a ningún político— hubiera atribuído la enfermedad española al desequilibrio de clase, a la inicua distribución de la riqueza —sin par en Europa, no lo olvidemos— se habría espantado de lo que de él exigía la revolución. Entonces hubiera advertido que palabra y acción no son la misma cosa.

La hondura del cambio que España reclamaba, no ya para poder codearse con las naciones más avanzadas y progresivas, sino simplemente para no sucumbir, excluía, claro es, la solución parlamentaria. Cómo iba a ser desarmada la oligarquía

agrario-financiera —que de eso tendría que tratarse o se perdería la ocasión— dejándole la mano libre en la economía y en la política era el callejón sin salida de la República. Pero Azaña no descubría otra alternativa que la soberanía nacional y las cortes como instrumento de la mutación. "¿Dictadura? De nadie; sufragio universal, régimen de libre discusión, responsabilidad en los Poderes públicos, Cámara legislativa, Poderes constitucionales; fuera de eso, nada".[22] La dictadura propia le aterraba. "No, se ha preguntado una vez con palabras que se han hecho históricas—, y entre nosotros está quien las rebatió: "Libertad, ¿para qué?, y cada vez que ha venido a mis recuerdos o a mis oídos esta frase y se ha impugnado esta tesis liberal, me he preguntado también: dictadura, ¿para qué? ¿En provecho de qué? ¿En beneficio de quién?".[23]

Dejemos que Azaña se responda a sí mismo otra vez: "Este proyecto —dice del de arrendamientos rústicos, que afectaba al cincuenta por ciento de la propiedad agraria española— está presentado al Parlamento desde el mes de abril, y cuando un proyecto de esta importancia, presentado al Parlamento en el mes de abril, está a fines de agosto en el artículo 16, no creo que haya razón bastante para decir que se lleva con precipitación, señor Royo Villanova; más bien todo lo contrario".[24]

Sí, más bien todo lo contrario.

Y una semana después: "La Comisión no ha podido llegar, o no ha querido, en uso de su libre criterio, a un texto que satisfaga a la minoría agraria, y en vista de esto, la minoría agraria presenta cien enmiendas al artículo 16 —en el que se estaba una semana atrás— y no sólo presenta cien enmiendas al artículo 16, sino que se anuncian no sé cuantos cientos al artículo 17". (Un señor diputado: mil doscientas).[25]

En enero de 1934 pronuncia Azaña la más enérgica condenación de su política: "A favor de la Constitución liberal de la República y de sus leyes liberalísimas comienzan sus enemigos a emplear en contra de la República las propias armas jurídicas y legales que el régimen se ha dado, y todos aquellos elementos, apartados por el movimiento popular del año 31, que ni siquiera aparecieron en aquellas elecciones para ejercer un derecho elec-

22 Discurso en las Cortes, 6 de septiembre de 1933.
23 Discurso en las Cortes, 6 de septiembre de 1933.
24 Discurso en las Cortes, 25 de agosto de 1933.
25 Discurso en las Cortes, 30 de agosto de 1933.

toral, ahora se creen dueños de la situación y se lanzan, reforzados por la complacencia de las autoridades y por la compra de votos, a la reconquista del Poder que perdieron el año 31".[26]

Ocioso es decir que por estos días —comienzos de 1934— está ya en el Poder la contrarrevolución, que persigue a los republicanos y sume al proletariado en la desesperación.

En el espíritu de Azaña se había ido operando una crisis. Hombre "torturado por su espíritu crítico", siempre cobijó en lo hondo de su ánimo un vago escepticismo que le impedía poner mano firme en las cosas de España. Duda, vacilación o recelo que su honradez intelectual le lleva a confesar en público: "Y cuando yo me he puesto a trabajar en colaboración con estos queridos amigos y con otros tantos centenares de correligionarios, lo que uno piensa es que está realizando una España y un régimen según los dictados de su propia razón, ¡de su propia razón! Lo cual no excluye que esta propia razón a veces ponga en duda los mismos postulados en que se funda; pero en la misión política hay que dejarse atrás todos estos combates de la crítica interna y aparecer, como aparecía el tragediante antiguo, con una máscara de bronce delante de la multitud".[27]

6. *El escepticismo*

Ahora, en el fracaso, la vena escéptica de Azaña se hinche y amenaza estallar. El pesimismo de fin de siglo, del que se creía libre, le rebrota como una erupción y le cubre como una recidiva de la vieja desesperanza. Se pregunta por la causa de su derrota, y no puede descubrirla en sí mismo, sino en la masa nacional. Cree que el español es ingobernable, y bien que no lo diga en público, no se lo calla a los amigos. Vuelve los ojos al pasado y recuerda la fugacidad de todos los intentos de regeneración . . . y en días negros y de desesperación casi, me he preguntado si, ante el porvenir que se nos ofrecía, ante lo que veía cerca de mí, ante el peligro que yo sentía latente bajo mis manos, no estaríamos representando una vez más este drama de la regeneración imposible de la vida política española".[28]

---

[26] Discurso en Barcelona, 7 de enero de 1934.
[27] Improntu de "El Sitio", Bilbao, 9 de abril de 1933.
[28] Discurso en Madrid, 16 de octubre de 1933.

Todavía es Azaña incapaz de columbrar que la raíz de su quebranto personal y del quebranto de la República se esconde en el propio régimen, simplemente en el hecho de pretender hacer una revolución en sistema de libertad.

"¿Es que después de haberlo ensayado aquí todo —torna a preguntarse—, desde la violencia hasta el bandolerismo entronizado en el Poder, después de haberlo ensayado todo, no ha llegado el momento de dejar correr la originalidad española y dejar que los españoles crezcan, prosperen, trabajen, disputen entre sí presididos por un régimen que gira entre dos polos bien claros y definidos: el Poder y la libertad?".[29]

Imperturbable en la idea y en el designio de que se acometa la reforma de España por vía parlamentaria, en diálogo con los que van a ser expropiados o perjudicados, Azaña olvida que los cambios que afectan a la estructura de la sociedad en una gran nación exceden los límites y las fuerzas de las Cámaras elegidas por sufragio universal. Y aunque Azaña estaba persuadido de que en España se ha ensayado todo, lo cierto es que esta nación no ha conocido un Parlamento Largo, o sea veinte años de dictadura revolucionaria, como Inglaterra; ni el régimen consolidador de la revolución que duró quince años bajo Bonaparte, ni nada parecido a la dictadura civil de Juárez.

Y no era la faceta menos dolorosa del caso la circunstancia de que en la segunda República se pudo intentar la instauración de ese régimen y se dejó pasar la oportunidad. En la persona de Azaña se acumuló en algún momento un poder descomunal. Pero, ¿quién podría definirlo mejor que él?: "Yo he tenido en mis manos, señores diputados, un poder como pocos lo habrán tenido en este país en los tiempos modernos, porque he tenido un Gobierno compenetrado con mi pensamiento y con mi obra, sometido a todas las pruebas y que nunca quebró, porque he tenido casi los plenos poderes, o sin casi, mientras no se votó la Constitución".[30]

No denotaba prudencia que Azaña ignorase el inestimable valor de aquel período singular y a lo que le comprometía su autoridad extraordinaria. Mas no era culpa suya no haber nacido con naturaleza más armoniosa. Sus delicados escrúpulos morales tal vez honraran al ciudadano, pero no absolvían al político. En sus manos de intelectual, el Poder se rompía, fenó-

29 Discurso en Madrid, 16 de octubre de 1933.
30 Discurso en las Cortes, 3 de octubre de 1933.

meno que el propio Azaña analizaba: "Todo es limitado, temporal, a la medida del hombre. Nada lo es tanto como el poder. Esta convicción opera en el fondo de mi alma como freno invisible, yo mismo no percibo su presencia, y modera todos mis actos. Efecto durable de mi antigua hechura intelectual y moral".[31]

7. *El temor a la acción*

A Azaña le asustaba la acción, la que pudiera tenerle a él por actor y la que pudiera tener por brazo ejecutor a otro, como buen tímido que era. Así, cuando se revuelve contra los que le incitan —amigos y pueblo— a que ejerza una dictadura, lo hace con el desabrimiento de quien presiente que le quieren poner a prueba en algo que no le va. De estos españoles que reniegan de la estéril y suicida acción parlamentaria —estéril y suicida en España— piensa que tienen alma de esclavos, que hay en ellos un irreprimible servilismo o afán de que los manden y los traten "a puntapiés". No lo quería entender.

"Hay —dice Azaña— una intimidad, una última fibra donde reside el latido de la vida moral, que uno no deja profanar por nadie, que yo no puedo sacrificar ni a la República ni a la revolución".[32] Confesión que acaba por descubrirnos al político. Las circunstancias —en las que él puso de su parte lo que pudo— habían hecho de Azaña el héroe político de una nación agonizante. Y esa nación sólo podía salvarse por un hombre superior que se dejara absorber por ella, en una entrega total de su ser, con pasión trascendente; un héroe que se diera por entero al pueblo, a la patria, a la causa más alta y más noble que puede embargar a un hombre. Y ese héroe político había de aniquilarse en su obra como todos los héroes. La República, la revolución, exigía demasiado de Azaña.

Sin embargo, en 1935 no era Azaña hasta cierto punto el mismo hombre que en 1932. Había visto a los enemigos de la República en el Poder, gracias a la libertad. Temperamentalmente, claro está, Azaña no había cambiado; a su edad no se cambia. Mas su inteligencia le acusaba. Ya había declarado que "por encima de la Constitución está la República y por en-

---

[31] *La Velada en Benicarló*, p. 77.
[32] Discurso en Madrid, 3 de abril de 1934.

cima de la República, la revolución".[33] ¿Pensaba ejercer o recomendar una dictadura si volvía a gobernar? Oigámosle:

"Dentro del régimen republicano, amparándose con la hechura de la Constitución republicana, invocando una libertad que ellos —la reacción— quieren hacer saltar en pedazos, ¿vamos nosotros a consentir que lo logren?... Jamás un republicano que quiere tener la responsabilidad de la defensa del régimen podrá soportar una situación como la que a nosotros se nos creó".[34] "...me he rendido muchas veces a satisfacer la conciencia pública, sabiendo que en el fondo yo tendría justificaciones íntimas para hacer otra cosa".[35] "Pero ahora, amigos míos, ya no es lo mismo, porque ahora esa justificación personal que algunos de nosotros ha podido tener reservada en el fondo de su conciencia, ya es una justificación universal y ya participáis todos en ella, y lo que no pude hacer un día por prohibírmelo esta consideración de rigor y de cumplimiento del deber, ahora ya se podría hacer asistidos de la opinión pública".[36]

La actitud de Azaña no sólo está determinada en este momento por los aldabonazos de su inteligencia, sino también por la decepción general que acusa el pueblo respecto del sistema parlamentario. Azaña trata de justificarse y de disculparse ante sus propios correligionarios: "Mi obligación, responsable de la dirección de la política, era servir lealmente a la Constitución en lo que tiene de acertado o en lo que tenga de peligroso o de exagerado... Me dieron un régimen parlamentario, pues Parlamento a todo pasto".[37]

Sin embargo, no amengua la lucha íntima en el ánimo del hombre temeroso de la acción. Casi todas las palabras que Azaña pronuncia por estos días tienden a excusar o a explicar su política liberal, generosa y utópica. Cercado por el infalible instinto popular, Azaña apura el argumento. No concibe que "se pueda pretender que se instale un régimen político como cosa normal, como cosa perenne y duradera, en el cual se suprima la responsabilidad del que manda, la orientación política del que manda, la rendición de cuentas del que manda, y que además se suprima la votación de los impuestos.[38] A lo más

[33] Discurso en Madrid, 3 de abril de 1934.
[34] Discurso en Madrid, 3 de abril de 1934.
[35] Discurso en Madrid, 16 de abril de 1934.
[36] Discurso en Madrid, 16 de febrero de 1934.
[37] Discurso en Madrid, 3 de febrero de 1934.
[38] Discurso en Madrid, 3 de abril de 1934.

que se compromete es a la reforma del Parlamento, que "ha podido ser para la República un embarazo, una dificultad, un estorbo en su marcha".[39]

8. *"Se necesita un grande hombre"*

Por otro lado, Azaña es todavía en 1935 la esperanza de las muchedumbres republicanas. Es decir, ha vuelto a serlo con brío y amplitud desconocidos. La revolución de octubre del año anterior, aun no siendo estéril, había mostrado al proletariado que por sí solo no podía vencer, que su victoria era inseparable de la victoria de toda la democracia española. Azaña, además, había estado preso, había pasado por grandes peligros, había temido que hicieran en él un escarmiento. Las ráfagas de violencia, de crueldad, de corrupción que acababan de azotar al solar español de punta a punta, como un siroco devastador, intimidaban al hombre pacífico y blando. La política española estaba centrada ya, irrevocablemente, en la guerra civil. Y no había surgido quien pudiera reemplazar a Azaña, que era aún la voz de la democracia y el verbo de la República; ahora, todavía, cuando cada instante iba siendo más difícil ser sólo verbo, verbo nada más, y no puño de la República.

El aliento y el calor popular devuelven a Azaña toda su facultad polémica, toda su elocuencia, y su ánimo de político se enardece otra vez ante la inmensa multitud. Habla en Baracaldo y en Mestalla, ante públicos innumerables. La nación republicana le incita y compele a una gran empresa. En los arrabales de Madrid, Azaña se dirige el 20 de octubre a medio millón de almas, arribadas de los cuatro costados de España. Quinientas mil personas, congregadas "entre Goya y la Bombilla", en la ribera del Manzanares, que fluye a los pies de Azaña con su menguado caudal, como otro Rubicón. ¿Y hay alguien que piense que toda esa humanidad española, ahita de palabras, viene a oír un discurso? Viene a buscar un hombre, a esforzarse una vez más en inventarlo, si no lo encuentra. ¿Y qué tiene Azaña que ofrecerle? Una promesa más de energía: "El triunfo de la República no puede ser un triunfo capitulado ni pactado; tiene que ser un triunfo total, a banderas desplegadas, sonantes todas las trompetas de la victoria, con todos los ene-

---

[39] Discurso en Madrid, 3 de abril de 1934.

migos delante; pero con ningún enemigo al costado ni a la espalda, y solamente siendo así, el triunfo de la República podrá la República enderezar a España".

La República triunfó el 16 de febrero de 1936, gracias al sangriento sacrificio del pueblo en octubre de 1934. Pero Azaña no hizo nada. Ocupó la Presidencia de la República, y la democracia española se quedó en la calle, acéfala, sin un líder nacional, huérfana de rumbo. Antes, al menos, había una voz que la unía y una figura en la que esperaba. La voz de Azaña se ha apagado. Mudo, fantástico, irreal, Azaña, detrás de las piedras del Alcázar de los Borbones, es la última garantía de que la República será conservadora, parlamentaria y liberal hasta su consumación.

En 1937, la anarquía asedia con un cinturón de demencia al Presidente de la República, en Barcelona. Azaña escribe, o corrige, imperturbable, a creerle, *La Velada en Benicarló,* sombrío testamento político de un hombre que nació para la literatura y la conversación y acaso también para la política de una nación equilibrada; un hombre que entró en la República con una obra dramática (*La Corona*) acerca de una guerra civil en que el caudillo de la revolución deposita la corona a los pies de la princesa vencida. Esta otra guerra civil en que se abrasan los españoles ha reducido al mínimo el elemento romántico en las cumbres del Poder. Ni siquiera hay en el bando monárquico o franquista una princesa a quien poderle ofrecer nada.

Azaña despierta a una realidad insufrible para él, la que palpita en *La Velada en Benicarló,* diálogo en el que se eleva, entre las cuitas exculpatorias, un doloroso lamento. En esta cruelísima lucha, cuyo furor se arrastra hasta las gradas presidenciales, Azaña es un hombre acabado. Acaso se repite a sí mismo el "de profundis" de Dantón: "Cuánto más valdría ser un pobre pescador que mezclarse en el gobierno de los hombres!"

Pero, aparte registrar su tortura íntima, Azaña tiene aún algo claro que decir en *La Velada en Benicarló.* Entre otras cosas, que "la impotencia para organizar una guerra de Estado, una disciplina de Estado, nace de una comprensión monstruosa de la soberanía popular". ¿Y qué era la revolución que Azaña quiso presidir sino una forma de la guerra?

"Nada tengo que hacer en la vida pública", concluye. "No es desengaño: De nada tenía que desengañarme. Me reconozco

ajeno a este tiempo. Los hombres como yo hemos venido demasiado pronto o demasiado tarde".

Y luego: "Con los incontables casos de gran ambición política, establezco dos únicas series respetables, encabezadas por Pericles y Trajano... Se necesita un grande hombre... Inútil sería buscarlo en los alrededores de Híspalis. Si lo hubiese, me ofrecería de secretario para poner sus proclamas en este latín estropeado que escribimos los españoles".

Tarde vuelve Azaña los ojos al cesarismo, a Trajano, y tarde reacciona el político vencido contra el Verbo.

No fué culpa de Azaña no haber nacido grande hombre, grande a la medida de una España como la que le tocó en suerte dirigir. Su responsabilidad en el hundimiento de la República concluye en el punto en que no aparece otro hombre mejor dotado. No engañó a nadie sino en la dimensión en que se engañó a sí mismo. Siempre descubrió su juego. Se sabía débil, tímido, ante la magna cuestión del Poder, como otro Salmerón.

El drama no era, pues, nuevo, aunque lo fuera la coyuntura. La coyuntura sí lo era. Ni en el siglo XIX, en los días de Espartero, ni en la época de Costa, mucho más tarde, se ofreció a un hombre ocasión más cabal de variar la tenaz trayectoria de la historia moderna de España. Como es sabido, la tragedia española de fines del siglo XIX y principios del XX se debía a la postración nacional, falta de pulso o abulia del ánimo público. España estaba entontecida. La enfermedad española se caracterizaba, entre otros síntomas, por el horror a las ideas, o ideofobia, como dijo Unamuno. No había pueblo; y la espinosa faena del político consistía en sacar a las masas de su letargo, si daba con ellas. Por el contrario, lo característico de la España de la segunda República fué la pasión política, el deseo de mejorar, el propósito tenacísimo de ir a alguna parte. Ya no necesitaba el político reformador ir en busca del pueblo, ahora era el pueblo quien buscaba al reformador. No lo halló en Azaña.

RECORDACION DE UNA EPOPEYA[1]

HALLÁNDOME ausente de París, perdonadme no pueda acudir a la invitación del "Casal de Catalunya", para evocar con vosotros, caros y fraternos amigos, la fecha funesta del 19 de julio de 1936, origen de las desdichas de España y de Francia. Desdichas que aún perduran. España continúa siendo esclava, y Francia se halla aún amenazada. Amenazada en su frontera del este por el rearmamento alemán, y en su frontera del sur por la conservación y el fortalecimiento del régimen hitlero-fascista que reina en España. Se trata, en efecto, de vincular Alemania y el régimen de Franco al sistema militar de la O. N. U.

Ahora bien, la O.N.U., es decir, la Organización de las Naciones Unidas, pretende apoyarse en los principios de la democracia y de la libertad. Si acoge a Franco y solicita su alianza, invita a un régimen hítlero-fascista, fundado por Hitler y Mussolini, a defender con ella los principios de la democracia y de la libertad. En tal caso, reconoce, confiesa, que no defiende los principios de la democracia y de la libertad, sino los de Hitler y Mussolini.

O, de otro modo, abandonamos el terreno de los principios y penetramos en el de la política realista y del equilibrio de fuerzas. La Organización de las Naciones Unidas no se basa en ningún principio que no tiene en cuenta ideal alguno, no es más que una potencia que afronta otras potencias; es una potencia económica, financiera y militar, que toma sus aliados allá donde los encuentra y cualesquiera que sean. Estos le darán campos de aviación, y ella les dará dinero. No se trata de otra cosa. Pero, en este caso hay que decirlo así. Esta actitud, sería, al menos, clara y sincera. La otra actitud, que expongo anteriormente, y que consiste en pedir socorro a Franco para defender la democracia y la libertad es, al contrario, una actitud incoherente y absurda.

La Organización de las Naciones Unidas tiene, pues, en este momento, la posibilidad de escoger entre lo cínico y lo absurdo. Cualquiera que sea la solución que se adopte, el pueblo español y el francés pagarán las costas. Tanto peor para ellos. Tanto peor. . . hasta el día en que la protesta que sin cesar elevan, se transforme en acto. El pueblo

1 Discursos leídos el 19 de julio de 1951 en el "Casal de Catalunya" en conmemoración de la lucha heroica del pueblo español.

español acaba de hacer oír, por medio de las magníficas huelgas de Barcelona, de Bilbao, de Madrid, una protesta: una advertencia. Una grave, tranquila y solemne advertencia. ¡Que los gobiernos pongan cuidado! Continuar burlándose impunemente del pueblo tal es imposible. Las bromas más breves son las mejores, y las largas, las peores. Las peores para sus autores, contra quienes terminan por volverse y de la más trágica manera.

Imposible continuar burlándose impunemente del pueblo español. Imposible continuar impunemente haciéndolo llorar en la tortura, y morir de hambre. Imposible continuar impunemente contándole cuentos, a propósito de la democracia y de la libertad, al tiempo que se le somete cada día más al yugo de Hitler y Mussolini. Es un pueblo altivo que, en el curso de su historia, ha dado pruebas gloriosas de su arrogancia.

¡Atención, atención, atención al pueblo español!

Y, una vez más, y pese a todo, *¡Viva España Republicana!*

Jean CASSOU.

LA fecha que hoy reúne a los amigos de los pueblos españoles preside, como un astro fijo, la vida de mi generación. Luz y sangre. Así, permitidme que recuerde lo que fué para mí, y para muchos hombres de mi edad, el 19 de julio de 1936. Nada más distinto a tener veinte años en 1951 que haberlos tenido en 1936. Yo era estudiante y vivía en México. En aquella época todo nos parecía claro y neto. No era difícil escoger. Bastaba con abrir bien los ojos: de un lado, el viejo mundo de la violencia y la mentira, con sus símbolos: el casco, la cruz, el paraguas; del otro, un rostro de hombre, alucinante a fuerza de esculpida verdad, un pecho desnudo y sin insignias. Un rostro, miles de rostros y pechos y puños. El 19 de julio de 1936 el pueblo español apareció en la Historia como una milagrosa explosión de salud. La imagen no podía ser más pura: el pueblo en armas y todavía sin uniforme. Algo tan increíble e inaudito y, al mismo tiempo, tan evidente como la súbita irrupción de la primavera en un desierto. Como la marcha triunfal del incendio. El pueblo en carne y hueso. Vulnerable y mortal, pero seguro de sí y de la vida. La muerte había sido vencida. Se podía morir, porque morir era dar vida. Cuerpo mortal del pueblo:

cuerpo inmortal. Durante unos meses vertiginosos las palabras, gangrenadas desde hacía siglos, volvieron a brillar, intactas, duras, sin dobleces. Los viejos vocablos —bien y mal, justo e injusto, traición y lealtad— habían arrojado al fin sus disfraces históricos. Sabíamos cuál era el significado de cada uno. Tanta era nuestra certidumbre que casi podíamos palpar el contenido, hoy inasible, de palabras como libertad y pueblo, esperanza y revolución. El 19 de julio de 1936 los obreros y campesinos españoles devolvieron al mundo el sabor solar de la palabra fraternidad. Desde México veíamos arder la inmensa hoguera. Y las llamas nos parecían un signo: el hombre tomaba posesión de su herencia. El hombre empezaba a reconquistar al hombre.

El rasgo original del 19 de julio reside con la espontaneidad fulminante con que se produjo la respuesta popular. La sublevación militar había dislocado toda la estructura del Estado español. Despojado de sus medios naturales de defensa —el ejército y la policía— el gobierno se convirtió en un simple fantasma: el del orden jurídico frente a la rebelión de una realidad que la República se había obstinado en ignorar. El gobierno no tenía nada que oponer a sus enemigos. Y en este momento aparece un personaje que nadie había invitado: el pueblo. La violencia de su irrupción y la rapidez con que se apoderó de la escena no sólo sorprendió a sus adversarios sino también a sus dirigentes. Las organizaciones populares, los sindicatos, los partidos y eso que la jerga política llama el "aparato" fueron desbordados por la marea. En lugar de que otros, en su nombre y con su sangre, hicieran la Historia, el pueblo español se puso a hacerla, directamente, con sus manos y su instinto creador. Desapareció el coro: todos habían conquistado el rango de héroes. En unas cuantas horas volaron en añicos muchos esquemas intelectuales. Y mostraron su verdadera faz todas esas teorías, más o menos maquiavélicas y jesuíticas, acerca "de la técnica del golpe de Estado" y la "ciencia de la revolución". De nuevo la Historia reveló que poseía más imaginación y recursos que las filosofías que pretenden encerrarla en sus prisiones dialécticas. Lo que ocurrió en España el 19 de julio de 1936 fué algo que después no se ha visto en Europa: el pueblo, sin jefes, representantes o intermediarios, asumió el poder. No es éste el momento de relatar como lo perdió, en doble batalla.

La espontaneidad de la acción revolucionaria, la naturalidad con que el pueblo asumió su papel director durante esas jornadas y la eficacia de su lucha, muestran las lagunas de esas ideologías que pretenden dirigir y conducir una revolución. Pero la insuficiencia no es el único peligro de esas construcciones. Ellas engendran escuelas. Los

doctores y los intérpretes forman inmediatamente una clerecía y una aristocracia, que asumen la dirección de la Historia. Ahora bien, toda dirección tiende fatalmente a corromperse. Los "estados mayores" de la Revolución se transforman con facilidad en orgullosas, cerradas burocracias. Los actuales regímenes policíacos hunden sus raíces en la prehistoria de partidos que ayer fueron revolucionarios. Basta una simple vuelta de la Historia para que el antiguo conspirador se convierta en policía, como lo enseña la experiencia soviética. La nueva casta de los Jefes es tan funesta como la de los Príncipes. Ellos prefiguran la nueva sociedad totalitaria, que espera en un recodo del tiempo el derrumbe final del mundo burgués. Contra esos peligros sólo hay un remedio: la intervención directa y diaria del pueblo. Informe y fragmentaria, la heroica experiencia del 19 de julio nos enseña que esto no es imposible. El pueblo puede luchar y vencer a sus enemigos sin necesidad de someterse a esas castas que, como una excrecencia, engendra todo organismo colectivo. El pueblo puede salvarse, eliminando en primer término a los salvadores de profesión.

No es esta la única lección del combate de los pueblos españoles. Quisiera destacar otro rasgo, precioso y original entre todos: la defensa de las culturas y nacionalidades hispánicas. La lucha por la autonomía de Cataluña y Vasconia posee en nuestro tiempo un valor ejemplar y polémico. Contra lo que predican las modernas supersticiones políticas, la verdadera cultura se alimenta de la fatal y necesaria diversidad de pueblos y regiones. Suprimir esas diferencias es cegar la fuente misma de la cultura. Nada más estéril que ese "orden", mundial o nacional, que predican los grandes poderes de nuestro tiempo, los gemelos adversarios: se trata de una visión parcial del hombre, de una camisa de fuerza que ahogará o degradará la libre espontaneidad de las naciones. Frente a la abstracta "unidad" de los Imperios, los españoles rescataron la nación de anfictionía. Esa es la única solución fecunda al problema de las nacionalidades hispánicas, dentro del cuadro de una nueva sociedad. No fué otro el sueño de Bolívar en América. No fué otro el sueño griego. Las grandes épocas son épocas de diálogo. Grecia fué coloquio. El Renacimiento coincide con el esplendor de las repúblicas. Cuando desaparecen las autonomías regionales y nacionales, la cultura se degrada. El arte imperial es siempre arte oficial. Ilustrado o bárbaro, burocrático o financiero, todo Imperio tiende a erigir como modelo universal una sola y exclusiva imagen del hombre. El Jefe o la casta dominante aspiran a repetirse en esa imagen. Una sola lengua, un solo Señor, una sola verdad, una

sola ley. La unidad es el primer paso en el camino de la repetición mecánica. Una misma muerte para todos. Pero la vida es diversidad.

Ante las propagandas que luchan por la "supremacía cultural" de éstos o de aquéllos, nosotros proclamamos que cultura quiere decir espontaneidad creadora, diversidad nacional, libre invención. Afirmamos el genio individual de cada pueblo y el valor irreemplazable de cada creador. No creemos en una lengua mundial, sino en la universalidad de las lenguas vivas. No se puede cantar en esperanto. La poesía moderna nace al mismo tiempo que los idiomas modernos. No nos oponemos a que la ciencia, la técnica y las otras formas de la cultura inventen su lenguaje. En realidad así ha ocurrido. Hace muchos siglos que las matemáticas constituyen un lenguaje que entienden todos los especialistas. Y otro tanto sucede con la mayoría de las ciencias. Pero no son los sabios los que quieren borrar las lenguas nacionales, ni son ellos los que desean acabar con las culturas locales. Son los comerciantes y los políticos. Y los servidores de las nuevas abstracciones: los profesionales de la propaganda, los técnicos en la "guerra psicológica", los expertos en el arte de las "confesiones espontáneas" en la llamada educación de las masas. Sólo que no hay masas. Hay pueblos.

Afirmar que las diferencias nacionales o regionales deben desaparecer, en provecho de una idea universal del hombre o de las necesidades de la técnica moderna, es uno de los lugares comunes de nuestro tiempo. Muchos de los partidarios de esta idea ignoran que postulan una abstracción. Al imponer a pueblos y naciones un esquema unilateral del hombre, mutilan al hombre mismo. Porque no hay una sola idea del hombre. Uno de los rasgos específicos de la humanidad consiste, precisamente, en la diversidad de imágenes del hombre que cada pueblo nos entrega. Sólo las sociedades animales son idénticas entre sí. Y en esa pluralidad de concepciones el hombre se reconoce. Gracias a ella es posible afirmar la unidad de la especie, la única que hasta ahora ha sido capaz de diferenciarse. El hombre es *los hombres.*

La abstracción que los poderes modernos nos proponen no es sino una nueva máscara de una vieja soberbia. El primer gesto del hombre ante su semejante es reducirlo, suprimir las diferencias, abolir esa radical "otredad". Pero el otro resiste. No se resigna a ser espejo. Reconocer la existencia irreductible del otro, es el principio de la cultura, del diálogo y del amor. Reducirlo a nuestra subjetividad, es iniciar la árida, infinita dialéctica del esclavo y del señor. Porque el esclavo jamás se resigna a ser objeto. La realidad humillada acaba por hacer saltar esas prisiones. Aún en la esfera del pensamiento puro

se manifiesta esa tenaz resistencia de la realidad. Machado nos enseña que el principio de identidad, sobre el cual se ha edificado nuestra cultura, se rompe los dientes frente a la "otredad" del ser. Acaso en esto radique la insuficiencia de nuestra cultura. Todo imperialismo filosófico o político, se funda en esta fatal y empobrecedora soberbia. No en vano Nietzsche llamó a Parménides: "araña que chupa la sangre del devenir". Y algo semejante ocurre en el mundo de la historia: los Imperios chupan la sangre de los pueblos. La unidad que imponen oculta un horror vacío. No nos dejemos engañar por la grandeza de sus monumentos. La vida ha huído de esas inmensas piedras. Hechos a su imagen, esos monumentos son tumbas.

Resulta escandaloso recordar esas verdades. Vivimos en la época de la "planificación" y de la "guerra total". En ciertas bocas y en ciertos sitios estas frases encubren apenas otros designios. En nombre de la abstracción se pretende reducir al hombre a la pasividad del objeto. Unos utilizan el mito de la Historia, otros el del Progreso. Pero nosotros nos rehusamos a ser mercancías tanto como a convertirnos en instrumentos o herramientas. Sabemos adonde conducen esos programas: al campo de concentración. Toda concepción mecanicista y utilitaria —así se ampare en la llamada "edificación socialista"— tiende a degradar al hombre. Frente a esos poderes nosotros afirmamos la espontaneidad creadora y revolucionaria de los pueblos y el valor de cada cultura nacional. Y volvemos los ojos hacia el 19 de julio de 1936. Allí empezó algo que no morirá. No importa que las circunstancias actuales parezcan más adversas que nunca. Hace unos meses los pueblos españoles mostraron que once años de dictadura clerical y militar no bastan para aniquilar una nación. Las huelgas espontáneas son un signo y un aviso. Los estrategas tienen mala memoria. Cada vez que preparan una función, olvidan invitar al personaje que ocupó la escena el 19 de julio. Pero ese personaje no falta nunca. Se presenta sin anunciarse y trastorna la representación. La comedia puede volverse tragedia. No hay director de escena que pueda con el pueblo.

Octavio PAZ.

EL 19 de julio de 1936 comenzó en España la segunda guerra mundial. Hoy conmemoramos ese hecho. La guerra ha terminado en todas partes, salvo precisamente en España. El pretexto para no terminarla es la obligación de prepararse para la tercera guerra mundial.

Esto resume la tragedia de la España republicana, a la cual jefes militares rebeldes impusieron la guerra civil y extranjera; esos jefes siguen imponiéndose sobre España en nombre de la guerra extranjera.

Durante quince años, una de las causas más justas que es posible hallar en el mundo, se ha visto constantemente deformada y a veces, traicionada por los grandes intereses de un mundo entregado a las luchas por el poder. La causa de la República se encontraba y se encuentra hoy día identificada con la de la paz, y esa es sin duda su justificación. Desgraciadamente, el mundo no ha dejado de estar en guerra desde el 19 de julio de 1936, y la República española, en consecuencia, no ha dejado de ser traicionada y cínicamente utilizada. Por eso quizá, es inútil que nos dirijamos, como con tanta frecuencia lo hemos hecho, al espíritu de justicia y de libertad, a la consciencia de los gobiernos. Un gobierno, por definición, no tiene consciencia. Suele tener una política; eso es todo. Y tal vez el modo más seguro de abogar por la República española no sea decir que es indigno de una democracia matar por segunda vez a los que lucharon y murieron por la libertad de todos nosotros. Este lenguaje, con todo y ser la verdad, se pierde en el desierto. Se pretende, en cambio, que el mantenimiento de Franco obedece a la necesidad de asegurar la defensa de Occidente. Pero esta defensa —y es necesario que se sepa bien— perderá sus justificaciones y sus mejores combatientes si autoriza la conservación de un régimen de usurpación y de tiranía.

Puesto que los gobiernos occidentales han decidido no tomar en cuenta sino las realidades, hay que advertirles que las convicciones de buena parte de Europa también integran la realidad, y que no será posible desconocerlo. Los gobiernos del siglo XX muestran una tendencia lamentable a creer que la opinión y las consciencias se pueden gobernar como las fuerzas del mundo físico; por las técnicas de la propaganda y del terror, llegan a dar a las opiniones y a las consciencias una elasticidad consternadora. No obstante, todas las cosas tienen un límite, y especialmente las flaquezas de la opinión. Se ha podido mistificar la consciencia revolucionaria hasta hacerla que exalte las miserables manifestaciones de la tiranía. El propio exceso a que llega la tiranía evidencia esa mistificación, y he aquí que a mediados de siglo la consciencia revolucionaria despierta nuevamente y retorna a su punto de partida. Por otra parte, se ha podido mistificar el ideal de libertad por el cual pueblos e individuos han luchado, aun cuando sus gobiernos capitulaban. Se ha podido lograr que esos pueblos esperen y admitan compromisos cada vez más graves. Pero existe un límite que hay que anunciar claramente, más allá del cual no será

posible utilizar a las consciencias libres; por el contrario: habrá que combatirlas. Para nosotros los europeos que adquirimos consciencia de nuestro destino y de nuestras verdades el 19 de julio de 1936, ese límite es España y sus libertades.

El peor error político que pueden cometer los gobiernos occidentales es ignorar la reciedumbre de tal límite. Leí en los curiosísimos artículos de un periódico que nos ha habituado a mayor neutralidad, consagrados por M. Creach a lo que llama el problema español, que los jefes republicanos españoles ya no creen en la República. Si esto fuera verdad, justificaría los peores ataques contra la República. Pero M. Creach, hablando de los jefes republicanos, añade: "Por lo menos los que vi en España". Desgraciadamente para M. Creach, y afortunadamente para la libertad de Europa, los jefes republicanos no viven en España. Y si acaso ocurre así, M. Creach no puede encontrarlos en los Ministerios y en los salones que frecuenta. Los que él conoce y a quienes llama republicanos, han dejado, en realidad, de creer en la República, desde el momento en que aceptaron someterla por segunda vez a sus asesinos. Los verdaderos y únicos jefes republicanos que viven en España tienen una opinión tan distinta que temo que no pueda complacer a M. Creach o a los que, para servir a Franco, proclaman el peligro de la guerra y las necesidades de la defensa occidental. Es la opinión de estos combatientes clandestinos la que debe hacerse conocer, porque sólo ella puede indicar el límite hasta el cual hemos llegado todos, y que en lo que nos concierne, no estamos dispuestos a permitir que se traspase. Por eso quisiera que mi voz fuera mucho más fuerte de lo que es y que alcanzara directamente a aquellos cuya tarea es difinir la política occidental en función de la realidad, para llevarles las declaraciones que sin ambigüedad hacen los responsables del más poderoso movimiento clandestino español. Estas declaraciones, cuyo origen y autenticidad certifico, son cortas. Helas aquí: "Por costumbres, por cultura y por civilización, pertenecemos al mundo occidental y estamos contra el mundo oriental. Pero si Franco sigue en el poder, haremos todo lo que sea necesario para impedir que cualquiera de nuestros hombres empuñe las armas por el Occidente. Estamos organizados para ello".

Esta es una realidad que los realistas del Occidente deberían meditar bien. Y no solamente en lo que concierne a España; porque el combatiente que habla así y para quien la vida de hoy constituye un eterno peligro, es el compañero de armas de centenares de miles de europeos que se le parecen, que están decididos a luchar por sus libertades y por ciertos valores occidentales, y que saben también que toda

lucha supone un mínimo de realismo; pero que no confunden jamás realismo con cinismo, y que no tomarán las armas para defender al Occidente con los moros de Franco, ni la libertad con los admiradores de Hitler. Existe, pues, un límite que no será sobrepasado.

Durante cerca de diez años hemos comido el pan del odio y de la derrota. El día de la liberación, en la cima de la mayor esperanza, supimos también que la victoria era traicionada y que debíamos renunciar a algunas de nuestras ilusiones; a bastantes, por cierto. Después de todo, no somos niños. Pero no quisimos renunciar a todas ellas, a nuestra fidelidad más esencial. En ese límite inconfundiblemente trazado, aparece desde luego España, que una vez más nos ayuda a ver claro. Ningún combate sería justo si se hiciera en realidad contra el pueblo español; y si se hiciera contra él, se hará sin nosotros. No habría Europa ni cultura libres si se luchara olvidando la servidumbre del pueblo español; y si la lucha olvidara esa servidumbre, se haría contra nosotros. El inteligente realismo de los políticos occidentales logrará al fin ganar a su causa cinco aeródromos y tres mil oficiales españoles, y alinear definitivamente a centenares de miles de europeos. Después de lo cual esos genios políticos se congratularán unos a otros en medio de las ruinas. A menos que los realistas comprendan efectivamente el lenguaje del realismo y se percaten de que el mejor aliado de Stalin no es el comunismo español sino el general Franco y sus sostenedores occidentales.

Tal vez estas advertencias sean inútiles. Mas por el momento y a pesar de todo, queda un pequeño sitio para la esperanza. Si se hacen estas advertencias y si un combatiente español puede expresarse en el lenguaje citado, por lo menos hay una prueba evidente de que ninguna derrota sería definitiva mientras el pueblo español, como acaba de probarlo, conserve su fuerza combativa. Paradójicamente, es ese pueblo valeroso, esclavizado y exilado de la comunidad de naciones, el que hoy día se yergue como el guardián y el testigo de nuestra esperanza. Al menos él —y por cierto muy diferente de los jefes a quienes conoce M. Creach— está vivo, sufre y lucha; a tal punto que debe llenar de azoro a los teóricos del realismo, tan dispuestos a afirmar que ese pueblo piensa ante todo en su tranquilidad. Piensa tan poco en ella que los teóricos se han sobresaltado. La prensa donde se explica laboriosamente la que pretende ser la élite europea, se ha desvelado para explicar el fenómeno de las huelgas españolas de una manera que deje intactas a las verdaderas fuerzas del régimen franquista. El último hallazgo, al cual M. Creach da su generoso apoyo, es que tales huelgas han sido favorecidas por la burguesía y el ejército. Esas huelgas se

deben ante todo a los trabajadores y a los que sufren; esa es la verdad. Y si, como también es posible, los patronos y los obispos españoles vieron en ellas la ocasión de expresar su oposición sin riesgo de sus personas, entonces son aún más despreciables, por haberse aprovechado del dolor y de la sangre del pueblo español, para decir lo que fueron incapaces de gritar por sí mismos. Esos movimientos han sido espontáneos y ese empuje garantiza la realidad de las declaraciones de nuestro camarada español, y funda la única esperanza que podemos alimentar.

No se crea que la causa republicana vacila; no se crea que Europa agoniza. Lo que agoniza, de Este a Oeste, son las ideologías. La verdadera miseria de Europa, incluyendo quizá a España, se origina en que su pensamiento revolucionario ha dado la espalda a una fuente de vida generosa; a un sistema en que la justicia y la libertad se reunían en una entrañable unidad, igualmente alejada de las filosofías burguesas y del socialismo cesáreo. Los pueblos de España, de Italia y de Francia, guardan el secreto de ese pensamiento y lo guardarán aún, para que sirva en el momento de la resistencia. El 19 de julio de 1936 aparece entonces, como una de las fechas de la segunda revolución del siglo, la que nace en la Comuna de París y avanza bajo la apariencia de la derrota; pero que aún no ha terminado de sacudir al mundo y al final llevará al hombre más lejos de lo que puede llevarlo la Revolución del 17. Alimentada por España y en general por el genio mediterráneo, nos dará un día una España y una Europa, y con ellas, nuevas tareas y nuevos combates, que por fin se librarán a cielo abierto. Por lo menos esta es nuestra esperanza y nuestra razón para luchar.

Camaradas españoles: al decir esto no me olvido, creedme, de que si quince años son poca cosa dentro de la Historia, los quince años que acabamos de pasar han pesado terriblemente sobre muchos de vosotros en el silencio del exilio. Hay algo de lo que ya no puedo hablar, por haberlo repetido demasiado, y es de mi apasionado deseo de veros regresar a la única tierra hecha a vuestra medida. Esta noche, todavía, siento la amargura de no poderos hablar sino de luchas y de combates renovados, en vez de la felicidad a la que tenéis derecho. Pero todo lo que podemos hacer para justificar tantos sufrimientos y tantas muertes, es llevar dentro de nosotros la esperanza; y no permitir que esos sufrimientos hayan sido vanos y que esos muertos permanezcan solitarios. Los quince años implacables que han consumido tantos hombres, han forjado a algunos otros cuyo destino es justificar a los primeros. Tan duro como esto sea, es así como los pueblos y las civi-

lizaciones se engrandecen. Después de todo, es de vosotros, de España, en parte, de donde algunos de nosotros hemos aprendido a mantenernos en pie y a aceptar sin titubeos el duro deber de la libertad. Para Europa y para nosotros, a menudo sin saberlo, habéis sido y sois maestros de libertad. Este duro deber, que jamás termina, nos obliga ahora a estar a vuestro lado, sin titubeos y sin condiciones.

He aquí vuestra justificación. Desde que me hice hombre he encontrado en la Historia a muchos vencedores, cuyos rostros son repulsivos porque en ellos descubrí el odio y la soledad. Y es porque esos hombres no eran nada si no eran vencedores; para serlo, debían matar y esclavizar. Mas es otra especie de hombres la que nos ayuda a respirar: la que nunca ha buscado existencia ni libertad sino en la libertad y en la felicidad de todos, y que por consiguiente, hasta en la derrota encuentra razones para vivir y para amar. Estos hombres, aún en la derrota, jamás estarán solos.

Albert CAMUS.

Aventura del Pensamiento

TEORIA DE LA DESORGANIZACION

Por *Alvaro FERNANDEZ SUAREZ*

A VECES, *yendo en tren junto a un desconocido, le miro, y empiezan a levantarse dentro de mí ocurrencias y escenas alusivas a la vida de aquel extraño. Veo su pasado y su presente. Veo lo que le aguarda en el tiempo. Compadezco sus ansiedades, gozo sus esperanzas. Quisiera prevenirle de un peligro, o apaciguar sus inquietudes cuando no hay fundamento para ellas en la perspectiva del futuro. Pero no me atrevo. Me tomaría por un intruso o por un loco.*

Quien dijo esto, —a persona muy allegada mía— fué Pascal Fortuny, el famoso vidente francés, hoy difunto. ¿Tendré yo, también, de cierta manera, vocación de zahorí y adivino? Porque siento, con frecuencia, la responsabilidad de traducir en un orden las emociones, los pensamientos, la historia, el destino de criaturas sin relación especial conmigo que cruzan a mi lado, en esta zarabanda del ir y venir por el mundo, para desaparecer sin memoria y sin huella. Me parece como si la expresión verbal de los aconteceres que transcurren en el alma de estos desconocidos produjese una descarga de angustias oscuras, como si hubiese un rescate, un acto de justicia, en sorprender y fijar por medio de palabras lo enorme y mínimo de la vida de cada hombre, absoluta y pasadera, todo y. . . nada.

¿Cómo será la existencia de esta muchacha rubia que viaja enfrente de mí? Sueño una película que podría hacerse enfocando el tomavistas sobre la pantalla interior donde se suceden las escenas mentales del vidente.

Hemos sido transportados a una casa de arrabal, en la gran ciudad, lejos de este lugar por donde corre ahora el tranvía. ¿Qué es esto? No es una habitación formal, con paredes y tabiques, sino un espacio acotado por cortinas, en el extremo de un pasillo: el lecho, una mesita de tocador con un espejo, una silla. Son las seis de la mañana, en invierno. Faltan dos horas para que salga el sol. Las luces tienen esa crudeza aterida de

las madrugadas. La muchacha se ha vestido y prepara su desayuno en un infiernillo de alcohol. Mientras tanto, hace su cuarto: barre, arregla la cama. Sus movimientos son cautos y exactos, silenciosos; aún no se han despertado los demás habitantes de la casa. La joven bebe su café con leche sin dejar de ir y venir. Se ha detenido. Se mira en el espejo. Tiene una expresión severa, casi reprobatoria, para su aspecto, para su vestido, gracioso, pero a ella le fastidia verlo tan repetido. La cara se relaja, en este momento, y expresa un gran cansancio. Desde hace algún tiempo se despierta cansada. Antes de salir, la voluntad arranca de su alma —y no sólo el auxilio cosmético— una pequeña ráfaga de vitalidad y de alegría, y la extiende por el rostro. Se pone en marcha. Cuando va a cerrar la puerta, oímos una voz femenina que viene del interior de una alcoba: "Deje abierto, Lucy, por favor". Y ella responde: "Adiós, señora".

Es de noche en la calle. Lucy tuvo suerte. Ha llegado el colectivo y no está lleno. Quizá encuentre sitio donde sentarse. Lucy mira de soslayo las caras de los demás viajeros. Tiene un gesto ligeramente hostil, aburrido, para las casas y los árboles que desfilan al costado del vehículo. Saca una novela y se pone a leer para evadirse de la situación y eludir las imágenes muertas del trayecto, siempre el mismo, día a día. Una parte de su conciencia entra en el juego de la fábula, y la otra se acurruca para gramar en sordina sus propios ensueños y pensamientos. Después de este primer tramo de su viaje, Lucy tomará un tranvía, y luego otro colectivo, antes de llegar a su trabajo. Cada uno de estos cambios significa un desgaste de energía nerviosa: espera, tensión, ansiedad, violencia. Lucy emplea dos horas en ir de su casa al lugar donde tiene su labor cotidiana. Lucy trabaja en una peluquería del centro y vive en un extremo de la ciudad.

La videncia anticipa el recorrido de Lucy. Ha llegado. Son las nueve de la mañana. Saludos a sus compañeras. Se pone el guardapolvo blanco. Se presentan los primeros clientes. Lucy sonríe y charla de cosas variadas mientras sus dedos se mueven certeros como si tuviesen ojos infalibles. Pasan rápidas las horas de la mañana. La una. Lucy tiene hora y media de descanso. Come un sandwich, bebe un vaso de leche. Le queda tiempo para comprar su comida de la noche y las cosas diversas que necesita.

Vuelve al trabajo a las dos y media. Otra vez se mueven, diligentes, los dedos de Lucy. ¿En qué piensa Lucy cuando permanece silenciosa? Vemos una larga y recta carretera, sin árboles, que atraviesa campos llanos. Un camión corre por esta ruta. En el camión van dos hombres jóvenes. La imagen de uno de ellos pasa y repasa, con nitidez e insistencia, por la mente de Lucy. Está muy lejos, a una imprecisa distancia, tal vez a centenares de kilómetros de aquí. . .

El final de la jornada. Recuento de los servicios hechos, de las propinas ganadas. Lucy y sus compañeras comentan y discuten la cifra, y alegan razones —el buen tiempo y la lluvia, el comienzo o el final de mes— y también el margen de sinrazón y aventura de todos los movimientos humanos, para explicar el resultado. Se despiden, van saliendo. Son las ocho de la noche.

Lucy corre a esperar su primer colectivo de vuelta. Un señor se pasea arriba y abajo en la parada. Saca el reloj y dice: "Cuarenta minutos aguardando". Ya dentro del vehículo, atestado, estalla una borrasca de odio, una disputa entre el conductor y un pasajero. Por encima de las cabezas se cruzan acritudes, amenazas, insultos. El automóvil, visto desde afuera, registra la alteración emocional que lleva en su entraña, con esguinces bruscos, paradas secas, arrancadas violentas. . . Luego, otra vez el tranvía. Y por último el segundo colectivo.

Lucy ha llegado a su casa. Son las diez de la noche. Se baña, prepara su cena. Está cansada, muy cansada. Termina de comer. Lee un poco. Son las doce de la noche. Se acuesta. Lucy duerme entre cinco horas y cinco horas y media.

Y la rueda ya inicia otro día, otra vuelta como las demás vueltas.

Los sábados Lucy trabaja hasta las nueve. El domingo. Descanso. Lucy descansa lavando, planchando, cosiendo sus ropas. Y en seguida asoma el lunes para iniciar el comienzo del monótono ciclo.

Pero Lucy tiene su tema de ensueños y esperanzas. Lucy está enamorada. Su novio pasa muchos días lejos de la ciudad por causa de su quehacer. Se ven una vez a la semana. Hablan de casarse. El casamiento se va aplazando por la escasez de viviendas. La misma causa que obligó a Lucy a buscar una habitación tan lejos del centro, en un pasillo donde le habilitaron un refugio entre cortinas.

Ultimamente se agravó el cansancio de Lucy. Estuvo enferma, y la enfermedad le dejó un residuo de fiebre por las tardes. El médico le ha dicho que no es nada. Sin embargo, Lucy tiene miedo, y hay noches que no duerme, pensando, pensando. Piensa también en cosas que no aluden a la enfermedad sino a lo extraño de la vida, del mundo, a lo irreal de las cosas reales. . . No sabe bien lo que piensa. Se asusta como cuando era pequeña y la dejaban sola. Entonces añora su país natal, en el interior, de donde vino un día a la gran ciudad. Irá allá para ver a sus parientes, este verano, en tiempo de vacaciones.

Esta es la vida de Lucy.

Millones de criaturas llevan una vida semejante a la de Lucy, con algunas diferencias de modo, lugar, latitud, nivel colectivo de riqueza, en Buenos Aires, en Londres, en Nueva York, en Chicago, en Berlín, en Moscú. . . También en Moscú. Porque Lucy no es el producto de un sistema social sino de una civilización mecánica cuyas urbes gigantescas ajustan la existencia de los seres a un ritmo cronometrado, y les hacen girar en una rueda de insensato movimiento, hechos polvo de humanidad, conciencias solitarias, partículas que van, vienen, se agitan, trabajan, se olvidan de sí mismas en la magia del cine, y pasan en el tiempo como olas procesionarias en marcha no se sabe hacia dónde, renovadas, desvanecidas. ¡Oh Lucy yo quisiera redimir la oscuridad de tu drama al convertirlo en esta prosaica epopeya de lucha sin combate, sin hazaña, sin poeta. . .!

Alguna vez, al contemplar la formidable condensación de energía —riqueza, poder, masa— que es la sociedad norteamericana, océano en cuyo seno enarcan sus lomos olas de enorme pujanza, hemos pensado en un mastodonte con patines. ¿A dónde irá a parar el coloso con sus imprevisibles movimientos y sus tremendos bandazos, en los que la inercia es fuerza decisiva? Empero, si nos hemos fijado en los Estados Unidos, no fué sino como paradigma máximo de la civilización occidental. Creemos que la metáfora puede extenderse a todo el mundo sin que pierda en justeza —dado que tenga alguna— ni en expresividad.

Sentimos el oscuro poder de fuerzas que no obedecen a un gobierno racional. Sin embargo, este mismo mundo está cada vez más organizado, aunque también cada vez menos dirigido.

Es preciso distinguir entre estos dos conceptos que se confunden comúnmente: el concepto orgánico y el concepto recto-

ral. La organización es el presupuesto mecánico del gobierno, en cuanto provee de instrumento a la función rectora. No es el gobierno mismo. Reincidiendo en el cómodo lenguaje de las imágenes, cabe decir que la organización es el cuerpo y la dirección el alma. La etimología no siempre ayuda en esta suerte de distingos, pero esta vez, casualmente, deriva de raíces diferentes cada una de estas dos voces: *organización* procede, según los filólogos, de la voz indoeuropea *werg,* a la que se atribuye la paternidad de la palabra griega *ergon* (trabajo) que engendró una hija llamada a un destino ilustre, *en-ergeia,* fuerza en acción, y un hijo, *organon,* instrumento para operar, y antepasado de nuestra *organización.* El linaje del símbolo verbal que expresa el acto de regir se remonta al vocablo *reg* que significa movimiento en línea recta, y tiene derivados que acusan un contenido moral, y también de sopesamiento por la razón, como es el caso de la misma palabra española *recto,* en el sentido de justo. Es decir: que la voz *organización* alude a tarea, al acto en sí, abstracción hecha de un contenido espiritual, y en cambio *dirección* implica juicio, y se relaciona con el entendimiento, no sólo en su aspecto operativo y agente, como medio para lograr fines, sino también en cuanto discierne entre valores superiores y dice lo justo.

Y sin embargo, hombres eminentes, no sólo en las ciencias cuantitativas —lo que sería muy natural— sino también en las disciplinas humanistas, suelen confundir implícitamente *organización* y *dirección.* Es el caso de quienes, sin más distingos, ven en un gobierno mundial el "único" remedio contra las guerras mundiales. Parecen suponer que los males de la época obedecen solamente a la carencia de un aparato, de una maquinaria social suficientemente grande. Bertrand Russell sienta, precisamente, esta tesis, en su libro *Libertad y Organización*: "No es con sentimientos pacifistas sino con una organización económica universal como puede salvarse la Humanidad civilizada de un suicidio colectivo". Hay en esto una fe ingenua en las virtudes de la racionalización mecánica de los procesos sociales. Esta convicción fué sugerida, sin duda, por las grandes obras de ingeniería que canalizan ríos, apresan la energía natural, la conducen a un lugar previsto, la remansan o depositan, y la liberan racionalmente al servicio de propósitos determinados. El mismo presupuesto ideal encontramos en las especulaciones de los tecnócratas y de otros planificadores sociales cuando hablan de

solucionar todos los problemas por medio de especialistas —incluso en religión y mística— reunidos en diversos comités bajo la dirección de algún supremo consejo de expertos.

Pues bien: sería cosa de examinar el asunto por vía de una audaz inversión, ver si habría modo de lograr un resultado mejor, no exasperando la organización sino *desorganizando.* Prevemos que esta idea —aun vestida con el prudente subrayado— será acogida con cierto sobresalto, tan insensata es su primera apariencia. Permítasenos, al menos, afrontarla como simple hipótesis y ejercicio discursivo. El pensamiento no explora nuevas posibilidades sino escapándose de los cercos que le tienden los hábitos de razonar, esos campos de concentración donde se encierra a sí mismo. Los frutos que podamos recoger en este viaje mental pueden ser buenos, aunque el punto de partida sea un dislate evidente.

De todos modos este planteamiento suscitará algunas resistencias emocionales justamente a causa de lo obsesivo de la idea organizadora en nuestra época. Organización es una de las palabras que van y vienen con más frecuencia en nuestro lenguaje, y un modo automático de reaccionar que tiene nuestra mente ante todo empeño. No sólo se usa el vocablo en su sentido justo, como cuando aludimos a la buena o mala organización de un Estado, de una fábrica, o incluso si se trata de hacer una excursión al campo en la que participen tres o cuatro amigos. Hablamos también, con menos propiedad, de que determinada persona ha sabido "organizarse", en el sentido de que es hábil para distribuir su tiempo o para ganar dinero o para gozar del amor de las mujeres. Este abuso de semántica es lo que denuncia la organización como tic de la mente moderna, muy natural, sin duda, pues viene sugerido por la necesidad viva y por la experiencia diaria de todo ser humano medianamente adaptado a la civilización industrial.

La *organización,* en el sentido moderno, tiene su origen en el modo de funcionar de la inteligencia humana. El hombre ha sido siempre organizador, desde que fué hombre. ¿En qué consiste la diferencia de actitud y de obra, en cuanto a la *organización,* entre el hombre actual y sus antepasados, incluso de épocas próximas a nosotros? Ante todo, consiste en que sólo en este tiempo nuestro se ha llegado a una desvelada conciencia, a una nitidez vehemente, en el modo de disponer medios a fines. La organización de otras épocas se llevaba a cabo de un

modo más intuitivo, más oscuro, a veces casi como un tropismo adaptativo. En cambio hoy se practica con método, con una noción clara del enlace racional de medio a fin. En el pasado, la organización arrastraba una serie de contenidos extraños a su objeto, incluso cargas irracionales que modificaban la estructura funcional arbitrariamente, con merma de la eficacia. Hoy, por el contrario, la eficacia prima decisivamente y no se deja desviar por influjos extraños, incluso cuando el aparato, la organización, está al servicio de fines irracionales o habita una atmósfera irracional. La organización es, en nuestro tiempo, una técnica neutra, no obstante aprovechar, como aprovecha, fuerzas oscuras, pero tratadas con frialdad objetiva, como si fuesen energía de cualquier otro tipo.

Es sugestivo que la Congregación de Ritos, hace poco, se haya visto obligada a reprobar el extendido uso de seudocirios eléctricos en los altares. Un buen ejemplo de racionalización técnica, en este caso con ignorancia del sentido inconsciente del fuego, su relación oscura con lo "numinoso" (Rudolf Otto). Yo he visto el sorprendente espectáculo de una procesión motorizada, al frente de la que iba un sacerdote en un automóvil artillado con altavoces metálicos que clamaban sermones y discos, alternativamente, como en un mitin político, con estentórea potencia. El hombre moderno *organiza* del mismo modo, sea liberal o totalitario, comunista o anarquista. Incluso anarquista, por supuesto. Porque los anarquistas suponen, con cierta inocencia, que la única tiranía posible es la del Estado y su poder compulsivo. Al menos en teoría —el temperamento denunciado por la preferencia anárquica modifica el esquema en los hechos— abogan por una sociedad muy organizada, tanto más cuanto que le faltaría la coacción política, y sólo podría existir y funcionar, por consiguiente, con un exceso de firmeza y estrechez en el tejido social.

El método —y el tic— organizador moderno procede de dos corrientes que, a su vez, vienen de un origen común. El origen común está, naturalmente, en el propio ejercicio elemental de la inteligencia humana cuya lógica se formó en la lidia con las cosas. En cuanto a la primera de las corrientes —ya culturales— que desarrollaron la técnica y el hábito de organizar, es el caudal de racionalismo heredado por la Iglesia de la cultura griega. Por lo demás, han sido las órdenes religiosas —y tal vez concretamente la Orden de San Benito— el primer

modelo de vida racionalizada y bien organizada propuesto a la civilización de Occidente. En América existió un tipo de comunidad organizadísima: el *pueblo* de las Misiones jesuíticas. Entretanto, la burguesía medieval, por su lado, se aplicaba a un ejercicio de racionalización de las tareas, exigida por la manufactura y el comercio, y su más estupendo monumento es la contabilidad por partida doble. Ambas corrientes se funden en una sola con la ciencia positiva, la técnica moderna, el capitalismo y el socialismo. La técnica nos fuerza a organizar los procesos de producción y todas las demás actividades con finísima exactitud, y al propio tiempo se brinda como modelo a imitar en la esfera social.

Así, la organización caracteriza a nuestra sociedad tanto como la máquina. Es la máquina traspuesta al plano de las relaciones humanas. Sin embargo, la máquina ha suscitado más enemigos que la organización, en cuanto técnica o modo de tratar lo social. Es decir: se abomina de la "organización capitalista" o de la "organización comunista", pero pocos repudian la organización misma, considerada por unos y otros como naturalmente buena y necesaria.

La índole mecánica de la organización moderna —y en esto se diferencia de la antigua cuya génesis era más semejante a la de los seres vivos— se manifiesta en que puede nacer adulta, hecha y derecha, planeada de antemano en todos sus detalles, como una obra hidráulica o un gran edificio, en vez de iniciarse desde una célula, sin anticipada visión de toda su estructura y de su destino. El organizador moderno concibe una síntesis elemental orientada a un fin. Después, sobre este esquema básico, realiza una operación analítica consistente en descomponer el fin último en fines parciales, y a cada uno de estos fines parciales los dota de un órgano subordinado a otro órgano, y todos ellos enlazados, y sometidos al órgano supremo de dirección. Falta llenar los huecos previstos con los seres humanos encargados de hacer el papel de engranes y piezas de la máquina. Cada pieza, lo mismo que en las máquinas, tiene asignada una función y puede ignorar todo el resto del proceso: sólo entre todas ellas realizarán la tarea que es objeto del mecanismo total. De este modo, la organización aparece ahora, otra vez, no ya como una síntesis mental y esquemática, como al principio, sino como una síntesis real y substancial, llena.

Vista la organización en actividad acusa igualmente su similitud con la máquina. Por eso cuando marcha con la deseable exactitud se dice que "funciona como un reloj". Esto significa que los fines corrientes de la organización se cumplen de un modo automático, sin requerir la voluntad en acto de la dirección. Gracias al automatismo, a la rutina, a pesar de la inferioridad y aun de la estupidez de algunos individuos encargados de funciones graves y delicadas, la sociedad técnica no se disloca. Siempre me ha sorprendido no que las cosas anden mal —no cabe esperar otro andamiento, sensatamente— sino que anden bastante bien, después de todo. ¿Se ha pensado lo que son —en complejidad, en minuciosa exigencia— las ciudades modernas, los ferrocarriles, las líneas aéreas, y todo el inmenso mecanismo de una nación y del mundo? Pues eso marcha. Es la bendición del automatismo, de la rutina, del espíritu mecánico de la organización moderna. Pero —se dirá— para eso están los directores, inteligentes, responsables, equilibrados. El director no necesita interferir en el funcionamiento general del aparato. Sólo debe cuidarse de vigilarlo y ajustarlo si no marchara bien en algún momento. El director es un hombre de buen oído para los motores, una especie de mecánico: sustituye una pieza, coloca en su lugar, en casos extraordinarios debe añadir un órgano o una serie de órganos. Es decir: interviene en aquellas cuestiones para las que la organización no tiene respuesta automática. El director, en las organizaciones de cierto volumen, apenas si conoce el esquema general de la máquina y sus fines, mejor o peor interpretados. Ignora los detalles del aparato, los entresijos mínimos, los múltiples y a veces invisibles engranes. En realidad, el conocimiento mínimo y exacto de una gran organización no lo posee ningún ser humano, no se sintetiza en ningún cerebro real sino que se dispersa en un número más o menos grande de cerebros vivientes cuyas informaciones abarcan sectores distintos, y sumadas y reacopladas esas informaciones, dan el conocimiento cabal de la organización.

Por esta y otras causas, la organización, en cuanto escapa al dominio total o meramente suficiente de los hombres concretos, gana una solapada jerarquía sobrehumana, posee una autonomía vital, y propende a trazarse sus propios fines. Es el caso de la burocracia como poder autónomo, en algunos casos superior al de los ministros. Uno de los fenómenos más curiosos de emancipación del aparato burocrático, lo hallamos justamente

en sus estructuras más racionalizadas y modernas. Ahí la maquinaria llega hasta atrapar al mismo que la maneja. Es lo que bien pudiera llamarse la tiranía impersonal de la ficha. Veamos un caso real. Un conocido mío hubo de necesitar cierto permiso de los servicios de policía de determinado país —no importa cuál— y acudió a la oficina correspondiente donde tenía amistad con un funcionario de importancia. El funcionario se interesó por él, y como quiera que no le compitiese el asunto, se encargó de recomendarlo a la persona a quien estaba cometida aquella materia. Así lo hizo y con todo interés. Pero la tramitación no marchaba, y entonces el funcionario acudió a ver qué dificultades se habían atravesado en el camino del expediente de su amigo. Le contestaron: "La ficha es mala". Protestó. Era un error, un desatino, él conocía muy bien a su amigo, y no podía ignorar su vida actual ni sus antecedentes (importaban, en aquel caso, los de orden político). Le respondieron: "¿Sabe usted quien firma esa ficha?" No lo sabía. Se la mostraron: la firmaba él mismo, el recomendante. Había cometido un error, en otra época, llevado por ciertos prejuicios, cuando aún no conocía a su actual amigo. Pero aquel error había sido "fichado", constaba en el mecanismo de la burocracia como verdad formal. Propuso una rectificación de los juicios estampados en la cartulina. Estaba dispuesto a suscribir esa rectificación. Podía hacerse. Es decir: hubiera podido hacerse a no ser porque aquella ficha había proliferado y tenía hijuelas idénticas en otras oficinas superiores e inferiores, lo que dificultaba seriamente la rectificación. Más aún: en el decurso del tiempo —más bien breve— entre la confección de la ficha y la actualidad, la propia oficina original, antaño con facultades suficientes para calificar el caso, sin ninguna otra instancia, se había dividido y generado nuevas secciones encargadas de igual tarea, y además los datos y requisitos se aumentaron, dando entrada en el asunto a otros organismos burocráticos. Se necesitaba ponerse de acuerdo con las otras oficinas, y luego promover en forma la rectificación en los registros. Era algo largo y complicado. . . La petición, por el momento, sólo podía ser denegada aunque descansaba en un error, reconocido por los propios funcionarios incursos en él, y no deseosos, en este caso, de perjudicar al postulante. Las pretensiones de éste tenían su razón en un viaje proyectado al que hubo de renunciar.

De ahí a una derivación de la máquina hacia fines propios y diferentes de los previstos no hay mucha distancia. Es un efecto de la autonomía funcional e impersonal que, en cierto grado, tienen todos los organismos. Es el servicio de contraespionaje —y sobre esto tengo una experiencia propia en la guerra de España— que al utilizar a espías dobles empieza, en ocasiones, a funcionar del revés, es decir, a perseguir a los leales. Si esta desviación no se registra visiblemente en otra suerte de organizaciones, menos complicadas, es sólo porque se produce con mayor lentitud, y una deriva menos pronunciada. Algo semejante a lo que acontece con los proyectiles de cañón de largo alcance cuyo error inicial, siendo mínimo, resulta considerable en la totalidad del trayecto.

También pertenece al fenómeno de autonomía vital de las organizaciones su modo de crecimiento y desarrollo. Esta clase de seres tiende, por impulso natural, por "instinto", a devorar, de un modo o de otro, a sus similares y competidores, lo mismo si se trata de las grandes sociedades llamadas civilizaciones, y por supuesto, los Estados, que si son compañías mercantiles y meras asociaciones.

¿Hay un límite óptimo en el tamaño de las organizaciones, tal como se da en la biología vegetal y animal? Posiblemente sí. A partir de cierto grandor, la organización no realiza bien sus procesos internos. Acusa fallas, pérdidas de energía, anquilosis de sus órganos, favorece el parasitismo, multiplica sus dispositivos de vigilancia y verificación, se torna pesada, lenta. Generalmente estos males interiores se disimulan y no afectan, en mucho tiempo, a la vida de la organización, a causa de la enorme masa, de la colosal acumulación de energía, riqueza y poder, que representan. Pero, a la larga, degeneran, roídas por su enfermedad secreta. Los mecanismos de defensa de la organización gigante se vuelven lerdos y no dan respuestas adecuadas a los peligros exteriores.

Finalmente, al culminar la crisis, la organización se disgrega. Pero la disgregación no equivale, necesariamente, a la muerte. A veces, el trance puede regenerar el organismo, aun cuando parezca disminuído y debilitado por la secesión. Tal es la única forma de reproducirse que conocen las organizaciones. Se reproducen fragmentándose. Otras veces la disgregación es mortal como ha sucedido con los imperios universales en que

culminaron algunas civilizaciones del pasado (Toynbee. *Study of History*).

Los "instintos" de la organización suponen en ella cierto carácter biológico, aun cuando su patrón inspirador sea la mecánica. La organización es una máquina sólo en cuanto a su estructura, a muchas similitudes de funcionamiento y al modelo de donde fué tomada. Pero, al fin, está formada por hombres y opera con fines humanos. El carácter mecanicista de los organismos sociales es inevitable —y no se trata de un fenómeno moderno— por cuanto deriva de la lógica, también mecanicista, del hombre, formada en la lucha contra el mundo de las cosas cuya conducta es regular, reductible a esquemas sencillos. Las cosas son reiterativas en su conducta, y en menor medida también lo son las plantas y los animales. No es extraño que los esquemas formados en el tratamiento de las cosas, y en general en toda acción sobre el mundo exterior, hayan sido transportados a las relaciones humanas. No había otro modo de actuar sobre los hombres en grupo. Era preciso suponer que teníamos delante una materia, una cosa, una entidad cuya índole y cuyos fines podían ser apresados dentro de un sencillo enunciado racional. En definitiva, la ley, el Estado, toda manifestación de una norma o de un molde de carácter social supone la "cosificación" y la "desconcretización" del hombre. No disponemos de otros recursos lógicos, por el momento al menos, salvo los "cosificadores" y "desconcretizadores". Eso, o la disolución del grupo, o el desorden como sistema, que sería, al fin y al cabo, otra forma "cosificadora" de orden. Una empresa comercial, para hacer el cálculo de sus ventas probables, debe suponer la existencia de un ente abstracto, irreal, "el comprador", o más abstracto aún, ya sin sombra de humanidad, "el mercado". Claro está: los cosificadores del mercado tienen conciencia —implícitamente al menos— de que su abstracción no se corresponde con la realidad, en todo rigor y exactitud, y por eso corrigen sus cifras con el margen de "lo imponderable".

¿Sería mejor inspirarse, para crear organizaciones sociales, no en la mecánica sino en el organismo viviente? Las ventajas funcionales de este tipo de sociedad, hecha según modelos biológicos, serían patentes. Pero semejante empeño, aun cuando se le creyese conveniente, nos obligaría a operar con paradojas singulares, con absurdos, irreductibles a nuestra lógica. Cierto: la integración del organismo viviente es la más perfecta. No ne-

cesita ser mantenido en vilo o bajo coacción para que funcione: cumple, por sí solo, sin exigir atención alguna de su "gobierno", todas las tareas esenciales. Se nutre, se conserva, se defiende. Cada pieza realiza su tarea, y llegado el caso, sin que nadie se lo mande, sustituye a otra y la compensa. Si tiene una avería se repara a sí misma, en la medida de sus posibilidades, y todas las demás acuden a auxiliarla, a prestarle asistencia. La dirección dirige y no dirige, y aun cuando se enloquezca y busque la autodestrucción, el organismo, obediente y desobediente, lucha por su cuenta y contra el mando y procura salvar al individuo. ¿Y qué diríamos de un Estado cuyos soldados, sin necesidad de consultar al ministro de la guerra, acorriesen al combate, cerrasen las brechas e hiciesen lo necesario, con modestia y sencillez, silenciosamente, para rechazar al enemigo, y todo ello con ejemplar ahorro de energías y sin pretender ninguna recompensa? Es lo que hacen los glóbulos blancos de la sangre. Carrel[1] contrapone la sugestiva imagen del modo de edificar una "casa" por las células vivientes al procedimiento de que hace uso el hombre para realizar la misma tarea. Los tejidos vivos se generan tal como si una casa naciese de un solo ladrillo. "El ladrillo (es decir, la célula) se pone a fabricar otros ladrillos similares, usando el agua de un riachuelo, las sales minerales que contiene, y los gases de la atmósfera. Luego, esos ladrillos se juntan para formar una muralla, sin aguardar el plano del arquitecto ni la llegada de los albañiles. Se transforman a sí mismos en vidrios para las ventanas, en pizarras para el tejado, en carbón para el hogar y la estufa, en agua para la cocina. En suma, un órgano se desarrolla por los procedimientos atribuídos a las hadas en los cuentos infantiles. Es la obra de células que parecen conocer el edificio futuro, y sintetizan, a expensas del medio interno, el plan de construcción, los materiales y los obreros". El organismo vivo dispone, pues, de recursos mágicos, y usa de métodos que nuestra lógica no sabría establecer. Aquí, unas cosas son ellas mismas y otras, a la vez, y no hay dirección y todo está dirigido y como previsto, y nadie está fuera de su sitio, pero no en el único sitio... La vida ha creado, también, otro tipo de organizaciones más próximas a lo social humano: las comunidades de insectos. No es extraño que se haya hecho un lugar común del ejemplo de las abejas para avergonzar la turbulencia y el desorden de las sociedades humanas.

---

[1] *L'Homme C'est Enconou.* Cap. VI-IV.

Y sin embargo carece de sentido invocar los modelos biológicos para la creación de sociedades humanas. El patrón viviente sería peor —creemos— aun cuando pudiera ser imitado —más bien contrahecho— que el modelo mecánico. Su misma perfección sería el máximo agravio, un verdadero y más profundo atentado contra el hombre. Las únicas organizaciones no necesariamente malas son las imperfectas. ¿Por qué? Justamente porque la perfección supone un dominio completo sobre los elementos del juego, y de hecho una definición estricta de los fines. Sólo es perfecto aquello que se agota en sus posibilidades. Por eso lo perfecto, en materia social, implica un totalitarismo realmente totalitario, exhaustivo.

Pero el hombre no cabe dentro de ninguna organización, ni dentro del Estado ni dentro de la Iglesia, ni dentro de la Iglesia y el Estado, concebidos como dos esferas concéntricas. Cualquier tratamiento del hombre, con vistas a fines particulares o pretendidamente últimos, incurre en un exceso impío, si no tiene defectos. Porque el defecto es latitud. Y es el caso que toda organización, hipnotizada por sus fines racionales, propende a suprimir implícitamente los demás, y aspira a realizarse en plenitud y exactitud. Lo peor sería que lo consiguiese. En la medida en que lo consigue, sofoca ciertas posibilidades humanas desconocidas (y aun a veces conocidas pero descuidadas, relegadas consciente o inconscientemente). La organización muy racionalizada es siempre un bachiller con el título fresco y la ciencia agresiva.

Naturalmente, no sabemos lo que es el hombre. Pero volviéndonos sobre nosotros mismos descubrimos, al menos, ciertas verdades de experiencia interior. Yo soy una totalidad en el mundo que convive con otras totalitades igualmente totales. Yo soy yo, y a la vez soy los otros y las cosas. Pura contradicción. Siento mi vida, cuando no la reduzco a un esquema conceptual, como eterna y sin límites, con la efímera eternidad que supongo en los animales. Pero racionalmente sé que nací en un punto del tiempo, fluyo en el tiempo, y moriré en otro punto del tiempo. Soy una contradicción por cualquier lado en que enfoco el examen de mi ser. Nada estrechamente congruente me conviene. . . Pero suspendo aquí estas reflexiones. Temo que sean filosofía, y es terreno donde no me siento a gusto sino lleno de recelosa cautela, debatiéndome en la inevitable maraña de la conjetura y la ambigüedad. Prefiero que hable un filósofo. A

él le dejo el riesgo y la responsabilidad de las palabras. Dice Max Scheler, luego de rechazar toda concepción limitada del hombre, desde la idea del animal racional clásico al Adán caído, hechura de Dios, pasando por el hombre económico de Marx: "El hombre, empero, no es una cosa, es una dirección del movimiento del universo mismo; más aún, de su fundamento. El hombre es "microcosmos" y viviente lleno de espíritu. . . Así, pues, plaza al hombre y a su movimiento esencialmente infinito". No podemos exigir demasiada exactitud a estos conceptos líricos. Pero esto es una clara verdad: "La humanidad lleva en sí un número ilimitado de movimientos más misteriosos y grandes de lo que se piensa".[2]

Toda organización social, en definitiva, debe cuidar un espacio libre, una cámara de seguridad, un ámbito de latitud donde pueda alojarse lo posible del hombre; hay que hacer sitio a lo irracional y desconocido, aun en las construcciones racionales puramente técnicas, tal como los antiguos solían levantar un templo al Acaso, fina cautela, delicado ejercicio de modestia y de sabiduría.

Este principio rige para toda suerte de organizaciones —públicas y privadas, religiosas, políticas y económicas— y por razones obvias más especialmente para el Estado. Cualquier especie de organización, sin excluir las más indispensables, desarrolla en el individuo ciertas facultades a costa de limitar otras, y hasta —en ciertos casos— de atrofiar algunas de ellas. Es la conocida eficacia de toda comunidad donde se produce una diferenciación conforme a las aptitudes de sus integrantes. Pero también es cierto que el Robinson autosuficiente se limitaría por otro lado hasta el punto de no poder conservar, tal vez, el rango humano. Sobre esto no vale la pena de insistir. Pero es preciso mencionarlo sólo con el fin de situar la organización dentro de estos términos contradictorios. Se hace preciso aceptar y conllevar las antítesis humanas y mantenerse en equilibrio flotando en una perpetua alternativa contradictoria. No hay más remedio que jugar cautamente con *un sí pero no* incesante. Siempre que se trata de construir una organización ha de quedar una brecha abierta en su estructura, una salida de escape, por donde pueda liberarse el hombre integral. Otra cosa sería encerrarlo en un campo de concentración.

---

[2] MAX SCHELER. *El porvenir del hombre.* Selección y recuerdo de la Revista de Occidente. Madrid MCML, pág. 125.

Una comunidad humana no puede ser organizada con un racionalismo exasperado, a la vista de presupuestos y fines necesariamente limitados. Pero sucede que las comunidades modernas, aun cuando no lo declaren, aun cuando manifiesten lo contrario, están organizadas conforme a ciertos criterios cuantitativos, ante los que todo se somete, tal como una sociedad anónima bien administrada: obtención de mayor rendimiento con el menor gasto de energía. Más producción, más poder, más habitantes. Cifras. Las cifras son la medida del fracaso y del éxito. Y, en efecto, hay éxito, a veces. Pero este éxito, como todas las cosas, tiene un costo. Y el costo es la limitación del hombre, el sacrificio de ciertas facultades creadoras, el desequilibrio mental, la presión sofocante sobre lo posible humano. . .

El Estado moderno regresó a las concepciones mágicas del poder en el totalitarismo de derecha (endiosamiento del jefe, supuestas inspiraciones sobrenaturales del caudillo que aparece como *encarnación* del espíritu del pueblo), tendencia que contaminó, de otro modo, al Estado racionalista soviético (iconografía y laudes místicos tributados a Stalin), y a la monarquía democrática inglesa, considerada en el siglo XIX con un criterio racional, y recientemente envuelta en un culto mágico de la familia real y de la Corona. He aquí lo que resulta de este contraste: la organización política racionaliza su estructura en el aspecto funcional, en cuanto máquina, pero al mismo tiempo absorbe, aprovecha, socializa calculadamente, al servicio de sus fines, oscuras fuerzas irracionales. Los viejos demonios no han sido exorcizados sino descaradamente uncidos al carro del poder como una fuerza más.

No fué sólo una obra ciega de la técnica, con sus exigencias naturales, lo que ha creado un mundo de colosos —Estados, ciudades, unidades industriales gigantes— sino también el espíritu cuantitativo de la organización. Se ha trabajado y organizado con vistas a la eficacia, sin parar mientes en otros aspectos de la realidad humana. La máquina de hierro y la máquina social han operado en estrecha alianza. Y han conseguido este efecto sorprendente: entre el sustentáculo natural del hombre y el hombre mismo se ha interpuesto un medio artificial, otro cosmos que suplanta al primero. El ciudadano de una gran urbe moderna llega a suponer que los servicios públicos —la luz, los transportes que aseguran sus movimientos, el agua, la energía—

son la dádiva espontánea de alguna providencia subsidiaria. Se instala en su parasitismo social como si fuera su propio elemento nativo. Muchos que hablan de individualismo y dicen abominar de las fórmulas socialistas ignoran este hecho: en todo Occidente, hay una poderosa inteligencia social y una cada vez más pequeña inteligencia individual; una imaginación social, y una mínima imaginación individual; y lo mismo acontece con todas las demás facultades del hombre. En este sentido profundo todo el mundo es "socialista", aunque no lo sea, como no lo es, en lo que tiene el socialismo de noble emoción ético y humanista.

Los fines de una organización social y política sensata deben ser no sólo cuantitativos sino también cualitativos. No basta con asegurar la vida de la comunidad en el orden básico de la economía. No es suficiente distribuir con justicia los bienes comunes. Ni siquiera basta con legislar en un sentido liberal y cumplir lo legislado. Es indispensable conseguir la independencia vital del hombre, no crear una trabazón excesiva en el engranaje, sino permitir una autonomía de vida a las células sociales y aun a los individuos, no reducir todos los árboles del bosque a un solo tronco y una sola raíz. Sólo de este modo quedará garantizada sobre una base real la libertad política y se hará posible la existencia de hombres integrales, no parasitados, no atrofiados. De este tipo humano saldrán, si han de salir, los ejemplares excepcionales y los tipos mutantes. Y, en fin, habrá espacio para el florecimiento de lo posible humano.

Evidentemente, todo esto es croar de ranas si la evolución de la técnica no permite el indispensable viraje de las tendencias. La técnica hizo posible el actual gigantismo parasitante. Pero la técnica es irrenunciable. El hombre debe regresar al contacto inmediato con lo telúrico y al ejercicio de todas sus facultades, pero debe regresar llevándose consigo el botín de la técnica. ¿Será esto posible? Si atendemos a ciertos indicios es posible. En esto como en todo se da una inversión de tendencia (Véase *La Antitécnica y el futuro del hombre.* CUADERNOS AMERICANOS, Nº 2 de 1951). Sin este cambio de dirección, el regreso se producirá lo mismo, pero en forma catastrófica, mediando un conflicto bélico que nos hará tocar tierra en una etapa anterior a la Revolución industrial. Volveremos como el Hijo Pródigo, hambrientos y en harapos.

La desconcentración social es una necesidad, y la más segura prenda de supervivencia de nuestro mundo. No ignoramos que el espíritu de poder bastaría para impedir este proceso indispensable. Pero esto no le quita nada a su evidente necesidad. Mientras la energía se acumule prácticamente en dos centros entre los que media una tensión creciente, parece hasta físicamente imposible evitar el chispazo. Todo está comprometido a una carta, a una jugada. Y esto en una sociedad extremadamente frágil. Si la vida descansara en organismos más elementales y no tan dependientes unos de otros, los riesgos serían mucho menores. Se reduciría el volumen de la masa (masa es lo indiferenciado, indistinto) y los movimientos y decisiones sociales no serían tan ciegos y unánimes.

Las formidables concentraciones de energía del mundo actual están en manos indignas, cada vez más indignas. Es muy significativo que nuestra época, tan celosa en el arte de disponer sus recursos conforme a ajustados esquemas mecánicos, con vistas a los diversos fines sociales, deje entregada a la ventura y a oscuros vaivenes de lo irracional, la tarea de seleccionar a sus dirigentes políticos. Ahí se termina la razón. Ahí empieza el dislate. Es lo que decíamos en las primeras líneas de este trabajo: organización *versus* dirección. Nuestras comunidades no le permiten al individuo que acuda al curandero para remediar sus dolamas. Le obligan a confiarse al médico. No toleran que se levante una casa sin la firma del arquitecto o que se construya un puente sin los planos del ingeniero. Pero, en cambio, parece muy natural que los supremos dirigentes de la comunidad sean aventureros, ignorantes de las disciplinas del hombre, y aun individuos mentalmente anormales. Para seleccionarlos se invocan fuerzas ciegas que se manejan con intrepidez y sólo un conocimiento práctico de su valor dinámico, el único interesante para el caso. Incluso se cultiva, con ánimo emprendedor y muy desembarazado, la peor histeria colectiva, para extraer de ella la conducta comunal. En estos hechos es donde aparece plenamente de manifiesto el exquisito cuidado de la organización y el desdén de la dirección. Se fabrica con asombroso ingenio la máquina más grande y poderosa, y cuando está terminada y a punto, se echa el pregón: "A ver quién es bastante mediocre, bastante imbécil o bastante loco para entregarle el mando de este engendro mágico".

¿Qué hacer ante este panorama más bien sombrío? No tenemos inconveniente en confesar que no se nos ofrece a la vista ninguna solución deslumbradora. Por supuesto: nada parecido a un mecanismo perfecto y bellamente construído. Desconfiamos, por lo demás, de fórmulas que pretenden operar sobre la realidad humana con criterio científico estrecho o con un racionalismo de mesa redonda, con olvido de lo oscuro y demoníaco del hombre y también de lo angélico y misterioso, actual o posible.

En cuanto al criterio organizador nos parece lo más cuerdo relajar todo sistema estrictamente racionalista y mecanicista. Y hacer un llamamiento confiado, no a los modelos del organismo vivo o al patrón de las sociedades de insectos, lo que sería necio mimetismo, pero sí a la naturaleza, a las fuerzas de la vida. Al fin, el hombre es un ser viviente, y han sido las potencias vitales —no sabemos por qué capricho— quienes lo elevaron, por ignorado medio, hasta su nivel humano. Ellas pueden salvarle aún. No es prudente olvidar estos orígenes donde se produjo el gran milagro de la conciencia, madre de todos los demás milagros. Esto debiera ser suficiente para frenar la tentación de un celo frenético de racionalización social.

También es de buen sentido dar cierta primacía al factor humano de la dirección sobre el factor objetivo y mecánico de la organización. Aquí cumple empalmar estas reflexiones con lo dicho acerca de los gobernantes. Una civilización que dispone de tal suma de energía, acumulada en un mundo tan frágil, necesita directores de la más alta calidad. No debe perderse nunca de vista que la técnica ha transferido a la historia buena parte de la potestad jurisdiccional que antaño retenía la naturaleza. Los hombres capaces de comprender este magno hecho y de expresarlo en obras y en conducta, son pocos, y no dará con ellos seguramente el azar de la herencia o el de las fuerzas turbias e irracionales de partidos y masas. Sin embargo, sería demasiado presuntuoso y manifiestamente injusto que un grupo cualquiera se declarase ungido de inspiraciones rectoras infalibles en materia donde la sabiduría más acreditada consiste en la confesión de la propia y de la universal ignorancia. Por otra parte, incluso por razones de estímulo de la calidad de los individuos, es indispensable enfrentar a todo hombre con la responsabilidad de regir su propio destino. Por eso la democracia nos parece siempre la mejor fórmula, y la más decente. Y es un

hecho de mera observación que los peores gobiernos conocidos han sido la obra de pretendidas aristocracias. ¿Cómo resolver la antítesis? No veo otro procedimiento sino respetar el derecho del pueblo a elegir a sus gobernantes. Pero no debe perderse de vista que en ninguna parte elige el pueblo libremente: en el mejor de los casos se le da a escoger entre unos cuantos nombres seleccionados por los partidos. Pero los partidos, por motivos largos de razonar, seleccionan mal y frecuentemente al revés. La democracia no perdería nada si en vez de realizar esta operación previa los partidos, se diera a escoger al pueblo entre un grupo de hombres calificados, miembros de un *collegium,* tal como se hace con tantas profesiones de menos importante cometido. Para la función rectora de una comunidad, aparte de esas facultades indefinibles que se suponen en toda verdadera vocación —instinto, videncia, modo— requiere un muy dilatado saber, y además sabiduría. Por cierto que la invocación a la sabiduría de los gobernantes, que era un lugar común de la antigüedad, ha sido significativamente olvidada en nuestra época. Ni por mera fórmula o costumbre mental se menciona la sabiduría cuando se habla de las condiciones necesarias para ser administrador de las sociedades políticas.

Ahora bien: la calificación previa de los elegidos no tendría por qué coartar el juego de las preferencias ideológicas que podrían estar representadas, en toda su gama, por los diferentes miembros del *collegium.* El grave problema consiste en saber quién y cómo llevaría a efecto esta calificación. Sabemos, eso sí, como se hizo en otras sociedades mejor integradas: siempre hubo una clase social que realizó, a su manera —sin perder de vista intereses y privilegios del grupo— esta tarea selectiva. Un buen ejemplo nos lo ofrece la clase gobernante inglesa. Pero ahora no hay clases gobernantes, en el sentido noble de la expresión, ni sería deseable entregarse a ninguna de ellas. Sin embargo, en el terreno de los hechos, tal vez pudiera asumir esta función el proletariado que se está elevando sostenidamente en todo el mundo. ¡Ojalá lo hiciera! El servicio compensaría lo que hubiese de "clasista" en su preferencia siempre y cuando no se atuviese a ninguna estrechez dogmática, para dejar libres todas las posibilidades de la evolución humana.

En rigor, lo que importa no es proponer un sistema —pueden ser muchos— sino promover, en todas las conciencias esclarecidas, un movimiento en este sentido. Se trata de comprender

que debemos liberarnos de la hipnosis mecanicista (organización), al enfrentar el tratamiento de los hechos sociales, para cuidarnos más del factor humano, del hombre concreto y real, en cuyas manos se confíe la dirección.

Es necesario percatarse de esta verdad: una organización social mecánicamente integrada podrá ser útil y admirable, pero también será tanto más peligrosa cuanto más grande. Si no está dirigida por hombres sabios (evoquemos aquí otra vieja palabra olvidada: virtud) con una preparación ahondada y seria en las disciplinas humanas y con conocimientos especiales en materias sociológicas y políticas, iremos al naufragio todos juntos y en la más perfecta de las naves, o habitaremos en un enorme explosivo. No puede ser cometido el manejo de acumulaciones de energía tan desmesuradas como las que posee la civilización occidental —gracias a la técnica científica— a personas de calidad inferior. Entregar el mando de esas fuerzas a los productos de resaca de las marejadas irracionales es la más asombrosa insensatez.

No quiero exagerar ni empequeñecer las consecuencias de este y de otros errores básicos de nuestra vida. Quienes hablan de la "destrucción de la humanidad", abusan de la retórica. No es para tanto. En el peor de los casos, sucederá que, con mayores sufrimientos y angustias, nosotros, hombres de esta hora, acabemos en lo que todo mortal acaba. No hay por qué ensombrecer las cosas con exceso. Y en cuanto a la humanidad, sobrevivirá de todos modos, y han de ofrecérsele millares y millares de ocasiones para ensayar nuevos caminos en la marcha hacia lo desconocido que es la gran aventura de la especie sobre esta tierra. Sin embargo, aparte del dolor que implicaría el fracaso, hay otro estímulo para luchar por una solución justa de estos problemas y por salvar la admirable y mágica obra de la cultura occidental: aludo a una gracia deportiva, a un deseo de salvación, no sólo por amor a la vida sino también por amor al arte, un valeroso afán creador que nos impide resignarnos a figurar en la historia como una generación vencida.

INDIOS, CRIOLLOS Y MESTIZOS

Por *Tomás CORDOVA SANDOVAL*

VARIOS son los caminos por donde podemos abordar el problema del mexicano al través de las convergencias y divergencias de indios, criollos y mestizos. Escoger determinado punto de vista, es ya una forma de acercarse al problema, es precisar el enfoque de nuestra atención y los contornos del objeto de estudio. Sin embargo lo vasto y complejo del campo, la carencia de equipos suficientemente entrenados, así como del material necesario para abordarlo, desde un punto de vista científico, en las variadas disciplinas: étnicas, antropológicas, sociológicas, históricas, biológicas, limitan estas líneas a una serie de observaciones estructuradas por la vía del ensayo, es decir, las circunscriben a reunir un material de reflexiones, apuntado más bien a la incitación del estudio del problema, antes que a ofrecer soluciones definitivas.

Buscar definiciones, síntesis significativas, en estos grupos humanos, para sustentar estas consideraciones, es también peligroso, ya que es una manera de prejuzgar o dirigirse hacia determinado rumbo. No obstante como carta general que nos guíe, manejaremos los vagos principios del indio como natural, autóctono de estas tierras, el criollo como los españoles nacidos en México y al mestizo le tendremos como el producto de la mezcla de indio y español.

El punto de vista psicológico será el ángulo desde el que trataremos de estructurar nuestras observaciones y contestar algunas de las preguntas que el problema impone. Desde luego ocurre preguntar: ¿existen realmente estos grupos humanos como entidades más o menos delimitadas?, o bien ¿están unidas o mezcladas en un todo orgánico dentro de la sociedad mexicana? Muchas otras preguntas se pueden formular, pero en un esfuerzo de limitación a los aspectos que mejor engloben el matiz general del problema, basta en principio con intentar

las respuestas de esas, ya que de tal respuesta podrán derivarse a su vez nuevas interrogantes y otras observaciones que paulatinamente desbrocen y limpien el complejo problema psicológico: indios, criollos y mestizos.

La naturaleza evoluciona dentro de normas y regulaciones constantes. Su modo fenomenológico es regido por la ley de causalidad: un proceso precede a otro y sigue el ritmo de causa efecto. El mundo inanimado así como el mundo animado —plantas y animales— caen dentro de esta obligatoriedad. Los fenómenos y transformaciones, que evidencian, tienen como común denominador —vistos desde el campo de lo científico— las leyes de causalidad que de ellas se pueden inferir. Estas características fenomenológicas dadas todavía en el aspecto biológico de vida vegetal o de vida animal, constituyen las diferencias, frente al mundo fenomenológico del hombre.

La piedra, la planta o el animal, tienen una existencia formada de antemano. La piedra es producto de cristalizaciones y mezclas de sales, determinadas por procesos físico-químicos, y su evolución ulterior o su destrucción estará sujeta también a influjos físico-químicos. La planta (en su condicionante biológico) tiene un elemento nuevo que le da ciertas características distintas dentro de la naturaleza. Nace, se desarrolla, se reproduce y muere, en un rítmico, inexorable cumplimiento de las leyes específicas que regulan su vida. Cada planta o animal, cumple en forma individual, su ciclo evolutivo sin alterar ni influir sobre una u otra generación de las que le preceden o suceden. Ni la planta ni el animal, en su existencia natural, dejan algo de esa existencia que sea capaz de alterar el caudal vivo subsiguiente, en tal forma que el árbol hará su arbórea vida igual desde el primer árbol aparecido en el mundo hasta el de nuestros días, y así el perro realiza su perra vida en la misma forma, que los perros que le anteceden.

El tiempo y el espacio inorgánico y biológico tienen leyes comunes integradas en estructuras existenciales con núcleos fijos e inmutables. Es el mundo de la naturaleza, que dentro del orden universal se rige por leyes de causalidad.

Al aparecer el hombre en el mundo nace la historia. La energía universal se expresa en materia inorgánica primero; luego en substancia viva, ahora al nacer el hombre, se expresa al fin en substancia humana. Con el hombre en la naturaleza, la energía universal se integra en un mundo distinto y

autónomo, pues al hombre, además de naturaleza, lo nutre su propia substancia, su alma, su psique que imprime a su existencia un sello propio y distinto al sello del universo natural.

El hombre no se consume en el ámbito individual de su vida, no desaparece del todo en su mortal destrucción, como acaece en el mundo natural. El hombre deja sus angustias y temores, sus ilusiones, también, a los demás hombres. El azoro y el anhelo de comprensión del mundo que lo rodea le hace proyectar su alma a los hombres que viven con él y a quienes le suceden. Formando así lentamente, las experiencias de la humanidad, un patrimonio común, extendido desde el mundo causalista de lo natural hasta el enriquecimiento progresivo de esas experiencias humanas. Esta herencia común es el inconsciente colectivo, donde se nutren los hombres de las diversas latitudes. Sin embargo nuestro sí mismo —resumen de nuestro sistema viviente—, no solamente posee el sedimento y la suma de la vida que fué vivida por los demás hombres, sino que también es punto de partida, matriz preñada de la vida futura, cuyo presentimiento se halla enlazado en el interior con la claridad misma de la visión histórica.

Así el inconsciente colectivo, totalidad de las huellas neumicas, es la decantación de la vivencia humana desde sus comienzos más oscuros; pero no una decantación muerta, no un abandonado campo en ruinas, sino un sistema vivo de reacciones y dispositivos determinantes de la vida individual y la de los pueblos, por vías invisibles y por ello más eficaces. No constituye ese inconsciente sólo un gigantesco prejuicio histórico, sino también la fuente de los instintos, en la que los arquetipos no son más que las formas de manifestarse de esos instintos. Pero de la fuente vital de los instintos fluye también todo lo creador, de forma que el inconsciente además de ser una condicionalidad histórica, suministra al mismo tiempo, el impulso creador humano: del mismo modo como la naturaleza rígidamente conservadora anula en sus efectos creadores su propia condicionalidad histórica.

El inconsciente colectivo es la herencia espiritual de la humanidad, que renace en la estructura cerebral de cada individuo, renovadamente enriquecido con nuevos legados humanos.

Ahora bien, los contenidos más antiguos del inconsciente colectivo, a la manera de Jung, los constituyen las experiencias

vividas de mayor impacto y las que por su insistencia cotidiana llegan a formar huellas indelebles en la memoria de la humanidad. Tales acaeceres provienen del mundo que ha rodeado y el que circunscribe todavía al hombre, son: el movimiento aparente del sol con el día y la noche; la familia con su relación padre, madre; el fuego y el agua. Estos impactos devenidos arquetipos integran el subsuelo de la psique moderna y su dinamismo psíquico se extiende por toda la estructura y explica la conducta humana ante múltiples situaciones vitales.

Los hombres en el devenir histórico, se dispersan en el mundo y se agrupan en núcleos o pueblos que por sus condicionantes geográficos o por otras causas, viven aislados de otros grupos humanos; de este apartamiento, de las circunstancias peculiares y del imperativo hereditario ya explicado más arriba, se deriva la formación de un inconsciente particular, una alma anacional, que imprime a los diversos pueblos características distintivas.

Así los hombres que vivían alrededor del ecuador tenían distintas necesidades vitales que los que vivían cerca de lugares fríos; es distinta la concepción de los pueblos luminosos y soleados de la de aquellos que viven envueltos en cendales de niebla y humo. Por último podemos agregar a esta integración de herencias psíquicas, las experiencias íntimas particulares de cada individuo al vivir su propia y subjetiva vida.

En esta forma tenemos estructurado un solo organismo psíquico común: el inconsciente colectivo, herencia de la humanidad; el inconsciente nacional intrínseco de cada pueblo, herencia nacional; y el inconsciente individual formado en el transcurrir de la vida del individuo.

Dentro de este esquema general apuntado trataremos de sintetizar ciertos mecanismos, por el interés que de ellos se deriva en la interpretación de algunas situaciones de conducta entre indios, criollos y mestizos.

Entre estos complejos de conducta humana hemos podido destacar un núcleo suficiente de observaciones, confrontadas además con las de diferentes escuelas y supuestos de la psicología para intentar englobarlas, sistematizarlas y discutirlas bajo la denominación de *Complejo del Hijo Pródigo.* La trabazón profunda e íntima de lo que ocurre en la conducta humana, con las referencias del evangelio de San Lucas a idéntico sector y forma de conducta — la parábola del Hijo Pródigo y

su aparición reiterada en muchas otras religiones y relatos, mitos y leyendas, de más antigua cepa aún que el cristianismo, autorizan a pensar que la leyenda del hijo pródigo, una observación de conducta tan insistente, está enlazada a un profundo significado psicológico cuyo contenido trataremos de resumir.

El hombre al nacer trae consigo en forma latente, todos los dispositivos psíquicos, algunos heredados y otros en vía de formación, que en el transcurso de su existencia se integran en una totalidad personal. A pesar de la gran actividad psíquica que el niño desarrolla, por ejemplo en su sexualidad, está aún indiferenciado de sus objetivos finales, y lo masculino y lo femenino están fundidos dentro de la energía general de la líbido —según Freud.

En el alma infantil existen arquetipos heredados, entre ellos la fórmula dual Padre-Madre, masculino-femenino, reforzados, dirigidos y alimentados, por las circunstancias ambientales de la familia. La madre mimosa y tierna rodea y llena toda la vida infantil; el padre aún no influye, en estos momentos primeros en forma directa, sin embargo su autoridad y su condicionante masculino, cada vez influyen más y más a medida que la vida comienza a expandirse.

El ensanchamiento paulatino de la conciencia; la separación de lo subjetivo de lo objetivo; la orientación de la sexualidad, hasta entonces indiferenciada en una activa líbido orientada hacia el polo masculino, marcan una etapa en la evolución infantil. Hasta entonces el niño vive, según la interpretación psicoanalítica de Freud, en el complejo de Edipo—fijación de la líbido a la madre—. Cuando en el niño la evolución de la sexualidad se orienta ya hacia el polo femenino, el ánima de Jung o imagen femenina, la etapa heterosexual freudiana ha empezado.

Esta etapa marca la iniciación de la adolescencia. Algunos psicólogos y otro tipo de investigadores han analizado esta decisiva edad del hombre. Spranger la desarrolla y sistematiza en su libro: *Psicología de la edad Juvenil.*

Según mi modo de ver en esa edad es cuando aparece el *Complejo del hijo Pródigo.* El adolescente en su expansión vital, tropieza a cada instante con la autoridad de los padres que interfieren, en sus juegos, en la escuela, con sus amistades, en su vida toda y sus mil manifestaciones. El padre como realizador máximo de los castigos, la madre desviada de su ca-

riño por la atención de otro u otros hermanos menores, suman el resultado de la angustia típica del adolescente que imprime a su joven alma el sentimiento de soledad. El se siente solo en la vida que comienza y como para entonces, los campos, subjetivo y objetivo están deslindados, la vida aparece confusa y aumenta su soledad íntima y subjetiva. Un sentimiento de huída de la casa materna se incrementa día a día. Sus juegos infantiles, hasta entonces, simbolizadores del regreso al claustro materno, son substituídos por otros que se ajustan mejor al impulso de huída que llena su alma. Los paseos, cada vez más lejanos de la casa familiar, las excursiones a bosques y montañas, solo o en compañía de otros de su misma edad, robustecen su individualidad afirmándolo frente a la vida y debilitando el sentimiento de dependencia. Son los primeros intentos de cortar el cordón umbilical que lo une a la familia. Sus lecturas favoritas, son aquellas en donde imaginación y fantasía le identifican a los personajes y le permiten realizar, siquiera por el barco del ensueño, viajes fantásticos a lugares y países desconocidos.

Si se hiciera una investigación encaminada a saber cuáles son los autores más leídos en esa edad, seguramente encontraríamos que Emilio Salgari y Julio Verne forman el mundo de las lecturas del adolescente.

Spranger dice al respecto: "repárese ahora en el extraño antagonismo del movimiento interior, que va dirigido, en parte, a huir de uno mismo, y en parte a encontrarse a uno mismo. Un mismo fenómeno puede encerrar ambas cosas. Así el instinto aventurero que llena a los jóvenes desde siempre, es una expresión de la interna inquietud, que tiende a separarse del terruño (esto es, un pedazo del antiguo yo)" Spranger analiza las manifestaciones del alma del joven, encontrando en casi todas sus expresiones vitales la presencia de este sentimiento de huída de sí mismo y lo que él llama el otro yo, no es en última instancia sino la fijación a los padres o complejo de Edipo. . .

En muchos casos la huída es efectiva, real. El joven huye de su casa sin más bagaje que su íntima soledad y su alma abierta al futuro ansiosa de recoger lo desconocido. Prolijo sería describir la forma de realización de estos viajes: los jóvenes se enrolan en los ejércitos activos en campañas bélicas; otros se agregan a la tripulación de barcos con lejanos destinos bien sea en una forma regular o como polizontes. Cuántas

madres podrían dar fe de estas huídas inexplicables para ellas, y cuántas se preguntan desconsoladas: ¿Por qué se va, si todo lo tenía; amor, cariño, comodidades, un futuro en tal o cual profesión; ¿por qué lo deja todo? ¿por qué se fué, qué le hemos hecho nosotras? Ignora ella cegada por el cariño, que el joven amplía su conciencia del mundo objetivo y de sí mismo, en los azahares de la aventura; que en ésta, en sus incidencias, afirma su yo y trata de destruir su sentimiento de dependencia. Oscila su alma entre los recuerdos ancestrales inconscientes y los de su primera infancia, que lo retienen en el tibio seno materno, y la incertidumbre del futuro todo lleno de peligros y riesgos, pero también de incitaciones e inexcusables llamados.

Al transcurrir el tiempo de su aventura y vivir así su vida en natural expansión vital, sus atributos psíquicos maduran y se encauzan, en sus objetivos finales y adecuados; incluyen, la sexualidad en la estructuración de sus instancias psíquicas dentro de un todavía informe, programa de existencia, y llega el joven a los linderos de la edad adulta. Es entonces que se inicia el regreso, segunda etapa del complejo del Hijo Pródigo.

El regreso a la casa materna como la huída, no se establece por fuerza en forma directa o real; el hombre regresa, formando a su vez otra familia, a imagen y semejanza de aquella de donde salió. Habrá elegido mujer que según su evolución interior, será también hecha en moldes de su ánima —al modo de Jung— o imagen femenina materna.

Con el enriquecimiento espiritual del yo dentro de una amplia conciencia, así como la elección del objeto amoroso, el pródigo regresa y forma su propia familia, dentro de normas y estructuras de la sociedad de origen.

La obra de Andre Gide *El regreso del hijo pródigo* (traducción de Xavier Villaurrutia) termina cuando el hijo menor al regreso del pródigo, del hermano mayor, a la câsa paterna, se apresta con su mínimo equipaje a huir a su vez. Estableciéndose así, el ciclo de esta conducta normal humana.

"...—Qué ¿aquello que yo no pude hacer lo harás tú?

"—Me has abierto el camino, pensar en ti me sostendrá.

"—A mí me sostendrá admirarte; a ti, al contrario. Olvidarme.

"—¿Qué llevas contigo?

"—Tú sabes que, nacido el último, no tengo parte en la herencia. Parto sin nada.

"—Es mejor.

"—¿Qué miras por la ventana?

"—El jardín donde reposan nuestros mayores.

"—Hermano mío. . . —y el niño, que ha abandonado el lecho, posa en torno del cuello del pródigo su brazo que se hace tan suave como su voz—. Parte conmigo.

"—Déjame déjame, yo me quedo para consolar a nuestra madre. Sin mí serás más valiente. Ha llegado el momento. El cielo palidece. Parte sin ruido. Vamos bésame, hermano mío; llevas contigo mis esperanzas. Sé fuerte. . .". (Parte final del *Regreso del Hijo Pródigo*).

En la mujer el pródigo no aparece, su líbido indiferenciada, dirigida al polo femenino, en la pubertad, y reforzada por la tarea especial de la maternidad, le absorberán toda su vida. Solamente un poco antes de la pubertad, los elementos masculinos inherentes a su líbido que le imprimen una ligera y transitoria masculinización, se orientan muy débilmente hacia el pródigo, casi en forma caricaturesca, como su eventual masculinización, sofocada rápidamente por la eclosión invasora de su feminidad.

Si bien se ve, este anhelo del hijo pródigo, es el motor que mueve el progreso humano. Es la lucha eterna contra lo viejo, lo petrificado en formas inadecuadas por creciente aumento del caudal humano y su proyección inatajable hacia el horizonte del futuro.

En Prometeo ya vemos al hijo pródigo. Los dioses, ¿qué son sino padres agigantados, diversas aglutinaciones del polvo de nuestros deseos y el sudor de nuestra indefensión? Al regresar Prometeo del Olimpo, el fuego ilumina ya la cueva de misterio en que habitan los hombres. Lo mismo Luzbel, hijo pródigo incomprendido, condenado al fuego y tinieblas de un infierno eterno, pero imprescindible en la dialéctica familiar, en el juego padre e hijo de la teología. El cristianismo, en una síntesis luminosa, alcanza al fin a conciliar la fórmula y funde la idea del hijo pródigo, de Luzbel pura soberbia y rebelión ante la autoridad de la mansa huída de Jesucristo, en su prédica desviada del padre, ser humilde y humanizado. Cristo así es Luzbel y Prometeo a la vez en una síntesis de amor y humanidad.

Los españoles del siglo XVI de no haberse descubierto América hubieran ido a Marte o a la Luna, tal era el ímpetu reinante

en esa época española. Las continuas guerras en Europa o en Africa, ya no eran suficiente estímulo para los pródigos españoles, en cambio ningún aliciente mejor para esa fantasía e imaginación, ansiosa de futuro y de conquista aventurera, que las fabulosas leyendas sobre las Indias recién descubiertas, con sus fantásticos tesoros y la incitante llamada de su desconocimiento. Ningún señuelo mejor para el afán de aventura que este misterioso continente, ante la mirada de los ansiosos adolescentes españoles —de cualquier edad— acicateados por sus pródigos impulsos.

Merced al movimiento de hijos pródigos de los españoles, empezó la más grande aventura de la historia —la colonización. Millares de españoles se lanzan en cualquier clase de embarcaciones y llegan primero a las islas del Golfo de México para lanzarse después al Continente de las supuestas Indias.

Cuando Hernán Cortés llega a México y quema las naves corta así simbólicamente el cordón umbilical que los unía, a él y a sus compañeros de aventura, a la casa paterna. Frente a ellos el mundo misterioso de la conquista, atrás el mar, y sus turbulentas vidas pasadas, llenas de simbólicas travesuras infantiles, donde la autoridad paterna en forma de la justicia persigue a Cortés y a muchos de los soldados que también han huído de la casa solariega española.

Más tarde veremos de nuevo al hijo pródigo, a través de los criollos españoles en el movimiento de rebelión de la Independencia.

Los indios mexicanos en ese siglo, formaban núcleos homogéneos racial y culturalmente. Los unía un común denominador anímico a pesar de sus diferencias políticas, de costumbres o idiomáticas. Su cultura primitiva, comparada desde el punto de vista histórico, con la de los españoles, los colocaba más cerca de sus fuentes instintivas, pero al mismo tiempo les daba una fuerza conectiva que les fundía en un compacto grupo alrededor de su pensamiento animista y mágico, frente a la cultura más evolucionada de los españoles lógicos y civilizados.

En esta forma, al choque de la conquista y la rápida derrota, el alma indígena se retrae en rededor de su núcleo psíquico original. Incapaz de saltar las etapas históricas de golpe, y pasar del pensamiento mágico al ya lógico de los españoles, el alma indígena se aglutina en símbolos y arquetipos familiares, aceptando, fatalistas, las profecías de sus dioses que les

habían anunciado la catástrofe. Así Quetzalcóatl profetiza la llegada de hombres blancos y de nuevos dioses que destruirían sus campos, templos, casas y habitantes.

Tras la derrota viene la conquista rápida y sin aparentes resistencias. Se construyen ciudades e iglesias para la nueva religión; se siembran campos, dictan leyes y organizan escuelas, todo de acuerdo a moldes vitales propios. Es cuando aparecen los primeros mestizos.

Pero los pródigos españoles no han regresado aún. Las indias, hechas para gustos indios, son tomadas, violadas, siguiendo su aventura vital, no son, no corresponden a sus moldes arquetípicos españoles, no se ajustan a sus objetivos finales amorosos. De esa discordancia resulta que sus hijos —los mestizos— están desarraigados psicológicamente hablando, no nacen en una constelación familiar con estructura paterna. Ellos —los hijos mestizos de aquel entonces— se refugian en forma total en la madre india que atenta a su tragedia les infunde su propia alma y espíritu. Así pues los mestizos son los productos humanos resultantes, primeros en aparecer. Los poquísimos criollos nacidos, de las escasas mujeres españolas que se aventuran, en los primeros días de la Colonia, muestran ya algunas características psicológicas especiales. Las primeras parejas, familiares españolas que llegan a México, al principio de la Colonización, son gentes de las bajas capas sociales españolas. Carpinteros, armadores, artesanos en los más diversos y bajos oficios, cuando no malhechores y aventureros. Al llegar a México integran, la colonia española, pero aquí, súbitamente, forman la aristocracia, la clase dominante, conquistadora, con derechos y poderes nunca sospechados en España. Entonces los hijos criollos, son imbuídos inflados en estas nuevas condiciones, aunque al mismo tiempo, en España, y ellos lo sabían, se siga considerando únicamente su bajo nivel social, y su humilde origen. En esta forma los españoles nacidos en México durante la Colonia, se estructuraban en circunstancias determinadas, que les dan una situación insegura y ambivalente producto de la discordancia de origen y situación final.

El suceder histórico de la Colonia progresa con el tiempo. La fuerza civilizadora cumple su tarea, misioneros españoles catequizan a los indios inculcándoles un nuevo Dios, aprenden el español y las técnicas modernas, los indios levantan ciudades a la semejanza de las de España. Era en fin la estruc-

tura social de la Nueva España que ponía sus primeros cimientos.

Los indios ocupaban el plano más bajo en lo social, en las encomiendas primero, en calidad de esclavos, y después bajo el aparente manto protector de las leyes de Indias, hacían todos los trabajos, dirigidos por sus amos españoles. Pero en ellos, a pesar de las nuevas formas de vida, el alma permanecía conformada a los moldes primitivos y sólo en su interna evolución, digería lentamente la cultura de sus amos.

Otra capa social muy importante en la época colonial la constituía el clero, que vivía una vida autónoma, atribuyéndose en exclusividad, la educación y la salvación espiritual de aquellos naturales en estado de salvajismo, según decían. Esta influencia clerical y legalista es definitiva para reglamentar —como Dios manda— los matrimonios entre españoles e indias, hasta entonces víctimas de la lujuria aventurera. En esta forma se van estableciendo los primeros matrimonios entre criollos y mestizos o indias. Los frailes exigían el cumplimiento de las leyes de la Colonia, el mestizaje así va tomando un ritmo natural y va imprimiendo en la arquitectura social de la colonia, el sello de la moderna sociedad mexicana.

Para entonces los criollos se casaban dando las naturales preferencias con las criollas con lo que aumentaban rápidamente, para ocupar por esta única condición, de ser españoles, un lugar entre las clases dominadoras.

La afluencia inmigratoria de españoles fué creciendo hasta la Independencia, en que llega a ser casi nula. En los últimos días de la Colonia, México tenía ya un perfil recortado. Su clima, paisaje, su tierra y los productos de ella y en forma activa los indios y lo indio, imprimían ya su sello a las nuevas ciudades de la Nueva España. Jorge Carrión en sus estudios descubre certero, la presencia de lo indio, en la arquitectura, en el idioma, en las formas de vida, en la religión en general, en todas las manifestaciones culturales. Para entonces el alma indígena evolucionada en su interno devenir, había superado el choque traumático de la conquista y derrota, sus jugos digestivos empezaban a digerir lo español del modo como indigenizaban al español. Las descripciones que los historiadores o cronistas hacen de aquella época, advierten asombrados que a pesar de que tal o cual calle se parece a tal o cual otra de España, algo distinto y peculiar la diferencia, y en otros variados

aspectos también encuentran distinciones de sus orígenes españoles.

No solamente el paisaje, la tierra y los que hacían el trabajo, los indios, cercaban a los criollos españoles, dándoles atmósfera, sino que también aquéllos entraban en forma real y directa al seno de la familia criolla, donde inficionaban su alma en plena intimidad doméstica. No bien nacía un niño y era entregado a la eficaz nana india que, cual madre substituta, envolvía con su cariño el alma tierna y dúctil del criollo. Más tarde, en la convivencia de los criados cobrizos, el niño blanco mezclaba sus juegos infantiles con los de los hijos de aquéllos, indigenizando en forma sutil su espíritu. Vivía el criollo las dos estructuras familiares, la paterna española y la materna india condensadas en la nana que, durante los primeros días de la infancia llegaba a fijar mejor el amor del niño que la auténtica madre española. En muchos sueños y fantasías de enfermos mentales criollos es dable encontrar vivas reminiscencias de la nana indígena como imagen materna simbólica.

Estas circunstancias vitales disolvían lentamente las barreras y limitaciones de estos grupos humanos en un principio aglutinados en núcleos específicos. Por un lado los indios, retraídos y silenciosamente llevados a servidumbre, vivían su íntima y truncada existencia en los moldes autóctonos, estableciéndose con dificultad los mínimos puentes psicológicos, tendidos hacia sus conquistadores. Por otro lado los mestizos, hijos —en un principio— de la aventura pródiga de los españoles y después de incipientes familias forzadas por el clero español, buscaban anhelantes la protección inconsciente del alma materna india; y por último los criollos vivían, sin advertirlo, una ambivalente vida dentro de su doble familiaridad —padre nana— y llevados por esa razón a buscar el contacto con las clases dominantes españolas que les señalaban como inferiores por el hecho de su nacimiento en tierras mexicanas.

Los criollos en su anhelo de reafirmación eran estimulados desde sus primeros años por las nostálgicas narraciones de los padres acerca del terruño de origen. En los recuerdos orales de los padres pródigos en trance de regreso, todo en España era superior y de mejor calidad, frutas, dulces, comida, música. Lentamente se acumula, por reacción el anhelo de afirmación y encuentro de una forma propia, hasta que estalla en el movimiento nacional de la Independencia —protesta y huída del

arquetipo paterno español, huída ayudada y alentada por las fuerzas doloridas de los indios que se suman a los criollos en el movimiento de Independencia.

Alguien ha dicho que los indios ayudaron a la Conquista y que los criollos hicieron la Independencia.

Esta es la ruptura con la madre España, mejor dicho con el padre España; constituye la protesta, la huída de la imagen paterna alentada por los indios y mestizos al frente de su simbólica virgen de Guadalupe —diosa madre— donde se acogió el alma indígena, como dice Carrión. Al grito de "viva la Virgen de Guadalupe", los pródigos españoles, ahora son los criollos, se lanzan a la aventura y se afirman en la vida a través de los vacilantes pasos de los primeros días de la Independencia. Ya desde ese momento el mexicano se perfila como unidad histórica, se estructura su alma y su espíritu en un todo orgánico y congruente.

La Reforma consume la Independencia y le da su exacta significación. Los hombres de la Reforma hacen un inventario de lo que integra la sociedad mexicana; realizan un detenido análisis de los errores y vicios de la colonia y establecen las leyes de la Reforma y la Constitución; verdadero proyecto de existencia en el incierto porvenir de una joven nación. Los restos del imperio español se esparcen en sus otros hijos que también huyen de la casa paterna, y dejan en soledad al viejo padre español; en su casona feudal amargado y triste en su desolación todas sus colonias, hijos se han independizado.

Octavio Paz dice: "La revolución mexicana es un hecho que irrumpe en nuestra historia como una verdadera revelación de nuestro ser", y más adelante agrega: "La revolución es una súbita inmersión de México en nuestro propio ser". "De su fondo y entraña extrae casi a ciegas, los fundamentos del nuevo estado. Vuelta a la tradición, reanudación de los lazos con el pasado, rotos por la Reforma y la dictadura, la revolución es una búsqueda de nosotros mismos y un regreso a la madre".

En su libro *El Laberinto de la Soledad,* Octavio escribe estas palabras, intuiciones poéticas de su alma sensible y atenta, y con ellas hace un análisis del mecanismo íntimo de la revolución mexicana. Al sumergirse el mexicano en el fondo de su ser, encuentra su alma india, que aflora ya del inconsciente, para volverse conciencia, ya su oculto e íntimo camino ha llegado a un recodo de madurez. Con la revolución mexicana llega lo

indio, a través de todos los componentes de la sociedad —mestizos y criollos—, a la superficie conciencial. Juárez, Zapata, Cárdenas, rescatan los derechos de los indios y ponen así en relieve el valor profundo y sumergido de lo mexicano. Lo indio se vuelve en nuestros días asunto, tema y tesis. El pueblo mexicano encuentra a Cuauhtémoc no en huesos y polvos materiales, sino como auténtico símbolo arquetípico de su alma indígena.

Lo que antes era oculto y disfrazado, mera máscara, hoy se expresa con toda libertad. Todavía en un pasado cercano decir indio era proferir un insulto y como tal se usaba la palabra. "No tiene la culpa el indio sino el que lo hace su compadre" reza un dicho popular que revela la minusvalía en que eran tenidos los indios. Hoy, en virtud de su influjo vital se cae incluso en extremos demagógicos contrarios. Danzas, canciones, comida y folklore indios, vemos por dondequiera, sin advertencia de lo demagógico que en esa actitud reside, porque el alma indígena no la forman esas groseras y caricaturescas vueltas al pasado precolombino. Lo que en verdad le define son sus formas culturales, ahora civilizadas, y evolucionadas en el devenir histórico en que las voces vivas de lo auténtico mexicano se expresa.

Hoy, indios, criollos y mestizos se encuentran fundidos en el armonioso equilibrio de alma y el espíritu del mexicano expresada en la unidad de una estructura social. Nuestras clases sociales ya no son raciales, sino económicas en todo caso.

En los últimos tiempos de nuestra revolución que culmina en Cárdenas, el movimiento indigenista alcanza dimensiones desproporcionadas y demagógicas, que en último análisis crítico se deben a la creencia de que lo indio —la reivindicación de sus esencias es igual que retroceder históricamente a la época precolombina— y por tal procedimiento estático, trae a nuestros días ese ser inexistente. Olvidan que la historia y el tiempo no pueden detenerse, pues, incluso sin la intromisión extranjera de la Conquista, los indios habrían evolucionado en cuatro siglos y serían, de seguro, distintos en la actualidad. Pero a pesar de esas exageraciones, más políticas que reales, el indigenismo actual es la única posibilidad auténtica del mexicano. Lo español está siendo asimilado ya a la forma india, convirtiéndose en carne propia. Alguien dijo de Cárdenas, que así como importaba carne, maíz y frijol, también importó españoles para en-

riquecer el sustento indígena. Y esta opinión es una síntesis correcta de una realidad social.

La familia mexicana se agrupa en rededor de una imagen femenina. La madre es, en México, la familia; ella le da coherencia, matiz y unidad; ella, a veces por medio del subrogado de la nana, es el punto de confluencia de los criollos en el recinto vital de mestizos e indios. De este modo lo mestizo, por la razón ineludible de la sangre, lo indio por origen y raíz propia y lo criollo por la presencia imponderable de la madre nueva y los influjos inasibles del contorno, agrupan sus encontradas sangres hasta encauzarlas en la vena pulsátil y viva del mexicano, sin distingos ni color.

Como tres esferas que poseyeran la virtud de fundirse en la abstracción de una sola, operan indios, mestizos y criollos. Todavía algunas porciones de sus superficies les reclama en direcciones antagónicas; pero llegará el día en que se realicen en la inobjetable plenitud y redondez de un solo cuerpo. Entonces se podrá exclamar, junto con la voz profética y quebrada en prematura ocasión, de Martí: "América caminará hasta que el indio ande".

TOYNBEE FRENTE A LOS PANORAMAS DE LA HISTORIA

Por *V. R. HAYA DE LA TORRE*

Primera estación de un análisis

El comienzo de la traducción al castellano de la vasta y epocal obra de Arnold J. Toynbee, *A Study of History,* ha de ser bienvenido en Indoamérica. La primera y segunda edición de los tres volúmenes iniciales, en lengua inglesa, data de 1933. Su aparición, entonces, influyó más directa y circunscriptamente en un radio académico sajón. Y la crítica, no obstante sus manifestaciones esporádicas, a través de doctas y admirativas voces expertas, quedó un tanto deslumbrada y en suspenso, aguardando las anunciadas partes inéditas de tan ambicioso trabajo. Sólo al aparecer, ya en el siguiente decenio, hasta el sexto tomo de los trece programados, el nombre de Toynbee alcanzó una verdadera acústica mundial. Contribuyó a ello la publicación en Estados Unidos de un deficiente compendio o breviario de la primera sección de la obra por un esforzado secuaz y discípulo del autor, a principios de 1947. Fué ciertamente en aquel año, que las ideas toynbeanas alcanzaron esa vociferante popularidad publicitaria que les deparó la prensa norteamericana al introducirlas en el mercado de las grandiosas novedades.

Ahora, bajo el título *Estudio de la Historia,* se ha publicado en Buenos Aires la versión castellana del volumen primero, muy cuidadosamente presentado por la Editorial Emecé. La traducción —garantizada por un conocedor de ese difícil y nobilísimo arte de traducir bien— es del señor Jaime Perriaux, e impresiona favorablemente, tras una primera lectura y ocasionales confrontaciones con el texto original. Cabe, sí, objetar ciertos detalles. Por ejemplo, que el traductor se proponga acuñar el vocablo "tribual" y sus derivados, para suplantar la reconocida y ya científicamente válida palabra "tribal". Y que aduzca como

pretexto que a uno de esos impertérritos académicos de Madrid —inquisidores o congeladores, y, de todos modos, envejecedores del idioma— le vino en gana imponer tan insólita mudanza apoyándose en retorcidas y muy ociosas razones. En una lengua no muy abundante en originaria terminología científica y tecnológica, y en una obra tan nutrida de expresiones y giros idiomáticos convencionales como es la de Toynbee, la tentativa del señor Perriaux aparece infeliz. Particularmente, porque ella viene de una zona continental donde el movimiento emancipador del castellano de América tiene su más arraigado asiento. Y porque flexibilizar esta lengua, modernizándola y adecuándola a un mundo y edad nuevos —como los brasileños lo están haciendo con el viejo portugués y aun los norteamericanos con el más rico inglés— es reverdecerla y libertarla. Libertarla, ante todo de las academias, como imploraba Darío; y, de todas ellas, de la de Madrid más que de ninguna, tan lejana ella del espíritu de nuestros pueblos que aspiran a avanzar y no a retroceder. Y para cerrar esta digresión anti-académica, amparo mi argumento en la sintomática tendencia hacia la independización del Castellano de Indias, o Indoamérica, patentizada en el más reciente cónclave de nuestros regidores de la lengua, celebrado en México.

Anoté arriba, que el libro norteamericano, en el cual se epitomizan las ideas de Toynbee, es deficiente. Hay razones sobradas para aseverarlo. Y la primera de todas se sustenta en la factiva imposibilidad de condensar un trabajo de tal corpulencia, aun inconcluso, y de tan inimitable metodología de exposición. De allí resulta que el extracto norteamericano de la obra Toynbee, por tantos títulos famosa, es incompleto, abigarrado y oscuro. Y debemos felicitarnos que no fuera vertido al castellano, pues así nuestros estudiosos, o los simples lectores, pueden ahora explorar o bordear sin confusiones, un libro de obligante conocimiento.

En una inolvidable visita que hice a Mr. Toynbee en el Instituto de Altos Estudios de Princeton, a mediados de la primavera septentrional de 1948, me fué dable expresarle esos reparos al "Digest" —típicamente norteamericano, por lo demás— de su obra. Y el más importante de ellos, que Mr. Toynbee halló inobjetable, fué enderezado a señalar cómo el condensador aquel, había omitido, precisamente en la página inicial de su resumen, la sentencia-clave de todo el desarrollo teórico toyn-

beano: "En cualquiera época de una sociedad cualquiera, el estudio de la Historia, así como de las demás actividades sociales, está gobernado por las tendencias dominantes de *tiempo* y de *lugar*".

Y aquí, una alegación personal: Me ha ocurrido con la obra de Toynbee algo que explica mi interés en seguirla y comentarla. Desde 1928, y como parte de las tesis políticas del Aprismo, he preconizado una nueva interpretación de la Historia y, en especial, de la de América, desde una angulación relativista referida al *Tiempo* y al *Lugar.* A éstos, insinuándolo ya desde un pequeño libro escrito al comenzar aquel año en México,[1] —y antes de él en artículos, ensayos y notas periodísticas— los denominé *Espacio-Tiempo-Histórico.* No por alardes intelectuales, ni por afanes de originalidad, sino por pragmática necesidad política —que de ella no hay doctrina esencial sin Historia, ni de ésta hay estudio auténtico sin filosofía— entré por esos arduos y riesgosos caminos de la hermenéutica. Mi pensamiento político arranca de una premisa de emancipación cultural de Indoamérica, comenzando por la Historia, que dentro de los estrictos patrones europeos, me parece para nosotros desubicada. Y aunque esa emancipación no implique, como es obvio, absurda recusación de los valores universales de la Cultura, sino continuidad autónoma de un gran proceso que en este ámbito americano va encontrando estribación para su resurgimiento, he sostenido que su punto de partida es histórico. Y que, por serlo, él supone una nueva perspectiva de la Historia, *desde* América y no *desde* Europa.

Estas ideas difieren en su alineación conceptual y expositiva de las después publicadas, y más tarde divulgadas, en la vastedad ecumenicista del magistral sistema de Toynbee. Pero él ha venido a iluminarme esclarecedoramente en la dificultosa búsqueda de los postulados, sólo por ciertos aspectos con los suyos coincidentes. Así me atreví a decírselo a Mr. Toynbee, cohibido por la pequeñez de mis tesis frente al grandor de su esquema. El, con la misma alentadora aquiescencia con que el profesor Einstein me había escuchado, un año antes al tratarle idéntico tema, exculpó sin duda mi osadía, instándome generosamente a persistir en el esfuerzo.

---

1 Haya de la Torre. *El Antiimperialismo y el Apra.* México, 1928, 2ª edic. Santiago de Chile, Ercilla, 1936.

Mi crítica basal a las escuelas historiológicas europeas, desde el campo de observación americano, va dirigida a su constreñido *europeísmo.* Pienso que, en principio, todas las filosofías de la Historia de gran formato se atienen a una escala referencial europea. Por ende, a una mecánica de trayectoria solar de las sociedades y civilizaciones: *"Ex-Oriente lux"*. Hegel —y lo he recalcado ya— lo sentenció así: "El sol sale de Oriente. . . la Historia Universal va de Oriente a Occidente. . . Europa es, absolutamente, el término de la Historia Universal, Asia es el principio".[2] Sostengo que en todas las exégesis históricas posthegelianas, para no aludir a los planteamientos precursores, prevalece esta concepción general; aun entre los heterodoxos del hegelianismo, sus contraventores y renegados, sin exceptuar a Marx. Es cierto que el más impresionante intento de escape desde ese ya clásico sistema de coordenadas histórico europeo, es el de Spengler, quien rastrea una nueva dimensión. Comienza él por oponerse a la aceptada y mundializada división de la Historia en "antigua", "media" y "moderna", tachándola de insostenible universalización clasificativa forzosamente impuesta desde Europa. Y en cuanto al Nuevo Mundo —"país de reflejo" según Hegel— admite que su incógnita antigüedad encara el problema más complicado concerniente a "la verificación de la cronología absoluta de las culturas americanas".[3] De ellas había dicho ya, en *La Decadencia de Occidente,* que esas viejas culturas de América "han sido, sin más ni más ignoradas, so pretexto de que les falta toda conexión". Y se pregunta: "¿con qué?".[4]

En la teoría marxista, y por su relevancia beligerante importa no olvidarlo, Engels —como también y en otra parte lo he subrayado— adelanta un atisbo de relativismo, cuando advierte que "Las condiciones en las cuales los hombres producen y cambian, varían de un país a otro y, en cada país, de una generación a la siguiente". Apuntando, más adelante, que "Quien quisiera subordinar a las mismas leyes la Economía Política de la Tierra del Fuego y la de Inglaterra actual, no produciría sino lugares comunes de la mayor vulgaridad"; ya que "la Economía

---

[2] HEGEL. *Lecciones de la Filosofía de la Historia Universal.* Int. citada en *Espacio-Tiempo-Histórico.* Lima, 1947, del autor.

[3] SPENGLER. *La Edad de las Culturas Americanas.* Ibero-Amerikanisches Archiv. Berlín.

[4] SPENGLER. *La Decadencia de Occidente.* Cit. en *Espacio-Tiempo-Histórico.*

Política es, fundamentalmente una ciencia *histórica,* su materia es *histórica,* es decir, perpetuamente sometida al mudar, y estudia, desde luego, cada fase de la evolución, etc.".[5] Estos asertos, que me complace citar con reiteración, en respaldo de mi tesis, desde hace precisamente 23 años, —porque los vecinos más o menos cercanos de la Tierra del Fuego en este Continente suelen, con harta frecuencia, olvidarlos— suscitan la memoria de otros, de más de un autor europeo décimonónico que, sin trasponer las orillas de su área de procedencia y observación, han ensayado, a las veces, apreciaciones novedosas de los fenómenos históricos. Pero su sólita actitud —y aquí reafirmo mi posición argumental— es de inmóvil ubicación y miraje europeos. Sin excepción de Marx, de Engels o de Spengler.

De este último, vale repetir una declaración ilustrativa, pues viene, y mucho, al caso: Cuando asume, generalizadoramente, que todas las interpretaciones históricas anteriores a la suya, corresponden a un "sistema ptolomeico de la Historia", tales palabras son traducibles en el parangón de una Europa-núcleo-estático del rotar de los ciclos históricos. Y cuando completa su figura, proclamando que él ha realizado "un descubrimiento copernicano",[6] para describirlos y *predecirlos,* esa auto-filiación spengleriana incorpora, sin reclamo, a todas las precedentes escuelas de la filosofía de la Historia dentro de las mismas fronteras. Porque si la distinción entre "ptolomeísmo" y "copernicanismo" históricos resulta una sutil estimativa de matiz, quizá si en vocablos más asequibles pueda comprenderse a todas las concepciones historiológicas europeas como *newtonianas.* Y en esto Spengler tiene razón. Es Toynbee quien, como hemos de ver, rompe esa línea tradicional.

Spengler queda en ese aspecto justificado, porque siendo impensable la Historia sin ideas-bases de Tiempo y Espacio, fué Newton, —ápice de la curva estelar que surge con Copérnico y asciende con Galileo y Kepler—, quien fijó aquellos conceptos científicos cuya aceptación filosófica acreció su predominancia desde entonces. Nos recuerda Whitehead que "los orígenes de la filosofía moderna son análogos a los de la Ciencia y coetáneos con ella" y que "la marcha general de su desarrollo arran-

5 ENGELS. *Anti-Duhring.* Cap. I.
6 SPENGLER. *Op. cit.* supra.

ca del siglo XVII, corriendo en parte a cargo de los mismos hombres que establecieron los principios científicos".[7]

De esa Ciencia, y esencialmente de sus enunciados cosmogónicos, se embebió no poco la filosofía —caso prototípico de Kant— la cual, directa o indirectamente encauzó por ellos su admisión normal adoptada, en consecuencia, por la Filosofía de la Historia. Que aun el mismo Hegel, pese a sus desviaciones y disidencias antikantianas a este respecto, implícitamente reconoce y adscribe a su concepción histórica la referencia solar de sus procesos y la gravitación universal europea como su término. Cierto es, además, que apenas impugnadas, o mayoritariamente toleradas, o expresamente profesadas las ideas newtonianas de Espacio, Tiempo y Gravitación fueron asentándose como cimientos inconmovibles en la mente de varias generaciones, —durante "los dos siglos que necesitó el mundo para digerir las ideas de Newton", a tenor de la gráfica aserción de Whitehead—,[8] hasta alcanzar la solidez y amplitud de nociones de *sentido común.* Y con ellas, las mucho más antiguas, que le son concomitantes, de los axiomas normativos de la geometría euclidiana, todavía hoy difícilmente controvertibles en el pensamiento y expresión promediales.

Transportados estos principios *newtonianos* y *euclidianos* al territorio de las exploraciones históricas, el *dónde* y el *cuándo* de su inmoble dimensión son la Geografía y la Cronología —"los ojos de la Historia"—. Y aplicada a ellas el postulado de la gravitación universal absoluta, se fija en Europa su axial campo centrípeto. Todo converge a él y todo se aprecia desde él y con relación a él. Ese es el *europeísmo* historicista cuya prevalencia rige a sus teóricos y escuelas. También a Marx, pues su diagnóstico económico y su pronóstico social tuvieron —"como el físico observa el fenómeno donde él ocurre en su más típica forma y más libre de influencias perturbadoras"—,[9] su zona experimental en Inglaterra. Desde ella imparte el hoy tan discutible veredicto prefacial de su gran obra sobre el Capitalismo, que dice: "El país que está más desarrollado industrialmente sólo enseña el camino a los menos desarrollados, la imagen o espejo de su futuro".[10]

---

7 N. Whitehead. *Science and the Modern World.* Chap. IX.
8 *Ibid.,* Chap. III.
9 Marx. Prefacio. 1ª edic. *Das Kapital.*
10 *Ibid.*

La hazaña relativista de Toynbee —ya en presencia de los insoslayables descubrimientos físicos del continuo espacio-temporal de cuatro dimensiones y de la vigencia de la geometría curva allende los perímetros menores— conlleva, sin duda, una primera significancia: la de *deseuropeizar* la "clásica" perspectiva isométrica de la Historia, desplazando sus ángulos hacia nuevos alineamientos etiológicos; y, simultáneamente, la de *desnacionalizarla* descentrando sus artificiosos contornos geométricos estaduales, espaciando sus áreas a "los campos inteligibles del estudio histórico". Estos, para Toynbee, son *Sociedades,* las cuales abarcan a grupos afines de naciones. Y esas *Sociedades,* según él, deben ser diferenciadas de las comunidades —Estados nacionales o Estados ciudades— que las integran. Con ese criterio, las compara y conecta; establece que ninguna de ellas "abraza el todo de la humanidad"; las clasifica en "especies" y descubre sus relativas "continuidades", sus "paternidades", "filiaciones", "parentescos", aislamientos y "fosilizaciones". Y distingue "el aspecto interno" de su articulación y el "aspecto externo" de sus relaciones entre ellas, el cual "debe ser asimismo estudiado en los medios del Tiempo y del Espacio".[11]

Se percibe en seguida que el léxico toynbeano es convencional y, de entrada, enigmático. Tal suele acontecer con la innovada semántica de muchos creadores científicos. Pero adiestrándose en sus claves, ellas franquean los umbrales de perspicuas revelaciones que enseñan mucho y sugieren más. "Estado universal", "Iglesia universal", "Iglesia crisálida", *"völkerwanderung"*, "proletariado interno", "proletariado externo", "tiempos revueltos", "sociedades infra-filiales", "sociedades con o sin parentesco", y otras de cifra menos inaccesible, son expresiones que, agregadas a las ya preinsertas, parecen, *prima-facie,* criptográficas. Las autorizan, ello no obstante, imperativos de explanación. Que a poco de indagarlas y seguirlas se admiten y hasta se requieren para posibilitar la inteligibilidad del contexto.

Algún crítico francés, atento a la impar metodología expositiva de Toynbee, la ha llamado *concéntrica.* Tal vez sea más pertinente denominarla *espiral,* por su ritmo plástico y por sus iluminantes circunvoluciones didácticas. Ya sabemos que Ortega y Gasset niega olímpicamente a Toynbee la personería de filósofo y lo degrada, si no lo denosta, calificándolo como

11 TOYNBEE. *Estudio de la Historia,* p. 69.

"hombre de fe que segrega un misticismo pedagogo y predicador".[12] De estos punzantes adjetivos, el de *pedagogo* —no incompatible con la egregia jerarquía de filósofo si, a menos, recordamos a Sócrates— parecería, pues, bastante adecuado. Y el de *predicador* —si le acendra de toda intención peyorativa— puede, alusivamente, identificar el mensaje del sabio inglés con la videncia —o alta poesía— de los reveladores preclaros.

Mas no sé yo, si a cuenta de una impresión personalísima, merezca considerarse como espontáneo ingrediente de lo que el propio Toynbee considera "la estrategia" de su obra, aparte su ostensible propósito de ser claro y prolijo, su ínsita y respetable humildad. Ella rezúmase en sus libros, pero se comprueba sin esfuerzo, apenas se le escucha, como si aquilatara en toda su magnitud la tremenda responsabilidad de ser el autor de tan ilustre aventura. Por esa consciente humildad, en su caso tan bien aparejada con la honradez intelectual, Toynbee deja abierto paso a la crítica coadyuvante y confiere así a su anchurosa empresa —aun en jornadas de composición y probanza— singular elasticidad. Ella le permite amplificarla, verificarla, enriquecerla, sin desoír valederas objeciones a sus aspectos corregibles. Así lo demuestra incorporando a sus volúmenes acreditados y ajenos reparos. Y así lo escribe también: "En el mundo de la ciencia criticar forma parte de la tarea cotidiana; y en nuestro momento podemos criticar a nuestros predecesores, sin incurrir en presunción, mientras sepamos aceptar de antemano, sin resentimiento, que nos critiquen también nuestros sucesores cuando haya pasado nuestro día. Esta es sencillamente una de las muchas aplicaciones de una "ley" ética tan fundamental, que sus ejemplificaciones clásicas se encuentran en el culto primitivo de la mitología. En el ritual de la rama dorada en Nemi el sacerdote que mató al homicida... será muerto él mismo...".[13]

Dentro de la dinámica de espiral que moviliza la obra de Toynbee todos los temas nucleares vuelven a ser observados desde curvas siempre engrandecidas y más eminentes. Así, el íntegro examen de cada uno resulta garantizado y predecible. Por este comportamiento, tan extraño a los genios orgullosos, el autor encarna un paradigma de probidad equiparable al de

---

[12] *"Cuadernos Americanos"*, 1950, No. 5, p. 110.
[13] Toynbee. *Op. cit.*, p. 71

Einstein y proyecta las luces de su *Estudio* hacia horizontes todavía insospechados. De allí que sea prematuro su juzgamiento global, definitivo. La humildad intelectual de Toynbee enseña humildad a quienes lo estudian. Y ésta se afirma y depura al comprobar que la Historia vista como él la ve, confrontada como él la confronta, adquiere dimensiones sin limitación. Porque su primer hallazgo es el de la inmensidad del universo histórico que se expande continuamente ante sus ojos como el cosmos de los físicos relativistas. Toynbee, como ellos, ensaya intrépidamente la adopción de un nuevo dispositivo geométrico. La Historia alineada en procesos constantes, o la paralelada en ciclos, o la desplegada en planos yuxtapuestos o coextensos, —cuyos ejes de coordenadas se refieren siempre a puntos prefijados—, queda, pues, excedida, superada. Esa es la Historia cuya *"continuidad"*, —de acuerdo con sus textuales palabras— "ha sido ideada por analogía con la Ciencia Física Occidental *clásica*, por los historiadores occidentales".[14] Pero Toynbee se pregunta si la Historia de esa manera enfocada "denota tácitamente que la masa, momento, volumen y velocidad de la corriente social de la vida humana son constantes, o varían estrechamente sin trascendencia histórica", porque entonces "el término *continuidad* despista seriamente".[15] En resolución, Toynbee rechaza una *continuidad absoluta;* acepta una relativa, comparando la continuidad dentro de cada Sociedad con la orgánica y mental "de una persona dada", y, a su vez, la equivalencia cualitativa entre ellas, con la *continuidad* de un padre y de un hijo, vinculación semejante a la de ciertos grupos de Sociedades.[16]

Aparece ya el espectáculo cuatridimensional de sus desplegados "campos inteligibles del estudio histórico". Estos podrían también representarse como los enormes segmentos de una esfera inmensa que cortan planos distanciados desigualmente. Ellos pueden unirse o separarse, devenir "paternales y filiales" o abrir entre sí fisuras profundas; pero todos son correlativos al máximo arco de círculo de su total universalidad. Su gravitación no incide necesaria y presupuestamente en el centro esférico. Es *cámpica*: cada "campo inteligible" respecta a un *campo*

---

14 Toynbee. *Op. cit.*, p. 66.
15 Toynbee. *Op. cit.*, p. 66.
16 Toynbee. *Op. cit.*, p. 67.

gravitacional. Toynbee dice que "los *átomos* sociales con que deben trabajar los que estudian la Historia son Sociedades y no Estados".[17] Ellas engendran las civilizaciones. Pero éstas ejercen "sobre la humanidad de allende sus fronteras ciertas influencias sociales que pueden asimilarse metafóricamente a los impulsos y tirones físicos llamados en la terminología científica *radiación* y *atracción*".[18] Y advierte: "Las fuerzas de radiación y atracción social semejan a sus homónimas físicas en su capacidad para ejercer efectos a distancia inmensa de sus fuentes siquiera en grados minúsculos".[19] Así, en este universo histórico toynbeano los irradiantes núcleos sociales, cuyos orígenes permanecen en la región de las hipótesis, pueden eslabonarse y "filiarse" o no, detenerse o avanzar, convertirse en satélites o extinguirse; un poco como los soles de una galaxia que se mueven, constelados o solitarios, dentro de la gigantesca marcha sideral de sus unánimes rutas orbitales.

Es aquí, ante este avizorado "universo curvo" de la concepción de Toynbee, que se tienta el trasfondo científico-filosófico de su cabal ideación. Y puede adivinarse que ella se trama y aprieta en un cañamazo de proporciones ingentes. Pero aunque no se le siga en el detalle del lujoso dibujo, ni en la técnica de anudamiento y enlace —por lo demás sólo apreciables íntegramente al término del extraordinario y minucioso trabajo— es justamente el cañamazo lo que más importa y admira. Líneas, colores, relieves, matices y engarces, pueden ser asimismo, prudentemente justipreciados, asumiendo la misma posición relativista de su creador, tan ajeno al énfasis. Mas, aparece ya la evidencia de una inaudita geometría de la Historia, de una comba y cósmica visión de espacio-tiempos, cuyos ignotos o ensombrecidos panoramas, Toynbee desvela e ilumina con luces inesperadas.

Es de ahí que salen los hilos centrales de esa urdimbre cargados de magnética atracción polémica. Sería ilusorio pretender conectarlos todos, sin calibrar su poder y su extensión. Más vale acumular lentamente, porque lento es el proceso de generación de la obra misma, el incalculable volumen de energía orienta-

---

17 Toynbee. *Op. cit.*, p. 68.

18 Toynbee. *Op. cit.*, p. 213. Los subrayados son míos.

19 Toynbee. *Ibid.*

dora que ellos comportan, aprovechándolos paso a paso. Planeada su estrategia, Toynbee ingresa a la segunda parte de su primer volumen para indagar "cómo llegan a existir las civilizaciones" y "los diferentes modos en que emergen". Abre así el gran debate que atañe a las culturas americanas Maya y Andina que incita a intervenir. Ello será dable en la segunda estación de este análisis.

UNA CARTA A TOYNBEE

La Paz, 2 de julio de 1951.

Señor D.
Arnold J. Toynbee
Londres

Estimado profesor Toynbee:

HACE 15 días comencé a leer el primer tomo de su monumental *Estudio de la Historia,* publicado por Emecé de Buenos Aires. Voy por la mitad del libro. Tan rico de horizontes, tan cargado de material crítico e informativo, tan complejo de sustancia y posibilidades encuentro su estudio, que no me siento autorizado para emitir opinión en la materia. Su libro es, en cierto modo, "demasiado sabio" para la mentalidad corriente del lector. Cuando concluya su lectura le haré llegar algunas impresiones. Entretanto, habiendo leído los interesantes artículos divulgativos del profesor Francovich y la breve respuesta de Ud., en la que pide Ud. opiniones sobre sus ideas acerca de la cultura andina, deseo adelantarle ciertos conceptos, sin otro título que el de mero aficionado a la ciencia histórica.

¿Que las civilizaciones pre-colombinas surgieron en áreas difíciles? Verdad incontestable. Para nosotros, los bolivianos, su tesis no necesita demostración. Sabemos que el Ande, áspero y hostil, es la cuna del acontecer histórico en el continente sur. No aceptamos, en cambio, su teoría de que la costa es, culturalmente, anterior a la montaña. Es justamente a la inversa: Chimú, Nazca y lo Inca (este último participando de ambas culturas, la costera y la serrana) derivan del gran núcleo central andino o "kolla", de raíz eminentemente cordillerana. Los europeos sólo hablan del Cuzco por su mejor proximidad histórica, e ignoran que en la cuenca del Titikaka, en las piedras de Tiwanaku y en el Kollao o gran Altiplano de Bolivia, surgieron las primitivas sociedades andinas. Me gustaría discutir este punto con usted.

¿Qué saben los europeos del pasado remoto sudamericano? Nada, o casi nada. 25 siglos durmió el Egipto antes de revelar su mensaje. De los mayas, de los quichés, de los toltecas, se sabe bastante. Pero de

los "kollas" o primitivos andinos (muchísimo más antiguos que los quéchuas o incas, que heredan y aplican sus formas vitales) todo está por descubrirse. Hay dos líneas para estudiar la civilización andina pre-colombina: la peruana y la boliviana. La peruana está al alcance de todos, pues parte del rapsoda Garcilaso y termina en excelentes monografías de los profesores Tello, Valcárcel, etc. Según ella, todo es de origen quéchua, lleva el sello inca; por eso Ud. que la comparte, que cita al profesor Baudin y a Means piensa que el Estado Universal Andino era el Imperio de los Incas. La línea boliviana, que carece de un tronco colonial como Garcilaso, no tiene la riqueza de material publicado que la peruana. Hay que rastrearla en los cronistas de la Colonia y seguirla en libros poco difundidos o en escritos de diarios y revistas firmados por Villamil de Rada, Díaz Romero, Posnansky, Camacho, etc. (El Coronel Federico Diez de Medina, arqueólogo tiene estudios interesantísimos sobre la materia). Y la línea boliviana desemboca directamente en lo "kolla" o "aimára", términos que no manejan todavía los investigadores modernos porque los ignoran casi del todo. Como ha demostrado el profesor Camacho, que acaba de fallecer a los 84 años de edad, casi todas las instituciones agrarias, económicas y militares del Incario, están calcadas en las más antiguas instituciones de los "kollas". Y la leyenda de los Hijos del Sol no nace en el Cuzco sino en el Lago Titikaka, tesis reconocida aun por los defensores de la línea peruana.

El Gran Perú, formado por lo que hoy se llaman Bolivia y Perú, ha sido estudiado sólo desde el ángulo peruano, en un sentido universal; es decir, con ojo quéchua. Los bolivianos, encerrados en nuestras montañas, no hemos tenido ni grandes plumas ni medios técnicos para investigar y difundir nuestro pasado, mucho más rico y antiguo que el quéchua. Pero no hablo en términos de odioso nacionalismo arqueológico, sino en perspectiva de contenido continental. Los "kollas", llamados también "aimáras" o primitivos andinos, aunque rara vez aparecen citados en los modernos textos de historia y de arte, viven todavía en la piedra, en la raza, en la geografía, en la leyenda. Cuando Keyserling, de una mirada aquilina, dijo de los indios bolivianos: "estos hombres son muchísimo más viejos de cuanto se ha supuesto hasta ahora", lo dijo todo. Y esta cultura remotísima, creadora de las ruinas actuales de Tiwanaku (que son un fin de cultura y no un principio como creen muchos) generó todas las formas posteriores religiosas, políticas, sociales y espirituales que heredaron las sociedades posteriores a la diáspora "kolla". Los Incas bajaron de la alta meseta andina a los valles sudperuanos. Los quéchuas fueron pues sucesores

y epígonos de los aimáras, que históricamente llamamos "kollas" para distinguirlos de la actual raza aimára sobreviviente. Y así como detrás de los primeros hindúes aparece Mojenho-Daro, o detrás de los helenos asoman aqueos y pelasgos, detrás de los incas brota el impulso eterno, primordial, poderoso de los "kollas" sobre cuya arquitectura lítica, de grandes bloques naturales adaptados por el hombre, se levanta la posterior y menos fuerte construcción incaica, hecho reconocido por todos los arqueólogos.

Tocante a su tesis la comparto y admiro su poder intuitivo. Del medio físico duro, hostil, saca el "kolla" su religión hilozoísta, su técnica agraria y de regadío, su disciplina social, su arte telúrico y magicista que revela profundos conocimientos astronómicos, matemáticos y geométricos. Dicen las tradiciones que en la meseta hubo un tiempo de la Edad Oscura (La "Chamak-Pacha" del "kolla") en la cual no había sol. ¿Fué la última glaciación en Sudamérica? Lo dirán los geólogos. Pero en ella hay que rastrear el origen de las primeras culturas andinas, que fueron nocturnas, adoradoras de la montaña, y que sólo después de miles de años se hicieron heliolátricas. Para el sentir moderno, Sudamérica sólo tiene 5 siglos. Bolivia 125 años. Casi nada. Para nosotros la huella del hombre, la impronta del espíritu, se remontan, aquí, a más de 10,000 años. Mas el panteón andino duerme todavía bajo tierra. El indio, huraño, calla. Las ruinas yacen enterradas bajo la superficie. La tradición se halla en la penumbra porque carecemos de buenos investigadores y de talentos poéticos que la comprendan y sublimen. Todo está en la sombra, intacto, durmiendo, esperando a los Evans, Schliemann, Morley. Y del hombre, de la obra mágica del espíritu expresado el poder de estas montañas seculares que fueron, según la teogonía andina, ellas mismas los héroes del tiempo mítico sabemos muy poco. Casi nada.

Se necesitaron 2,000 años de pensar humano orgánico y sistemático para llegar a las prodigiosas síntesis de Curtius o de Burckhardt respecto a los helenos. ¿Cuántos siglos transcurrirán antes de que el Ande renazca a la comprensión del mundo? La Gran Cordillera, en su épica culminación de la meseta ando-boliviana, no es sólo un hecho geológico: es el mayor y más remoto "habitat" del sudamericano. Todo es misterio, en su seno. Todo será revelación mañana. . .

Todo lo arcaico en prehistoria andina, es típicamente "kolla", de altura, dominante de arriba hacia abajo. A pesar de su prodigiosa erudición, usted no alcanza la verdad inconmovible de la geografía física, de la tradición, lo que enseñan la geopsique, la toponimia y la semántica, los restos arqueológicos y los usos y costumbres milenarios.

Si Ud. viniese al Ande Boliviano, hallaría aún, en los hábitos ancestrales de nuestros "kollas" de la montaña, un ritmo inalterable: de la meseta a los valles, de los valles a la costa. Siempre la misma línea, que cae —histórica, política y sociológicamente— de lo dominante a lo tendido. Las tierras bajas nunca afirmaron influencia extensa, aunque pasajeramente hayan señoreado el paisaje montañés. En cambio la meseta está presente en esencia y en presencia, en las culturas de los valles y las costas. Baste recordar que la cerámica de Tiwanaku y el famoso signo escalonado, así como las raíces de la lengua aimára, transvolaron a tierras que hoy forman parte de Colombia, Ecuador, norte de Argentina, y aun remotas islas de la Polinesia.

Habla Ud., en su "Estudio", de la relatividad del pensamiento histórico. Exacto. Y tan exacto, que cuanto más creemos abarcar sabemos menos, por paradojal que suene la afirmación. Le diré, en pocas palabras, cómo se descompone la visión multiplana del orbe andino: primero la versión del conquistador hispano; luego el suceso quéchua; en seguida el hecho "kolla"; más atrás la leyenda de los "antis", hipotéticos primitivos pobladores de la meseta; y más allá, todavía, otras huellas o reminiscencias de culturas arcaicas que aun carecen de nombre. . . Se confirma, aquí, el juicio aristotélico: las ciencias y las artes fueron inventadas muchas veces y muchas veces desaparecieron. Como los pueblos, como las civilizaciones. Y es este acaecer, desaparecer y reaparecer incesante, el que un gran poeta nuestro vislumbró al decir:

> ". . .horizontes que siguen a horizontes,
> lontananzas detrás de lontananzas. . ."

En resumen: el Imperio de los Incas no fué el Estado universal andino primero, sino sólo el sucedáneo del Imperio de los Kollas. La Iglesia universal andina, encarnada en la teocracia solar del Inca, tiene su antecedente en la Iglesia universal andina de los Kollas, la religión telúrica, hilozoísta y magicista, que adoró los montes y las piedras antes de que el andino fuera astrolátrico. Tocante a las "völkerwanderung" o migraciones de pueblos, fueron tantas y sus líneas se confunden tan intrincadas, que nadie ha desentrañado todavía el enigma.

Estimado profesor Toynbee: no soy un hombre de ciencia, ni siquiera un investigador. Apenas un aprendiz de historia. Un soñador, un fantasista, un "buscador" como el protagonista de mi libro *Nayjama* que constituye algo así como una introducción al estudio del tiempo mítico en el Ande Boliviano. Soy pues un "sentidor" de la historia

en el concepto unamunesco y nada más lejos de mi espíritu que pretender sentar teorías o enseñar a quienes me superan. Porque Ud. invita a la crítica y a la discusión —rasgo el más simpático de su sabiduría— es que me permito enviarle estas líneas. Sólo reflejan el punto de vista de un aficionado desde un ángulo cerrado en la convergencia intuitiva del suelo y de la raza en que nació.

Tengo un concepto muy personal sobre la Historia. Para mí la Historia es el historiador, antes que el suceso. Usted tiene una cabeza prodigiosa que no se pierde en el dédalo de las civilizaciones. Pero el Ande es mucho más vasto y resonante que la cabeza del profesor Toynbee. Me quedo, pues, con mi visión de una cultura andina viejísima, palingenésica, muchas veces compuesta, descompuesta y recompuesta; y acepto sólo como remate final la civilización incaica, que es sólo parte mínima del acontecer histórico de la Gran Cordillera sudamericana.

Cordialmente suyo,

Fernando DIEZ DE MEDINA.

EL CONGRESO CIENTIFICO MEXICANO

UNO de los actos para conmemorar el IV Centenario de la Universidad de México, fué el Congreso Científico Mexicano, el cual tuvo lugar en la capital de la República del 24 al 30 de septiembre. El Congreso se organizó en cinco grandes divisiones: Ciencias Físico-Matemáticas, Ciencias Biológicas y Médicas, Ciencias Sociales, Psicología y Teoría de las Ciencias, y Filosofía. Cada división se subdividió en ramas y cada rama en secciones, para hacer más fácil y efectivo el estudio de los trabajos presentados. Por supuesto que fué necesario ocupar numerosos locales universitarios, de varios hospitales y de algunas instituciones científicas independientes.

Se presentaron unos mil doscientos trabajos, aproximadamente, y participaron en el Congreso algo más de mil personas, sin que faltara la colaboración intelectual de la mujer. Es obvio que no todos los trabajos pudieron ser aprobados; no todos alcanzaron la calidad requerida; pero hubo algunos de alto valor científico, legítimo orgullo de la ciencia mexicana.

La Universidad y los organizadores del Congreso, quisieron que éste fuera un balance de la ciencia en México durante los últimos cincuenta años; quisieron que el pueblo de México no sólo conociera a sus políticos y a sus grandes negociantes, sino también a los hombres que trabajan modesta y calladamente en el laboratorio, en la biblioteca o en la buhardilla, para contribuir con su esfuerzo desinteresado al adelanto del país y de otros países.

A continuación se publican el discurso de Alfonso Caso en la velada inaugural y las palabras de Jesús Silva Herzog en el banquete de despedida a los congresistas.

ME cupo el alto honor de ser designado en la sesión de esta mañana, para presidir las labores del Congreso Científico Mexicano.

Ojalá que tarea de tanta trascendencia, hubiera tocado a alguien con mayores merecimientos, que pudiera expresar con bellas palabras, la cordial bienvenida que en esta ocasión, me complace reiterar a todos ustedes.

La Universidad Nacional Autónoma de México, para celebrar el Cuarto Centenario de su fundación, eligió el medio más noble y más significativo al resolver patrocinar este Congreso Científico, en el que están incluídas todas las ciencias: las matemáticas y físicas; las biológicas y médicas; las ciencias sociales y la psicología, y como remate del imponente conjunto, la teoría de la ciencia y la Filosofía.

Estos grandes capítulos del saber humano, quedaron subdivididos en ramas y éstas en secciones, en las que ustedes, señores congresistas, presentarán a partir de mañana, las ponencias y los estudios que condensen el fruto de sus investigaciones.

Dos fueron los principales propósitos que tuvo la Comisión Organizadora al formular el temario del Congreso. Primero, hacer un balance de lo que ha logrado México en los primeros 50 años de este siglo, en las diversas ciencias. Segundo, mostrarnos unos a otros, cuál es el estado actual del conocimiento científico, y en qué forma los investigadores mexicanos están contribuyendo al desarrollo de las diversas disciplinas.

El hecho de que se hayan registrado 1,216 trabajos para ser discutidos en las 173 secciones en que ha quedado dividido el Congreso, y la gran calidad de la mayor parte de esos trabajos, que hacen aumentar nuestros conocimientos, es ya la mejor prueba de que el Congreso Científico Mexicano era una necesidad, una necesidad imprescindible, para dar a conocer al país, el esfuerzo de sus sabios y sus investigadores.

La Universidad, que ahora está conmemorando el Cuarto Centenario de su fundación, no tiene sólo la vista vuelta hacia el pasado; no se enorgullece sólo de su alcurnia y de su prestigio, cincelado en cuatro siglos; es el presente de la Ciencia, es la actividad constante de los hombres que han salido de sus aulas, y que actualmente trabajan en la administración, en los laboratorios, en los institutos, en las otras universidades del país, en las academias, en las revistas y en los libros, lo que debe enorgullecer a esta secular Casa de Estudios.

No es nuestra Universidad, por fortuna, un viejo tronco sin savia y sin vida; por muy profundas y muy hondas que sean sus raíces, son sus nuevos frutos los que nos hacen llegar a este Cuarto Centenario, no con la visión melancólica de quien contempla un pasado ilustre e insuperable, sino con la confiada visión de quien sabe que el pasado, por muy noble y glorioso que sea, está siendo superado todos los días, por un presente cada vez más rico y más fecundo.

Por muy ilustres que hayan sido los nombres de los antiguos sabios que impartieron sus cátedras, o recibieron sus enseñanzas en la Universidad, son las nuevas generaciones de hombres de ciencia, las que están

situando a México, no sólo como un discípulo aplicado del saber occidental, sino como un actor cada vez más seguro de sí mismo, y cada vez más importante, en la elaboración de la cultura universal.

Hace sólo breves años que México ha iniciado la etapa económica de su industrialización, y todos los días está dando pasos gigantescos en este camino. Pero es imposible una industria sin una ciencia; es imposible lograr la transformación de México, si esa transformación no está fundada en una preparación adecuada, técnica y científica, que sólo nuestras universidades y nuestros institutos pueden dar.

Un país que no inventa, que no descubre, tiene que ser forzosamente dependiente no sólo en lo cultural, sino en lo económico, de aquellos otros países en donde la investigación y el descubrimiento están constantemente al servicio de las transformaciones técnicas e industriales, y por esa razón México ha comprendido que sólo desarrollando ampliamente las ciencias y la técnica, sólo dando el apoyo que se necesita para los institutos y los laboratorios de investigación; sólo haciendo que existan en nuestras bibliotecas los libros y las revistas modernas, se puede lograr la preparación adecuada de técnicos y científicos que más tarde entregarán sus descubrimientos a los industriales del país. La construcción de la Ciudad Universitaria, que estamos presenciando, y que se debe al interés que un gobernante universitario tiene en el progreso técnico y científico de México, nos hace ser optimistas sobre el futuro de nuestras instituciones científicas.

Grandes adelantos ha hecho la ciencia mexicana en los primeros cincuenta años de este siglo, sobre todo en los últimos treinta años. Enumerarlos sería imposible en el breve tiempo que deben ocupar estas palabras; pero es precisamente el Congreso Científico Mexicano el que dará cuenta de estos adelantos, y serán las Memorias editadas por el Congreso, las que dejarán para siempre, un monumento en el que conste cuál ha sido la aportación mexicana a la ciencia universal.

Cuando en 1910, Justo Sierra, ilustre fundador de la Universidad Nacional, pronunció su célebre discurso, —que tantas veces ha sido guía y norma para la Casa de Estudios—, y habló de "mexicanizar la ciencia", previó que en un futuro no muy lejano, un grupo de hombres, salidos de la Universidad que él renovara y de las otras universidades del país, se encontrarían antes de que transcurriera medio siglo, activamente ocupados en el descubrimiento de nuevas verdades, en el estudio de nuevos sistemas, en el conocimiento del terrritorio, de la flora y de la fauna, de los recursos naturales, de la población de México, desde el punto de vista biológico y antropológico. Y estas generaciones nuevas que han salido de nuestra *Alma Mater,* están cumpliendo todos los

días, paulatinamente, a veces en forma modesta, a veces en forma destacada y brillante, el ideal de Justo Sierra: "mexicanizar la ciencia"; conocer a México en todo lo que es México, estudiarlo desde todos los puntos de vista, hasta lograr una mejor comprensión de la realidad física, étnica y política del país; hasta lograr una conciencia cada vez más clara de las realidades esenciales, que a través de nuestra historia y a través de las convulsiones, aparentemente sin sentido, se van perfilando como las ideas directrices de lo que México cree y quiere, y lo que expone al mundo como su propia teoría.

Seguramente una de las condiciones que más han contribuído al desarrollo de la ciencia mexicana, ha sido la absoluta libertad de opinión de que han gozado los hombres de ciencia en México.

Nuestra Universidad consagra como una de sus conquistas más altas —y a las generaciones futuras toca conservarla—, la libertad absoluta de pensamiento en la investigación y en la cátedra.

Todo régimen totalitario, toda organización social que persiga al hombre de ciencia por las ideas que expone; todo régimen político en el que la verdad sea oficial y no esté siempre abierta a la libre investigación; cualquier forma que se sugiera para obligar al hombre a tener miedo de sus propios pensamientos y cualquier sistema que trate de encauzar las investigaciones hacia resultados previamente determinados y conocidos, es incompatible con la esencia misma del pensar. Porque la libertad es para la ciencia la atmósfera que respira; sólo nutriéndose en la constante controversia con las opiniones de todos, con las verdades de todos, y diríamos más, con los errores de todos, la ciencia puede superarse; abandonar hipótesis y métodos caducos, para ofrecer al mundo nuevos caminos, nuevos posibles modos de entender el Universo y la vida. Ojalá que nunca en México, en virtud de pretendidas razones de Estado, o de pretendidos derechos sacrosantos, se coarte la libertad de expresión al hombre de ciencia; su libertad absoluta de exponer todas las ideas, todos los principios, todas las teorías, por audaces que parezcan.

Para la ciencia no puede haber misterios prohibidos, no puede haber fetiches intocables, no puede haber campos cerrados a la investigación. Siempre alzaremos el velo que cubra los misterios; siempre nos enfrentaremos a cualquier teoría que declare que exponer la verdad, va en contra de pretendidos intereses raciales, religiosos, económicos o políticos.

Nuestra Universidad tiene en la libertad de cátedra y de investigación, su más alto timbre de gloria; y es por eso, porque ha creado este ambiente de libertad, porque cada uno de nosotros ha sido capaz de

elaborar dentro de sus propias experiencias, su propio ideal, por lo que la sentimos no como un instrumento al servicio de un interés político o de cualquier otro orden, sino como *Alma Mater,* que nos ha cobijado generosamente bajo su manto, para permitirnos el noble discurrir por el campo de las ideas y levantar la frente, libre de miedo y de vergüenza, para afirmar nuestros más íntimos ideales.

Estamos en un momento de grave peligro para la humanidad; la ciencia, que no puede ser sino una servidora del hombre; la industria, que no puede ser sino un instrumento humano, parece que se están convirtiendo en espantables monstruos con vida propia, que el hombre no puede ya dominar, y que serán capaces de aniquilarlo.

Los antropólogos sabemos que las culturas y las sociedades humanas son perecederas, como los seres vivos; que imperios que parecían indestructibles, cuya vida se prolongó durante milenios, al fin y al cabo desaparecieron, y que los descendientes de los hombres que fueron capaces de construirlos, no tienen ya siquiera el impulso vital necesario para conservarlos. Sabemos que una sociedad y una cultura pueden morir, no sólo por la muerte lenta que produce la degeneración de sus valores culturales y morales, sino también por muerte violenta, asesinadas, como tantas culturas que desaparecieron ante el paso arrollador de los ejércitos de conquistadores bárbaros que las hollaron bajo sus plantas. Pero lo que no sabemos todavía, y quizá nos esté reservado a nosotros los hombres del siglo XX comprobarlo, es la muerte de una cultura por suicidio. Si nosotros no somos capaces de organizar nuestra forma de vida nacional e internacional, de tal modo que esté de acuerdo con los nuevos descubrimientos científicos, que colocan en las manos del hombre fuerzas verdaderamente cósmicas; si nosotros no somos capaces de resolver que por encima de la voluntad de poder, está la buena voluntad; nosotros o nuestros hijos veremos este caso insólito en la historia de la humanidad, de una cultura que se mata a sí misma, creando las armas necesarias para su propia destrucción.

Debemos concebir que la división de las ciencias y de los conocimientos humanos, no es más que una división cómoda; pero que lo que realmente existe es la gran unidad del Universo y del hombre; ciencia física y ciencia social, no son dos entidades distintas que se opongan o se destruyan, sino dos puntos de vista para acercarse a la única realidad del hombre y del Universo.

Los progresos de las ciencias físicas y naturales son palpables y evidentes. Pronto el hombre podrá disponer de inmensos caudales de energía a costos mínimos, que le permitirán lanzarse a realizar aventuras que parecían sueños hace sólo unos cuantos años. Pronto podrá

modificar el planeta casi a su antojo, de tal modo que cambiarán las montañas y los desiertos, los pantanos y las selvas, y los ríos y el mar, y quizá los vientos y las nubes serán sus obedientes servidores.

Nuevas materias primas, creadas en los laboratorios, tendrán exactamente aquellas cualidades que se hayan deseado, y el hombre, libre de enfermedades, verá alejarse cada vez más el momento inevitable de la muerte.

Pero por otro lado, es también indudable el progreso de las ciencias sociales; conocemos cada vez más las fuerzas que actúan en la sociedad y las causas motoras de las culturas; sociología, política y economía, nos enseñan lo que hay de caduco y anacrónico en nuestras instituciones, y nos dicen en qué forma debemos modificarlas; pero desgraciadamente, mientras nos parecería una locura conservar nuestros viejos instrumentos y máquinas, en competencia con las nuevas invenciones, mientras nos parecería una locura usar los antiguos medicamentos en vez de los nuevos descubrimientos hechos por médicos y químicos, no nos parece locura, sino sabiduría y prudencia, aferrarnos a viejos conceptos sociales v políticos.

Quien separa, no para estudiar —lo que es perfectamente legítimo—, sino para actuar, los descubrimientos de las ciencias físicas de los ideales de las ciencias morales, está poco a poco convirtiendo sus conocimientos en un horrible monstruo deshumanizado, que seguirá su vida por sí mismo, arrollando a su paso y aplastando cuerpos de hombres, vidas de hombres, ideales de hombres.

México se ha distinguido siempre por su vocación por la paz. México no desea sino construirse, integrarse con una vida propia, no agresiva sino personal, dentro de la comunidad de las naciones. Queremos, eso sí, el respeto para nuestras propias instituciones, para nuestros propios ideales, para nuestro modo de concebir la vida; pero estamos naturalmente dispuestos a colaborar para la construcción del mundo del mañana. Para lograrlo, para conseguir una mejor utilización de los recursos naturales, para aumentar las riquezas humanas, allí están la Química y la Biología, la Mineralogía y la Física; pero para conseguir que esos recursos naturales lleguen a los millones de manos que se levantan en alto, pidiéndolos, son las Ciencias Sociales las que deben dar las fórmulas y las soluciones.

México desea estar en primera línea en esta gran cruzada humana para destruir la ignorancia y el prejuicio, la enfermedad y la miseria, la tiranía y la injusticia, y este Congreso Científico que ahora iniciamos, será, claro está, un punto de llegada y de balance, pero también esperamos que sea un punto de partida para el futuro.

La felicidad humana no puede ser dada por la ciencia; la ciencia ayuda a conseguirla; no puede estar fundada en nada que no sea en la propia voluntad de vivir bien y ayudar a los otros a que vivan del mismo modo. Para conseguirlo tendremos que luchar y vencer, pero esta victoria sobre la naturaleza y sobre nosotros mismos, es la única obligación que tiene el hombre en la tierra, la única obligación que tenemos todos, hacer de este mundo que nos ha tocado vivir, un lugar cada vez más rico, cada vez más justo, cada vez más bello. ¡Ojalá que en el futuro, los hombres de ciencia mexicanos ayuden a realizar este ideal, para México y para el mundo!

Alfonso CASO.

PALABRAS FINALES

El Congreso Científico Mexicano ha concluído sus trabajos. Con este motivo deseo expresar la gratitud de la Directiva a todos los congresistas, por su noble, desinteresada y laboriosa cooperación. Podemos ufanarnos con humildad por el éxito alcanzado, por la fecunda tarea ya realizada y por la afirmación de nuestra fe en los destinos de México.

Se ha recorrido un pequeño trecho del largo camino por el cual tendremos que andar otra vez mañana. El balance es favorable pero precisa no descansar; nuestro diario monólogo debe ser éste: algo se ha hecho en beneficio de la cultura de México y también en provecho de la cultura universal; mas es necesario no olvidar que hay todavía mucho más por hacer. Debemos sentirnos poseídos por un anhelo perenne de superación.

El hombre de ciencia es un eterno inconforme, un buscador incansable de nuevas metas, desde donde pueda vislumbrar siquiera el tenue reflejo de la oculta realidad. No hay hombre de ciencia sin generosas rebeldías, sin alas en el pensamiento y sin dilatados horizontes para ensayar el vuelo. Como dice un escritor español, es cierto que el artista en el momento de dar el último toque a la obra imaginada, es el único que puede sentir un algo vago de lo que sintió la Inteligencia Creadora en el instante supremo de crear el Universo; pero el científico al aprender después de largos desvelos una verdad afanosamente perseguida, es como un Prometeo victorioso que robara a los dioses el secreto de las constelaciones.

El arte por el arte y la ciencia por la ciencia son fórmulas caducas de un ayer que nunca volverá. Nosotros pensamos en el arte para ennoblecer la vida con la belleza; pensamos en la ciencia para dignificarla con la verdad, y en la ciencia y el arte en estrecho maridaje al servicio de la especie humana. Es apremiante, de urgencia inaplazable el reajuste entre la ciencia, la técnica, el arte y la sociedad. El ideal estriba en el progreso paralelo de las ciencias de la materia y las del espíritu, para crear la armonía entre el hombre y la naturaleza y entre el individuo y la comunidad.

La ciencia, como lo hizo notar Alfonso Caso en ocasión solemne, necesita de un ámbito de libertad para desenvolverse y avanzar. En México gozamos de ese bien inapreciable, gozamos de libertad de pensar, de creer, de actuar. En México, podemos decirlo con orgullo, con legítimo orgullo, no se castiga a los heterodoxos de ninguna doctrina; y nuestra Universidad que ha tiempo conquistara el principio de libertad de cátedra, es claro ejemplo de tolerancia en esta hora dolorosa de intolerancia, de crisis de valores y de negros presagios.

Desgraciadamente en no pocas naciones hay torvos dictadores que niegan los más elementales derechos humanos. Quieren encerrar en moldes rígidos la acción intelectual del científico, del artista, del hombre de pensamiento en general; quieren que todos piensen lo que piensan ellos; quieren mutilar al hombre como a los árboles mutila la crueldad del jardinero, al deformarlos en figuras cónicas, cilíndricas o esféricas. Y contra eso precisa luchar con terquedad y sin desmayos todos los días del año, todos los años de la vida; porque para que una cultura florezca y dé sus mejores frutos, es menester que sus forjadores sean como el árbol copudo y frondoso, que dirige sus ramas a los cuatro puntos cardinales para que las agiten todos los vientos del espíritu.

Y si por defender la libertad del científico, la libertad del artista, la libertad y la paz de todos los hombres, se nos acusara mañana de heterodoxos y se quisiera obligarnos a renunciar a principios para nosotros esenciales y sagrados, entonces solamente nos quedaría un camino compatible con el decoro: imitar a Sócrates y beber la cicuta.

Jesús SILVA HERZOG.

Presencia del Pasado

LA PIRAMIDE DEL TAJIN

ESTUDIO ANALITICO

Por *José GARCIA PAYÓN*

Se tiene la noticia que el primer europeo que conoció la pirámide del Tajín fué el cabo de ronda de Papantla, ingeniero Diego Ruiz, que al estar cateando los montes de su jurisdicción para destruir las siembras fraudulentas de tabaco, al hallarla hizo una descripción y un dibujo que principiaron a publicarse en la "Gaceta de México" del 12 de julio de 1785, y puede decirse son las primeras noticias que se tienen de esta fabulosa ruina.

Quienes la dieron a conocer al mundo fueron el Barón de Humboldt, que reprodujo la descripción del Padre Márquez y el viajero Carl Nebel. Desde entonces ese monumento arqueológico ha sido uno de los más admirados y mayormente reproducidos en libros que tratan de la historia antigua de América, y a pesar que desde su descubrimiento hasta hace pocos años todavía el viaje para conocerlo era una verdadera hazaña; sabios y renombrados viajeros que visitaron México no dejaron de emprender el viaje a caballo desde Veracruz o Puebla para contemplarlo: Dupaix, Seler, Maler, Fewkes y otros muchos nos dejaron interesantes estudios, y "El Tajín" continuó envuelto en su atmósfera de leyenda y en su pretérito aislamiento hasta principios del siglo XX en que el actual director del Museo de Brooklyn, doctor Herbert Spinden, acompañado de su esposa, en dos distintas temporadas estudió y aún modeló relieves del llamado Juego de Pelota Sur, cuyas reproducciones son uno de los atractivos del citado Museo, y dieron a conocer al mundo unos bajorrelieves procedentes de la pirámide y de los juegos de pelota Norte y Sur, detalles de las fachadas de los edificios A y B del Tajín Chico y la presencia de fustes de columnas, publicando su estudio en el tomo XXXV de la revista "American Anthropology".

Aunque desde hace muchos años el Gobierno sostenía un guardián que cuidara de los monumentos, fué hasta el año de 1934 cuando las compañías petroleras extendieron sus actividades a la región de Papantla (pero especialmente en los terrenos de la Congregación del Tajín), que el Instituto Nacional de Antropología e Historia, entonces Dirección de Monumentos, decidió iniciar bajo la dirección del ingeniero Agustín García Vega los trabajos de exploración y conservación, y se llevó a cabo el primer desmonte general que dió por resultado demostrar que El Tajín, además de ser la zona arqueológica más importante del territorio del Estado de Veracruz, es uno de los centros culturales más sobresalientes del antiguo México, que, en su período de grandeza fué una ciudad que debió producir una profunda impresión por la extensión y belleza de sus monumentos.

Desconocemos su nombre original. Algunos investigadores suponen que fué la antigua Mictlan de las leyendas, que otros adjudican a Teayo; hay sospechas que el nombre de Tajín le fué adjudicado por los indígenas de la región por la frecuencia con que los rayos caían sobre la pirámide, pues su nominativo corresponde a trueno, rayo, centella... pero hay que anotar que las crónicas españolas, de ella nada nos dicen, y esto a pesar que Papantla está mencionada en el Códice Mendocino y en el Libro de Tributos y poseemos la Relación de Papantla de mediados del siglo XVI, por lo que puede afirmarse, como lo demuestran también los vestigios arqueológicos, que El Tajín se hallaba abandonado y envuelto en la soledad de la selva en la época de la Conquista.[1]

Tanto se ha publicado en libros, revistas y periódicos, que mencionar a todos los que han escrito sobre ella sería largo y prolijo, por lo que despojándome de toda influencia trataré de analizar la estructura en todos sus detalles, tal y como he podido estudiarla durante más de diez años en mis temporadas de trabajo, pues aunque en este lapso no dedicara mi tiempo ex profeso a ella, su constante presencia en mi retina y en mis conversaciones, mi entusiasmo para resolver sus complicados problemas de conservación, las excavaciones que en ella practiqué, todo ello a través del tiempo y del espacio, fué forjando en mi mente un cúmulo de ideas que paulatinamente fueron probadas *in situ*,

---

[1] García Payón, 1949.

y aún consultadas con los ancianos de la región; unas fueron retenidas, rectificadas otras, y desechada la mayoría; las conservadas fueron analizadas y vueltas a probar y de todas ellas surgió este acervo de datos que representa un estudio analítico de uno de los monumentos más notables de Indoamérica.

Con una base de 1,376 $m.^2$ es decir, 36 m. por lado, una altura de 18 m., sin incluir el basamento del recinto sagrado, con escalinata monumental al Este con peldaños y huellas de 20 x 34 a 22 x 32 cm., una orientación al Este con una desviación de 4° al Norte, toda revestida de bloques de piedra labrada, ostenta en las cuatro caras de sus seis cuerpos sucesivos que se aminoran en tamaño, series de nichos que dan al conjunto un aspecto extraño y agradable. Tanto se ha dicho sobre ellos, que quitaremos la escalinata que como una cortina cubre la parte central de su fachada, para que podamos contar su número con exactitud, comprobando la disminución rítmica de tres nichos por lado, de abajo hacia arriba en los diversos cuerpos.

Primer cuerpo	22	nichos	por	lado	....	total	88
Segundo cuerpo	19	„	„	„	....	„	76
Tercer cuerpo	16	„	„	„	....	„	64
Cuarto cuerpo	13	„	„	„	....	„	52
Quinto cuerpo	10	„	„	„	....	„	40
Sexto cuerpo	7	„	„	„	....	„	28
			Total	....			348

El séptimo, que muchos autores han confundido con un cuerpo, realmente corresponde al basamento o muro del recinto sagrado, porque si fuera lo contrario, siguiendo la misma disminución rítmica debería constar de cuatro nichos por lado en lugar de cinco que ostentan los lados Norte, Sur y Poniente, y no tuviera interiormente vestigios de un piso de mezcla al nivel del piso inferior de los nichos. Al Oriente, donde en el centro se hallan los vestigios de la puerta, en ambos lados queda un espacio correspondiente a dos nichos; pero hay que hacer la aclaración que sólo queda *in situ* el nicho de la esquina Noreste, dando por resultado para este muro 19 nichos, o sea un gran total de 367; así es que solamente admitiendo que el espacio ocupado entre las jambas y los nichos de las esquinas Noreste y

Sureste correspondieran a otro elemento arquitectónico cuyos vestigios han desaparecido, se obtendría un total de 365 nichos.

Durante las temporadas de 1945-1946 inicié la restauración de las alfardas, principiando por la banda exterior Sureste, reponiendo los elementos caídos y en cuanto a la banda interior del mismo lado que se hallaba desvencijada y amenazaba derrumbarse, después de haber numerado y desmontado sus elementos, fueron repuestos en su lugar original.

Consolidada la alfarda en esta forma, emprendí el estudio y posteriormente la restauración de su motivo decorativo interior. Como esta reconstrucción no ha dejado de producir comentarios, pues desde que se concluyó esta restauración el monumento perdió una de sus características de siglos, me extenderé a explicar el sistema adoptado para ello.

No creo equivocarme al asentar que entre las pocas personas que se han dedicado al estudio de los vestigios arquitectónicos de este monumento, se destacan, en primer término, el ingeniero topógrafo Agustín García Vega, quien en 1936 levantó un plano con intento de reconstrucción (véase plano 1) e inició los primeros trabajos de su restauración en los años de 1934 hasta 1938, y el que esto escribe que desde el año de 1939 se ha dedicado en cada temporada a la conservación, exploración y estudio de toda la zona.

Uno de los casos más extraordinarios por la confusión que produce al comparar los planos, es la maqueta de cedro que se hallaba en el Museo Nacional de México que ha sido reproducida en muchas publicaciones nacionales y extranjeras y fué obra de los oficiales de ingenieros capitán segundo P. Romero y teniente F. del Castillo que ejecutaron el trabajo bajo la dirección del señor don Francisco del Paso y Troncoso, director de la Comisión Científica Exploradora que visitó El Tajín en el año de 1891, cuando todavía no se removían los escombros que cubrían la mayor parte del primer cuerpo y por lo tanto las bases del arranque de las alfardas, pero colocaron en el centro de las mismas un adorno en forma de escalera.

El ingeniero García Vega al emprender la reconstrucción, como él mismo lo asienta al pie de su trabajo "según datos que en ella existen" obró en la única forma lógica, es decir, descubrió los vestigios y fijando sus bases en ella intentó la reconstrucción. Este es precisamente el camino que también he segui-

do, sólo que, en lugar de aceptar los datos suministrados por García Vega, nuevamente fuí en busca de los vestigios.

Según la fotografía 2 que corresponde a los vestigios originales del arranque de la alfarda Sureste, pueden verse algunos elementos *in situ* y otros desplazados. Comparando esta fotografía con un dibujo de la reconstrucción (figura I) nos facilitará la comprensión: vemos que la única piedra ajena es el elemento H del dibujo que no corresponde al de la fotografía;

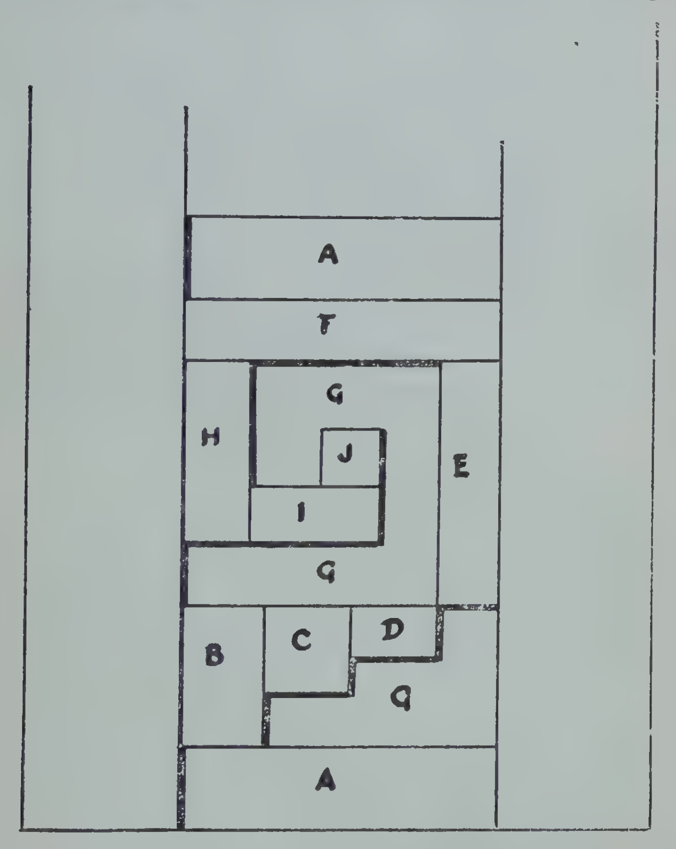


Fig. 1. Pirámide del Tajín.

se trata de una piedra colocada allí para detener el elemento F, y esto queda comprobado por las piedras G que forman el fondo del motivo ornamental que continúan debajo de la piedra H, delineando el espacio que debe tener el citado elemento.

La piedra I en la fotografía se encuentra fuera de su sitio movida hacia la derecha y en cuanto al elemento J que forma la punta del gancho y no está en su lugar en la fotografía, se halla *in situ* en la alfarda Noreste. Pero aun considerando que ésta faltara, es lógico suponer su existencia por ser uno de los elementos básicos de este motivo, cuya presencia se halla en muchos edificios de la zona, especialmente en el "A" cuyas alfardas son una réplica de las de la pirámide.

Según el plano de García Vega que sirvió de base al artista señor Román Solano Aguirre, del Instituto Nacional de Antropología e Historia, para construir la maqueta que hoy se encuentra en el Museo de Historia Natural de la ciudad de Nueva York, en las alfardas se hallan catorce grecas o xicalicoliuhqui de 1.11 m. cada uno en una longitud de 15.60 m. más otro en el falso nicho que sirve de remate a las alfardas.

Según mis investigaciones de los mismos vestigios, puede verse por la fotografía 2 y la figura I que García Vega colocó tres escalones en lugar de cuatro y además no tomó en cuenta la losa horizontal A, semihundida, que sirve de elemento de separación entre cada gancho, lo que da por resultado que el espacio ocupado por cada xicalicoliuhqui, tenga un promedio de 1.395 m., a consecuencia de lo cual deberían hallarse once xicalicoliuhqui en cada alfarda.[2]

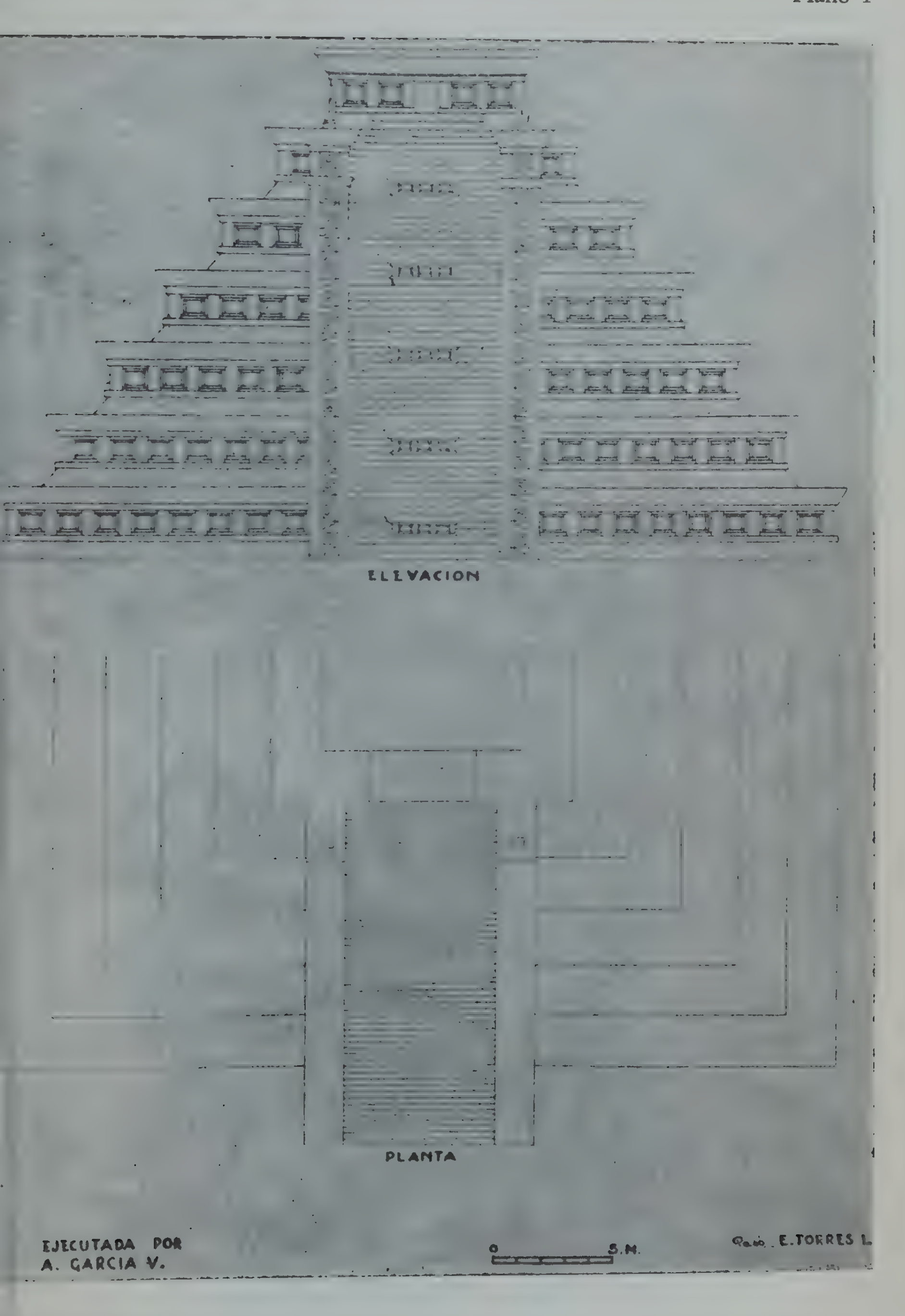
Resuelta la reconstrucción exacta de las alfardas con sus once grecas en ambos lados a las que hay que agregar las xicalicoliuhqui que se hallan en los falsos nichos que coronan las cabezas de las mismas, salta a la vista que es probable que el número total de xicalicoliuhqui que en ambos lados adornaban la escalera para ascender al recinto sagrado, deberían ser trece como lo vemos por ejemplo en los edificios números 2 y 5.

Regresando al muro Oriente del recinto sagrado reconstruído por el topógrafo García Vega, con sus dos nichos en ambos lados de la puerta (plano 1), mis observaciones personales son que en la fachada Oriente no hubo más que dos nichos; uno en cada esquina y el espacio entre las jambas y éstos, se hallaba ocupado por una pequeña plataforma cubierta, con aberturas al Oriente y en el pasillo de entrada al recinto sagrado, formando así una modalidad arquitectónica similar a la del edificio A; y al fondo de la pequeña plataforma con vista al

---

[2] García Payón, 1945-1946.

Plano I



PLANO 2

PIRAMIDE DEL TAJIN SEGUN INTENTO
DE RECONSTRUCCION DE LA FACHADA

Foto 1.—La Pirámide del Tajín. Estado actual.



Foto 2.—Vestigios originales del arranque de la alfarda sureste.



Foto 3.—Jamba del santuario, con fragmentos de faja celeste.



Foto 4.—Jamba del santuario.



Foto 5.—Esquinero de faja celeste.



Foto 6.—Fragmentos de un tablero.



Foto 7.—Fragmento procedente de la Pirámide.

Foto 9.—Fragmento de tablero.



Foto 10.—Fragmento de tablero.



Foto 11.—Fragmentos de faja terrestre y celeste.



Foto 12.—Palma con representación de un jaguar con dos jeroglíficos Mayoide.

Oriente, se destacaba la xicalicoliuhqui obteniéndose en esta forma las trece grecas laterales y los trescientos sesenta y cinco nichos tal como lo presento en los planos 2 y 3. Estos datos se hallan corroborados primero por el vestigio de un pequeño reborde en el lado Norte del pasillo de entrada al recinto sagrado que demuestra que no hubo muro; segundo, por la similitud del motivo arquitectónico con los del edificio A, y tercero por el número de grecas que deberían ser trece por lado.

Sistema constructivo

DURANTE la temporada de 1939-40 efectué en el lado Poniente de la pirámide un túnel de exploración para cerciorarme si existía una subestructura, recoger cerámica y averiguar su sistema constructivo.

Para esta exploración iniciamos el túnel pasando debajo del primer cuerpo, habiendo asegurado con ademes las grandes losas que forman el asiento de los nichos y excavado una suave pendiente penetramos debajo de la estructura rompiendo la base de piedra y cemento indígena que forma el basamento exterior de la pirámide, que descansa sobre un piso geológico de barro amarillo compacto e impermeable.

Penetrando debajo del primer cuerpo volvimos a ascender, colocando el pasaje al nivel del piso exterior. El relleno consiste de grandes piedras de río de cantos rodados sin ningún amarre. A poca distancia de la boca del túnel nos encontramos con un muro de laja descanteada con revestimiento de estuco, en ligero talud que corroboramos correspondía al talud inferior del segundo cuerpo y fondo de los nichos del primer cuerpo. Más adelante encontramos otro muro semejante al anterior que correspondía al talud inferior del tercer cuerpo y fondo de los nichos del segundo cuerpo. Desde allí fué con grandes dificultades que se pudo alcanzar la longitud de cinco metros en que fuimos detenidos nuevamente por otra pared similar recubierta de estuco que consideré como una probable subestructura o bien, y eso es lo más probable, corresponda al talud inferior del cuarto cuerpo y fondo del nicho del tercer cuerpo.[3] Como no se pudo proseguir la excavación horizontal no estoy en condiciones de conocer si este sistema continúa hasta alcanzar el muro del

[3] GARCÍA PAYÓN, 1939-1940.

PLANO 3

VISTA PARCIAL DEL SANTUARIO
DEMOSTRANDO LA CONFIGURACION DE LOS FALSOS NICHOS,
Y EL DESARROLLO DE LA FACHADA

ARQUEOLOGO
JOSE GARCIA PAYON

Dibujo ERNESTO TORRES L.

sexto cuerpo. De todos modos haremos constar que esta modalidad no ha sido hallada en otro monumento en Mesoamérica.

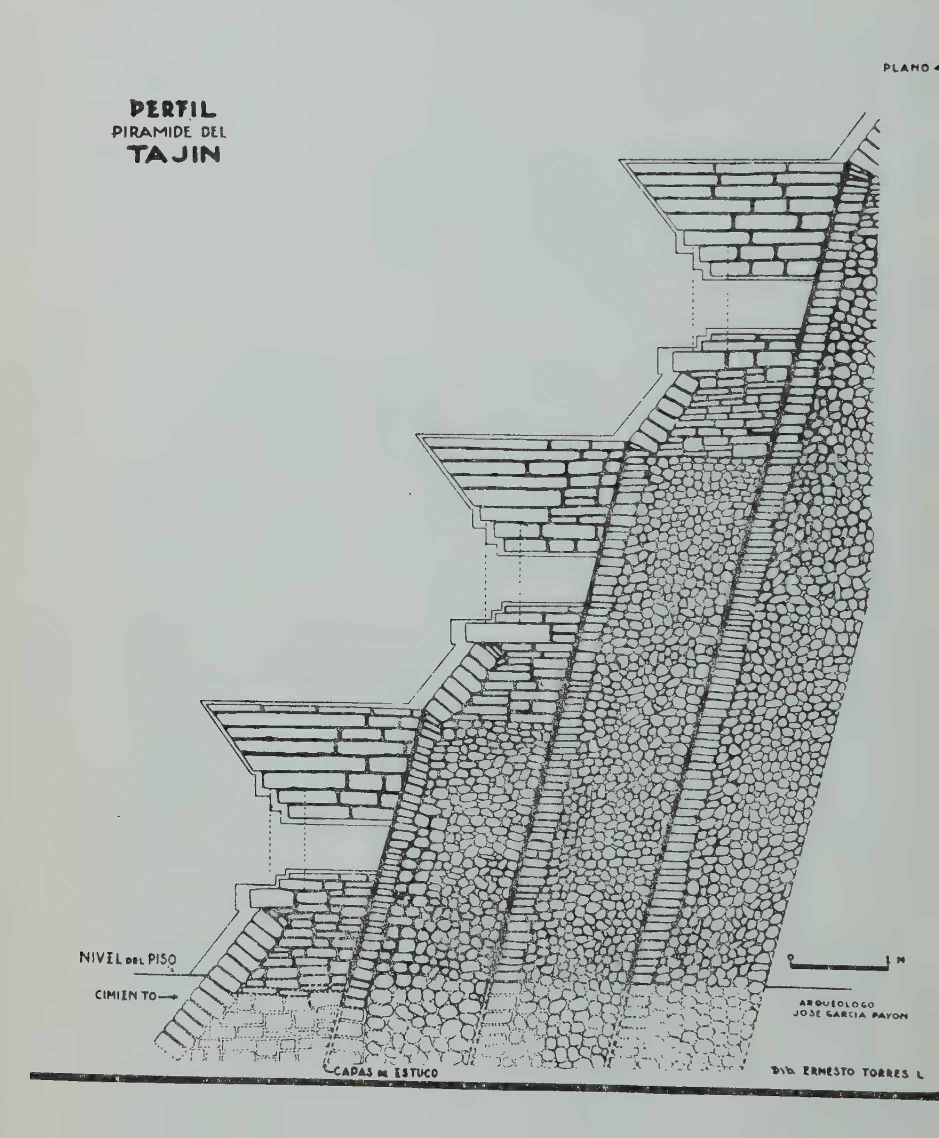
Este sistema constructivo hace pensar que se hizo en esta forma para distribuir el peso del núcleo y evitar la fuerte presión interior sobre la última pared de contención exterior, pero no aclara el por qué cada uno de los citados muros esté recubierto con una delgada capa de estuco.

Estos resultados demuestran que el sistema constructivo puede dividirse en dos partes: el primero correspondiente a los muros de contención de la pirámide propiamente dicha y el segundo a los nichos que entonces simplemente representan un agregado, es decir, una superestructura como lo presentamos en el plano 4.

El sistema usual de construcciones de los muros de contención de la pirámide, se hallan formados de piedras de lajas descanteadas en la parte delantera, amarradas con mezcla y con unas cuantas hileras de piedras de canto de río en la parte trasera también amarradas, y el resto del núcleo es de cantos de río sin ningún amarre. Esta construcción además de estar desalineada, posiblemente por la presión interior del núcleo, su sistema de colocación de las lajas no sigue un verdadero sistema de cuatrapeamiento.

A propósito de los nichos se han asentado teorías, como por ejemplo que "cada pilar está constituído de siete piedras"; que "en cada nicho se hallaba un ídolo"; o "una tumba y el total formaba una necrópolis"; todas ellas, suposiciones que no están comprobadas por las descripciones, dibujos (el primero de 1785) o fotografías de los viajeros que en diversas épocas visitaron el monumento, y lo que es más, por los vestigios *in situ* y la modalidad arquitectónica regional.

Como puede verse por los planos 4 y 5 que son una fiel reproducción del sistema constructivo de los nichos, los pilares tienen una anchura de 350 a 380 mm., se hallan constituídos con piedras de un grosor que varía de 70 a 240 mm., y el número de éstas varía de un mínimo de cinco a un máximo de nueve, siendo más comunes los pilares con siete piedras; la construcción del nicho está hecha con bloques de basalto arenisco y la cubierta con grandes lajas del mismo material de superficie plana, las más gruesas cortadas rectangularmente y según su posición, por ejemplo, en las cornisas voladas, recibieron un corte exterior sesgado para darles la forma original de


PLANO 4
PERFIL
PIRAMIDE DEL
TAJIN
NIVEL DEL PISO
CIMIENTO
CAPAS DE ESTUCO
ARQUEOLOGO
JOSE GARCIA PAYON
Dib. ERNESTO TORRES L.

un ángulo agudo, y para asegurar una mayor estabilidad a la cubierta de los nichos, a veces, removieron unas piedras del muro de contención de la subestructura, y en él embutieron unas lajas, obteniendo en esta forma un amarre de ambas estructuras.

El tamaño de la abertura de los nichos varía de 55 x 52 cm. hasta de 70 x 61 cm., en los más grandes y su profundidad al nivel de su base varía de 78 a 93 cm. y en la sección superior de 87 cm. a 1.09 m.

Los taludes se hallan formados desde su desplante que arranca a los 90 cm. del nivel del suelo, por seis hileras de piedras labradas en forma de sillar, irregularmente colocados, por no corresponder la unión de cada piedra con el centro de las superiores o inferiores, y las piedras se colocaron inclinadas para formar una superficie lisa, que de otra manera hubiera quedado escalonada. En general este sistema impera en toda la construcción y las piedras son bloques cuyo único lado sin labrar es el que queda embutido en el muro.

La cornisa volada aunque en lo general se halla formada de cinco hileras de grandes lajas que disminuyen en grosor de abajo hacia arriba, hay algunas que tienen hasta siete; encima de ella corre el piso de los cuerpos de la pirámide, cuya anchura varía de 2.10 a 2.33 m. El gran defecto de estas cornisas es que por no haber sido convenientemente amarradas y equilibradas, y no tener un contrapeso suficiente para sostener la cornisa que sobresale de 370 a 390 mm., se derrumban con facilidad.

Las alfardas de una anchura de 1.60 m. llevan de adorno en su centro una serie de grecas o xicalicoliuhqui de 1.47 m. de largo por 80 cm. de ancho, todas ellas de piedras labradas, formando un mosaico y están flanqueadas por una banda lisa de 40 cm. de piedra labrada y en su cúspide, como remate, llevan un falso nicho con otra xicalicoliuhqui, formando el conjunto una portada similar a la del edificio A.

Todo el monumento se hallaba revestido de una gruesa capa de estuco que varía según el lugar de la construcción, entre 50 mm., que es el grosor en las cornisas voladas a 145 mm. que corresponde a la cornisa debajo del nicho. La cal era obtenida de concha y caracol marinos que mezclaban con arena. La superficie del estuco recibía un terso acabado, para lo cual mezclaban la cal con polvo de piedra pómez, y después de pintarlas las bruñían con algún producto.

PLANO 5

SISTEMA DE CONSTRUCCION DE LA PIRAMIDE

Dib. E. Torres L.

Esc. 0 .50 1 M.

ARQUEOLOGO
JOSE GARCIA PAYON

Puerta.—De la clase de dintel que pudieran haber usado a la entrada del santuario, no disponemos de datos, pero especulando sobre la materia y debido a la abundancia de material lítico en forma de largos bloques, es de suponer que fuera de piedra, y en cuanto a las jambas de la entrada interior del santuario es de presumir que usaron los pilares de las fotos 3 y 4.

Techo.—Aunque no disponemos de datos sobre la clase de techo que pudo haber tenido el santuario, es de presumir que como en las demás estructuras, lo tuviera plano. Para dar una idea del mismo, a continuación copiaré lo que sobre esta materia digo en mi estudio de su complejo arqueológico:

"En la zona hemos hallado numerosos vestigios de techos planos hechos con morteros pero sin vigas que en los amplios aposentos se apoyaban sobre pilares (edificio B), columnas (edificio de las columnas), o muros interiores (edificio B, segundo piso). Durante la exploración del aposento A del edificio de las columnas, fueron hallados en medio de escombros, en sentido Oriente-Poniente, varios vestigios y huellas de madera quemada y podrida, que bien pudieron provenir de vigas, por lo que puede suponerse que el techo hubiera sido sostenido por ellas. Pero este es el único caso, porque en las demás exploraciones y aun en el edificio B donde se hallan *in situ* los arranques del techo, o en los grandes bloques y demás vestigios de ellos (tenemos masas de tres metros de diámetro) no se han encontrado; por lo tanto consideraremos el tipo sin viga que debe ser el que cubría el aposento del recinto sagrado.

"Este sistema que no ha sido encontrado en otra región de Mesoamérica, representa con los nichos una de las más interesantes peculiaridades de la arquitectura del Tajín. Es de suponer que para su construcción, como lo hacemos actualmente para colocar un techo de concreto, se construía un andamiaje de madera, o bien, y éste es el más factible por ser una modalidad actual indígena de la región, se rellenaba el cuarto de tierra y piedra (como hoy construyen un horno), y sobre él se colaba el techo y una vez seco se extraía el relleno.

"Estos presentan las siguientes características: la primera capa se halla formada por un cascajal de piedra pómez bien alineada en una o dos hileras, a veces mezclado con tepalcates, o simplemente tepalcates, o bien de delgadas lajas, que posteriormente se cubría por una capa de mortero que varía de 90 a 180 mm. de grueso. Sobre esta capa que a veces fué picada con

pequeños agujeros para facilitar la adherencia de la capa superior, se vació otra de mortero con o sin piedra pómez o tepalcates con un grosor que varía de 90 a 270 mm., y así sucesivamente proseguían hasta concluir el techo, que al terminar había recibido de cuatro a seis capas. Los restos de techos colados hallados, varían de un grosor de 332 mm. (paredones) a 893 mm. en el segundo piso del edificio B, siendo su promedio de grosor alrededor de 654 mm.

"Removido el relleno del cuarto, se llenaban con mezcla los intersticios entre las piedras pómez, lajas o tepalcates, se alisaba y se terminaba con una delgada capa de 8 mm. de grueso de un mortero finísimo de cal y polvo de piedra pómez que posteriormente era bruñida".

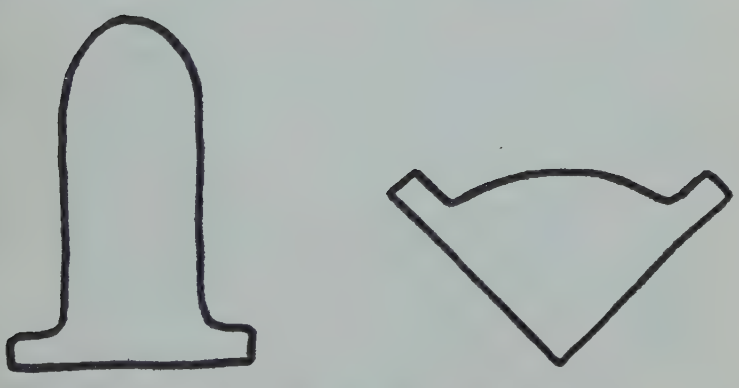
Origen del material de construcción.—Después de intensas investigaciones para encontrar el sitio de dónde los constructores del Tajín hubieran podido extraer el material lítico para la construcción de los nichos y otros monumentos, he llegado a la conclusión que posiblemente fué de un paraje a la orilla del río Cazones cerca del actual poblado de María Andrea (actualmente sobre la carretera México-Tuxpan) que dista unos 35 a 40 kilómetros del Tajín. En ese lugar existen depósitos naturales colocados en planos fracturados en ángulos rectos que facilitaron grandemente el corte, y como en esta clase de formación la roca se encuentra en diversos grosores, esto facilitó el trabajo y sólo hubo necesidad de labrarlas lateralmente. De ahí es de suponerse que las piedras eran bajadas en balsas, llevadas por la corriente hasta un punto cercano de la actual Poza Rica y de allí arrastradas al Tajín. Otro depósito se halla en la región de San Pedro Mirador, al oriente de Zacapoaxtla, de donde posiblemente procede el material de construcción de la pirámide de Yohualichan, pero la distancia y lo accidentado del terreno nos obliga a desecharla.

Otro depósito se encuentra a orillas del río María Andrea, cerca de Tlapacoyan, de donde pudieran haber bajado las piedras por el río Nautla hasta la costa y de allí por el mar hasta la desembocadura del río Tecolutla para remontarlas hasta unos veinte kilómetros del Tajín. Como todos estos depósitos son de material lítico similar, los menciono, considerando personalmente que el depósito de la margen del río Cazones, por su ubicación y las grandes extracciones que se notan, sea el centro de donde se proveyeron.

Ensayo de reconstrucción del Santuario.—Las primeras luces sobre el origen de estas piedras con relieves, cuyo resultado ha sido este ensayo de reconstrucción, me fueron proporcionadas por distintos ancianos de la región, que me refirieron que todavía en el año de 1910 se hallaba encima de la esquina del muro Noroeste (que se ha tomado como el séptimo cuerpo), el esquinero labrado representando la faja terrestre que actualmente se encuentra tirado en el piso del quinto cuerpo (foto 5). Con estos datos principié a estudiar, medir y fotografiar todas las piezas halladas alrededor de la pirámide y poco a poco en varias temporadas fuí formando la reconstrucción que aquí presento.

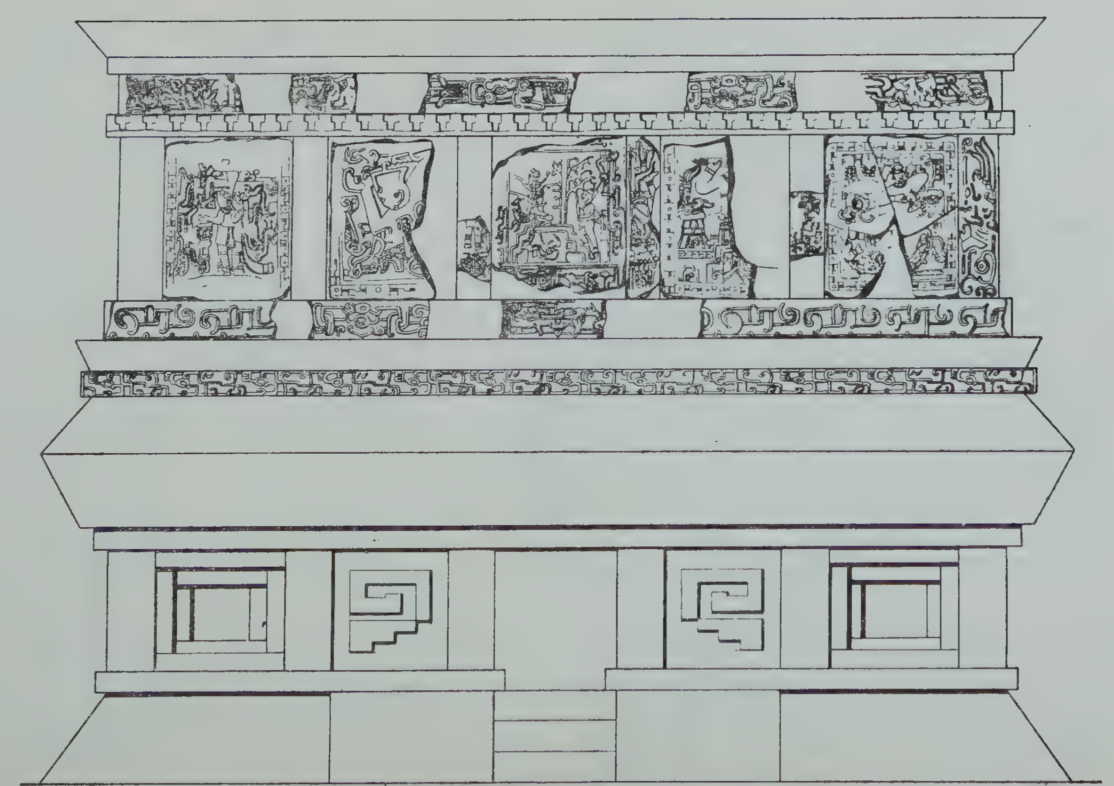
A pesar de lo prolijo de la investigación, cabe suponer que sea susceptible de error la colocación de las piedras, pues es imposible saber si el tablero X o el pilar H se hallaban donde los he colocado o si el pilar de la esquina Noreste, por ejemplo, no corresponda a otra esquina, pero en una cosa sí estamos seguros, es que los elementos que repongo corresponden en la construcción a un sitio igual al que los coloco, éste será al Oriente, al Sur o al Poniente, pero al final ocupará un lugar similar al que le he dado en la reconstrucción, porque el corte de las

FIGURA II



piedras, sus muescas o marcos para encerrar los tableros para evitar su desprendimiento (fig. II) evidencian su posición con respecto a los pilares; y las semejanzas arquitectónicas del conjunto con el núcleo central del edificio A, confirman la veracidad del intento que ofrezco en el plano 6. La superestructura del

PLANO 6.



ENSAYO DE RECONSTRUCCION DEL SANTUARIO DE LA PIRAMIDE

santuario estaba formada por veinte tableros de los cuales disponemos por lo menos de dieciocho de ellos aunque fragmentados, debiendo quedar todavía elementos en los escombros de los lados Norte y Sur. Cada tablero se hallaba dividido por un pilar y el conjunto estaba encerrado entre cornisas y frisos representando el Cielo y la Tierra. De estos contamos con un centenar de trozos (fotos 6 a 11).

Posición cronológica

AUNQUE a primera vista es difícil llegar a establecer de manera aproximada la época de construcción de una estructura, existen, sin embargo, circunstancias dentro de los diversos análisis en que se van clasificando las características unitarias de cada monumento, sea debido al material empleado, sistema de construcción, motivos arquitectónicos, tipos de núcleo, ubicación, etc., o el hallazgo de cerámica en su alrededor o en el núcleo, que permiten establecer relaciones con otros centros arqueológicos conocidos y determinar su contemporaneidad. Por esto, basándome en tepalcates hallados en los mamposteados y los distintos elementos arquitectónicos de que nos han provisto los monumentos, considero que hemos obtenido suficientes datos para poder colocar la pirámide de los nichos dentro de la secuencia cronológica de los monumentos del antiguo México.

Sus afinidades con las grandes culturas de Mesoamérica, están en primer término innegablemente ligadas a la Teotihuacana, con la que forma un sincronismo; después notamos detalles que corresponden a la cultura Mayance del período Puuc y una influencia Tolteca. Sintetizando estos conceptos, puede decirse sin hipérbole que El Tajín pertenece a la cultura clásica y que su formación demuestra siglos de evolución y desarrollo.

Influencia teotihuacana.—Si afirmo que sus afinidades son primordialmente teotihuacanas es que, como se verá en el estudio de su complejo arqueológico, sus restos de cerámica y ciertos elementos básicos de su arquitectura corresponden a esta cultura. Por otro lado su arte tiene una característica sui géneris tan marcadamente definida que podemos, al hablar de sus modalidades, servirnos del término tajinoide. Sin embargo dentro de su análisis arquitectónico no podemos dejar de reconocer que los nichos, a pesar de su estricto carácter regional, por hallarse

apoyado sobre un talud con cornisa y sobremontado con otra, representan un desarrollo muy estilizado de un arquetipo arquitectónico teotihuacano.

Influencia Mayance.—La influencia Mayance se nota en varios aspectos: por la presencia en el edificio A de un pasadizo angosto con un techo construído de piedras-lajas saledizas que determinan una bóveda de doble paramento inclinado, cerrado en la parte superior por una laja cuyo estilo recuerda el tipo Maya de Labná del período Puuc.[4] El hallazgo de una palma con representación de jaguar que en uno de sus lados ostenta dos jeroglíficos no identificados, similares a los que se hallan al lado derecho debajo de la Cruz de Palenque (foto 12).[5] El hallazgo de un bajorrelieve y de un trozo de cerámica con unas representaciones que se asemejan al pájaro Moan y a la cara del dios A (fotos 13 y 14).

Acerca de los nichos fué Spinden[6] quien sugirió un posible desarrollo paralelo de una fuente común en el medio período maya, al compararlos con las pequeñas casas en forma de nichos de las zonas arqueológicas de Uxmal, Chacmultún, Chacbolay y Labná que, en la época en que escribí mi primer trabajo sobre El Tajín, sostuve me era muy difícil admitir.[7] Sin embargo, después de haber pasado una temporada en la región maya y de los extensivos estudios realizados en El Tajín acepto su teoría, y todavía más porque cuando el mismo Spinden reconoce que en el edificio civil marcado con la letra "B" los motivos de adorno de estuco se hallan arreglados en forma similar a los de Sayil; que en la pirámide del Tajín hallamos en su escalinata cinco aditamentos cuya colocación es semejante a las escaleras de algunos edificios del período Puuc; que en El Tajín se emplean las fajas celeste y terrestre; que las plantas de los edificios A, B, G y F sus contrapartes se hallan más bien en la región Sur y Proskouriakoff reconoce que las características de la estela (?) encontrada en los escombros de la pirámide (foto 15), presenta una notable inspiración del Tardío Período Clásico,[8] obligados estamos a admitir cierta influencia maya en El Tajín.

---

[4] LEDYARD SMITH, 1940. GARCÍA PAYÓN, 1949.
[5] GARCÍA PAYÓN, 1950.
[6] SPINDEN, E., 1933.
[7] GARCÍA PAYÓN, 1943.
[8] PROSKOURIAKOFF, 1950.

Influencia Tolteca.—A pesar que los Spinden fueron los primeros en mencionar una similitud entre ciertas representaciones pictóricas del Tajín, como por ejemplo los monstruos de las fajas celestes del Juego de Pelota Norte y el Tezcacuitlapilli de flechas entretejidas, con motivos semejantes en el templo de los Tigres de Chichén-Itzá,[9] esta conexión nunca ha sido sujeta a un análisis ni tampoco discutida, pero esta analogía que tiende a demostrar una íntima unión entre ambas culturas comparándolas con el total de las producciones pictóricas de ambas ciudades resultan intrascendentes, pues a mi modo de ver comprueban que este contacto fué indirecto, habiendo recibido ambos influencia de un centro común, pues las divergencias entre ellas son en este concepto tan grandes, que no puede pensarse de otra manera. Pero es posible que sobre las bases de similitudes pueda encontrarse cronológicamente cierta contemporaneidad, como sucede con los rasgos teotihuacanoides y mayances, pues por ejemplo además de los rasgos mencionados por Spinden, en ambas ciudades anotamos el empleo de columnas, tigres caminando (se halló un solo ejemplar en el marco de una estela);[10] escenas naturales de la vida y en el Castillo de Chichén hallamos trescientos sesenta y cinco tableros, número igual al de los nichos de la pirámide; pero en el terreno de las divergencias éstos se amplían: en primer término anotaremos que la rama Tolteca de Chichén (Mayapán, etc., no tiene yugos ni hachas votivas; que en El Tajín fajas celestes y terrestres, entre las que se mueven personajes con largos mantos, que no hay en Chichén; en El Tajín no tenemos las alfardas con cabezas de serpiente, ni tampoco el tlecuilli, el átlatl, el chimalli, el arco, el símbolo del año, el disco solar, el bezote, todos ellos muy comunes en Chichén. Si a esto agregamos la presencia de jeroglíficos nahuas; la numeración a base de barras y puntos; la presencia del maguey, que es una planta de la Mesa Central; la del coyote; de la deidad de la lluvia Tláloc y anotamos la ausencia de representaciones de Ehécatl, su posible contemporaneidad con la subestructura 13-14 del grupo A de Cholula, que ostenta taludes rematados por una cornisa y decorado con rectángulos pintados de negro que le dan gran semejanza a los del Tajín,[11] todo esto demuestra que a pesar de su sincronismo

---

9 E. Spinden, 1943. Figs. 2 y 5.

10 García Payón, 1950.

11 Marquina, 1939.

con la civilización teotihuacana, sus rasgos mayances y toltecoides, nos encontramos con una cultura sui géneris que en su larga evolución recibió distintas influencias que afectaron su naturaleza sensitiva, afeminada y sedentaria.

Aunque todas estas correlaciones nos hacen entrever las distintas influencias que con su propia naturaleza dieron carácter a esta civilización, éstas no nos resuelven de una manera categórica la posición cronológica del principio de construcción de dicho monumento, porque aun admitiendo para la época de construcción de los nichos al mediado del siglo VIII, es decir en pleno período Teotihuacano III, nos queda todavía resolver la época de construcción de la subestructura, materia que trataremos ampliamente en mi estudio "El Complejo Arqueológico del Tajín", al comparar los distintos períodos constructivos con referencia a su cerámica.

Un detalle importante, por la luz que aporta en la correlación religiosa entre dos centros arqueológicos de la mayor importancia como son El Tajín y Zempoala, es la presencia del coyote, que simbólicamente recibe también el nombre de Xólotl, que en la pirámide se halla representado de diversas maneras y actitudes en las fajas celestes y también por personajes con máscaras como por ejemplo en el tablero Noroeste del Juego de Pelota Sur y en un fuste de columna. Sin entrar en disquisiciones sólo mencionaré el hecho que su presencia en ambas zonas y en un sitio tan marcadamente expuesto como es en las fachadas de los edificios, lo hemos encontrado también en Zempoala en el altar B al Suroeste del Templo Mayor[12] y en el Edificio del Divino Gemelo.[13]

Ornamentación de la pirámide.—Como los comentarios que pudieran hacerse acerca de los diversos motivos simbólicos de carácter religioso representado en los tableros, pilares y cornisas que rodeaban el santuario, darían margen a un amplio estudio sobre la mitología, religión, etc., de este pueblo, me referiré exclusivamente a dos de sus características: el uso de la xicalicoliuhqui y el simbolismo de los nichos, dejando el resto para un estudio en preparación.

En ningún centro arqueológico de Mesoamérica adquiere la greca escalonada o la xicalicoliuhqui (en idioma mexica-

---

[12] García Payón, 1949.
[13] García Payón, 1949-A.

no) la importancia que tiene en El Tajín, pues representa con los nichos, de los que a veces forma parte integral como en el edificio B, uno de los principales motivos arquitectónicos.

Se encuentra representado en todos los Códices pictóricos, razón por la que es de suponer que en la época de la Conquista su empleo como ornamento era casi general. En el período Preclásico, aunque imperfecto, se ha encontrado en Zacatenco y Ticomán,[14] en Monte Albán desde la Segunda Epoca;[15] en el Clásico en Teotihuacán en pinturas murales y en vasijas y en la zona Maya, en Copán, en Yaxchilán, en cuyo dintel 26 del Templo 23 acompaña la fecha 9. 14. 15. 0. 0. correspondiente al año 726 d. C.;[16] en Dsibiltun, Sayil y Uxmal. No es frecuente entre los tarascos, es más abundante en Mitla y en el Noroeste, en Jalisco y Sinaloa y en el Norte en Casas Grandes y Nuevo México, abunda en ciertas cerámicas del Tajín y en los tipos Paxil e Isla de Sacrificios B y en el complejo Mixteco-Puebla, pero nunca su preponderancia en la arquitectura alcanza el grado de intensidad como lo vemos en El Tajín.

Las ideas que acerca de su significado han sido publicadas son tan numerosas y discordantes, que como nos dice Beyer, una enumeración de todas las teorías sólo tendría un valor bibliográfico.[17] En síntesis, el nombre nahua "voluta de jícara" —"calabaza torcida o doble"; "greca de jícara o vaso"— nada nos revela sobre su esencia. Tengo la opinión que para la mayoría de los pueblos de México, fué simplemente un ornamento técnico que agradó al sentimiento estético, pero que en la civilización que nos ocupa fué un elemento que, unido al nicho, simbólicamente estaba relacionado con la luz, el sol y la vida; el nicho que representaba el día y la noche; la luz (el sol) y la obscuridad (Mictlan) en otros términos arriba y abajo, cielo y tierra, que demuestran que en El Tajín existía un culto muy desarrollado al Cielo y a la Tierra.[18]

---

[14] Vaillant, 1930. Plates V. E. M. y IX. K. Idem. 1931. Plate lxxxi. A. D. I. etc.

[15] Caso, 1947.

[16] Morley, 1937-1938.

[17] Beyer, 1924.

[18] Este concepto y el hecho que en una de las estelas se haya encontrado el jeroglífico de la muerte (véase mi trabajo "Arqueología del Tajín", Uni-Ver., t. I, núm. 5. Jalapa, 1949), representan uno de los fundamentos para suponer que el antiguo nombre del Tajín, sea el

En síntesis la arquitectura del Tajín es un arte extraño y fascinante, cuyas características tienden a hacer entrever mayores afinidades con el Sur que con la Mesa Central de México; es un arte cuya modalidad rectilínea en los edificios, el horizontal de las techumbres, el plano de las paredes con sus adornos de nicho y cornisas voladas, modifican el cuerpo estructural introduciendo rasgos arquitectónicos que dan la sensación del claroscuro, y en lo plástico supieron expresar la exuberancia del trópico y de su temperamento por delicadas franjas celestes y terrestres que expresan por medio de líneas ondulantes toda su sensualidad.

BIBLIOGRAFIA

BEYER, H. 1924. *El Origen, Desarrollo y Significado de la Greca Escalonada.* El México Antiguo, t. II, núms. 3 y 4. México, 1924.

CASO, A. 1947. *Calendario y Escrituras de las Antiguas Culturas de Monte Albán.* México, 1947.

GARCÍA PAYÓN, J. 1939-1940. *Exploraciones en la Zona Arqueológica del Tajín, del Municipio de Papantla, Ver., durante las temporadas de 1939 y 1940.* Archivo Técnico del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

GARCÍA PAYÓN, J. 1943. *Interpretación Cultural de la Zona Arqueológica del Tajín seguida de un Ensayo de una Bibliografía Antropológica del Totonacapan y Región Sur de Veracruz.* Universidad Autónoma de México. México, 1943.

GARCÍA PAYÓN, J. 1945-1946. *Informe de los Trabajos de Exploración y Restauración llevados a cabo en la Zona Arqueológica del Tajín, Ver., durante la temporada de 1945-1946.* Archivo Técnico del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

GARCÍA PAYÓN, J. 1949. *La Ciudad Arqueológica del Tajín.* Veracruz, núm. 9, pp. 28-41. México, 1949.

GARCÍA PAYÓN, J. 1949. *Arqueología de Zempoala IV.* Uni-Ver., t. I, núm. 12. Jalapa, 1949.

GARCÍA PAYÓN, J. 1949. *Zempoala. Compendio de su Estudio Arqueológico.* Uni-Ver., t. I, núm. 8, Jalapa, 1949.

---

de Mictlan de las leyendas. En la hechura de los planos intervino el dibujante señor Ernesto Torres Landa, a quien doy las gracias por su eficaz colaboración.

Foto 13.—Fragmentos de vasija, con representación del pájaro Moan. (?)



Foto 14.—Fragmento de friso con representación del dios A. (?)



Foto 15.—Bajorrelieve hallado en los escombros de la Pirámide.

García Payón, J. 1949. *Un Palacio Totonaco.* Uni-Ver., t. I, núm. 11, pp. 581-595. Jalapa, 1949.

García Payón, J. 1950. *Palmas y Hachas Votivas. (Datos Complementarios).* Uni-Ver., t. II, núm. 14, pp. 63-66. Jalapa, 1950.

Ledyard Smith, A. 1940. *The Corbeled Arch in the New World.* The Maya and their Neighbors, pp. 202-221. New York, 1940.

Marquina, I. 1937-1947. *Exploraciones en la Pirámide de Cholula, Pue.* Vigésimo-séptimo Congreso Internacional de Americanistas, t. II, México, 1939-1947.

Morley, S. 1937-1938. *The Inscriptions of Peten,* t. V, IV, p. 421. Washington, 1937-1938.

Proskouriakoff, T. 1950. *A Study of Maya Sculptures.* Carnegie Institution of Washington, publication 593. Washington, 1950.

Spinden, E. 1933. *The Place of Tajin in Totonac Archaeology.* American Anthropology, vol. 35, núm. 2. Menasha, 1933.

Vaillant, G. 1930. *Excavations at Zacatenco.* Anthropological Papers of the American Museum of Natural History. New York, 1930.

Vaillant, G. 1931. *Excavations at Ticoman.* Anthropological Papers of the American Museum of Natural History. New York, 1931.

LA CAIDA DE UN IMPERIO

Por *Laurette SÉJOURNÉ*

"... MI oficio es la guerra... Tengo que aguardar y juntar todas suertes de naciones, y esto no graciosamente". Esas palabras, que Huitzilopochtli dirigió a unos pocos hombres desnudos y desarmados que salían de las "Siete Cuevas" y se disponían a la conquista del mundo, señalan la iniciación de una de las más dramáticas aventuras humanas que se hayan emprendido nunca. Compenetrados con el sentido de la misión que han de cumplir, los aztecas avanzarán por el camino que les señale su jefe, sin vacilar ni retrasarse jamás, como sonámbulos, y ni por un momento parecen olvidar la terrible profecía: "De cuatro partes cuadrantes del mundo habéis de conquistar, ganar y avasallar para vosotros... Os ha de costar sudor, trabajo y sangre".

El camino que les conduzca al poder será casi rectilíneo. En 1502, el año en que Moctezuma II asciende al trono, el imperio del pueblo elegido —antiguo sueño de algunos visionarios— es ya una realidad, y Tenochtitlan, fundada en 1325, ha alcanzado el esplendor que habrá de deslumbrar a los españoles.

Era entonces una ciudad de unos 300,000 habitantes, edificada sobre la laguna misma y unida a tierra por tres carreteras magníficamente trazadas. Gran número de puentes prolongaban esas calzadas hasta el centro. Amplios patios o plazas, pavimentados de losas blancas que se mantenían extremadamente limpias, llevaban, en fin, al Gran Templo. Bernal Díaz contará cómo los soldados españoles que habían viajado por el Viejo Mundo, y conocían Roma, y toda Italia, confesaban no haber visto ciudad tan amplia y bien concebida; su organización y belleza son tan perfectas que Cortés no se decidirá sin titubeos a describirla, en una de sus cartas al rey de España, adelantándose a la incredulidad del lector. El palacio de Moctezuma, construído en las cercanías del Gran Templo, tenía veinte

entradas e innumerables habitaciones. Sus muros interiores eran de pórfido, mármol, obsidiana; los techos, de cedro, pino y ciprés; las paredes estaban pintadas o tapizadas de tejidos, pieles o plumajes. Cortés, atónito, no puede menos de declarar a su rey que en España no hay nada comparable.

Tenochtitlan vive de los tributos a que están sujetos los países por ella conquistados. Con inflexible disciplina y método, se sangra a cada lugar de sus más valiosas materias, y así afluyen a la capital del Imperio riquezas fabulosas.

Al cabo de viajes que en ocasiones duran meses enteros, largas caravanas de tributarios llegan cada día a la ciudad con sus preciosos cargamentos: oro, jades y turquesas finamente labrados; plumas de colores deslumbrantes; pieles de tigre, león y leopardo; conchas marinas, sal, tabaco, cacao. . . También hay copal para los ritos sagrados; águilas, pumas y serpientes para el jardín zoológico del rey; enanos, jorobados y albinos para el servicio palaciego; vírgenes destinadas a la "casa de la alegría", institución patrocinada por Huitzilopochtli y destinada a "atraer nuevas almas". Artículos más miserables, como escorpiones, piojos o moscas, tampoco se desdeñan; para que el dominio sobre el individuo sea absoluto, hasta los más desheredados tienen que pagar su impuesto.

Tlaxcala, tributaria de sangre

El poder de los aztecas sobre los pueblos sometidos es total, y el caso de Tlaxcala, sujeta a un tributo de sangre, es el más patético ejemplo.

En efecto, tras una lectura atenta de los cronistas, es imposible seguir creyendo que Tlaxcala pudiese conservar su independencia mientras se hallaba en franca lucha con los aztecas, como generalmente se admite. Los indicios que demuestran lo contrario son, en verdad, demasiado abundantes para que se pueda compartir esa opinión.

Cuando los tlaxcaltecas, después de una resistencia de varias generaciones, acabaron por rendirse, los jefes aztecas decidieron exigir de sus valerosos y empobrecidos enemigos una terrible carga: la de la sangre de sus propios hijos. Con tal fin se decretó que Tlaxcala fuese el campo de batalla donde captu-

rar —en combates verdaderos— a los hombres que debían sacrificarse a los dioses.

Si se tiene en cuenta que, con la expansión del Imperio, cada vez se hacía más complicado el obtener prisioneros de guerra (y es curioso que en este preciso momento declare Huitzilopochtli no apreciar gran cosa los sacrificios de bárbaros procedentes de tierras lejanas), se admitirá que la idea de las "ferias militares" impuestas a un enemigo que demostró su bravura y que se halla a escasa distancia de Tenochtitlan es una solución de lo más ingeniosa a un difícil problema. Así, las víctimas ofrecidas al dios de la guerra irán llegando "como panes recién salidos del horno".

Pero Huitzilopochtli exige que los prisioneros que se le inmolen hayan luchado antes valerosamente, y se continuará entonces alimentando el odio de los tlaxcaltecas, aunque sin duda se ha firmado un pacto de sumisión y aunque existan relaciones cada vez más corteses entre los señores de ambos estados.

No siempre debió ser fácil conservar el equilibrio de un acuerdo tan delicado, pues los reyes de Tlaxcala se habrían jugado la vida si se hubiese llegado a saber la verdad. Por eso, cuando los emisarios de Moctezuma se trasladaban a Tlaxcala para invitar a los gobernantes de la ciudad "enemiga" a una fiesta, desempeñaban esta difícil misión dentro del mayor secreto y cuidadosamente disfrazados. Sólo podían acercarse a los mensajeros las mujeres de los señores de mayor rango, y ellas mismas les servían de comer y preparaban los lechos. Cualquier indiscreción a propósito de estas visitas se castigaba con la pena de muerte.

Por otra parte, Muñoz Camargo, el historiador de Tlaxcala, nos dice que "los señores mexicanos. . . enviaban a los señores de Tlaxcala grandes presentes y dádivas de oro, ropa, cacao, sal y de todas las cosas de que carecían, sin que la gente plebeya lo entendiese".

Y con ocasión de cierta ceremonia, se ve al rey azteca tratar a los tlaxcaltecas con mayor consideración y generosidad que a todos los demás jefes de los países del Imperio.

Tlalhuicole

La conmovedora historia de Tlalhuicole, héroe de Tlaxcala, nos hace pensar en los innumerables aspectos que tan extrañas relaciones debían forzosamente implicar.

Invencible general del ejército tlaxcalteca, Tlalhuicole cae un día en poder de los mexicanos. El respeto y la admiración que rodeaban a este guerrero eran tan grandes, que Moctezuma quiso tomarlo a su servicio. El tlaxcalteca rehusó con orgullo servir a los enemigos de su patria, y el rey le invitó entonces a regresar a ella. Tlalhuicole rechazó la libertad y reclamó ser sacrificado en la piedra de los gladiadores, suerte reservada a los más valientes. Y se cuenta que antes de morir, atado ya a la piedra y con sólo un bastón emplumado, puso fuera de combate a ocho guerreros bien armados.

¿Sabía este hombre intrépido que los reyes de su patria presenciaban su último combate disfrazados de mexicanos y ocultos en un balcón disimulado con flores? ¿Sabía que, después de las ceremonias excepcionalmente solemnes que se celebraban en honor del héroe, ellos cenarían cordialmente con el rey de Tenochtitlan y regresarían a Tlaxcala colmados de presentes? ¿Habría podido desplegar tanto heroísmo de haberlo sabido? ¿O acaso se batía tan desesperadamente precisamente por hallarse al tanto del tratado secreto?

En efecto, cabe suponer que este jefe militar, para poner fin a un estado de cosas que juzgaba infamante para su ciudad, se hubiese rebelado contra la autoridad de sus reyes y que por su propia iniciativa emprendiera su encarnizada lucha contra los aztecas. Esta hipótesis, más verosímil que la precedente, explicaría tanto la actitud de Moctezuma invitándole a entrar a su servicio como la negativa de Tlalhuicole a regresar a su patria, donde se le habría condenado por insurrecto.

El miedo

Una sociedad cuya existencia se basa en la conquista, por fuerza tiene que desarrollar un autoritarismo y una disciplina implacables.

En el Estado azteca era inconcebible cualquier libertad de pensamiento o de acción. Innumerables leyes, sentencias y prescripciones indican minuciosamente a cada cual el comporta-

miento que deberá observar en todas las circunstancias de su vida, estableciendo así un sistema en que la determinación personal queda suprimida, en que la dependencia y la inestabilidad son totales y en que el miedo reina como señor omnímodo. Porque la muerte se cierne en todo instante sobre cada existencia, y constituye el elemento principal de este edificio en que el individuo se encuentra prisionero.

Tenemos en primer lugar los que, por su condición social, están legalmente destinados al exterminio: son los esclavos —y cualquiera puede llegar a serlo al perder su fortuna o sus derechos cívicos—, los cautivos de guerra, los niños nacidos bajo signo favorable y comprados para los sacrificios divinos, etc. Está después la pena capital, que acecha en toda ocasión: al que se atreva a llevar un vestido que le cubra las rodillas sin tener derecho a ello; al funcionario que se aventure, en el recinto palaciego, por una sala no permitida; al comerciante que se envanezca demasiado por causa de sus riquezas; al danzante que se equivoque en un paso de danza. . . Muerte, muerte, muerte. Al igual que los caudillos de los Estados totalitarios de nuestros días, los jefes aztecas parecen haberse propuesto un solo dilema: "Exterminar o dejar de ser".

Pero una ideología elaborada con fines de dominio y que en su origen sólo se propone exterminar a una parte de la población, por fuerza tenía que extenderse, como una epidemia, e invadirlo inexorablemente todo, matando incluso a quienes sentaron sus bases. Pues una vez puesta en marcha, es difícil detener una maquinaria alimentada por el odio y manejada por hombres que sólo obedecen a una monstruosa idea moral, en cuyo nombre sacrifican la vida.

La clase sacerdotal

AUNQUE los privilegios temporales no estuvieran vinculados a la clase sacerdotal, no deja ésta de ser la más importante en la organización social azteca. Su papel es, en efecto, de los más activos y ramificados: ella es la que provee a la nación de sabios, filósofos, educadores, médicos, directores de escena, compositores y poetas, como también de verdugos y sacrificadores.

Los sacerdotes acaparan el pensamiento filosófico y religioso del Estado y en ellos se confía para propagarlo e impo-

nerlo; la educación del país se halla, pues, enteramente en sus manos. Ellos organizan y dirigen las innumerables festividades que se suceden sin interrupción y que absorben totalmente la actividad social de la población entera; ellos consagran los matrimonios, purifican por medio del bautismo y reciben la confesión de los moribundos. En fin, ellos también, valiéndose de infinitos medios, torturan y ejecutan a sus semejantes.

En realidad, todos aquellos que cumplían funciones de alguna responsabilidad debían ser hombres probados y formar parte de una organización muy estricta, para que también a ellos se les pudiese vigilar fácilmente.

Había dos clases de colegios para la educación infantil. La disciplina reinante en ellos hace pensar que la función esencial de la educación consistía en formar ciudadanos dóciles, incapaces de crítica o de rebelión contra la autoridad de la clase dirigente. Era un régimen basado en la arbitrariedad y en la novatada, un régimen que parece no haber tenido otro objeto que la destrucción del yo, la desintegración del individuo.

Allí todo se espía, y resulta uno juzgado no sólo por sus propios actos, sino también por lo que sucede en torno: se está a merced de los demás, sin que nadie pueda dominar nunca la situación. Un ratoncito que cruce el santuario, una gota de sopa que se vierta durante la comida, una miga de pan que ruede ante un ídolo, son otros tantos signos que indican a los vigilantes que los dioses están pidiendo venganza por una ofensa cometida. El culpable se elige al azar, y los castigos son muy crueles: la asfixia por inmersión forma parte de tan amable sistema pedagógico. Se come muy poco, se practican ayunos extenuantes, apenas se duerme. Hay que levantarse a media noche para cumplir las tareas más diversas: llevar a cabo los autosacrificios, trasladarse a la montaña para cortar leña, preparar ungüentos mágicos, tañer trompetas o bañarse en agua helada. . . A los que duerman tan profundamente que no oigan la llamada, se les hará volver a la realidad arrojándoles al rostro cenizas o carbones encendidos.

Es fácil imaginar que, tras algunos años de semejante régimen, se haya quebrado toda veleidad de resistencia y nadie escape al sentimiento trágico de la vida ni a la creencia de que la vida misma se nos da para la muerte, ideas que constituyen la base del aparato estatal azteca.

En esta mitología política, la mujer que da a luz es igual a un guerrero, puesto que, como él, "ha hecho un cautivo" (Sahagún). El alumbramiento se llamaba "hora de muerte", y en el momento de llegar al mundo el niño, la comadrona "daba unas voces a la manera de los que pelean en la guerra, y en esto significaba... que la paciente había vencido varonilmente, y que había cautivado un niño" (Sahagún). En seguida se le decía al recién nacido, para que supiera desde luego a qué atenerse: "Tu oficio y facultad es la guerra, tu obligación es dar a beber al sol sangre de los enemigos". Se nace para matar.

El sacrificio de los dioses

Los propios dioses, en ese omnipotente mecanismo del Estado, no son más que unos subordinados que cumplen una función precisa y de los cuales se exige un buen trabajo. En caso de sequía, por ejemplo, se acude a Tláloc no como a un dios, sino más bien como al funcionario encargado de la lluvia; se le hace ante todo una descripción minuciosa e impresionante de los sufrimientos que por su culpa están arrostrando hombres y bestias, y después, si persiste en no intervenir, se le pide con indignación que al menos sea lógico y se decida de una vez a enviar una peste que acabe con la humanidad entera, en vez de dejarla morir lentamente de hambre. En igual tono se dirigen los aztecas a Tezcatlipoca, el más poderoso y arbitrario de los dioses. No lo invocan con plegarias, sino con largos razonamientos, que acaban en injurias si el dios se muestra obstinado: "Tú, Tezcatlipoca, eres un puto, y hasme burlado y engañado" (Sahagún).

Es tan fuerte la posición del hombre frente a los dioses, que puede igualmente dictarles su voluntad, como vemos en esta leyenda popular recogida por Sahagún:

A veces sucedía que, al atravesar un bosque de noche, se escuchaban unos golpes fuertes y acompasados como los del hacha de un leñador. Si, en vez de echar a correr, el viajero era bastante valeroso para acercarse al lugar de donde provenía el ruido, acababa por encontrarse ante un inquietante personaje: un hombre sin cabeza, con el pecho abierto, y en él, a cada lado, "como una portecilla que se abría y cerraba, juntándose en el medio". Detrás de esa puerta abierta a todos los vien-

tos, se encontraba un corazón palpitante de vida. Había que apoderarse del corazón y tenerlo firmemente agarrado mientras se formulaban tres votos: todo lo que se desease en ese momento se obtendría.

El personaje descabezado y de corazón al alcance de la mano no era otro que el propio Tezcatlipoca, y, con su valor, el hombre manifestaba su ilimitada capacidad de dominio.

Muchos son, por otra parte, los hechos que demuestran haberse constituído el azteca en dueño y señor del universo. Uno de los más inesperados —y quizá único en la historia de las religiones— es el que se arrogará, en un arrebato de orgullo sin precedentes, el derecho de inmolar a los mismos dioses que lo habían creado: en efecto, comprobamos con estupor que ninguna divinidad se libra del sacrificio.

Lo mismo que los dioses, el universo está también destinado a la destrucción. A causa de la enojosa incompetencia de sus creadores, el mundo fué destruído cuatro veces antes de que el hombre encontrase el medio de hacerlo viable nutriendo al sol con su propia sangre. El quinto sol —la era de los aztecas— también estaba llamado a desaparecer en una catástrofe que sobrevendría al cabo de un siglo. Como este período abarcaba entre los aztecas cincuenta y dos años, todo hombre podía conocer, por lo menos una vez en su vida, la horrible expectativa del fin del mundo; la posibilidad de un cataclismo que pondría fin a la creación entera se hallaba siempre, pues, presente en todos los ánimos.

Las ceremonias del "fuego nuevo", que se celebraban cada cincuenta y dos años, llevaban la marca del terror, pues se creía que, de no encenderse el fuego nuevo, las tinieblas serían eternas y los seres humanos serían devorados por monstruos. Después de apagar todos los fuegos, de arrojar al agua todas las imágenes de los dioses existentes y de destruir por completo los utensilios domésticos, las gentes permanecían durante largas horas mirando, inmovilizadas por el miedo, a lo alto de la colina donde debía aparecer el fuego nuevo. En el crepúsculo, los sacerdotes, ataviados como dioses, se trasladaban en solemne procesión a Ixtapalapa, la colina de la Estrella. Y a media noche, si se hallaba en el cenit cierta constelación, el gran sacerdote encendía el fuego nuevo con ayuda de dos maderos apoyados en el pecho de un cautivo. Ya encendido el fuego,

arrancaban el corazón al prisionero y arrojaban su cuerpo a la inmensa hoguera que trasmitía al pueblo la señal de una nueva vida.

El drama de Moctezuma

¿QUÉ fué de la inteligencia creadora en este régimen?

"Los verdaderos artistas están de parte de la vida y no de la muerte... Son testigos de la carne y no de la ley" (A. Camus). No hay carne en las esculturas aztecas. El hombre, en cuanto persona, está por completo ausente de ellas. Ese arte es un constante esfuerzo por captar, no la vida misma, sino la esencia de la vida trasladada a un plano de absoluta deshumanización.

Las manifestaciones artísticas que han llegado hasta nosotros muestran la más puntual adhesión a la filosofía imperante. Al tomar conciencia de la condición humana, el artista parece sumirse en una profunda desesperación, de la que surge con expresiones todavía palpitantes del horror inspirado por aquello que llegó a entrever. Alcanza así un simbolismo de tal concentración y de fuerza tan perturbadora que hace pensar como en aullidos de pánico, pero que nunca da el menor signo de rebelión o de esperanza.

Y sin embargo, a pesar de la rígida armazón en que está aprisionado el pensamiento, multitud de indicios nos revelan que la ideología oficial comenzaba a resquebrajarse y que había una corriente de fe nueva que llegó a quebrantar seriamente el imperio azteca. Los dos protagonistas del vigoroso drama serán, por una parte Netzahualcóyotl, que representaba con vigor una luz humanista, y, por otra, un Moctezuma acosado y roído por la duda.

Moctezuma, encarnación del sol y del Estado azteca, es el señor indiscutido de un perfecto mundo de autómatas. El sistema parece establecido para toda la eternidad, ya que nadie podría eludir la filosofía imperante sin ponerse en el acto al margen de la sociedad. Los textos legales que castigan con la pena capital a quien se niega a asistir a un sacrificio humano son sin duda, para entonces, letra muerta, pues la rebeldía individual no debe ya considerarse como ataque al orden establecido, sino más bien como un caso de locura.

Llegado al poder en el momento de la apoteosis de la tribu azteca, Moctezuma parece poseído de un vértigo de grandeza. Su persona es sagrada y su despotismo no tiene límites. "Lo adoraban casi lo mismo que a dios. . . Si alguno alzaba los ojos a mirarlo, no le costaba nada menos que la vida" (Códice Ramírez). Para que el común de las gentes no lo viesen durante sus raras salidas, hizo levantar muros a lo largo de las avenidas por las que pasaba.

La casta privilegiada que le rodeaba vino a ser tabú, y todo atentado contra ella un sacrilegio: "Si traición alguno cometiese contra alguna mujer de palacio, las casas de vuestros padres serán destruídas, y ellos totalmente, y sembradas las casas de sal" (Tezozómoc).

El ceremonial que acompañaba las comidas del rey hace pensar en un ritual religioso. Antes de sentarse a la mesa, veinte mujeres, de las más bellas y nobles de la corte, le servían de beber. Cuatrocientos pajes, hijos todos de grandes señores, se encargaban de atenderle. Se servían tres mil viandas diferentes. Los platos y los cubiertos, de oro y plata, sólo se utilizaban una vez, y se arrojaban en seguida. Nadie podía hablar, y el propio Moctezuma comía en silencio. Una orquesta de flautas tocaba durante toda la comida. Sólo un mayordomo podía acercarse a la mesa después de servida, pero había de permanecer de rodillas, sin levantar jamás los ojos hacia el rey. Señores de alto rango asistían en pie a la comida, reunidos en el fondo de la sala y separados de la mesa por una barrera. En señal de sumisión iban descalzos, y llevaban los hombros cubiertos con una sencilla capa de algodón.

Los "presagios"

De pronto, una nota discordante nos estorba la comprensión de este personaje solemne y divinizado.

Sólo rara vez se emprendían ya las guerras de conquista, aunque en tal o cual ocasión era necesario llamar al orden un país que había tenido la audacia de rebelarse contra la tiranía de la gran Tenochtitlan. El cronista Tezozómoc nos ofrece una viva instantánea de una de aquellas expediciones punitivas encabezadas por el propio rey. Tutupec, la ciudad amotinada, no es más que un montón de ruinas humeantes. Los cadáveres de

todos los habitantes adultos llenan las calles. No muy lejos, podemos imaginarnos el grupo de niños aterrorizados que esperan ser conducidos como esclavos por estos despiadados señores que acaban de degollar a sus padres... Moctezuma "mandó a descansar a toda la gente y él se quedó en una plaza, debajo de unos grandes árboles, a descansar, todo tinto en sangre" (Tezozómoc). ¿En qué podía pensar en aquel instante este hombre que pasaba largas horas en piadoso recogimiento, sacerdote que se entregaba con fervor al estudio de los astros y que no carecía de inquietud filosófica?

Por lo que sabemos de su vida, podemos asegurar que una profunda angustia dominaba a este jefe de un régimen que parecía tan sólido como la roca.

En efecto, el reinado de Moctezuma se señaló por la aparición de innumerables signos que auguraban el fin del imperio. Estos inquietantes presagios —que todos los cronistas refieren y que ningún historiador ha puesto en duda— se suceden durante diecisiete años y son evidentes manifestaciones de una grave crisis del mundo azteca. Son augurios que afectan directamente a Moctezuma y le hacen responsable de las catástrofes que han de sobrevenir. Y lo que es más extraño, en lugar de encolerizarse, el terrible déspota hace largas penitencias para lavar su culpa.

¿A qué obedece este sentimiento de culpabilidad? Si para levantar el vasto imperio que él domina, sus antecesores hubieron de proceder ferozmente tanto con sus propios súbditos como con los pueblos que trataban de someter, ahora que el Estado se halla firmemente establecido, bien puede Moctezuma permitirse moderación en la violencia.

La historia azteca está sembrada de hechos sangrientos, de traiciones y de espantosos sacrificios, sin que ofrezca nunca la menor muestra de remordimiento para con las víctimas. ¿Por qué acepta las críticas Moctezuma y se reconoce culpable de las faltas que sus magos descifran en el paso de un cometa o en el espejo que una grulla encantada lleva sobre la cabeza? ¿Por qué esa desesperada necesidad de justificación y ese pánico que lo atormenta durante todo su reinado? ¿Cómo explicar la profunda inquietud de este señor omnipotente sino por una grieta en la filosofía política que habría debido sostenerlo?

Moctezuma es el representante de un sistema en que las creencias que le han permitido desarrollarse comienzan a ceder.

Y cuanto más se generaliza la incredulidad, tanto más obligado se siente a asumir una actitud autoritaria, pues para él la duda es sinónimo de muerte.

Se debatirá durante largos años como fiera enlazada entre una fe que desaparece, pero que por *fuerza* debe conservar, y nuevas ideas que *no puede* adoptar. De esta oposición nacerá su sentimiento de culpa. Intentará escapar de él huyendo, y al no conseguirlo procurará morir. Pero siempre, de modo inexorable, se le volverá a su puesto de verdugo y de víctima. Y, enloquecido por semejante papel y desesperado por no poder eludirlo, toma actitudes contradictorias y se le ve alternar sus prolongados ayunos con despiadadas represalias contra aquellos que, por sus ideas, ponen en peligro el imperio.

En el centro de la nueva corriente ideológica se encuentra el rey de Texcoco, Netzahualcóyotl.

Este viejo príncipe, filósofo y poeta, ha pasado a la historia porque "entrevió el monoteísmo" (Alfonso Caso). Ixtlilxóchitl, el cronista de Texcoco, nos asegura que en un momento dado suspendió los sacrificios humanos y se puso a orar al nuevo dios, al que llamaba "el dios desconocido". Pero es probable que tal monoteísmo no fuese una pura especulación teológica. Lo que este hombre inspirado e intelectualmente valeroso había visto era lo absurdo de una creencia en que se inmolaba al ser humano, y, rebelándose contra un sistema fundado en la destrucción y el odio, se convirtió en promotor de una revolución que minaba sin remedio los cimientos del edificio azteca. Este movimiento de liberación debió ser más importante de lo que se cree, pues ante su acción se sintió amenazado el imperio en la persona de Moctezuma.

Por lo demás, resulta significativo que sea justamente Netzahualcóyotl quien revela al rey de Tenochtitlan el contenido de los augurios relativos a él. Si se recuerda que Moctezuma recurría con frecuencia a los consejos del anciano sabio de Texcoco y si no nos dejamos ofuscar por la pintoresca terminología mágica (la palabra *magia* y sus atributos son en la historia una cortina de humo que demasiados historiadores respetan con superstición bien poco científica), a través de estos espectaculares "presagios" pueden entreverse apasionadas discusiones en que ambos príncipes confrontan sus ideas y que acaban en la derrota espiritual de Moctezuma.

De haber sido éste un fanático limitado y simple, no habría creído en eso de los presagios, que suponían una condenación de sus creencias. Su vida fué una dramática lucha precisamente porque la duda se había apoderado de él. Las fuerzas en acción eran tan poderosas la una como la otra: de un lado, la creencia en un dios amigo de los hombres; de otro lado, la maciza realidad de un imperio que descansa en la concepción opuesta. Y no debe ser fácil resolverse a romper el mundo que se nos ha confiado.

Las revelaciones de Netzahualcóyotl se reducirían a esto: "Ya no existen los dioses que adoráis, y estáis llamados a desaparecer, puesto que nadie os sostiene". El reinado de Moctezuma será, pues, una desesperada tentativa para retener dioses que ya han abdicado. Lo que este perseguido vive tan intensamente es el fin de un Panteón.

Hubo incendios imposibles de extinguir; cometas que se paseaban por el cielo durante horas y horas; el espejo de la grulla encantada, en el que en pleno mediodía se reflejaba un cielo estrellado; la extraña historia del pastor transportado por un águila hasta una gruta resplandeciente en que fué recibido por un personaje "junto al cual Moctezuma no era nada", y muchas otras manifestaciones evidentes de la caída del imperio.

Moctezuma, prefiriendo acabar de una vez, decidió morir y envió emisarios cargados de suntuosos presentes —pieles humanas— al señor del País de los Muertos. Pero Huémac no consintió en tomar a su servicio al rey (que pedía entrar como barrendero), y los portadores de la mala nueva fueron muertos a su regreso. Nuevos mensajeros salen para esta peligrosa expedición, provistos, como sus predecesores, de pieles humanas. Huémac hace decir entonces a Moctezuma que lo ha perdido su mal comportamiento, la "demasiada soberbia y crueldad suya con sus prójimos", a la vez que le recomienda una profunda purificación. Moctezuma se lanza alegremente a un ayuno de veinticuatro días. Pero como esta penitencia no le sirve de nada, realiza una tentativa última de evasión yendo a ocultarse en una islita. Uno de sus ministros, que advierte la fuga, lo devuelve, contristado, al palacio, amonestándole sobre sus deberes y prometiéndole no revelar nada si en adelante se conduce en debida forma. El pánico que entonces se apodera

de Moctezuma es ilimitado. Cueste lo que cueste, desea saber qué ha de ocurrirle.

Convoca a todos los magos de la corte y les exige la revelación del terrible secreto. Como sus respuestas no resultan satisfactorias, los hace morir a todos. Se acusa a los astrólogos de lo que hoy llamaríamos sabotaje, por no haber acertado a leer nada en los signos del cielo, y se les da muerte. Se ordena que todo aquel que tenga algún sueño relativo al fin del imperio acuda a palacio a declararlo. Los emisarios recorren día y noche la ciudad, y Tenochtitlan se convierte en tributaria de sueños... Pero como Moctezuma no ve nada bueno en los millares de sueños que se le ofrendan, hace matar a diestro y siniestro. Matanza de soñadores, la más triste matanza. A partir de ese día, ya no habrá presagios ni sueños. El terror domina el mundo de los espíritus, y Moctezuma se queda a solas con su angustia indecible.

Pero no puede resistir este asfixiante silencio. Necesita escuchar voces; necesita que se le dé confianza. Parten soldados a los más remotos lugares para traer —por la fuerza si es preciso— magos que reemplacen a los que fueron exterminados. Y los extranjeros declaran que pronto acaecerá lo que tiene que acaecer, pero cuando el rey quiere saber más, un sortilegio les hace desaparecer prudentemente.

¿No cabe imaginar que entre esos magos —que en realidad no eran sino los sabios de la época— podía haber quienes supiesen que el sol tenía vida independiente del hombre? Bien pudieron hacerse experimentos para probar que aun sin sacrificios humanos seguía el astro su curso. Este descubrimiento habría implicado necesariamente una contradicción en el sistema político, puesto que el descubrimiento de leyes naturales en las que no puede intervenir el hombre repugna a la mentalidad del dictador, aspirante a la divinidad, que se niega a admitir la existencia de una fuerza ingobernable, superior a la suya.[1] La

1 "No podemos esperar favores de la naturaleza. Nuestra misión es arrancárselos". Esas palabras de Lysenko corresponden con bastante exactitud al pensamiento del azteca: se trata del hombre todopoderoso que controla el universo y que declara herético a quien se niega a creerle. En el caso ruso, es el gene lo que desempeña el papel del sol, como conviene a la época del microscopio.

nueva ideología, representada por el rey de Texcoco, pudo adquirir su impulso partiendo de estas bases científicas.

Hasta que un día llega a palacio un hombre que cuenta haber visto "una sierra o cerro grande que andaba de una parte a otra y no llegaba a las orillas...". Moctezuma manda encarcelar a este hombre y envía emisarios para comprobar su declaración. Cuando regresan y describen exactamente lo que han visto, el rey inclina la cabeza y no dice palabra.

Por primera vez desde hacía largos años, Moctezuma debió respirar con alivio: se acabó la incertidumbre, se acabó el miedo. Ante el peligro preciso, se reanima, da órdenes y concibe planes.

No creemos que la conquista se viese facilitada por la sospecha de que Cortés era el propio Quetzalcóatl que regresaba. Tal vez Moctezuma lo creyó por un momento, pero pronto fué desengañado por el comportamiento de los españoles. La primera embajada regresa declarando que los extranjeros no son dioses, sino demonios que vienen a exterminar a los mexicanos (Códice Ramírez).

Por lo demás, toda su política ulterior lo indica claramente, pues en varias ocasiones tendió celadas que habrían sido fatales para los españoles si hubiesen caído en ellas. Pero cualquier cosa era preferible a la incertidumbre, y es fácil creer a Cortés cuando escribe al rey de España que Moctezuma tenía el semblante alegre mientras fué prisionero de los españoles, y seguramente también cuando Cortés destruía las imágenes de los dioses que encontró en el Gran Templo. Sabido es que una de las tentativas de Moctezuma para conjurar el peligro fué el envío de un ejército de hechiceros con la misión de secuestrar mágicamente el corazón de los hombres blancos; pero tan extrañas tropas regresaron atropelladamente y declararon que era imposible hechizar a los extranjeros, pues sólo tenían "escurana y humo" en el sitio del corazón (Tezozómoc).

LA conquista sólo fué posible, en efecto, vaciando el sitio del corazón, pues todo cordial intento de comprender y simpatizar habría quitado fuerza a la obra de los guerreros blancos. Y al

ver los hechiceros aztecas que sólo había oscuridad y humo en lugar de ese corazón que estaba en el centro mismo de su fe, debieron comprender al punto que sus dioses quedaban vencidos.

Oscuridad y humo en el sitio del corazón. La frase final del drama, tan justa y tan profunda, es digna de un poeta de genio.

LA IDEA DE LA HONRA EN EL INCA GARCILASO

Por *José DURAND*

De imprevisto valor es el pensamiento del Inca Garcilaso sobre ideas que, como las de honra, fama y nobleza, se presentan en la España del XVI con rasgos marcadamente nacionales. Su condición de mestizo y americano rinde aquí frutos del mayor interés, por desgracia inadvertidos para los estudiosos.

Bien conocida es la significación de la honra en la España de entonces. Base de la vida social, establece jerarquías entre las clases altas —noble, caballero, hidalgo— y el villano; norma de conducta, rige los actos de esas clases y de hecho también los de la plebe; ligado a la misma historia de España, el honor requiere como condición previa el ser cristiano viejo, limpio de sangre de moros y judíos. La sociedad lo vive tan intensamente, que pasa a ser uno de los más eficaces temas del teatro, y hasta de toda la literatura. Interesan especialmente los dramas del honor conyugal, esto es, de la reputación familiar, porque, identificada entonces con la honra, la fama era garantía y fundamento de la sociedad española. Mucho más que una idea abstracta, la equivalencia entre honra y fama era un postulado de orden práctico, que normaba toda relación entre individuo y sociedad. Pero frente a ese principio hubo escritores —así el Inca— que no aceptaron tal naturaleza del honor: para ellos jamás podía estar la honra en la opinión ajena, sino en la virtud íntima de la persona, por encima de cualquier reputación. La honra, pues, rebasa la vida social, salta a la literatura y acaba por suscitar graves discusiones de carácter ético. La misma importancia tendrá cuando los españoles emprendan la aventura de Indias; sólo que, como se verá, ofreciendo nuevos matices genuinamente americanos, inexplicables para la Península.

Si el honor era el fundamento social, reparemos en que los conquistadores formaron una sociedad regida por distintos principios de la peninsular. Es de suponer, por tanto, que una variación paralela se operaría en el modo de concebir el honor, y que esta variación ocurriría dentro de un proceso más amplio en que juntamente evolucionaban otros principios morales, también a influjo de la nueva sociedad americana. Aunque la evolución debió ser lenta y paulatina, parece claro que América dejó huella profunda en sus primeros escritores. Tal ocurre en la crítica que del honor hace el Inca Garcilaso de la Vega.

Honra-nobleza

SÓLO recibe honra, sólo es honrado el cristiano viejo, y hasta los plebeyos de sangre limpia se glorían de ella: *honrados,* aunque pobres. Pero, en sentido escrito, sólo se considera dignos de honra a los hidalgos, libres de la afrenta de pagar tributos, dedicados a honrosos menesteres —armas, letras, desempeño de cargos públicos— y nunca a oficios desdorosos, como el comercio o el trabajo manual. De esta condición del hidalgo se siguen también obligaciones: en tanto que la deshonra del pechero "en él se acaba", por no ser de suyo acreedor a deshonra, la del hidalgo es afrenta para toda su familia, antepasados y descendientes. Así pues, sólo para la nobleza —a partir del hidalgo—, corresponden justamente las leyes del honor. Pero aunque esas leyes no tengan vigencia más que para él, el sentimiento del honor vale para toda la nación española. Arraigado en lo más profundo de ella, ese sentimiento no es exclusivo de la nobleza, sino de todo el pueblo. Observa Vossler que entre los españoles de entonces, país de conquistadores, la honra hace las veces del deber, idea más propia de burgueses que de hidalgos. La honra es fe y moral del héroe, y siendo todo español aspirante a héroe, la moral de la honra a todos pertenece, si bien de distinto modo: el sistema de deberes y derechos sólo rige *legalmente* —digámoslo así— para la nobleza; pero el hombre común, ansioso de ser un hombre honrado, también concibe el mundo a través del honor, un honor a su manera, sin los mismos preceptos que el del noble, pero que dimana del mismo espíritu nacional.

El ansia de ganar honra une al plebeyo y el noble. La busca el uno para adquirirla, el otro para acrecentar la que ya tiene. *Ganar honra,* dentro del espíritu ético y social del español, es asunto decisivo, y así lo ha señalado recientemente Américo Castro. Desde el momento en que el noble es el sujeto honrado de por sí, la nobleza equivale al honor, y tratar de hacerse noble es tratar de hacerse honrado. La nobleza de sangre se alcanza mediante hechos ilustres, especialmente de armas. El esfuerzo bélico es para el español afán de ganar honra y nobleza. Así ocurre también en la conquista de América; sólo que ese afán se frustró, pues las normas para obtener nobleza no funcionaron con los soldados de Indias, al menos según lo acostumbrado.

Desde el primer momento, la aristocracia española rechaza al indiano. Inútiles las hazañas americanas, mayores que las que crearon esa aristocracia durante la Reconquista, para formar nueva nobleza; las puertas estaban ya cerradas. En cambio, en tierra americana, el conquistador goza privilegios de honra y hacienda. Ser viejo soldado en América, o descendiente de él, es timbre de honra que nadie discute, y la antigüedad en la tierra vale más que la antigüedad del linaje, creándose una sociedad de guerreros de caracteres marcadamente típicos. Evolucionan así costumbres y ceremonias: los tratamientos honoríficos, especialmente el uso del *don,* se hacen generales, usándolos personas que, según las prácticas de la Península, no estaban en aptitud de hacerlo. Un proceso de nivelación se verifica ante el común denominador de ser todos gentes de guerra. Los plebeyos riñen en lances de honor —institución propia de la aristocracia— y no sólo entre sí, pero también con hidalgos. Y lo que para la época es más sorprendente: hay caballeros que acceden a tareas de suyo infamantes, como la carpintería, cuando los azares de la guerra obligan a ello. Más aún: existen testimonios abundantes, aunque prácticamente desconocidos, de que los hidalgos comerciaban en América desde los primeros tiempos del Virreinato, sin que eso se tuviera por afrenta; en España sólo comerciaron dos siglos después. El cambio de ambiente, según se ve, actuó sobre las costumbres; pero, de otro lado, quizá sea posible afirmar que, desde el momento en que las proezas de Indias no sirvieron para alcanzar la debida nobleza, todo el sistema de la honra había de entrar en crisis para los conquistadores. Ellos mismos tuvieron

que hacerse justicia, no sólo en la práctica, sino en continuas protestas que aparecen en los cronistas. Y en algunos casos, el Inca especialmente, las protestas irán unidas a un alegato teórico de verdadero interés.

Las ideas del Inca sobre el honor como cosa privativa del noble, sobre el valor auténtico de la nobleza de sangre, sorprenden por el peculiar tono, enérgico y apasionado, con que están dichas. Tienen el particular interés de ser una violenta defensa de la nobleza americana; y aunque son ideas que se encuentran en escritores españoles desde tiempo atrás, llaman la atención en Garcilaso por el carácter francamente polémico que les imprime. La irrespetuosidad de Gómara por el pasado de Pizarro y Almagro lo hiere en lo más íntimo, como buen americano que es, lo impulsa a defender resueltamente la honra de los conquistadores. Comentando las noticias de Gómara y Zárate sobre el oscuro origen de Almagro, del cual se decía que era expósito, Garcilaso no se atiene al criterio social común, sino al de la iglesia, mucho más caritativo. "A los tales —recuerda— la iglesia católica los da por bien nacidos y los admite en todas sus dignidades y prelacías". Pero hay algo que verdaderamente lo indigna: "mas lo que Gómara añade, que decían que era clérigo, no se debe sufrir; debían ser algunos envidiosos de malas entrañas y de ánimas condenadas los que lo decían, que, no pudiendo deslustrar sus grandes hazañas, le hiciesen con sus lenguas ponzoñosas mal nacido, sin averiguar ni apariencia de verdad". Y continúa con la misma vehemencia, exponiendo ahora un criterio de valor general: "los hijos de padres no conocidos deben ser juzgados por sus virtudes y hazañas, y siendo sus hechos tales como los del adelantado y gobernador don Diego de Almagro, se ha de decir que son muy bien nacidos, porque son hijos de su virtud y de su brazo derecho. A los hijos de padres muy nobles, ¿qué les aprovecha su nobleza, si ellos la desmerecen, no confirmándola con sus virtudes? De manera que podemos decir con mucha verdad que don Diego de Almagro fué hijo de padres nobilísimos, que fueron sus obras, las cuales han engrandecido y enriquecido a todos los príncipes del mundo". Este criterio usado por el Inca parece ser frecuente en la época, al menos entre los mejores, pues en la *Jornada de Omagua y el Dorado,* atribuída al bachiller Francisco Vázquez, se aplica al traidor Lope de Aguirre.

Ignorados los padres de éste, Vázquez niega que pudiera ser hidalgo, pues "juzgándolo por sus obras, fué tan cruel y perverso que no se halla ni puede estar en él cosa buena ni de virtud". Por lo demás, ahora sabemos que el origen de Almagro fué menos indigno de lo que se creyó en su tiempo. Pero el Inca, sin saberlo a ciencia cierta, convertido en apasionado defensor de Almagro, da su hipótesis por un hecho: afirma que, aunque no se conozca el linaje de Almagro, "sus obras tan hazañosas y generosas dicen que fué nobilísimo, porque ése es el que las hace tales, y por el fruto se conoce el árbol". Estas palabras se encuentran en el capítulo primero de la *Historia general del Perú,* capítulo que significativamente se titula "Tres *hombres nobles* aspiran a la conquista del Perú". Alude a Pizarro, Almagro y Luque. Claro está que ni Pizarro ni Almagro podían entonces llamarse nobles, pues los títulos y honores que después de ganado el Perú recibieron fueron su efectiva nobleza. En otro lugar vuelve a increpar a Gómara, que dice que Pizarro no sólo que era hijo natural, sino que en su infancia fué porquerizo; y concluye enérgicamente: "Así que de un príncipe tal, que puede igualarse con todos los de la fama, no se permite decir cosas semejantes, aunque fueran verdades".

En estas ideas del Inca conviene distinguir varios aspectos: 1º Consideración del mérito de guerra como fuente irrecusable de nobleza, aun para los de más bajo origen. Esta era opinión general en la España de entonces. "Armas, que en el mundo no las hay más nobles / que las que gana el dueño con su propia espada": palabras de Lope.

2º Se tomaba en aquella época por cosa excepcional que un noble no respondiese a su nobleza, tanto en la vida civil como en el esfuerzo guerrero; y, recíprocamente, que un villano tuviese cualidades superiores a su baja condición. Así el mismo Inca, refiriéndose a su amigo el conquistador Gonzalo Silvestre, dice que "era hombre noble, hijodalgo, y como tal se preciaba de tratar verdad en toda cosa". También el Inca, al describir un episodio de la *Florida,* hace ver que cierto soldado cuyas carnes reventaron después del combate por lo esforzado que fué, era hidalgo, y que otro que murió de puro miedo era villano; Garcilaso presenta esto en confirmación de una creencia general. Sirva de ilustración un pasaje de la *Coronación* de

Mena, que el Inca leyó, y que estudia María Rosa Lida de Malkiel. Refiriéndose al desconocido linaje de Safo, Mena dice que "se presume ser ella de alta estirpe, siquier de limpia genealogía", a juzgar por su elevado saber. Apoyándose en esta idea general, el Inca no vacila en usar de un *quid pro quo,* en defensa de Almagro: si bien el heroísmo da nueva nobleza, el acto heroico prueba a su vez que los antepasados del héroe fueron *necesariamente* nobles.

3º La crítica propiamente dicha del concepto de nobleza. Siguiendo una vieja tradición clásica, viva en España durante la Edad Media, pero remozada por el humanismo renacentista, el Inca niega toda nobleza que sea ajena a la virtud. Lo importante es que esta idea tenía especial valor para él, a juzgar por lo mucho que se repite en su obra. Escribe Garcilaso, en la dedicatoria de los *Comentarios* a la duquesa de Braganza: "cuán alta sea la generosidad de vuestra alteza consta a todos, pues es hija y descendiente de los esclarecidos reyes y príncipes de Portugal, aunque no es esto de lo que vuestra alteza hace mucho caso, cuando sobre el oro de tanta alteza cae el esmalte de tan heroicas virtudes".

Es importante observar que en la *Genealogía de Garci Pérez de Vargas,* primitivo proemio-dedicatoria a la *Florida,* insiste en lo indispensable que es la virtud a la nobleza. El puro hecho de escribir genealogías revela el aprecio de su autor por la nobleza misma, aprecio que vemos también en su aceptación de la creencia general de que son propias de los nobles las más altas virtudes. Pero tal estima no le hace excusar los pecados de la nobleza. No se olvide que Garcilaso era hijo natural, mestizo, y que vivió buena parte de su vida en condición inferior a la que él creía merecer por su ilustre sangre. Esto, que también influye en su defensa de esclarecidos bastardos como Pizarro y Almagro, es causa también de que al tratar de sus linajudos parientes no olvide recordar algo que dirá en el propio texto de la *Florida*: que "no puede haber nobleza donde no hay virtud". Por eso afirma que, cuando no se imitan sus hechos, "parece mal preciarnos de los padres y abuelos por ilustres que sean, porque más es vituperio que honra". La honra, como la nobleza, está para el Inca en la virtud. Insiste en la misma *Genealogía* en que sus parientes, "viendo su natural y forzosa obligación", tomen por modelo al famoso Garci Pérez, "para que, imitando estas sus virtudes y

obras que tuvo, puedan preciarse dignamente de ser hijos y descendientes de este excelente varón". Otro pasaje hay, el más enérgico de todos, desconocido hasta hoy por estar cuidadosamente tachado en el manuscrito por el mismo Inca. Arrepentido sin duda de la aspereza de su pensamiento, decidió suprimir el párrafo que es como la culminación de las ideas anteriormente transcritas, también de la *Genealogía.* Las tachaduras son minuciosas y llegan a traspasar el papel y hasta a romperlo, pero merced a una reconstrucción paciente nos es posible ofrecer este importantísimo texto. Subrayamos las palabras dudosas: "Los *descastados* viles y bajos que por sus abominables bajezas e infames *codicias* se hacen indignos de esta sucesión y honras semejantes, no teniendo veneración ni respeto a la nobleza de sus padres y abuelos, ni a la limpieza de su sangre, es muy justo borrarles de la sucesión de ellas y dejarles en perpetuo olvido, como a infames y nefandos, porque con sus deshonras no manchen lo que de suyo más resplandece, como la limpieza y nobleza del linaje".

Consecuente con sus ideas, el Inca decide suprimir los nombres de quienes deslustran su estirpe. Dato revelador, que explica, dentro de la mente del Inca, cómo armonizaba su estima de la nobleza de sangre por sí misma con su creencia en el viejo principio de "sólo la virtud es verdadera nobleza". Por lo demás, recordemos que este "dejar en perpetuo olvido" era práctica muy del agrado de Garcilaso, hasta el punto de que Aurelio Miró-Quesada sugiere que puede ser de origen quechua: los incas borraban de su historia a los malos soberanos. La hipótesis se ve confirmada, muy probablemente, en este ignorado pasaje de la *Genealogía.*

No puede existir la honra donde no hay nobleza de sangre; pero no hay esa nobleza, según un principio que Garcilaso sostiene con ardor personal, cuando se carece de virtud. La virtud, el mérito personal, lo pueden todo. Es que el Inca antepone a toda consideración los méritos del individuo. Más adelante veremos que Garcilaso, movido al parecer por ideas renacentistas, tiende a encumbrar lo individual por encima de lo social y colectivo.

Honra-fama-virtud

Según Santo Tomás, "honor es la manifestación *de reverencia* en reconocimiento de la virtud"; pero hay "otras cosas que están por debajo de la virtud" y "se honran en la medida en que coadyuvan a la obra de la virtud"; así la nobleza, el poder y las riquezas". Ahora bien, como recibir honra es recibir la reverencia ajena, el honor es cosa que no depende de nosotros, sino de los demás: la honra se pierde cuando perdemos la consideración de nuestro prójimo. De ahí que el español de los siglos de oro identificase la honra con la fama, e hiciese de esta idea la base de su sistema social. Pero muchos de los grandes escritores, influídos por el pensamiento renacentista, discrepaban de este parecer: el honor no puede depender de la opinión del vulgo. Depende tan sólo de la virtud y está por encima de la gloria, de la nobleza y de las riquezas materiales.

La traducción de los *Diálogos de amor,* de León Hebreo, vincula íntimamente al Inca Garcilaso con este pensamiento renacentista. El tema del honor, en los humanistas y filósofos de la época, formaba parte de consideraciones éticas más amplias, como puede verse en un pasaje de León: "así como hay tres clases de bien, el útil, el deleitable y el honroso, hay tres clases de amor: el amor al deleite, el amor al provecho y el amor a la honra". Los resultados a que llega el humanismo son claros: la honra no debe depender de la opinión del vulgo, sino de la propia virtud. "El propio fin de la pura honestidad —dice el mismo León— no puede consistir en la opinión de los hombres que ponen la honra y gloria en la memoria de las historias que conservan la fama, y menos debe consistir en el fantástico deleite que el glorioso toma de la gloria y el famoso de la fama... Loarse debe la virtud por su honestidad, pero no debe obrarse la virtud por ser loado". Dentro de un sistema ético —pues el honor, según León, corresponde al bien deleitable— se estudia la naturaleza de honra y fama. "El honor es de dos modos: el uno es falso y bastardo, y el otro verdadero y legítimo. El bastardo es el lisonjeador de la potencia; el legítimo el premio de la virtud".

Traductor de estas ideas, es indudable, pues, que los fundamentos teóricos de la crítica de Garcilaso al concepto tradicional del honor, provienen —como los de Cervantes, como los de Mateo Alemán— del humanismo renacentista, que el Inca

conoció con amplitud: en la línea del pensamiento estoico, Petrarca —Garcilaso también leyó al propio Séneca—; entre los humanistas italianos de su época, Guicciardini y Castiglione; de los españoles, Vives y Mateo Alemán. En cada uno de ellos pudo encontrar un punto de vista acerca de los temas del honor, la fama, la nobleza.

La virtud, el mérito del varón esforzado, ya vimos que son para el Inca criterio decisivo en cuestiones de nobleza y, subsiguientemente, de honor. Del mismo modo que niega que baste la sangre al noble, niega también que sea la fama lo que hace la honra: es la virtud, la honra y la nobleza. Influído por el Pórtico al igual de León, Garcilaso rechaza ese valor de la fama, que no es sino opinión del vulgo. Su desdén por ella queda bien claro cuando dice que "la Fama publicó por todo aquel imperio el castigo severo y riguroso. . .; juntamente publicaba, con verdad o con mentira (que ambos oficios sabe hacer esta gran reina), que el mariscal hacía información contra otros delincuentes". No está la honra en el acatamiento de los demás, y Garcilaso aprueba tácitamente al sarcástico Carvajal, cuando dice a Gonzalo Pizarro que "ninguno hacía honra a otro por méritos suyos, sino por su necesidad, y que viéndose fuera de ella negaba todos los beneficios recibidos". Carvajal, como experimentado conocedor del corazón humano, siempre mereció la admiración del Inca.

Garcilaso no trató nunca detenidamente temas de honra conyugal; la naturaleza de su obra así lo dispuso y a ello se debe que no abunden más los textos que reprueban esa idea *heterónoma* de la honra, como dependiente de la opinión ajena. Vemos, sí, que el Inca propende a situar el honor en las más altas regiones, y que acepta la fama cuando, de acuerdo con lo aprobado por León Hebreo, es honesta consecuencia de la virtud. Tal ocurre cuando nos habla de su vocación de escritor: "espero en Dios —escribe— que estos trabajos me serán de más honra, y de mejor nombre, que el vínculo que de los bienes de esta señora [Fortuna] pudiera dejar". Confiesa asimismo que una de las causas que lo movieron a escribir los *Comentarios* es "lograr bien el tiempo con honrosa ocupación, y no malograrlo en ociosidad, madre de vicios, madrastra de virtudes, raíz, fuente y origen de mil males, que se evitan con el honesto trabajo del estudio, digno empleo de buenos ingenios, de nobles ánimos". Las letras, como las armas, eran honrosas, y en las primeras el

Inca buscó y alcanzó legítima gloria. También en otro lugar vuelve sobre el tema: Roma, afirma, tuvo hijos "no menos ilustres por las ciencias que excelentes por las armas; los cuales se honraron al trocado unos y otros; éstos, haciendo hazañas en la guerra y en la paz, y aquéllos escribiendo las unas y las otras, para honra de su patria y perpetua memoria de todos ellos, y no sé cuáles de ellos hicieron más, si los de las armas o los de las plumas... También se duda cuál de estas dos partes de varones famosos debe más a la otra". Miró-Quesada ha reparado en el gusto del Inca por el verso de su tío y homónimo Garcilaso "tomando ora la espada, ora la pluma", al que alude repetidas veces. No olvidemos que el Inca en su juventud fué guerrero.

Considerar las letras como fuente de nobleza era común entonces. Ya se sabe que para don Quijote "dos caminos hay... por donde pueden ir los hombres a llegar a ser ricos y honrados: el uno es el de las letras, el otro el de las armas". En el Inca, la honra por las letras no se presenta como un bien apetecido por sí mismo, sino, siempre de acuerdo con León, como consecuencia de la virtud. "Enterradas las pretensiones —nos confiesa— y despedida la esperanza de ellas, me pareció más seguro y de mayor honra y ganancia no salir de mi rincón, donde con el favor divino he gastado el tiempo en lo que después acá se ha escrito", y añade, refiriéndose a la opinión ajena: "aunque no sea de honra ni provecho. Sea Dios loado por todo". Garcilaso juega aquí con dos acepciones del concepto de "honra": la primera la de valor inmanente, la del sujeto mismo, que es la que le importa y mueve su decisión; la segunda, como vimos, ante los demás. En el primer caso es la honra como virtud, en el segundo, como fama, en frases que suponen —sea o no retóricamente— que su obra no gozará del favor del vulgo. Esa "hez del vulgo" cuyas pláticas se niega siempre a recoger en su obra. El pasaje, en fin, guarda relación con otro de León Hebreo: "Bien es verdad que, aunque la honra es premio de la virtud, pero no por esto es debido fin de los actos honestos y virtuosos: porque el fin de lo honesto consiste en la perfección del ánima intelectiva, la cual con los actos virtuosos se hace verdadera, limpia y clara, y con la sabiduría se adorna de divina pintura".

Honra-rey

La libertad y audacia de pensamiento que muestra Garcilaso al expresar sus ideas sobre el honor, prescindiendo del valor social que éste tiene, llega a superar, en instantes, a los atrevimientos mayores de su tiempo; así al tratar de la honra como cosa dependiente del rey.

Era el rey el sujeto digno de honra por excelencia. Más aún: su poder de crear nobles lo convertía en "creador de hombres honrados" —según feliz definición de Américo Castro—. Siendo "fuente suprema del honor y el más honorable de los hombres", el rey es base y cúspide de todo el sistema de la honra hispánica. Sería una contradicción que el noble adoptase una postura de superioridad sobre el rey, y de allí, al menos en parte, el profundo sentido de la fidelidad española por el rey. Menéndez Pidal insiste en que todo interés estaba supeditado al honor, honor que únicamente dependía del rey; por eso no se vengan las ofensas que haga el rey a sus vasallos. Y añade Menéndez Pidal que "la venganza del honor es la defensa del bien social que hay que anteponer a la vida propia o de los seres queridos; sólo cede ante el respeto al rey, o sea ante el *bien común de la patria*". Las protestas por los actos del rey lesivos al honor ajeno, como las conocidas frases de Pedro Crespo en el *Alcalde de Zalamea*, no son, a juicio de Castro, sino discusiones sobre la potestad regia que no pasan del terreno verbal. Obsérvese, además, que se trata de casos de injusto agravio, y que jurídicamente son protestas legítimas, al menos en cierto sentido. Pero en el Inca se encuentra un texto en que, juzgada la cuestión en abstracto, trascendiendo el campo jurídico, se llega a sostener que aun cuando un acto sea en deservicio del rey —esto es, en contra del "bien común de la patria"—, seguirá siendo valioso y loable por su propia e inmanente naturaleza, implica virtudes y esfuerzo en grado sumo: loable aun por encima del rey. Atreverse a esto es colocar lo valioso del honor en una instancia más absoluta, prescindiendo de los más respetados preceptos sociales del estado monárquico español. Sólo se explica que la censura pasase por alto tales peligrosas ideas si se advierte que el censor de la obra, el jesuíta Francisco Castro, fué íntimo amigo de Garcilaso. Escribe éste:

> Yo me satisfago con haber dicho verdad, tomen lo que quisieren, que, si no me creyeren, yo paso por ello dando por verdadero lo

> que dijeron de mi padre para honrarme y preciarme de ello, con decir que soy hijo de un hombre tan esforzado y animoso... que se apease de su caballo y lo diese a su amigo [Gonzalo Pizarro], y lo ayudase a subir en él; y que juntamente le diese la victoria de una batalla tan importante como aquélla, que pocas hazañas ha habido en el mundo semejantes. Este blasón y trofeo tomaré para mí, por ser la honra y fama cosa tan deseada y apetecida de los hombres, que muchas veces se precian de lo que les imputan por infamia; que *no faltará quien diga que fué contra el servicio del rey, a lo cual diré yo que un hecho tal, en cualquiera parte que se haga, por sí solo, sin favor ajeno, merece honra y fama.*
>
> *Historia general del Perú,* lib. V, cap. XXIII

LAS ideas brotan en momentos de exaltación, en defensa de la honra de su padre, unidas a recuerdos dolorosos, que tanta importancia tuvieron en su vida: por creerse que el capitán Garcilaso salvó la vida de Gonzalo Pizarro en la batalla de Huarina, y que le dió así victoria contra el rey, el Consejo de Indias denegó ciertas mercedes que el Inca solicitaba para él y para su familia. Mas no porque su tono sea exaltado puede creerse que se trata de ideas ocasionales. El texto es tan valioso que merece análisis detenido.

Cierto es que el Inca llega a decir que los grandes hechos, aun cuando fuesen contra el rey, merecen todo honor; pero lo dice luego de dar por hipotética verdad algo que él cree que es falso: que en efecto su padre le hubiera salvado la vida a Gonzalo al principiar la batalla. En el ejemplar de Gómara que poseyó el Inca, conservado hasta hoy, pueden verse espontáneas anotaciones, escritas de su puño y letra, en las que desmiente esa versión de la batalla de Huarina. No hay duda, pues de que Garcilaso era sincero al desmentir a Gómara —y con él al Palentino— en las páginas de su *Historia general del Perú.* ¿Podrán, pues, tomarse en serio, esas ideas sobre la honra ganada contra el rey?

Por otra parte vemos que esas frases son parte de una paradoja. Toma lo que es baldón, a mucha honra; insiste, sarcástico, en que tanto gustan los hombres de la honra, "que muchas veces se precian de lo que les imputan por infamia"; y luego, ya en franca paradoja, prueba que este preciarse de infamias puede sostenerse con muy serias razones. ¿No es todo una paradoja, sin más importancia que su amargura?

Parece difícil, sin embargo, que no sea más que eso. La intención del Inca, declarada por él mismo, es demostrar que su padre, aun cuando hubiese salvado la vida de Gonzalo, era digno de respeto por el gran esfuerzo que esta acción requeriría. Usa para ello de paradojas, pero en toda paradoja hay siempre un elemento de verdad. Aquí lo paradójico es el planteamiento del asunto; la solución, con toda su fuerza probatoria, es lo verdadero: un hecho tal que por sí solo merece honra y fama.

Lo que en realidad ocurre es que la ocasión ha hecho aquí al ladrón. Esas ideas, atrevimiento mayúsculo, son parte que concuerda con todo el pensamiento del Inca, desperdigado a través de su obra. Ha bastado un momento de intensidad efectiva como éste, para que el Inca, sólo por un instante, nos revele lo que piensa y calla. El momento emocional provoca la expresión de su pensamiento; pero a la vez que lo disimula en paradojas no carentes de dramatismo, lo presenta como puras explosiones de hombre indignado y herido. Hay más, sin embargo; porque esas ideas, repetimos, se relacionan con otras muchas, unas acerca del honor que ya hemos visto, otras sobre el concepto jurídico y social del rey, que aparecen repetidamente en sus escritos. Y por si ello no bastase, advirtamos que en otro lugar, casi sin duda, vemos huella de las mismas audaces ideas.

Vencido el rebelde al rey Francisco Hernández Girón, lo desamparan sus soldados y cae preso. Pero hay dos que unen su suerte al rebelde: su cuñado y Gómez Suárez de Figueroa, tío del Inca. No tiene reparo en mencionarlo; antes bien, el Inca presenta los hechos de modo que la lealtad de su tío a Girón sea lo que impresione: "lo cual visto por los de Francisco Hernández, se pasaron todos, que no quedaron con él sino dos solos: el uno fué su cuñado fulano de Almaraz, y el otro un caballero extremeño llamado Gómez Suárez de Figueroa". De su parentesco con éste nos habla en otro lugar: "Gonzalo Pizarro, cuando supo que se había ido Garcilaso, le pesó mucho, pero mostró no sentirlo por no desmayar los suyos. Y topándose con un primo hermano de mi padre que se decía Gómez Suárez de Figueroa, le dijo: Garcilaso se ha ido, ¿paréceos que queda bien librado si vencemos?"

Ni siquiera le era necesario al Inca confesar explícitamente su parentesco: Gómez Suárez de Figueroa se llamó él mismo por verdadero nombre, que usó hasta llegado a edad adulta, y que en Córdoba sabían que era el suyo cuando escribía esa

historia: en muchos protocolos notariales hechos en esa ciudad, incluso en su testamento, aparece como "García Laso de la Vega, que por otro nombre me solía llamar Gómez Suárez de Figueroa". Suárez o Juárez, apellido de la casa del conquistador Garcilaso, era también en el que llevaba su manceba, la madre del Inca, Chimpu Ocllo por nombre indígena e Isabel Suárez por nombre cristiano. Y en fin, el elusivo "un caballero extremeño", refiriéndose a su tío, es también un elogio de la calidad de la persona, elogio que hace de quien fué traidor al rey. Ahora bien: que no excusase mencionarlo, a pesar de que fué rebelde tan empecinado que ni por salvar su vida volvió al bando real, señala claramente que el Inca presenta este acto como digno de aprecio. En todas las rebeliones que narra muestra especial repugnancia por la deslealtad, por aquel continuo pasarse de un bando a otro al grito de ¡viva quien vence! Nombrar elogiosamente a su tío como uno de los dos que fueron fieles a Girón hasta el fin —el otro, subraya, cuñado del capitán rebelde—, no puede mirarse más que como franco elogio, cuya fuente es la misma del texto anterior: "un hecho tal que en cualquiera parte que se haga, por sí solo, sin favor ajeno, merece honra y fama".

No se trata, pues, de cosas sin importancia; no son cosas de pura exaltación, ni meras paradojas. Es actitud acorde con la que él mismo tiene cuando juzga a otros heroicos rebeldes. Por otra parte, hay serias razones para pensar que su concepto del rey ha largamente madurado. En la *Florida,* escrita varios años antes que la *Historia general,* trata severamente a los reyes tiranos. Al señalar estos juicios, José de la Riva-Agüero los presenta como censuras a la política de Felipe II en la revuelta de Aragón, a raíz de la fuga de Antonio Pérez. Habla el Inca de los soberanos que, violando "las leyes *y fueros* de sus reinos, y sin respetar su propio ser y grado... y con menosprecio de la fe jurada y prometida (cosa indigna de tales nombres), sólo por vengarse de sus enojos, entregaron los que no les habían ofendido por haber los ofensores, dando inocentes por culpados: como lo testifican las historias antiguas y modernas, las cuales dejaremos por no ofender oídos poderosos y lastimar los piadosos". Y luego, refiriéndose al cacique Hirrihigua, cuya generosidad dió pie al comentario: "baste representar la magnanimidad de un infiel para que los príncipes fieles se esfuercen a le imitar, y sobrepujar si pudieren; no en la infidelidad, como lo

hacen algunos indignos de tal nombre, sino en la virtud y grandezas semejantes, a que por la mayor alteza de estado que tienen están más obligados". Es significativa la interpretación de este pasaje que trae la *Tabla de cosas notables* de la edición de 1723, hecha seguramente por el historiador Andrés González de Barcia (Gabriel Daza de Cárdenas por seudónimo): "Fe y seguro quebrantado daña la honra".

Riva-Agüero señala además otras censuras a Felipe II, en las que Garcilaso parece referirse al rigor que se usó para reprimir la insurrección de Flandes: "Para que los príncipes, reyes y monarcas adviertan... y se recaten de no permitir que se hagan leyes tan rigurosas, ni elijan jueces tan severos que obliguen y fuercen a sus vasallos y súbditos a que les pierdan el respeto, y nieguen la obediencia que les deben, y a que busquen y pretendan otros príncipes que les manden y gobiernen". Y acentuando su justificación de las sublevaciones, prosigue: "pues por las historias divinas y humanas, antiguas y modernas, tenemos larga experiencia que ningún reino se rebeló contra su rey por buen tratamiento que le hiciese, sino por su aspereza, crueldad y tiranía, y demasía de pechos y tributos". Carlos Daniel Valcárcel cree ver animadversión contra Felipe II en las dedicatorias de la *Florida* y los *Comentarios* al duque y a la duquesa de Braganza, Catalina, que en cierta famosa ocasión rechazó la mano de Felipe.

Hubiese o no alusiones directas a éste —que lo cierto parece sí las hubo—, el hecho es que Garcilaso se permite juzgar con mucha acritud ciertas acciones de los reyes, poniendo sobre ellos, sobre su valor jurídico y social, los valores morales. Es que Garcilaso se define aquí, manifiestamente, acerca de un importantísimo problema, muy debatido durante el Renacimiento, la doctrina de la *razón de estado.*

Sabido es que, según Maquiavelo, Guicciardini y otros teóricos de la política, el rey, representante del bien común del estado, tiene un poder absoluto que le permite pasar por encima de los derechos individuales. Inclusive, según Maquiavelo, puede faltar a sus compromisos cuando lo que pretende es el beneficio de la nación. Dentro de la polémica que esta doctrina despierta en toda Europa, se elevan en España las voces de dos ilustres historiadores: el padre Rivadeneyra y el padre Mariana; el uno, en su *Tratado del príncipe cristiano,* el otro en *De rege et regis institutione.* Ambos contradicen a Maquiavelo partiendo

del principio de que los derechos de la persona son inalienables, del principio de la dignidad del hombre. Idea que, a más de ser de vieja tradición, es también evidentemente renacentista, tanto como la doctrina de la razón de estado, pues es parte del espíritu individualista propio de la época. Y el Inca, precisamente, participa de ese individualismo en grado extremo. Lo dice el mismo espíritu del pasaje ya mencionado: un hecho heroico del individuo es meritorio aun cuando sea contra la sociedad.

El Inca parece conocer muy bien los problemas de la razón de estado. No sabemos si leyó a Maquiavelo. Leyó, sí, a Guicciardini, y lo cita en sus escritos; tampoco si conoció directamente las obras de Mariana y Rivadeneyra, con cuyas ideas coincide en muchos puntos. Al menos, por su amistad con los jesuítas, es de suponer que tuviese noticias de las doctrinas de esos dos célebres historiadores, que conmovieron a España por aquellos tiempos. Es posible también que tales coincidencias se deban a una fuente común; ella podría ser la obra *De regis institutione et disciplinae,* de Jerónimo Osorio da Fonseca, que el Inca parece que poseyó y circulaba mucho por entonces.

Hay otro pasaje en que el Inca censura abiertamente la razón de estado. Al referir una desleal astucia de Valdivia, conquistador a quien Garcilaso siempre alaba calurosamente, dice que fué una "hazaña semejante a otras que hoy se usan en el mundo, a que los ministros del demonio dan color con la nueva enseñanza que han inventado, llamada razón de estado".

Vemos, pues, que si el Inca considera que las proezas realizadas en rebeldía contra el rey son dignas de honra, es porque considera, por encima de todo, el valor de la persona humana individual. Es por esto, también, por lo que censura enérgicamente la doctrina de Maquiavelo. El Inca, coincidiendo con Mariana, niega, aunque tácitamente, el origen divino del rey. Con todo, pese a conocerse la audaz ideología de la época, sorprende el valor con que se permite justificar el heroísmo contra el rey. En la sociedad monárquica de entonces, no lo olvidemos, el rey era la sociedad misma. Llega así el Inca a algo a que nadie había llegado hasta entonces, y aun mucho después. Gran revuelo provocó Mariana al considerar lícito el homicidio de tiranos; pues bien: es un homicidio que se comete en nombre del bien común. Pero el Inca alaba algo contrario al bien

común. Sólo un hombre solitario, alejado del mundo y desengañado de él, pudo pensar en cosas semejantes.

El rey en Indias

CUANDO en la historia de España nos hallamos con un hecho insólito, y ese hecho proviene de un indiano, aunque el indiano sea del siglo XVI, nada más lógico que volver a América con la pregunta. Y en efecto, dos cosas hay en la vida del Inca que pudieron alimentar conclusiones tan atrevidas. Una, de la época de su llegada a España; la otra, al parecer decisiva, el clima espiritual que respiró en América, dentro del cual creció y en el cual aprendió a pensar. Primero, su desengaño en la corte al pedir mercedes por los servicios de su padre; el Inca cree que el rechazo sufrido fué injusto, y lo doloroso de la impresión que le produjo se echa de ver en repetidas alusiones a través de toda su obra; los ataques a Felipe II arriba mencionados pueden servir de ejemplo. Segundo: la rebelión de Gonzalo Pizarro, la más importante tentativa de la época hecha por una comunidad de españoles para independizarse de la corona. Vemos ahora, nuevamente, la influencia de América en los conceptos sociales del Inca. Porras Barrenechea subraya que el Inca es el único cronista que no sólo disculpa a Gonzalo Pizarro, sino que tiene la audacia de elogiarlo; asimismo demuestra simpatía por otros grandes rebeldes contra el rey, como los Contreras, sublevados de Tierra Firme, y en particular por el *demonio de los Andes,* Carvajal, a quien llama "bravo soldado y gran capitán".

El proceso de la sublevación de Gonzalo Pizarro muestra cómo fué apareciendo, paulatinamente, la idea de una rebeldía absoluta: Gonzalo se presenta como libertador de las tiranías de Núñez Vela, el primer virrey. Conforme aumenta su poder surgen las primeras insinuaciones, de parte de Carvajal y el oidor Cepeda. Ambos se deciden a negar la legitimidad de la soberanía del monarca español. Pero el propio Gonzalo nunca se atrevió a tanto, porque al llegar a la absoluta deslealtad al rey era amargo y difícil para un soldado. Era un proceso como el de las herejías, con retrocesos y avances. Era época de confusión y alboroto, en que ningún hombre encontraba base segura para mantenerse, sin peligro de vida, en una línea de conducta fija. Todas las ideas éticas y sociales estaban sujetas, por nece-

sidad, a permanente inestabilidad. Carvajal, como los pícaros de que habla Américo Castro, significa en su propia vida una terrible y sarcástica revisión de la moral y costumbres de su tiempo. Este fué el mundo de la niñez de Garcilaso, y la deslumbrante figura del cruel Carvajal lo seduce tanto, que no puede menos de ser imparcial con él —imparcial admirador— y asumir la defensa de sus actos, pese a que fué mortal enemigo de su padre. Actitud muy diferente a la del cronista Gutiérrez de Santa Clara, con Garcilaso, el que más datos trae sobre Carvajal.

Que la rebelión de Gonzalo contra el rey encontró eco propicio en América, nos lo dicen en primer lugar las conexiones que tuvo en el Paraguay, de que trata Ulrico Schmidl; luego, otras dos insurrecciones, si bien de menor importancia: la de los Contreras en Nicaragua y la conjuración de Martín Cortés en México. Esta última, ahogada antes de nacer, parece haber tenido importancia doctrinal, pues, según cuenta Suárez de Peralta, contó con el apoyo de teólogos. Pero a los viejos soldados no dejó de repugnarles el desacato de Gonzalo; era hecho inusitado, que no todos miraban por igual. Por eso Bernal Díaz antepuso México a la Nueva Castilla, "porque bien sabemos que en las cosas acaecidas del Pirú, siempre los capitanes y gobernadores y soldados han tenido guerras civiles, y todo revuelto en sangre y en muertes de muchos soldados; y en esta Nueva España tenemos, y tenemos para siempre jamás, el pecho por tierra, como somos obligados a nuestro rey y señor". Olvidaba quizás Bernal la reciente conjura del marqués del Valle, a que él mismo se refiere en otro lugar.

Este intento peruano de emancipación constituyó, pues, una importante experiencia. La lealtad al rey venció, la vida social pudo restablecerse lentamente; pero el recuerdo de que la soberanía del monarca español en América pasó, de hecho, a materia de disputa, estuvo vivo por muchos años. De allí el cuidado que tuvieron los virreyes Hurtado de Mendoza y Toledo por reducir a los últimos Incas, Sairi Túpac y Túpac Amaru, refugiados en las montañas de Vilcabamba; de allí también su recelo contra soldados y conquistadores. De allí, sin duda, las altivas ideas del Inca en materia de realeza.

Observaciones finales

Las lecturas humanísticas del Inca no bastan para explicar, por sí solas, la libertad de juicio de este recién llegado a Europa. Aun cuando es indudable que Garcilaso se apoya en ellas —hasta el punto de que parecería imposible que, sin esta base previa, hubiese llegado a conclusiones como la de separar el honor del rey—, el tono afectivo con que las expresa muestra que su pensamiento está relacionado con su propia vida, personal y de americano. Su defensa de Almagro y Pizarro, tachados por su bastardía, llega a encenderse hasta usar violentamente de la paradoja cuando replica: "no se sabe de qué linaje, mas sus obras tan hazañosas y generosas dicen que fué nobilísimo". Es, no cabe dudarlo, la defensa de la nueva nobleza americana hecha por un americano que supo cómo se ganó esa nobleza, y que por sí mismo sabía, de un modo u otro, qué significaba la sangre de quien para los incas era inca, y para los españoles un bastardo. Si Garcilaso se permite criticar abiertamente al rey es porque se llevó del Nuevo Mundo el recuerdo de un país de infortunios, sacudido incesantemente por luchas intestinas. Por eso dirá que "tenemos larga experiencia que ningún reino se rebeló contra su rey por buen tratamiento que le hiciese"; por eso querrá ser indulgente con Gonzalo Pizarro y Francisco de Carvajal. Y el indulgente con estos rebeldes será el mismo que defienda el valor de los grandes hechos, por encima de la lealtad a la corona.

Surgen sus ideas con vivacidad y calor de polémica, pero articulándose armónicamente. Aparecerán desperdigadas por todo el curso de su historia, y un tanto al desgaire, pero cargadas de intención y llevando en sí el sabor de la entraña humana de que nacieron. Además, puede verse, poseen un vigor lógico innegable; de ningún modo hay esa ingenuidad y falta de sentido crítico que algunos creen ver, todavía, en la obra del Inca.

Y estas ideas, en que tanto insiste Garcilaso, no aparecen aisladas en sus escritos. El tema honra-rey está ligado a censuras a la razón de estado; el atribuir la honra a la virtud y no a la fama, el considerar que no basta la sangre para que haya nobleza, se incluyen en la reflexión de cuestiones éticas más amplias: vanidad de los bienes del mundo, felicidad en el cumplimiento de su propia vocación (de nuevo aquí reminiscencias de León Hebreo: "los bienes exteriores deben depender del destino, la felicidad debe depender del hombre"). Y el tono de alguno

de esos pasajes, por ejemplo aquel en que con cierta amargura pone su honra en su oficio de escritor, es el mismo del desengaño del mundo que en Garcilaso, al igual que en las grandes figuras del XVII español, es raíz que nutre importantes ideas y que engendra un motivo continuamente repetido, el de "cómo paga el mundo". Tal abundancia de preocupaciones, centradas claramente en un punto, en lo ético, y desarrolladas con audacia y vigor, nos revela un Inca Garcilaso cuya riqueza espiritual no se queda en los hechos que narra, sino que les infunde un hondo sentido teórico y poético, poético en cuanto la poesía es, como la historia, contemplación del destino humano. Riva-Agüero, el crítico que reivindicó la veracidad de las afirmaciones históricas del Inca, habla de la "evidente ingenuidad" de un escritor que, sin embargo, él mismo llama "prudente y reservado", de un escritor que trata su materia "con una discreción infalible y un buen gusto nativo"; y añade que, en Garcilaso, la materia poética se halla dispuesta de acuerdo con una "inspiración de suavidad continua, que arregla los contrastes, previene los descensos, agrupa y distribuye reflexivamente las citas". Este cuidado del Inca por quitar los andamios una vez hecha la obra, ha ocultado la íntima conexión de muchas lúcidas ideas, nada ingenuas por cierto, que, aunque parecen unidas al hecho ocasional que relata, obedecen a una orientación ética definida. Y a un afán de vislumbrar las más hondas leyes de la conducta humana, que sitúa al Inca Garcilaso en la estirpe de los grandes historiadores.

"BOLIVAR, EL IDEAL PANAMERICANO DEL LIBERTADOR"

COMENTARIO A UN LIBRO DE FRANCISCO CUEVAS CANCINO

> Al desaparecer en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de América. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión.
>
> Bolívar.

Cuenta Víctor Raúl Haya de la Torre, en su libro "¿A dónde va Indoamérica?", que en cierta oportunidad interrogó a un negrito dicharachero de Panamá sobre lo que entendía por Panamericanismo. El alegre y socarrón moreno respondióle: "Panamericanismo es un pan que se lo comen los americanos". La anécdota viene a colación del último libro de Francisco Cuevas Cancino intitulado *Bolívar* y subtitulado *El Ideal Panamericano del Libertador* (Fondo de Cultura Económica —Tierra Firme— 1951). Importa recordar que si, etimológicamente, panamericanismo comporta un concepto de totalidad americana en cambio, políticamente, su enunciado y aplicación han estado ligados, casi en forma exclusiva, a los discursos y escritos provenientes de los Estados Unidos de América, donde empezó a usarse el vocablo en la penúltima década del siglo XIX, con ocasión de la primera conferencia de los Estados Americanos en Washington. La influencia europea en la creación del término es innegable, si se recuerda que muchos años antes en el Viejo Mundo se usaban las palabras de panhelenismo y paneslavismo, de las que también nació —por analogía y con posterioridad— el tremebundo pangermanismo, de infelice memoria. Pero el justo repudio que la voz "panamericanismo" ha encontrado en Hispanoamérica no proviene de disquisiciones etimológicas ni semánticas, cuanto de que su empleo estuvo ensamblado con la nefasta diplomacia del dólar, con el imperialismo yanqui, con la intervención de los Estados Unidos en nuestros pueblos. De ahí, también, que su uso haya ido desapareciendo

paulatinamente, magüer en alguna sobremesa, oficialista y sajona, aun se le pronuncie en medio de comprensibles calofríos de los comensales hispanoparlantes. Por ello, estamos en profundo desacuerdo con la utilización, máxime para un subtítulo, del epígrafe *El Ideal Panamericano del Libertador*, ya que se introduce un calificativo que el propio Bolívar desconoció y quien, de haberse prefigurado la peripecia del término, lo habría proscrito con ayuda de su genial intuición. Y, a la postre, no es Cuevas Cancino el responsable del infundio sino, más bien, la Sociedad Bolivariana de Venezuela que, al convocar a un concurso continental, señaló como tema: *El Ideal Panamericano del Libertador. Su desarrollo, evolución e influencia*, concurso en el que triunfó el autor del libro que comentaremos, salvado el escollo político que apareja la simple lectura de la palabra "panamericanismo", a la que deseamos la más benigna de las muertes.

Libro interesante, con calidades de acarreo y acopio, este *Bolívar* de Cuevas Cancino está dividido en tres partes: *El Ideal Bolivariano, El Internacionalismo de Bolívar* y *La influencia del Libertador*. El autor se adentra, en la primera, en el bosquejo biográfico de su protagonista, con virtud de preludio, para adelantar conclusiones documentales de los principios bolivarianos y preparar el escenario en el que irán desfilando, en enjundioso análisis, los pensamientos políticos del ilustre caraqueño. Incurre en cierta ligereza cuando en las páginas iniciales afirma: "Bajo el reinado de los Austrias, miembros de familia de alta alcurnia, de larga experiencia burocrática e integridad intachable gobernaron los dominios americanos con raro acierto" *(sic)*, pues es de todos conocido el hecho de que, precisamente, bajo el reinado de los Austrias se cometieron en Sudamérica los más violentos atropellos y despojos, entre los que no faltaron ni el asesinato individual de algún egregio príncipe aborigen, ni la barbarie colectiva del tipo de la mita y encomienda. En cambio, cuando enfoca y comenta con acierto indudable la Carta de Jamaica, a la que dedica el capítulo "La Epístola Genial", su estilo y su visión adquieren limpieza, fuerza de convicción y calidad expositiva en las que se palpa su compenetración con los ideales de Bolívar, fruto de largo y meritorio estudio. Es procedente, sin embargo, en este análisis capitular, hacer una aclaración vinculada al Perú. Dice Cuevas Cancino, tomando como base expresiones bolivarianas de diferente intención: "El oro que todo lo corrompe, y los esclavos, son los grandes enemigos de la libertad en el Perú, donde los americanos cooperan contra sus propios hermanos. . ." Esta afirmación, culpable de superficialidad, muestra poco conocimiento de la gesta libertaria del país de los incas. Sin aclarar los verdaderos alcances de la

censura de Bolívar, dirigida contra los miembros de una aristocracia corrompida que aún en el Perú de hoy detenta el poder político, el autor lanza un ataque injusto y distante de la realidad histórica. Porque si se evoca la participación que le cupo al pueblo peruano en la independencia de América no es posible, de un lado, generalizar alcances limitados y, de otro, silenciar los gloriosos movimientos libertarios de Tupac Amaru, de abolengo incaico, que por su alzamiento contra el poder español fué descuartizado públicamente, a la vista de su esposa e hijos. Ni tampoco es posible olvidar la insurrección de Pumachaua que levantó contra la corona de España a millares de peruanos y que murió batallando por la independencia; así como también fué fusilado, después de sangrienta batalla de Humachiri, en 1814, el poeta Mariano Melgar, una de las más brillantes y hermosas figuras de la libertad y de la inteligencia sudamericanas. Habría también que mencionar los nobilísimos esfuerzos de Zela, el martirio de Olaya y de tantos otros prohombres de la independencia peruana que, al precio de su vida, encendieron y proclamaron sus ideales de hombres libres. No se venga pues con "el Perú, donde los americanos cooperan contra sus propios hermanos". Lo que sucedió, históricamente, era que el Virreinato del Perú —que junto con el de la Nueva España eran los más importantes de América— constituía un bastión del ejército realista, y en su territorio la vigilancia inquisitorial y el poderío castrense dificultaban la consumación de los planes de independencia. Para libertar las tierras del milenario Tawantinsuyo fué preciso, además del aporte militar de sus hijos, que fué amplio y generoso, la conjunción de las fuerzas de los dos insignes gonfaloneros de la libertad americana, San Martín y Bolívar, quienes vieron claramente que mientras Perú fuera el principal baluarte colonial de España, en esa zona del continente, era absurdo pensar en el triunfo de la libertad en Sudamérica. De ahí, también, que las más importantes batallas (Junín y Ayacucho) que sellaron, efectivamente, la independencia general tuvieron que realizarse en suelo peruano. El desconocimiento de ciertas etapas históricas de un pueblo no es motivo para constreñir citas, como la que hemos mencionado, las que mucho menos pueden endilgarse globalmente a la pluma de Bolívar, sin antes efectuar los alcances necesarios en orden a evitar la tergiversación del concepto.

Es notable el enfocamiento del autor sobre los prolegómenos y las consecuencias, para el Derecho Internacional americano, del Congreso de Panamá. La genial visión del Libertador, que se adelanta un siglo a la mentalidad de sus contemporáneos, es claramente perceptible a lo largo de las páginas dedicadas a esta iniciativa bolivariana. "El cuerpo

político, cuyo bosquejo ya había sido hecho en Jamaica, aparece como lo que en realidad es: organismo superestatal que coordine los esfuerzos americanos y evite las fricciones que podrían convertirse en peligrosas". La importancia de aquella reunión es de primerísima trascendencia para la historia de América, sobre todo, en lo que respecta a la elaboración de un Código de Derecho Público, a fin de reglamentar las condiciones de vida para los pueblos de nuestro continente. Contrarrestando la unilateral e interesada declaración del Presidente Monroe, el Congreso de Panamá convino en defender la integridad territorial hispanoamericana y prometió emplear con este propósito su fuerza común. En el aspecto humano, y a instancias de Bolívar, los congresales acuerdan proscribir la esclavitud de sus territorios y, lo que es de gran importancia, se enunció que los gobiernos democráticos son esenciales a la fisonomía política de América y, por consiguiente: "si alguno de ellos se apartara de esta norma quedará excluído de la Confederación y sólo podrá ser readmitido por el voto unánime de los componentes".

La segunda parte de la obra, dedicada al internacionalismo de Bolívar, nos ha traído el recuerdo de los atentados perpetrados por Bustamante y Odría, en el Perú, contra los miembros del Aprismo, partido que ha hecho suyos los postulados bolivarianos de la unidad continental. Pues bien, el Apra y todos sus afiliados (350,000 votos en las últimas elecciones libres) fueron puestos, dictatorialmente, "fuera de la ley", alegándose como única causal que el partido era *internacional.* Desde el punto de vista jurídico, esta sección es la más interesante de la obra de Cuevas Cancino, quien estudia con abundancia de conceptos, aunque en forma casi dogmática, como lo reconoce el propio autor, la visión del Libertador sobre el derecho de gentes. Es muy interesante la noción bolivariana del Estado, por su actualidad y profundo sentido democrático. Para Bolívar no es soberano un Estado que está sujeto a la tiranía de un hombre o de un gobierno, pues en estas condiciones el pueblo ni puede satisfacer sus necesidades ni tiene organismos representativos que expongan sus puntos de vista, en materia de política nacional e internacional. "De aquí puede deducirse una nueva teoría sobre el reconocimiento, y en verdad no deja de ser consecuencia lógica de su pensamiento (del de Bolívar) la afirmación de que sólo debe reconocerse a Estados soberanos; éstos únicamente son aquellos donde la democracia existe, donde el pueblo ejerce sus prístinas facultades". Entrañable esperanza bolivariana que sólo una minoría de países ha puesto en práctica contra las ominosas tiranías que, hasta la fecha, constituyen una vergüenza para la conciencia jurídica de América.

En el internacionalismo de Bolívar insurge, como premisa fundamental, la concepción de la igualdad de los pueblos americanos, la que prácticamente quedó establecida, aun con la participación de las monarquías de México y Brasil, forma de gobierno tan antitética de los principios irreductiblemente republicanos del Libertador. Pero hubo una excepción en la luminosa anfictionía de Bolívar: los Estados Unidos de América. La causa de esta separación puede hallarse en la potencialidad económica y militar del poderoso vecino, que ya entonces era percibida por el insigne caraqueño, y en su proclividad por la intervención en la vida de nuestros pueblos. La triste realidad histórica dió toda la razón a esta inicial exclusión de Norteamérica, del panorama interamericano de Bolívar. Las trágicas experiencias de México, Cuba, Santo Domingo, etc. no hicieron sino confirmar los fundados temores del Libertador, temores que recién con el segundo Roosevelt empezaron a desaparecer, aunque con su muerte nuevamente se ha alzado un gigantesco signo de interrogación delante del destino de nuestros pueblos.

Era lógico que el *errare humanum est* apareciera en algún resquicio de la monumental arquitectura jurídica del Libertador. Ello sucedió con su negativa a conceder la extradición a los delincuentes políticos. Estos no tuvieron para él "un carácter especial; débese, por el contrario, atacarlos con más energía que a los del orden común". Tan absurda tesis puede explicarse en función de las circunstancias bélicas y de la pasión por la libertad, que nunca abandonó a Bolívar. Es comprensible que quien proclamó la guerra a muerte contra los realistas y secuaces se negara a que ellos obtuvieran amparo de ningún género, pues pensó que de esta suerte quedaría garantida la independencia americana. Pero el Libertador no columbró, aunque tuvo razones para hacerlo, el desgarramiento intestino, el fratricidio consuetudinario, las tiranías criollas que llenarían de sangre el escenario indoamericano hasta nuestros días. En este aspecto, cabe subrayar que el Congreso mexicano y el Congreso de Panamá, con dignidad y visión, negaron su apoyo a la petición bolivariana, negativa que fué justa y plena de acierto, pues con ella se evitaron infinidad de crímenes e injusticias posteriores, secuela congénita de los gobiernos antidemocráticos.

En la tercera parte del libro, es criticable negativamente la sobreestimación que hace de la teoría de Carlyle, sobre los héroes, tan grata a Cuevas Cancino, y tan unilateral desde un punto de vista de interpretación histórica. Pero, de otro lado, tiene méritos trascendentales el estudio comparativo que formula el autor entre los ideales bolivarianos y las conclusiones posteriores emanadas de las Conferencias Interamericanas y de Cancilleres americanos, cotejo del cual el lector extrae la

conclusión de que el pensamiento polifacético de Bolívar previó casi todo el porvenir político del continente, en cuanto a la progresiva elaboración de un sistema de relaciones americanas. Por ejemplo: Bolívar opinó que la asamblea interamericana debería tener un organismo, con poderes judiciales, encargado de la aplicación de la justicia contenida en los principios de nuestro Derecho Internacional. Y, en efecto, en la Conferencia de Buenos Aires y, sobre todo, en la de Lima, se presentó un proyecto de fundamental importancia por el que se acordaba la creación de un Tribunal Interamericano de Justicia. Precisamente, hace pocos días, hemos leído un enjundioso estudio del distinguido jurista cubano Francisco Loriet Bertot, en el que afirma: "El infortunado fallo de la Corte Internacional de Justicia, dictado en la controversia surgida entre Colombia y Perú con motivo del asilo diplomático del líder político Raúl Haya de la Torre, ha suscitado, debido a sus términos ambiguos y contradictorios, una apasionada polémica y exhumado, situándolo de nuevo en el plano de la actualidad, el antiguo proyecto de establecer en América un órgano permanente de justicia continental". Y más adelante añade: "Ante todo subrayamos que en esta idea, como casi toda la doctrina interamericana, está en germen el pensamiento de Bolívar, en cuyas proyecciones universales encontramos las bases del Derecho Público americano y la concepción moderna de la comunidad jurídica de naciones, como instrumento de solidaridad humana y convivencia pacífica para la realización del derecho y la justicia".

Finalmente, como ejemplo antológico de la perspectiva bolivariana, y del estudio de su exégeta Cuevas Cancino, citaremos el anhelo del Libertador de permitir la intervención *colectiva* de los Estados de América, para proteger la democracia y la libertad de cada Estado, porque todos deben estar "interesados en conservar la soberanía de cada nación y de cada pueblo". Este principio de la intervención —sólo en forma colectiva y en casos específicos— tan rechazado inicialmente, por el recuerdo de los abusos norteamericanos, volvió a adquirir vigencia y actualidad incontrastables cuando el digno canciller uruguayo, Rodríguez Larreta, en 1945, dirigió una nota circular a las naciones americanas especificando que el principio de NO intervención por ningún motivo debía amparar ilimitadamente "la notoria y reiterada violación por alguna república de los derechos elementales del hombre y del ciudadano y el incumplimiento de los compromisos libremente contraídos, acerca de los deberes internos y externos de un estado que lo acreditan para actuar en la convivencia internacional". Y aunque no es del caso adentrarnos en los pormenores del poco éxito que, hasta hoy, han tenido tan notables enunciados, creemos que la doctrina intervencionista

de Bolívar, exhumada por Rodríguez Larreta y perfeccionada por el fundador del Aprismo, tendrá que ir adquiriendo categoría de principio normativo interamericano, si se pretende hacer de este continente solar de dignidad y ejemplo de libertad y justicia. Y ya es significativo que en la obra póstuma, "Introducción a la Filosofía del Derecho", del gran jurista germano Gustav Radbruch (Fondo de Cultura Económica, 1951) se puedan leer conceptos tan avanzados como éste: "Los delitos contra lo humano son concebidos como delitos contra la humanidad en conjunto: aun en los casos en que se perpetren contra los súbditos de un país o contra una persona sin nacionalidad, surge un *derecho internacional de intervención* y, sobre todo, el derecho de sustanciación de estos delitos por medio de tribunales internacionales. La humanidad entera asume una garantía solidaria en cuanto al carácter humano de conducirse el Estado en cada nación". Y esa ha sido una de las consecuencias o conclusiones que se han obtenido del proceso de Nurenberg, cuyo valor histórico encierra, para el desaparecido catedrático de Heidelberg, varias ideas trascendentales, entre las que cita la siguiente: "*Con el derecho internacional de intervención* y la jurisdicción internacional sobre los crímenes contra la humanidad se ha dado un paso más del Derecho Internacional hacia el Derecho Universal, hacia la conciencia de que los delitos de lesa humanidad, aunque se cometan contra connacionales, competen a la humanidad entera". Conceptos que significan una universalización del principio bolivariano de la intervención, que a la postre tendrá que aceptarse en todo el mundo.

Aunque no está dentro de nuestra sensibilidad efectuar críticas gramaticales, queremos suplicarle a Cuevas Cancino que, en la segunda edición de la obra, que no dudamos aparecerá muy pronto, suprima los numerosos galicismos que se han deslizado en la primera. Atenta contra el buen gusto encontrar, por doquier, aquellos pedestres y periodísticos "tener lugar", "llevarse a efecto", "llevarse a cabo", etc. Tampoco está por demás insistir acerca de la necesidad de una correcta concordancia, sobre todo después de haber leído, en la página 129, "En el alma del esclavo florecen defectos que, dentro de su situación son *cualidades;* y el cambio o desconocimiento de *éstos...*". Y aunque pretendemos creer que se trata de un yerro tipográfico, no podemos ocultar la sorpresa que nos ha causado la lectura de: "puede *tener lugar con o sin* derecho" (pág. 210), cuya responsabilidad escapa a la víctima propiciatoria, en este caso el indefenso linotipista.

Por lo demás su estilística, sin poseer un brillo o riqueza notables, tiene la cualidad de llegar a la mente del lector común, con claridad

expositiva y bien interpoladas citas, principalmente, del Libertador. Todo lo cual, unido a los méritos ya mencionados, hacen de esta obra un estimable esfuerzo por difundir los ideales, siempre vigentes, del inmortal Simón Bolívar, acorde con sus últimos deseos: "Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión". Francisco Cuevas Cancino ha cumplido con amplitud.

Gustavo VALCARCEL.

Dimensión Imaginaria

CANTO AL UNO ESENCIAL

Por *Carlos SABAT ERCASTY*

He tomado esta vieja copa de la Tierra,
y en la esfera de su cavidad
he bebido el licor de la locura.
Puedo cantar ahora, hermanos,
ahora que la embriaguez corre por mis venas
como el fuego derretido de los volcanes.
He tomado el ánfora sombría,
y con mis manos de brasas
he exprimido las viñas de las estrellas.
El vino místico empurpura el fondo de la noche,
y mis labios beben hasta la locura.
¡Vedme,
contemplad al bebedor de los infinitos!

Decid a la Luna
que su cuerpo de marfil y nieve
se ha cubierto de púrpura flamígera
en el incendio de mis ojos.
Decid al espectro de la muerte
que las rosas de la carne saltan desde su ceniza.
Decidles a la tristeza y al hastío,
que sus lámparas pálidas y grises
arden bajo la alegría de fulgurantes delirios.
Decidle a la locura inmensa
que su raíz ebria y vertiginosa
bebe una locura, más grande todavía,
en la copa de mi corazón.

Sólo debe cantar el que está ebrio dentro de su ser,
el que puso sus labios en el borde de los mediodías
y sorbió el néctar de la luz.
Desde la aurora hasta el crepúsculo
bebí la copa cósmica de los colores divinos.
Desde el crepúsculo hasta la aurora,
bebí la sombra hiperfísica en la música de los mundos.

Todos los ríos de la Tierra
hierven en el relámpago de mi boca.
Las olas de los océanos caen en mi pecho
y se evaporan sobre los soles de mi sangre.
De sólo mirar la cima de las montañas,
las nieves se enrojecen como el licor de mis arterias.

Si queréis fuego,
si tembláis de frío y muerte
en las orillas de la eternidad,
acercaos, hermanos,
entrad en mi canto como si entraseis a una hoguera.
Morderéis la Tierra
y el tejido incandescente de los astros.
Decidme,
¿qué es ahora para vuestros ojos el Universo entero,
el círculo hermético del Uno inmortal?
Decidme, hermanos,
¿no es una infinita copa de un licor infinito?
¿no es un vaso de fuego y de locura
cuyo contenido es también el fuego y la locura?
¡Oh, potencia de la Tierra!
Mi corazón recuerda el trigo
que un día germinó en su arcilla.
La raíz de la rosa bebía el humus de mis manos.
El cuello y los hombros
sienten el dorado recuerdo de los racimos.
Una parte de mi frente estuvo en el ala del águila,
una parte de mi pecho estuvo en el ala de la paloma.

La memoria de la vida vuela por mi sangre.
Estoy lleno del recuerdo de la selva,
y de un tiempo de leones y de cóndores.
El barro del torso fué mordido
por la ansiedad femenina de las lianas.
El fuego del volcán abrió llagas divinas
en la cal de mis huesos.
El rayo celeste
resbaló por la sustancia de mi lengua.
El polvo de los guijarros viajeros
me habló, junto al pie, de los ríos del mundo.
Reflejos de estrellas sueñan todavía
en los breves y ondeantes espejos de la linfa.
Viejas luces de remotos soles
están hundidas en el carbón de los músculos.
El fuego llovido de los mediodías
corre en el azul de las venas.
Las constelaciones están dibujadas, desde siglos,
en los astros del cerebro.
Yo camino y canto sobre el antiguo planeta,
y junto a mí caminan y cantan
las imágenes y las edades de la creación.

Me oprimo las manos
y percibo un yacente recuerdo de cabelleras
de mujeres.
¡Oh fugas y carreras locas,
oh tiempos primarios de instinto y embriaguez!
¡Oh besos que estallan en la raíz de la sangre,
hundidos en la memoria cósmica
desde milenarias profundidades!
¡Oh loca, oh fragante primavera de la mujer
y el hombre,
en las praderas de un mundo naciente,
a las orillas de ríos que corrían por vez primera,

sobre montañas nunca holladas,
en selvas calientes y titánicas
como los deseos de la primer pareja!
¡Oh amor sin palabras,
hecho de un misterio y de una embriaguez
que respiraban como jaguares!
¡Oh partos violentos y purpúreos
bajo los robles y los quebrachos,
mientras que los enjambres de las estrellas
arden en el panal de la noche!
¡Oh grito de la madre y llanto del hijo,
oh canto inarticulado, primario, divino, inigualado,
en la incandescencia del instinto y del amor
que no se saben.
¡Oh sorpresa inaudita de los ojos del hombre,
cuando la madre abre los muslos
cual las puertas de un templo,
y el Dios de la vida hace saltar la llama del hijo!

¿Sabéis la historia de todo el planeta?
Si yo la sé,
es porque está escrita en mi sustancia,
porque vive en la vida de mi sangre y de mi carne,
porque sus palabras se imprimieron
en la blancura de mis huesos.
Toda la creación está grabada en la más pequeña brizna.
¡La eternidad!. . .
¡Ven a leer la eternidad, hermano,
aprende a leer la eternidad, hermano,
en la vida y en la red de tus nervios!
Lee las arrugas de tu mano
y hablarás con el hombre de presa
y con el hombre de ensueño.
Pasa tu mano por el contorno de tus ojos,
y lee la historia de la luz y de la forma.

Moja tu mano en la humedad de tu boca,
y lee la vida y la sal de los océanos.
Oprímete las sienes,
y mira las estrellas viejas y cansadas,
en aquel momento divino
en que sus luces eran hachas sobre las selvas de la Tierra.
Pon el oído de la sangre en la esponja de los pulmones,
y el aire de los antiguos huracanes
te hará escuchar sus aullidos.
Vuelve hacia adentro toda la red del olfato,
y recogerás las flores abiertas
al nacer el hombre.
Muerde tu lengua y gusta tu sangre,
y te llenará la boca ansiosa
el sabor de los bosques prístinos.
Rechina los dientes, unos contra otros,
y palpitará entre sus filos
la carne ardiente que devoraban los pumas.
Pasa tu mano en torno de tu cabeza,
y abrazarás la primera órbita viajada por nuestro mundo.
Sube tus palmas desde los pies hasta tu frente,
y renacerá el primer rayo de luz
que descendió desde los cielos.
Siente repentinamente tu vertical humana,
y lograrás de nuevo la primera recta del hombre.
¡He ahí la línea de la luz!
¡He ahí la línea de la actividad y la nobleza!
Porque el hombre es un rayo de Sol
que sostiene en torno suyo las curvas vivas
de la Tierra.
¿Es que nunca has leído el enigma de tu recta?
Desde el Ser único salen infinitos rayos.
El cuerpo inmenso de Dios, ven a leerlo, hermano,
en esa esfera cósmica atravesada por sus propios rayos.
La recta del hombre es el rayo de Dios.

La sustancia infinita llena la sustancia de tu forma.
Tu cuerpo une la curva viva del astro
con la idea rectilínea del Uno infinito.
Los hombres caminan, rayos de Dios,
en la insondable sustancia.
Lee tu vertical primaria.
Abrázate a su sentido.
Desde la eternidad,
cada hombre está en las rectas ideales
y en los círculos densos.
La cabeza es el nudo perfecto de la recta y de la curva.
Tiene el más delicado círculo de la sustancia,
y como del Dios único y todo,
irrumpen de ella millones de rectas ideales,
sublimes, celestes, inmensas,
como las flechas de la divinidad!

¿Te escuchas ahora?
Escúchate en unidad con todos los seres.
Arroja tus tentáculos a las profundidades.
Pon tus delicados filamentos
sobre el tránsito de los infinitos.
¿Qué voz se ha perdido?
¿qué edad no sigue resonando por adentro de ti?
¿No te escuchas allí donde todas las semillas
se están tocando,
allí donde la última edad
recibe viva la música de todas las edades?

Lo conocido es el idioma de lo desconocido.
La ola canta las fuerzas ocultas del océano.
La estrella manifiesta lo invisible de las profundidades.
Las lenguas de la llama,
¿no proclaman que el árbol era de fuego?
Todo es doble, triple, insondable,

mas lo interior aflora al rostro de las cosas.
La geometría de la infinita inteligencia
sostiene la arquitectura del cosmos.
Simples y puras, la curva y la recta,
están abrazadas por debajo de las estrellas,
de las flores, de los nervios,
y no dejan que la unidad devore a la multiplicidad.
La materia flota sobre la inteligencia.
Los números perfectos,
manantiales de la luz primaria,
emanan la cifra oculta y crean el primer amor.
El Uno ideal se refleja
en el espejo de la sustancia,
y nace el dos.
El Uno y el dos se abrazan en el deseo,
y nace el tres.
La figura invisible del ternario cierra sus ángulos,
y nace la superficie.
El plano del infinito ideal
se contempla en el océano cósmico,
y de la geometría invisible nace el cuerpo.
En el corrimiento de los cuerpos astrales,
abriendo lo visible con lo invisible,
se hace el espacio y el tiempo
en una pulsación del Ser.
Tu cuerpo, hermano, es una línea tangible,
y el número enamorado de la sustancia.
Todo lo que en ti palpes o pienses,
es número y forma.
Todo tu cuerpo danza en la melodía de las cifras.
El centro de tu ser es una invisible esfera.
Absorbe e irradia.
Bebe la luz y emana la luz.
Devora la música y surge la música.
Es un número infinito

que abarca todas las cifras de la creación.
Es el punto más hondo de tu vida,
y sus radios tocan en todos los puntos de la vida.
Tu esfera invisible
contiene la esencia de todas las líneas
y de todas las formas.
Todo el cosmos germina la imagen
de esa esfera breve,
mas la esfera es también una memoria de todo el cosmos.
Todos los herméticos y arcanos signos del Universo
se imprimieron,
por presencia de eternidad,
en tu sustancia.
Tú miras, y dices: —árbol!,
mas el árbol está en tu profundidad,
y tú eres el hombre y el árbol,
el espejo y la imagen,
el árbol de hoy y el árbol de siempre.
Tú miras al Uno ideal y al dos sustancial,
mas el centro de tu ser es el uno y es el dos.
Lo que tus sentidos separan, tu esencia lo unifica.
Tú dices: mis manos, mis ojos, mi pecho, mi frente.
Mas en la esfera de tu ser,
tú proyectas una sola imagen, una sola forma,
y es invisible a los ojos y sólo visible a la esencia.
Tú dices: la estrella, y miras hacia afuera.
Mas la estrella está dentro de ti,
y es invisible en tu esencia.
El contorno de tu ser,
ojos, oídos, tacto, gusto, olfato,
multiplica al Uno donde flotas indiferenciado,
idéntico a El,
mas la esencia burla tus sentidos,
y ata adentro, lo que tú desatas afuera.
La esfera de tu ser invisible

no está adentro ni afuera del Ser.
Ponte delante de la inmensa ilusión,
y no verás objeto y sujeto.
No verás tampoco creación y creador.
No verás tampoco ilusión y esencia.
No verás tampoco Dios y hombre.
Tampoco verás, pues no hay visión.
Entonces serás la totalidad
por adentro de la totalidad.
Podrás de pronto asomarte, y se hará la visión.
Podrás de pronto retraerte, y desaparecerá la visión.
Estarás en el juego infinito del Uno,
dueño del secreto,
y serás, tú mismo, el Uno
que acaba de encontrarse en su propia Unidad!

IMAGENES POLITICAS DE ROMULO GALLEGOS

Por *Mauricio MAGDALENO*

Aparte su excepcional rango como novelista, Rómulo Gallegos es actualmente el venezolano que ofrece un más jugoso y descollante pensamiento político. El hecho de que a través de la novela se hayan expresado las inquietudes políticas de una época, un pueblo o un grupo social —y en incontables veces con una eficacia muy superior a la del pensador específicamente político— no tiene nada de raro. *La Comedia Humana* contiene todo el pensamiento de una clase francesa —monárquica y católica— de la primera mitad del siglo diecinueve. El de otra clase, también francesa, está presente, con sus ideales, sus ansias y su agresividad en *Los Rougon-Macquart.* Para no hablar de otras creaciones literarias que en su tiempo constituyeron mensaje político de un orden trascendental —tales como las de Dostoyewsky y Tolstoy en Rusia, las de Pérez Galdós en España, las de Rolland y Barbusse otra vez en Francia. Verdadero comprimido de dinamita política lo fué, hace cien años, *La cabaña del tío Tom,* y en nuestra época lo han sido las novelas de Dreiser y de Sinclair Lewis.

En América de habla española la novela ha sido, desde su inicio, vehículo de pensamiento político de una avasalladora pujanza. Más daño que los más virulentos panfletos y las más peligrosas conspiraciones le hicieron a Rosas, el autócrata de Argentina, un folletín por lo demás deliciosamente romántico —*Amalia,* de Mármol— y el rugoso y fundamental *Facundo* de Sarmiento. En rigor, la novela había dado ya muchas batallas contra el absolutismo de los déspotas criollos, en esta porción del Continente, cuando Rómulo Gallegos empezó a escribir las suyas. En la misma Venezuela formaban legión los antecedentes, desde la catarata de convulsa tinta que Juan Vicente González echó a la cara de Guzmán Blanco hasta las páginas vitriólicas en que Pedro María Morantes retrató la san-

dez de la dictadura de Cipriano Castro —y al patán de Táchira personalmente— y las de Rufino Blanco Fombona y José Rafael Pocaterra en que se hizo escarnio de la no menos ominosa dictadura de Juan Vicente Gómez.

Toda esa angustia de patria herida culminaría en Rómulo Gallegos, novelista. De *Reinaldo Solar* (1920) a *Sobre la misma tierra* (1943) corre un denso pensamiento político que, precisamente por carecer de vitriolo oportunista, hincó profundamente la garra en la sustancia más vital y permanente del alma de su pueblo. Las novelas de Gallegos no son nunca vituperio. Nada más lejos de ellas que el furor del panfleto. Son, antes que nada, novelas. Cada una fué consagrada al estudio de un jirón de aquella tierra que desde que la sacudió Bolívar en pos de la libertad no ha logrado encontrar piso firme de libertad ni imagen política con prescindencia del caudillaje señoreado del gobierno.

Reinaldo Solar es el retrato de una desgarrada generación caraqueña (Gallegos mismo es caraqueño y sufre en esa novela su pasión de patria aherrojada por el sátrapa en turno, Juan Vicente Gómez). *La trepadora* sale a las afueras de Caracas y prolonga su preocupación del hombre venezolano en el instante en que nuevos y pujantes bríos surgidos del pueblo arrebatan a la vieja casta aristocrática el predominio del campo. *Doña Bárbara,* escrita en el destierro, como *Cantaclaro,* se abren a la inmensidad del Llano y abordan épicamente los caminos del más determinante propósito americano: el sojuzgamiento de la barbarie por la civilización. En *Canaima,* novela de la selva del Orinoco, se remonta a los mitos originales, placenta de la barbarie que aterroriza por esos días a su patria. De dos últimas novelas —*Pobre Negro* y *Sobre la misma tierra—,* la primera inaugura una nueva y ambiciosa expresión de la literatura de Gallegos, en tanto la segunda apenas si implica una variación de su angustia revisionista.

Venezuela en garras de los caudillos montaraces —de Páez y los Monagas a Juan Vicente Gómez, con la sola salvedad de Guzmán Blanco, *El Ilustre Americano,* autócrata letrado que para los fines de la civilización fué tan ominoso como sus antecedentes y sus procedentes bárbaros. La tierra deshabitada —un millón de kilómetros cuadrados y algo más de tres millones de habitantes—, presa del más cerrado, absoluto, implacable caciquismo. La necesidad de implantar norma civilizada

en ese oscuro y mágico mundo rural en el que imperan, indiscutidos como bajás, los de la analfabeta y rapaz familia de los Mujiquitas y los Pernaletes. Pueblo y antipueblo: la espesa masa damnificada de ilotas —cuya emulsión social ha frustrado la pura y bárbara gana de dominio de los sátrapas— y la oligarquía de los que históricamente se han perpetuado en el poder sin otra finalidad que la de mantener a Venezuela en plan de feudo personal ajeno al concierto del tiempo y del mundo. Nada más la férula de Juan Vicente Gómez —pesada, terrible férula— duró veintisiete años. Una férula que ahogó toda expresión humana de protesta en los trabajos forzados de las carreteras y tras los muros de la Rotunda y una docena más de fortalezas militares en las que se torturó física y espiritualmente a una generación. En tanto, el amo inapelable tenía enajenado suelo y subsuelo a los monopolios extranjeros, de los cuales era socio, y la casta insaciable de los incondicionales se adueñaba sistemáticamente del tesoro público y lo convertía en negocios, haciendas y palacetes. Bajo tres signos alentó la última dictadura larga de Venezuela: corrupción de la esfera gubernamental, desesperación de los que no resignaron el decoro y un amargo entreguismo que castró las fuerzas creadoras de la gran masa social.

En ese aire enrarecido se mueve la obra novelesca de Gallegos, que constituyó la imagen más completa y verdadera de un mundo en que la tierra sigue siendo la del primer día de la Creación. No por un azar la obra en que Gallegos recogió el ansia de arrancar a Venezuela de su ancestral terror —*Doña Bárbara*— fué la que le dió nombradía universal. Allí se expresa un pensamiento político de tanta monta no sólo para Venezuela, sino para toda la porción americana del común origen autóctono y español, que su grito encontró eco emocionado en todas nuestras patrias. Con el *Facundo* de Sarmiento, *Doña Bárbara* funda la más ardiente demanda de rehabilitación para la tierra poseída por la barbárie.

Cincuenta años antes, bajo otra autocracia en la que al menos el amo absoluto era un intelectual que implantó el despotismo ilustrado, Venezuela tenía un filósofo, un pensador de extraordinaria categoría —Cecilio Acosta— para encarnar la protesta social en cuyo fragor lo encontró la muerte peleando contra la barbarie disfrazada de liberalismo. Durante el largo lapso de treinta y siete años (1899 a 1936) en que ahogan al

país en el puño cerril Castro y Gómez, los dos compadres del lejano Estado Táchira, en la frontera con Colombia, no hubo un filósofo, grande o chico, que echara en la pelea contra la dictadura su prestigio de maestro. El pensamiento político y social se refugia en la literatura que producen en el destierro Rufino Blanco Fombona, el de la resonante e ininterrumpida batalla contra la dictadura, José Rafael Pocaterra y, principalmente, Rómulo Gallegos, en cuya obra novelesca se anudan los temas nativos de mayor alcance sociológico.

En toda la obra novelesca de Gallegos, es verdad —del juvenil y ardiente *Reinaldo Solar* a *Sobre la misma tierra,* se revuelve tan dramáticamente la preocupación por los más urgentes temas del hombre y el suelo suramericanos, que en incontables ocasiones esas páginas, de tan vitaminosas, valen por las mejores meditaciones de Sarmiento, Hostos, Arguedas, Ortiz. Allí quedan, revibrando frente a realidades de patrias todavía irredentas, los acentos más logrados del conflicto entre la civilización y la barbarie. No fué el suyo nada más el éxito de un novelista que arrancó de lo hondo de su pueblo voz nueva, tumultuosa, americana, sino también el del que supo expresar, con una consumada eficacia ideológica, la índole de los problemas vivos de esa porción del Continente en la que fuerzas oscuras siguen conteniendo la eclosión del ser nacional.

Los orígenes

La larga dictadura de Juan Vicente Gómez y la carrera literaria de Rómulo Gallegos son estrictamente gemelas. Cipriano Castro había dejado en el poder al Vicepresidente de la República, su compadre y paisano del Táchira, seguro de que su estulticia lo haría andar derecho y lo obligaría a devolverle el mando cuando regresase de Europa. Por allá andaba aquel montuno al que retrató con tintas lúgubres Pedro María Morentes en una novela precursora *(El Cabito),* en manos de médicos, recosiendo la averiada salud, cuando el compadre intonso enseñó las uñas y, so capa de barrer con la incontenible impopularidad de Castro, mandó al diablo a éste y rompió con seguro golpe de zarpa las amarras que lo encadenaban al pelelismo. En tres o cuatro horas liquidó a Castro y al castrismo (19 de diciembre de 1908). 1909 señala la alborada de una

nueva y terrible tiranía que habría de prolongarse por veintisiete quemantes años.

No fué la única alborada del año 9. Precisamente así se llamó la revista en que apareció a las letras y a la responsabilidad venezolanas un grupo de muchachos en plena crisis de inconformidad contra el derrengado ambiente patrio: *La Alborada.* Encabezaban ese grupo Julio Rosales, Julio Planchart, Enrique Soublette, Rómulo Gallegos. El futuro autor de *Doña Bárbara* tenía a la sazón veinticinco años. El más angustiado de todos ellos, aquel en quien el oprobio de su Venezuela se hizo trauma, fué Soublette. Como todos los inspirados de vida breve (Soublette murió, desterrado, en 1912, a los veintiséis años de edad) padeció precoz y desesperadamente el dolor de los altos ideales malogrados por la inopia del medio, y fué el cabecilla del grupo. Años más tarde, recordándolo, Gallegos lo retrataría en la figura caballeresca de Reinaldo Solar de su primera novela.

La patria herida por otra brutal dictadura y la literatura sustentada en la vida y no en la calca. Entre ambas pasiones se movió el grupo de *La Alborada.* Todo estaba por hacer en Venezuela, donde el retraso político corría parejas con toda suerte de retrasos. Había que recoger la voz de la auténtica, la inexpresada y primordial Venezuela —la del pueblo que ignoraban olímpicamente los conformistas que venían repitiendo el inane patrón europeo— y darle expresión. El problema que se planteó *La Alborada* fué encontrar el alma verdadera de Venezuela, lo auténtico, lo nativo. Sus secuaces se pronunciaron contra la literatura de grandes, impresionantes y hueras frases, de artificiosos rancheros copiados de las églogas ultramarinas, de lugareñas románticas en las que se traslucía el modelo exótico. Había que capturar la voz de Venezuela. No inventar al venezolano: expresarlo. No las Arcadias, las Bovarís y las Mireyas de los académicos, sino la vaharada del entrañable ser venezolano. "Un mundo de ideas abstractas y de palabras mayúsculas como Libertad, Justicia, Belleza, alimenta este bosque tropical de vocablos —escribe Picón-Salas en su *Formación y Proceso de la Literatura Venezolana.* Grandes oradores del siglo diecinueve, saturados de letras clásicas y de metáforas románticas, como Ildefonso Riera Aguinagalde y Eduardo Calcaño han creado un tipo de elocuencia artística, golosamente declamada. Pero por la bella prosa de Riera o de Calcaño, el

país debe sufrir el asalto de innumerables 'eduarditos' o 'ildefonsitos'. Con el mismo fervor con que había seguido a los caudillos mesiánicos, a los libertadores o a los 'vengadores' populares de la Federación, hacia el año 90 Venezuela se fascina con la palabra retumbante de Raimundo Andueza Palacio cuyo indolente epicureísmo, sus tragos, sus coches y sus 'amigas' de gran libertino, no siempre concuerdan con su oratoria fragosa. Hasta hace pocos años, casi hasta el final de la dictadura de Gómez, el poeta y sacerdote Carlos Borges es escuchado y encanta a todo el país con su formidable máquina de metáforas. Gómez lo pensiona como Luis XI a François Villon para que más que de las misas se ocupe de los versos y de los discursos. Cierto narcisismo nacional se fomenta a la sombra de esta elocuencia: mientras los 'picos de oro' cuentan con frases de *La Ilíada* las hazañas de los próceres y las historias del glorioso tiempo viejo, las angustias o los problemas del presente no se advierten. Frecuentemente los discursos —más que la novela, el ensayo o la filosofía— abrían las puertas de las academias o de las grandes situaciones públicas. Todo un torrente de subliteratura venezolana (a veces muy bien pagada), marcha por los cauces de esa oratoria a grande orquesta".

Contra esa catarata de conformismo bien cebado y enjaezado de oropeles europeizantes se alza *La Alborada.* Por los muchachos de *La Alborada* la voz popular y herida del país no queda sepultada entre tanta huera encajería de pastel. Se plantea, descarnado, el hecho venezolano y el angustioso preguntarse qué somos y a dónde vamos. En un año, nada más (1909) quedan sentadas las bases de lo que andando el tiempo habría de crecer hasta convertirse en la ardiente inquisición de *Doña Bárbara, Cantaclaro* y *Canaima.* Mientras tanto, Gallegos se ejercita oscuramente —su proceso es así, oscuro, hasta el instante en que su garra lo hace presente al gran público de habla española— en el cuento, a través del cual da cara a las realidades cotidianas de Venezuela. La revista, tras un obstinado y desesperado batallar, muere. Es la suerte de las publicaciones libres bajo la dictadura, en Caracas como en todas las demás capitales de los países del Bravo a Buenos Aires y a Santiago. Soublette se va al destierro, llevándose el alma furente de la incipiente rebelión juvenil. Muere en la Gran Canaria el mismo año en que Gallegos lanza *Los aventureros,* colección de sus primeros cuentos (1912). El absolutismo gomecista

está sólidamente cimentado, como nunca lo estuvo el de Páez ni el de los Monagas ni el de Guzmán Blanco. Tiene, inclusive —como asienta Picón-Salas— sus poetas y novelistas y, sobre todo, sus campanudos y pomposos oradores que lo endiosan y acabarán solicitando para el *Benemérito,* ya en su decrepitud, en un grito aterrador de servilismo, el Premio Nobel de la Paz. Hasta escritores de vida tan limpia como Luis M. Urbaneja Achelpohl conspiran a darle ritmo con su égloga inoportuna: en efecto, en medio de la paz venezonala que regala a la República y ofrece como ejemplo al mundo el ínclito padre de la patria y edificador de los tiempos modernos luce, esplendoroso —con verdadero y no prestado esplendor— el *Botón de algodonero.*

El sátrapa, por lo demás, no molesta a quienes no se meten con él. Todavía se puede vivir en Venezuela a condición de no hablar de lo único que hay que hablar. Bajo su omnímodo mandato prosperan las artes, las ciencias, el cloroformo de dulzaina de la oratoria, las industrias, el trabajo, la comunión humana. Juan Vicente Gómez quiere el bienestar de todos. Ha logrado el viejo sueño venezolano: implantar una tan indiscutida paz como no la vieron los cuatro o cinco hombres fuertes del pasado. Una paz de cementerio —la más perfecta y completa de las paces— en la que sólo se escucha el revuelo de los pingües negocios petroleros y de la amartelada literatura de salón que es el mejor conducto para las prebendas y los honores. A quienes le dan brillo a su Gobierno —a Venezuela, dice el *Benemérito*— los manda en bien pagadas misiones diplomáticas a Europa. A quienes osan enfrentársele, a la Rotunda, a Puerto Cabello y a todas las demás prisiones de cuyos horrores se habla en secreto de los parties de Caracas. Después de Dios, sólo Gómez. Si viviera hoy, envidiaría a otro autócrata un lema que no inventaron sus secuaces: Dios y Gómez. Lo único que no admite el montuno de Táchira es la discusión. La patria —afirma mesiánicamente— es esto: silencio, orden y mano de hierro.

1920: *El último Solar,* de Rómulo Gallegos (que en la segunda edición se llamó *Reinaldo Solar).* Pese al comprimido de explosiva inconformidad venezolana que latía en sus páginas, pasó inadvertido. A la fecha sigue siendo la menos comprendida de las novelas de Gallegos. Las angustias que apuntaban en *La Alborada* dieron su primer fruto en *Reinaldo Solar.*

Pasión de patria, romanticismo y desesperación presiden el destino de ese héroe caballeresco que sacó de su recuerdo de Soublette. Novela caraqueña de polémica en la que un grupo de estudiantes —jirón de su propia generación, herido grito de *La Alborada*— se enfrenta a la sucia realidad del país amordazado por la autocracia, la abulia, el fácil medro, el oportunismo, la ausencia de raza en que cristalice una nacionalidad. Hay en *Reinaldo Solar* —después de todo, las circunstancias en que fué escrita eran las mismas— un aire de novela de Dostoyewski, *Los endemoniados,* por ejemplo. Intelectuales a los que posee la ebriedad de *hacer algo,* de limpiar de virus a la patria, de enderezarla esbelta y moderna. No se trata, sin embargo —ni con mucho— de un puro alegato contra Gómez y el gomecismo, sino de algo más hondo y efectivo. Después de todo, no es posible para Gallegos invocar las furias de la revolución a sabiendas de que ésta, si Venezuela no está preparada para asumir soberanía y plenitud, lo único que traerá como resultado será la implantación de otra dictadura con otro bárbaro tan bárbaro como sus predecesores. "Convénzanse, digo yo ahora —define por ahí Reinaldo Solar, en una asamblea de amigos conjurados para hacer la revolución—: la revolución producirá otro caudillo, otro bárbaro y nada más". A lo que responde Francisco López, uno de los estudiantes que fraguaban ingenuamente en "el subsuelo" (otra referencia dostoyewskiana) la revolución: "En todo caso, no negará usted que este que hemos escogido es por lo menos un camino de hombres". "Sí —concluyó Reinaldo—. Pero camino de desesperación".

El signo de *Reinaldo Solar:* la desesperación. Libro sin soluciones, de un agresivo realismo histórico. Las revoluciones responden a móviles de un pueblo que quiere algo porque es algo. Donde ni siquiera la raza —la nacionalidad— ha obtenido molde, las revoluciones sólo sirven para encumbrar a otro mandón. La raza, la nacionalidad: ahí radica la semilla del drama de su pueblo, para Gallegos, y no en incidente personal de autócrata que al fin y al cabo sólo traduce el retraso social. Ahí radica el meollo de la verdadera, determinante revolución. De la raza —de su raza— habla por boca de Reinaldo Solar con un escepticismo en que sangran el sociólogo y el antidemagogo: "Es que vivimos una vida enojosa, llena de continuas angustias, sobresaltos y desalientos sin fin. Y estas máscaras trágicas van pegadas a unas caras sin fisonomías, en todas las

cuales grita la fealdad de la hibridez. No constituímos una raza. ¡Qué rostros! En ninguno se advierte un rasgo varonil que no sea feroz; todos revelan el mismo pavoroso descoyuntamiento de carácter. Con este pueblo no se puede contar para nada; parece el feto de una nación abortada. ¡En cada uno de nosotros se están disolviendo todas las razas!"

Dolor de Venezuela, dolor de patria frustrada en la que hasta los signos del espíritu se arrastran en cerrada noche de larvas. El propio Reinaldo Solar dirá, en otro pasaje del libro, trayendo a colación la miseria espiritual de su pueblo, este otro "pueblo enfermo": "Este pueblo no tiene vida interior. Ni una palabra que revele una noble inquietud espiritual; ni un sentimiento que no sea puramente animal. Tienen el alma sepultada, totalmente abolida. Por eso han fracasado lastimosamente todos los que han tratado de hacer una literatura nacional; falta la materia prima: el alma de la raza. Para suplirla, nuestros literatos han tenido que recurrir a la imitación; de aquí viene ese romántico criollismo que pone exquisitas delicadezas en el corazón de esta gente y que sólo tiene de verdadero los nombres, más o menos pintorescos, de unas cuantas plantas tropicales, hábilmente barajados con la psicología nunca hecha de los tipos característicos: cundeamores y bucares suplen a la falta del alma nacional. De resto; pinturas más o menos adulteradas de la parte externa de la vida popular. De lo interior, de lo hondo, que es lo único verdadero, ni una palabra, ni un vago indicio de penetración de esa alma sepultada".

En otro párrafo de agria imprecación, Reinaldo Solar responderá a un tal Andral, rematando una polémica en la que Gallegos concentra su necesidad de una imperiosa disciplina nacional: "¡Qué trópico ni qué Moloch! Eso es frase hecha. En esos individuos no ha habido nunca ningún germen bueno (alude Gallegos, otra vez, a los fracasados de nuestras melenudas y vociferantes bohemias que falsifican en las cantinas la intelectualidad). Espíritus romos y grotescos en los cuales no despunta jamás una manifestación de verdadero talento, crápula disfrazada de bohemianismo, intelectualidad sin inteligencia compuesta de advenedizos del arte. Un poco de imaginación y otro poco de lecturas descosidas, son lo que produce ese aparato de inteligencia que deslumbra en los primeros momentos. Vomitan lo que no han digerido en tres o cuatro sonetos compuestos subrayando versos ajenos y naturalmente se quedan

vacíos para toda la vida. No es que se malogran, es que en realidad no son ni valen nada. Ni pueden valer, porque les falta lo esencial: moralidad y bondad".

Por este camino de desencanto fundamental llega a proclamar Reinaldo Solar, trasponiendo el torcedor de Venezuela y todos los transitorios torcedores de la existencia que carece radicalmente de solución: "La verdadera finalidad del hombre, la más remota, es la soledad. La vida social es un incidente, una etapa de la evolución humana". Tampoco la novela, por descontado, tiene solución. De la autocracia gomecista y la todavía no articulada nervatura de su pueblo, Reinaldo Solar, el revolucionario de salón —o Rómulo Gallegos, que era el que a fin de cuentas sentía anegársele el alma de desesperación—, ha brincado, como los héroes de la literatura rusa de principios del siglo, a la pura metafísica. Si nada hay que hacer, frente a la revolución —también abortada, deforme y grotesca— Reinaldo Solar se arrancará del cinto el revólver para volverlo contra sí mismo, tras declarar a un tenientillo comprometido en la fallida conjura: "El hombre no debe sobrevivir a sus ideales".

Rómulo Gallegos sobrevivió a los suyos. Atrás quedó Reinaldo Solar con su individualismo y su agonía. En él enterró el novelista los delirantes idealismos juveniles de aquella generación —la suya— que bebió el primer cianuro de impotencia de su difícil patria americana en la tinta de imprenta de *La Alborada. Reinaldo Solar* fué la vacuna romántica de Gallegos. Cierra una etapa —la de su formación novelística y política— y abre ancho portalón a nuevas lides, la del realista para quien Venezuela será sujeto no sólo digno de rehabilitación, sino camino fundido a su propio ejercicio de hombre.

De Don Bárbaro a Doña Bárbara

De *La trepadora* (1924, Caracas) dimana una tentativa novelística de ahondar en la pulpa humana, terrígena de Venezuela, a través de varias y características regiones de la geografía nacional. En cierto modo y dentro la realidad de un país rural, incomunicado, dueño de enormes ríos, de enormes selvas, de enormes llanuras y de no menos enormes latifundios en los que sólo impera la salvaje e indiscutida ley de los caciques —reflejo de la que imponen desde Caracas los Monagas, los Páez, los

Guzmán Blanco, los Castro, los Gómez—, Rómulo Gallegos aborda un ciclo regional con el deliberado propósito —no importa que no conste en un prólogo a la manera del de *Los Rougon-Macquart*— de formar una imagen de Venezuela por medio de las historias particulares del llano, la selva, el campamento petrolero.

La acción de *Reinaldo Solar* se desarrolla en Caracas —todavía Gallegos carecía de plan regional— simple y llanamente porque en Caracas y nada más que en Caracas pudo localizar aquella muchachada universitaria que discute y lucha contra la descomposición nacional. *La trepadora* incursiona unos kilómetros afuera de la capital. A diferencia de *Reinaldo Solar,* no hay en ella discursos ni ardores intelectuales. Es, en rigor, la novela de divertimiento más lograda de Gallegos. Se diría un modo de practicar el ímpetu antes de poner la garra en los inmediatos —y culminantes— temas que habría de expresar. Sin embargo y pese a todo ello, allí aparece un embrión de posteriores novelas, un recio montuno cuya voluntad acaba arrollándolo todo a su paso. Este montuno —Hilario Guanipa— recuerda al plebeyo triunfador de *La loca de la casa* de Galdós y al otro plebeyo, también triunfador, de *Todo un hombre,* de Unamuno. La vena de la cual sale echando alaridos Hilario Guanipa —inocentes y siempre noblotes alaridos— es, como se ve, perfectamente castiza. A mayor abundamiento, en *La trepadora* la fórmula queda al descubierto sin mayor quebradero de cabeza. El argumento le da un aire, también y por modo fatal, a algunas de las películas del Oeste norteamericano. Hay un tipo, un conflicto y un *happy ending.* Mucho más construída como armazón novelesca que *Reinaldo Solar,* está muy lejos de emparejar su pujo y sus alcances. Gustó mucho y nadie la discutió. Al contrario, circuló bonanciblemente en Caracas —tanto como la *Ifigenia,* de Teresa de la Parra, en que se juegan, también los más jugosos episodios de la vida del campo aledaño a la capital. Es la novela blanca de Rómulo Gallegos, con su risueña y optimista fragancia de granja, su Adelaida aristocrática enamorada de aquel cimarrón que funde sus bríos a los de una casta caduca que tiene los suyos disueltos y la bolsa sin blanca. Se antoja pensar que ese cuento sentimental fué la reacción a las acideces de *Reinaldo Solar.*

Gallegos lo escribió evadiéndose al terror —que ya alcanzaba su máxima temperatura— de aquellos días de 1923 y 24.

También Cecilio Acosta, cabeza fundamental y alma heroica, escribió, muchas décadas antes, en pleno rigor absolutista de Guzmán Blanco, aquella dulzura de versos cantarines que empezaban así: "La partida de caza vocinglera/ la quinta deja al despuntar el día. . ." Que ¿no hay un instante en que el hombre hace una pausa al reconcomio que lo posee? La tormenta que rugía tras la pausa de *La trepadora* determinó el ulterior destino de Rómulo Gallegos. Pocaterra andaba en el exilio, tras dos años de prisión en La Rotunda. Blanco Fombona echaba vaharadas de lumbre contra Gómez desde Madrid. Lo mejor, lo más delicado y noble de la nueva generación padecía martirio en las prisiones más bárbaras del mundo. Lo demás, era conformismo. Poética y retórica a sueldo del Palacio de Miraflores. Gallegos, ahogándose, se expatría. Va a dar a España, donde se ganaría duramente el primer pan del ostracismo.

De cuando en cuando lo visitaban viajeros de por acá en su humilde casa de una verde ría de Galicia, donde lo encontraban escribiendo, en mangas de camisa en tiempo de calor y en almadreñas en la época de lluvias, artículos para la prensa de Madrid y una nueva novela. Esa nueva novela era *Doña Bárbara,* que compuso y recompuso varias veces. Allí, en el destierro y en la soledad de la campiña gallega, se le apareció, abrumadora y fúsil como una revelación, Venezuela. No la de *Reinaldo Solar* ni la de *La trepadora,* sino la honda, completa Venezuela de las primordiales realidades que estaban demandando su conversión en humanas y civilizadas normas. El libro causó revuelo en aquella hora española de las postrimerías de la monarquía y llegó a América barriendo con los mejores éxitos de librería. En menos de dos años (1929-1930) Barcelona lanzó dos ediciones: todo un acontecimiento literario tratándose de un autor americano desconocido en el Viejo Mundo.

En Venezuela, Juan Vicente Gómez chocheaba en medio de una turbonada de terror que tenía escandalizado al Continente. Contaba a la sazón algo así como setenta años y discurseaba orgullosamente en las entrevistas de prensa extranjera de la bien saneada economía nacional, del alto tipo del bolívar, de la inconmovible paz que disfrutaba el país y de las modernas carreteras que construían legiones de presos políticos, casi todos estudiantes de quince y dieciséis años. En su finca de Maracay, frente al Caribe del azul más lujurioso de América, se hizo leer por su secretario esa *Doña Bárbara* que tanto ruido andaba me-

tiendo en el mundo. Los pocos que hablaban con él, sus inmediatos colaboradores, le habían asegurado, tratando de esquivarle la intención, que el tal libro era un engendro del demonio y que implicaba una perversa y terrible requisitoria contra su pacificador y regenerador mandato. La novela, sin embargo y pese a todas las excomuniones de los del sanedrín, le gustó mucho, muchísimo, y se hizo releer capítulos enteros. En su vieja y oscura alma de rústico se removieron salvajes perfumes de los caminos que corrió, a caballo, con su compadre Cipriano Castro, hacía muchos años, cuando éste era el amo y él nada más su muy discutible segundón. Sintió en la miga del ser el bronco romanticismo de esa sabana en que impera la Dañera, reconoció éste y aquél rasgo de *brujeador,* esta y aquella *culata* donde desembocan una docena de atajos, casi aspiró el aliento del Arauca, escuchó casi el galopar de las *manchas* que hacían cimbrarse el llano y su corazón. "Esto —acabaría proclamando, ganado por la emoción— es demasiado bueno para haber sido escrito contra mí". Santa palabra. *Doña Bárbara* circuló libremente en el empavorecido feudo de don Bárbaro y fué ávida y universalmente devorada. En aquellas páginas que tanto le gustaron a Juan Vicente Gómez vibraba la ansiedad de todos, el estrangulado grito de todos. En doña Bárbara, la Dañera carnal y cruel, la bruja del hato de *El Miedo,* era visible y sensible una nocturna y nefanda imagen de la tiranía y del tirano que estremeció a Venezuela en lo hondo de su cautiverio de hato: *El Miedo,* el antro bárbaro de la paz de cementerio.

Y era una epopeya *Doña Bárbara,* una de las más logradas y fundamentales epopeyas americanas, una epopeya en la que se dilucidan problemas del rango del que Prometeo vino a resolver cuando el hombre, por carecer de fuego, era aun esclavo de la tiniebla primigenia. De golpe, Rómulo Gallegos se convirtió en uno de los más iluminados caudillos de la literatura nativa del Continente y, a la vez, en guía, en *baquiano* —para decirlo con un venezolanismo de sus grandes ríos— de su pueblo. El Llano —y con el Llano, Venezuela— apareció a los ojos del mundo con su terrible y salvaje novedad. Parecía increíble al extranjero que pudiesen ocurrir tan desmesuradas, tan fabulosas monstruosidades en pleno siglo veinte y en plena América que empezaba a proclamarse heredera de la civilización occidental.

De sus tipos, todos colosales como si se alzasen sobre coturnos, se seguirá hablando mientras en nuestro hemisferio pululen las satrapías y las masas analfabetas se revuelvan en la barbarie de la inmensidad de nuestros campos. Santos Luzardo —a quien confía Gallegos su fervor de patria libre y regenerada— es una de las más macizas creaciones no solamente novelescas, sino humanas y políticas, en nuestra América. La lucha contra la barbarie y finalmente la doma de los poderes instalados en el suelo patrio, con detrimento de la civilización, forman un capítulo que vivimos intensamente en todas las repúblicas de revuelta sangre autóctona y española. Por eso el paso de Santos Luzardo resuena con ruido de proclama en cada uno de nuestros países. O doña Bárbara mantiene bajo el puño cerril a la tierra —con toda su ominosa teoría de cábalas y brujerías y su confabulación con los caudillos y caudillitos de nuestras guerras civiles y con los magnates extranjeros que expolian nuestro suelo, o Santos Luzardo se sale con la suya e impone norma a la patria y le sofrena el exceso de su salvajismo y le canaliza el brío hacia cuadro de civilización. De que triunfe o no Santos Luzardo dependerá que nuestras tierras castigadas por la brutalidad del cacique, el azote de las endemias y las epidemias, el drama de la incomunicación y el analfabetismo, se salven y cristalicen estilo nuevo de convivencia humana. Pero, para llevarlo a cabo, ¿bastará con destruir a doña Bárbara? "Para llevar a cabo todo eso —definiría, realista, Santos Luzardo— se requiere algo más que la voluntad de un hombre. ¿De qué serviría acabar con el cacicazgo de doña Bárbara en el Arauca? Reaparecería más allá bajo otro nombre. Lo que urge es modificar las circunstancias que producen estos males: poblar. Pero, para poblar, sanear, primero, y para sanear, poblar antes".

"Hay que matar al centauro", pregonó también Santos Luzardo. En vez del centauro, el héroe bárbaro del corrido y la revuelta, el tractor, el ferrocarril, la carretera, la escuela, la presa, la ingeniería sanitaria. Alguien, sin embargo —un tal Lorenzo Barquero, hijo del Llano—, gritaría por todos los que no se atreven a enfrentarse a la barbarie y ahogan su desesperación en la abulia, el alcohol o la complicidad: "¡Matar al centauro! ¡Je! ¡je! ¡No seas idiota, Santos Luzardo! ¿Crees que eso del centauro es pura retórica? Yo te aseguro que existe. Lo he oído relinchar. Todas las noches pasa por aquí. Y no solamente aquí; allá, en Caracas, también. Y más lejos, todavía. Donde

quiera que esté uno de nosotros, los que llevamos en las venas sangre de Luzardos, oye relinchar el centauro. Ya tú también lo has oído y por eso estás aquí. ¿Quién ha dicho que es posible matar al centauro? ¿Yo? Escúpeme la cara, Santos Luzardo. El centauro no es una entelequia. Cien años lleva galopando por esta tierra y pasarán otros cien".

No, Santos Luzardo, solo, no podrá modificar las circunstancias que producen a doña Bárbara, así acabe con ésta en el hato de *El Miedo*. Será obra de una generación y más seguramente de varias, de muchas generaciones, pero lo importante es que se encienda un fulgor en las almas y el ansia de rehabilitación forme un carácter y exija disciplina. Todo está por hacer en la inmensidad del primer día de la Creación y quiebran el horizonte luces de alborada.

La leyenda y el mito

OTRA vez el Llano y otra vez la epopeya. Del mismo pujo heroico de *Doña Bárbara* surgió, tres años después, en el destierro, *Cantaclaro* (Barcelona, 1932). Mariano Picón-Salas opina —para mí sin razón— que "la inexpiable lucha de la primera novela se aplaca en ésta en un mundo de imágenes plácidas. Si la nota final de *Doña Bárbara* era de opresión y pesimismo, aquí el novelista —como necesaria reacción— parecía buscar los valores positivos, lo virginal y puro que todavía alienta en el campo venezolano. Cabal obra de estilo, la más hermosa que Gallegos haya escrito. El artista alcanzaba en ella su plenitud. Era el arte apolíneo después de la noche dionisíaca; uno de los libros que perdurablemente vivirán porque no se ha dicho sobre el alma rural venezolana nada más bello" (*Formación y Proceso de la Literatura Venezolana*).

Tengo la impresión de que Picón-Salas se dejó llevar por el amor de las frases y que dista mucho de acertar al establecer un tan personal parangón entre *Doña Bárbara* y *Cantaclaro*. Ni "la inexpiable lucha de la primera se aplaca en ésta en un mundo de imágenes plácidas" ni "era el arte apolíneo después de la noche dionisíaca". Como noche dionisíaca, *Cantaclaro* no le va en zaga, ni con mucho, a *Doña Bárbara*, y por lo que hace a ese "mundo de imágenes plácidas" —que Gallegos las da siempre, a fuer de excelente novelista, entre dos tajos de tormenta— las

hay en uno y otro libros y las seguirá habiendo en los sucesivos. Tal parece que Picón-Salas alude no a *Cantaclaro,* sino a la dulzura bucólica de *Botón de algodonero,* de Luis M. Urbaneja Achelpohl. En puridad de verdad, Rómulo Gallegos es todo menos un apolíneo. Excepción hecha de *La trepadora,* su obra toda se revuelve en lo oscuro de una "noche dionisíaca". De *Doña Bárbara* a su última novela —no importa discernir ahora cuál de todas sea la más afortunada— se siente un parejo propósito: el de verificar una catarsis venezolana. Cuanto a que sea la obra más hermosa que haya escrito y en ella haya alcanzado su plenitud, tal vez sea justo. En todo caso, *Cantaclaro* es una de las cimas de la creación novelesca de Gallegos.

Tres caracteres, simbólicos como los de *Doña Bárbara* y como los de ella izados sobre coturnos, se disputan la supremacía dramática de este fresco monumental de la llanura venezolana: el doctor y general Juan Crisóstomo Payara, el negro Juan Parao y Florentino Coronado, el de "la copla errante", Cantaclaro. Por sobre los tres, cuyos destinos tejen la instrumentación de la novela, todo lo es el canto del llano en que el gran poeta que es Gallegos produce uno de sus más felices instantes líricos. Lo nocturno de *Doña Bárbara* —y para mí funda uno de los aciertos torales de *Cantaclaro*— cobra aquí nuevo acento mágico. Mágicas las figuras de Payara, de Juan Parao, de Florentino Coronado, de la inmensidad hechizada en cuyo horizonte se levantan las humaredas de la *montonera.*

Con doña Bárbara, Juan Crisóstomo Payara es el más hondo y fibroso de los personajes de la obra de Rómulo Gallegos. Su riqueza psicológica y lo macizo de su articulación se imponen en todo momento en *Cantaclaro.* En ocasiones, la novela es él, él nada más, y todo cuanto lo rodea se reduce a enmarcarlo. Hijo del Arauca, como la cacica de *El Miedo,* implica una réplica —escéptica, brutal, sin esperanza— a la empresa intelectual de Santos Luzardo. También él se batió por fueros de civilización y peleó contra la barbarie, pero la barbarie acabó disolviendo su ímpetu y, ya viejo y amargado el torcedor de la Venezuela que soñó en lides armadas, se refugió en su Hato Viejo y en la frescura de su Rosángela que no es su hija. Allí, en los contornos de su feudo, hace muchos años que hizo ahorcar a un Carlos Jaramillo que le mancilló a la que era ya casi su esposa. Antes, todavía, en plena época revuelta de los Monagas, fué uno de los jefes *godos* que trataron de meter

en cintura a la desbordada violencia de Venezuela. Era —y es— conservador más que por borrosas líneas ideológicas (en Venezuela fueron siempre perfectamente borrosas), por odio a la demagogia seudoliberal y por tradición. Su fiebre fué implantar dictados de justicia en el bárbaro mundo patrio —y mientras más implacable y ferozmente, mejor—, y allá enderezó como una obsesión su objetivo político: lograr el "tremendo escarmiento que debía hacerse en Venezuela". Cuando hablaba de la necesidad de operar quirúrgicamente en el desquiciado cuerpo social de la República, sus palabras cobraban ejemplaridad siniestra: "Porque si en el orden físico se había retirado ante lo ineluctable, en el interno y moral manteníase firme en su posición, esperando la hora de la tremenda justicia que era necesario hacer en Venezuela, donde el latrocinio y el crimen se habían enseñoreado. La pena de muerte —clamaba, mientras pulverizaba, fieramente, las sustancias innocuas con que el recetador lo obligaba a llenar el mortero—. Mientras no volvamos a ella no habrá verdadera administración de justicia en este país. —¿Nada menos, Juan Crisóstomo? —insinuaba bondadosamente el viejo Luján, que había sido su maestro de primeras letras y a charlar con él se iba todas las tardes, cuando terminaba su escuela. —Nada menos, don Jesús María. La enfermedad de Venezuela no es para paños calientes y bálsamos anodinos, sino para hierro de cirujano. El que quiera redimir a este país de sus males tiene que inmunizarse, primero, contra la compasión. . ." etc., etc. Todo ello no era precisamente como para granjearle la popularidad de los de la región, que evitaban cuantas veces podían la vecindad del hato del "Diablo de Cunaviche".

Otros diablos —engendros del profundo, misterioso y febril trópico del bajo Orinoco— llenan con sus furias las páginas de *Canaima,* escritas, asimismo, en el destierro, y publicadas tres años después (Barcelona, 1935). De *Canaima* se ha dicho, con razón, que es libro de mitos venezolanos en cuya raíz hurgó Gallegos las sobrevivencias primordiales que siguen ardiendo en el alma de su pueblo. Aparte, naturalmente, las diferencias de técnica y la intención que las anima, tiene un abultado aire de familia con *La vorágine,* del colombiano José Eustasio Rivera, la poderosa y lujuriosa novela amazónica que dió a conocer al mundo el extraordinario rango expresivo de Suramérica. Rivera hizo de la selva el abrumador, terrible personaje de su obra; Gallegos insiste en la epopeya —fracasada y trágica epopeya—

del hombre. En una y otra novelas grita el horror de la explotación de los fabulosos productos naturales: el caucho, cuya promesa de riquezas engancha a millares de braceros que la selva devolverá —si los devuelve— convertidos en residuos de la tuberculosis y el paludismo. Una y otra son las piezas más elocuentes del trópico suramericano.

En *Canaima* la idea política, el leitmotiv civil de Gallegos, apenas es sensible como resultado de la monstruosa vida en la selva a la que nos hace asistir. Si allá, en el Llano, hace falta poblar, sanear, irrigar, construir carreteras y escuelas, en estas riberas mortíferas falta inclusive el alumbramiento de la conciencia. Estamos en una de las regiones de América que constituye pura y original reserva para el futuro humano. Los árboles son dioses y demonios; las tempestades, cataclismos. Las inundaciones nocturnas cargan el aire de miasmas. Entre mar, río y selva languidece una población de larvas —indios milenarios y negros degenerados— de Ciudad Bolívar y Guayana a Uracapay, Macagua, Picapica, Resbaloso, Parguey, Cachamay, Bagre Flaco, La Boquita, El Ure: los nueve despeñaderos del inmenso río. Cruzan las *curiaras* y las barcazas, cargadas hasta los topes de caucho, frente a aldeas y campamentos en que yacen hombres, mujeres y niños en cubiles de hojas de palmera o en chinchorros que cuelgan de los árboles monumentales. Por el día, la furia del sol torna a evaporar la inundación, y las dunas de limos se pudren entre enjambres de mosquitos.

Un tal escenario doblega y empequeñece, forzosamente, la anécdota. Todo lo es la inmensidad verde que exuda muerte, descomposición, fiebre. A Marcos Vargas, el aventurero que trató de arrancar su oro a la selva, como Arturo Cova en *La vorágine,* acabará devorándolo "el maligno, la sombría divinidad de los guaicas y maquiritares, el dios frenético, principio del mal y causa de todos los males, que le disputa el mando a Cajuña el bueno. Lo demoníaco, sin forma determinada y capaz de adoptar cualquier apariencia, viejo Ahrimán redivivo en América": Canaima. "Es él quien ahuyenta las manadas de *dantas* que corren arrollándolo y destrozándolo todo a su paso, quien enciende de cólera los ojos como ascuas de la arañamona, excita la furia ponzoñosa del cangasapo, del veinticuatro y de la cuaima del veneno veloz, azuza el celo agresivo y el hambre sanguinaria de las fieras, derriba de un soplo los árboles inmensos, el más alevoso de todos los peligros de la selva y desenca-

dena en el corazón del hombre la tempestad de los elementos infrahumanos".

Pero Canaima, una de las encarnaciones nacionales más terribles de Canaima, iba a abrir, pronto, con su muerte, página nueva al destino de Venezuela —y de Rómulo Gallegos. La noticia cunde como reguero de pólvora. Juan Vicente Gómez se doblega al peso de sus setenta y siete años.

La revolución incruenta

TODO ocurrió en un relámpago. Cuando Gallegos llegó a Caracas había nuevo gobierno. El que fuera Secretario de la Guerra del dictador, general Eleazar López Contreras, lucía la banda de Presidente al pecho. Caracas andaba en las calles, gritando de alegría. La abolida conciencia nacional despertaba de una atroz pesadilla de veintisiete años. Las prisiones políticas se vaciaron. Los barcos llegaban cargados de desterrados ilustres. Gallegos, Blanco Fombona, Pocaterra, Eloy Blanco, Betancourt. El ex Secretario de la Guerra sabía lo que significaba la desaparición de Gómez; los intelectuales y el pueblo, no. Se prometieron reformas capitales, obediencia a la Constitución, libertad. Todo el mundo discurseaba, incapaz de creer lo que veía, lo que palpaba. No sabían que la libertad no se regala y que el ex incondicional del autócrata muerto no la regalaría. Desgraciadamente, en América, las revoluciones incruentas, sobre ser inoperativas y frustráneas, cuestan muchísimo más a la larga a la causa de la civilización. Pero, en aquella hora loca de resurrección de 1936, ¿quién era el insensato que osaba hablar de una revisión a fondo del ancestral, complejo y oscuro drama de Venezuela? ¿Quién el desquiciado que exigiese barrer radicalmente las fuerzas de la barbarie —aun a costa de una verdadera catarsis, de una auténtica y desgarradora revolución? Juan Crisóstomo Payara no se hubiese dejado engañar. Hubiese reclamado, implacable, el gran escarmiento venezolano.

En esos días de resurrección venezolana en que el Gobierno de López Contreras frustra taimadamente toda posibilidad de una verdadera revisión y se fortalece llamando a los altos puestos a los más prestigiosos elementos del antigomecismo, Rómulo Gallegos recibió el despacho de Secretario de Educación Nacional. Efímero encargo, porque la luna de miel de la República

se deshizo en cuanto las híbridas fuerzas que lucharon contra la dictadura reaccionaron en el sentido de sus particulares intereses y el régimen se pronunció contra toda reforma social. Los más avanzados demandaban algo de lo que se estaba realizando de tiempo atrás en México y que en nuestra patria había cristalizado en los artículos 27 y 123 constitucionales: la tierra para el campesino y garantías contractuales de trabajo para el obrero, en la inteligencia de que la tan cacareada parcelación del suelo sólo afectaría a los bienes expropiados a Juan Vicente Gómez. Rómulo Betancourt capitaneaba este último grupo, bautizado Partido Democrático Nacional y mismo que fué sistemáticamente perseguido por López Contreras. Para 1938 estaban abortadas todas las posibilidades de una efectiva revisión venezolana. Betancourt fué desterrado nuevamente y el Gobierno se enfrentó a una encrespada transmisión de poderes. Con tal motivo, hubo necesidad de fingir el libre juego de todos los partidos y Betancourt volvió a Caracas tres años justos después de su expatriación (febrero de 1941). Al candidato de López Contreras, que lo era su Secretario de Guerra, general Isaías Medina Angarita, opusieron los de Betancourt —simbólicamente, porque como estaban las cosas no había el menor vestigio de triunfo— a Rómulo Gallegos, que era ya la más augusta figura nacional.

Así nació Acción Democrática, en cuyos cuadros se congregó el primer núcleo de ciudadanía que había alentado nunca organizadamente en Venezuela. A fines de 1942 apareció Gallegos en México, donde al año siguiente se filmó *Doña Bárbara.* El otro Rómulo, en tanto, se batía contra Medina Angarita, denunciando en una incansable gira de agitación, el entreguismo, el latrocinio y la corrupción palaciegos. A la represión gubernamental se unió "el aparato de difamación del Partido Comunista, en monstruoso maridaje con el régimen" (artículo de Raúl Roa, La Habana, 1949). Los reaccionarios, por su parte, apretaban filas en un Partido Copei que financiaban los poderosos trusts extranjeros. El mandato de Medina Angarita expiraba desgarrado y desprestigiado, no obstante lo cual se pretendió imponer Presidente a un nuevo incondicional, concitando con ello la furia de López Contreras, cuya fuerza seguía siendo considerable. A Acción Democrática se alió la Unión Patriótica Militar, organización que precipitó el golpe de Estado revolucionario de 19 de octubre de 1945.

Variaciones sobre los viejos temas

El retorno a la patria sorprendió a Rómulo Gallegos con una nueva novela lista para entrar en prensas o punto menos. *Pobre Negro* apareció en Caracas en los inicios de 1937, en plena borrasca del Gobierno de López Contreras. Sus orígenes se remontan a los días de creación de *Cantaclaro,* cuyo Juan Parao anticipa esta nueva figura del drama venezolano: el negro recién arrancado a la esclavitud. En el capítulo final de *Cantaclaro* se anuncia, inclusive, el primero —trepidante de son de tambor africano— de *Pobre Negro.*

Gallegos se interna, ahora, en la espesura del convulso siglo diecinueve. La novela tiene un prolongado decurso, como los ríos de la sabana, y reconstruye el proceso histórico de las luchas de oligarcas y federalistas que culminaría con la llamada Guerra Larga, la última senil dictadura de Páez y el triunfo de la revolución federal. Se ha afirmado frecuentemente que *Pobre Negro* es novela de decadencia de Gallegos: "primer gran capítulo, pujante como locomotora —escribe Luis Alberto Sánchez—, seguido lánguidamente por los demás" (*Breve Historia de la Literatura Americana*), y estoy absolutamente en desacuerdo con semejante parecer. No tan sólo no acusa *Pobre Negro* huellas de decadencia, sino que la imaginación y la eficacia de su autor se muestran allí en toda su lozanía y, lo que es más importante, abre un nuevo rumbo a su temática: el de unos episodios nacionales venezolanos de los cuales la obra de referencia sería el primero. Me parece perfectamente exagerado, por otra parte, ese ardor con que se alaba el capítulo inicial —*Tambor*—, que a fin de cuentas no es sino un hermoso canto lírico, con detrimento de un tan sabio y sobriamente articulado cuerpo de novela. No sé si Gallegos proyectó, en efecto, un lienzo histórico de Venezuela que arrancase —como arranca *Pobre Negro*— de los promedios del siglo diecinueve; pero, en todo caso, esa es la impresión que me da el libro. He hablado de episodios nacionales, no de "novela histórica" al modo de *Amalia,* de Mármol. A fin de cuentas, en *Pobre Negro* palpita, sobre la trabazón de la historia de una familia de latifundistas del Tuy cuyo cacao cultivan los negros, el sostenido pulso de los turbulentos sucesos que informan una de las más dramáticas épocas de Venezuela.

Hasta ahora, la intención que supongo en *Pobre Negro* —la de iniciar un lienzo histórico nacional— ha quedado reducida a ese primer y rotundo episodio. La última novela de Gallegos, *Sobre la misma tierra* (Caracas, 1943), vuelve al ciclo anterior, el regional, el de la afortunada tentativa de abarcar a su patria a través de las imágenes de la campiña, la llanura y la selva. Estamos, ahora, en uno de los campamentos petroleros de Maracaibo, propiedad de una de las grandes compañías norteamericanas. Un tema pungente que encara un no menos pungente problema venezolano. El petróleo es a Venezuela lo que el estaño a Bolivia: una llaga cuya supuración alimenta la rapacidad de los caciques nativos y el disturbio que se levanta periódicamente del herido rencor del pueblo. El petróleo, riqueza y agonía de Venezuela que recuerda una conocida alusión de Ramón López Velarde al drama mexicano paralelo —venturosa y patrióticamente liquidado por el ex Presidente Cárdenas en 1938—: "El Niño Dios te escrituró un establo/ y los veneros de petróleo el diablo". Del petróleo bebió su fuerza constrictora Juan Vicente Gómez y no es improbable que haya acezado en lo hondo de los desconsoladores sucesos de noviembre de 1948 que culminaron con la cuartelada que dió al traste con el Gobierno de Rómulo Gallegos.

Sobre la misma tierra fué escrita en días revueltos para el novelista, en plena lucha contra los regímenes de López Contreras y Medina Angarita. Gallegos era una de las cabezas visibles de Acción Democrática y, aparte desdoblarse en una serie de absorbentes actividades políticas, viajaba con frecuencia a México con ocasión de la filmación de sus anteriores novelas. Esta resiente —ahora sí— huellas si no de agotamiento (eso sólo habrá de comprobarlo una creación próxima), sí de falta de abstracción en el difícil tema que aborda y, como han observado sus críticos, se le deshilvana aquí y allá. Ningún capítulo puede compararse a aquellos, magistrales, de *Doña Bárbara, Cantaclaro, Canaima, Pobre Negro.* El dibujo mismo de los personajes —y Gallegos nos había acostumbrado a sentirlos empinados heroica y simbólicamente sobre coturnos— es desleído y no cala en la perspectiva propuesta. Para decirlo de una vez, la historia de los Montieles no añade nada a los guarismos novelísticos de Gallegos, pese a aislados resplandores que chisporrotean entre la pura acción cinematográfica.

Allí está otra vez e improrrogablemente, no obstante, el viejo civilizador que hace veintitrés años viene denunciando el drama social y político de su patria, la ignominia de don Bárbaro, la congoja de sus gentes, la necesidad de una radical rectificación. La danza de los millones, la locura de los bolívares, el auge de las aldeas indias de cuyo subsuelo se levantan cataratas de petróleo y el campo abandonado por la apostasía de sus hijos. "¡Ah, mundo! —exclama por ahí alguien, un oscuro chofer de camión— Esta pobre gente teniendo que caminar kilómetros para llevarse al rancho la *chirigüita* de agua sucia y el viento perdiéndose por toda la Guajira, sin la torre de un molino que lo haga trabajar para que el indio siquiera beba una agüita limpia. ¡Ah, mundo! Y no muy lejos de aquí, en la zona petrolera, ese torrerío ajeno enriqueciendo al musiú, sobre la misma tierra".

Pero, sobre la misma tierra, al pronto, un pueblo —el suyo, Venezuela— se ha movilizado. El viento del Tuy, de Arauca, del Orinoco, se desata por todo el Continente proclamando la gloriosa novedad: ¡Rómulo Gallegos ha sido electo Presidente de la República!

El Palacio de Miraflores

NADIE como él tuvo en aquel instante una más grande, sobrecogedora responsabilidad. Estaba a prueba el pensamiento que soñó la regeneración de los suyos. El hombre de letras, el intérprete del sentimiento de su pueblo, el que más fieramente batió a la barbarie en su obra novelesca, tenía que demostrar que era, también y fundamentalmente, hombre de Estado. Por algo se gastó la vida escarbando en el redaño de realidades que tantos y tantos hombres de Estado ni siquiera sospechan. Difícil —él lo sabía mejor que nadie— era su encomienda. La tarea que lo esperaba era dura, inmensa y dramática. Todo estaba por hacer, prácticamente, y en el campo seguía imperando el alma de doña Bárbara y en el cuartel la de don Bárbaro. Había que consolidar la parcelación de la tierra y hacerla llegar a unos millones de parias que, como Juan Parao, no salían aún de las sombras de la superstición, el terror y la miseria. Entre Caracas y la selva se extendía el vacío. Después de Sarmiento —cronológicamente después— era el más alto intelectual que encum-

brase en América una primera magistratura. La batalla, el sacrificio, la consagración a los fines superiores de la regeneración de su pueblo, lo habían sublimado. Se oyó en todo el hemisferio su entrada en el viejo Palacio de Miraflores, donde tantos autócratas arrastraron el espadón y hundieron a la patria en el oprobio.

Tenía dos caminos a seguir: consumar desde el poder la reforma iniciada por Betancourt o entrar en componendas con el grupo militar que tan resuelta participación tuvo en la caída del Gobierno de Medina Angarita y que demandaba la cancelación de toda reforma. Para lograr una revisión a fondo del problema venezolano hacía falta no nada más una actitud ética —así fuese, como en el caso de Gallegos, la más impecable—, sino, ante todo, una calidad de habilidad política que fuese capaz de valerse de los factores más antagónicos para reducirlos, primero, a agentes de sus fines, debilitarlos después y, finalmente, sin contemplaciones —inmunizado "contra la compasión", que había dicho Juan Crisóstomo Payara— destruirlos. Una revolución, en un país como la Venezuela de 1948, donde crepitaban las llamas bajo la ficticia capa de la paz, demandaba, para llevar a términos prácticos sus propósitos, el mismo implacable peso de la mano de hierro que Guzmán Blanco, Castro y Gómez habían empleado para fines constrictores de la civilización. Una vez metido en el camino de la revolución, el estadista debe llegar, inclusive, al "gran escarmiento" de que hablaba también el doctor y general del Hato Viejo Payareño. "Cuando se ha emprendido y comenzado un cambio social —escribió ciento quince años antes un insigne ideólogo mexicano, José María Luis Mora, en horas también de prueba para un Gobierno civilizado—, es necesario no volver los ojos atrás hasta dejarlo completo, ni pararse en poner fuera de combate a las personas que a él se oponen, cualesquiera que sea su clase; de lo contrario, se carga con la responsabilidad de los innumerables males de la tentativa que se hacen sufrir a un pueblo, y éstos no quedan compensados con los bienes que se esperan del éxito".

La gestión revolucionaria del Presidente Gallegos planteó el ataque nada menos que de los dos puntos neurálgicos de Venezuela: la reforma agraria y la revisión fiscal de "las fabulosas utilidades de las empresas petroleras". Los respectivos intereses, al sentirse heridos, tomaron abiertamente la ofensiva.

Otra vez el Partido Comunista, en monstruoso maridaje con las castas más reaccionarias, aplicó sus más furibundas baterías a minar el régimen. Una libertad de prensa como jamás la había conocido Venezuela y que frecuentemente llegó al más desenfrenado libertinaje (la befa y el escarnio personales del Presidente eran diarios y escandalosos), se encargó de pulverizar la ya castigada fortaleza del Gobierno. Frente al creciente peligro, el autor de *Doña Bárbara* se olvidó de que la comisión de su empresa requería taxativas precisas a toda índole de oposición. Como en 1912, en México, bajo el Gobierno de Madero, las fuerzas más tenebrosas se coligaron para barrer con el ensayo civilizador y, en uno como en otro caso, pusieron al descubierto la debilidad del régimen. Lo demás vino por caminos de consecuencia lógica, una vez que Rómulo Gallegos se detuvo ante medidas del rigor extraordinario que urgían las circunstancias.

El 22 de noviembre de ese 1948 la cuartelada lo despojó del mandato constitucional que ostentaba. Una proclama firmada por los usurpadores empezaba así: "Las fuerzas armadas nacionales, en vista de la incapacidad del Gobierno para resolver la crisis que existe en el país. . .", etc., etc. No Pernalete, el taimado y sucio jefe civil del que Gallegos hizo una inolvidable ficha, habría suscrito, si no más legítimamente, sí con menos indignidad, tamaño documento. Los de la militarada no sacrificaron a Gallegos. Sabían lo que hacían —ellos sí— y no eran tan ingenuos como para convertirlo en mártir. Lo embarcaron en un avión y lo aventaron fuera de Venezuela.

El, Rómulo Gallegos

Le veo hablando, recordando. Historias de Venezuela, del llano, de la selva, de los inmensos ríos mugidores. Una sombra de sonrisa yerra en sus labios y aviva sus ojos. Hay tristeza en esa sombra de sonrisa. Una tristeza de caladoras nostalgias venezolanas. Su voz es baja, honda, y palpita en ella el acento del trópico. Una voz que me recuerda la de un viejo cantor de corridos. Corridos cuyos héroes murieron hace mucho tiempo y cuyas andanzas terribles hablan del fragor de un pasado fabuloso.

Está en México, que es un poco de Venezuela, pero que es también el destierro. Destierro de México en el que creció

ala y garra de Martí, el menos amargo de todos los destierros. Al fin y al cabo, el destierro. Ala y garra que ya no crecerán en él para los fines del poder de este mundo. Todavía crepitan las brasas, pero su fuego ya no repujará ningún molde de Estado. Sus poderes están completos y realizados. Un viento de tormenta lo echó acá. Da la impresión de que ha renunciado a todo, de que para él ya acabaron los caminos. Si tuviera veinticinco años, como Martí cuando estuvo en México, todo estaría por hacer. Tiene sesenta y siete, la edad —se me antoja suponer— de Juan Crisóstomo Payara cuando aparece en el Hato Viejo, en medio de la inmensidad del llano. Todo está consumado. Pertenece, íntegramente, a la historia no sólo de Venezuela —que es foro que le queda chico a sus pujos evangelizadores, gemelos de los de Sarmiento— sino de América. Como Sarmiento, fué maestro de escuela y se enfrentó a la barbarie y padece amargura de exilio. Como el capital argentino, lega un pensamiento fundamental: el de la rehabilitación de América. Novelista extraordinario, su angustia política es norma que habrá de sobrevivirle. Norma que finalmente moldeará, acabará moldeando la soñada imagen de la patria manumisa.

LA EXPRESION DE MEXICO EN LA EXPRESION ARTISTICA NORTEAMERICANA

Por *Margarita* NELKEN

CONOCIDA es la protección que, en forma de mecenaje oficial, dispensa Estados Unidos a sus "veteranos" de la segunda guerra mundial. Muchos de éstos aprovechan sus años de despreocupación económica para nutrir los horizontes de ese París —para algunos, el único París que por tal merece tenerse; para otros —turistas, peregrinos de paso, etc.— inexistente; de ese París, decimos, comprendido exactamente entre el Café de Flore y el Café des Deux Magots; sede, limitada por el campanario de Saint-Germain-des-Prés, de los residuos existencialistas, ya abandonados a sus evanescentes destinos, por un Sartre y un Cocteau emigrados hacia nuevos tornavoces. Muchos también, y hasta quizá, en estos últimos años, los más, caídos, en bullicioso tropel, sobre este México de la Escuela de Esmeralda y las clases de arte del Mexico City College, y la vida, a guisa de vacaciones o balneario, de San Miguel Allende.

Son la levadura de las nuevas generaciones, de una estética en busca de su interpretación vernácula.

Aquellos observadores cuyo escepticismo, en vías de traducción en hechos concretos, necesita torcerles el cuello a todos los cisnes, aducirán las facilidades que nuestro peso le brinda al becado en dólares: argumento que sería ocioso pretender pasar por alto. Al igual que este otro, púdicamente disimulado, pero claramente perceptible, del indefinible, latente y punzante temor a un nuevo conflicto, que en Europa sorprenda al extranjero con el desajuste de transporte, y que, en cambio, en México, le proporcione, incluso, probabilidades de escapar, siquiera en los primeros tiempos, a los impactos directos de la conflagración. Pero, esto no es todo, ni con mucho.

¡Y aunque así fuere! Aunque la inclinación a emplear sus facilidades fuese lo que, inicialmente, moviera a estos "vetera-

nos" a venir a tomar contacto directo con la plástica mexicana, el resultado no dejaría de ser ese contacto. Un dólar puede valer, y representar, para quien cobra en dólares, tantos o cuantos pesos; ello no le hace para que, merced a estos pesos, el artista en ciernes, llegado del otro lado del Bravo, se encuentre, de inmediato, en posesión de todos los secretos que sea susceptible de descubrir, en el inmenso y polifacético acervo del arte mexicano. Y lo cierto es que para este artista en ciernes, llegado de un país de incomparable esfuerzo de cultura; de incomparable labor por reunir, en pinacotecas soberbias, públicas y privadas, las más valiosas colecciones de todas las Escuelas y todos los tiempos, pero ayuno de fuentes artísticas y derroteros autóctonos; para este muchacho, o esta muchacha, sedientos de hallar, por fin, cauce seguro a sus afanes de expresión, este contacto significa un trampolín decisivo.

Siquiera para los verdaderamente dotados, en punto a capacidad de creación artística.

Y, como es ley que no hay receptividad sin devolución, ni impresión recibida que en alguna forma no vuelva a circular, ya es hora, creemos, de procurar ver claro, en lo que este contacto de la generación ascendente de artistas norteamericanos con la plástica y ambiente mexicanos, de siempre y de hoy, significa: desde el ángulo de la fusión, con la plástica mexicana, de modalidades interpretativas que le son extrañas, sí, pero que, en ocasiones, la penetran lo bastante a fondo, como para alcanzar su solera.

Siquiera —ya queda dicho— en lo que a unos cuantos se refiere.

ARTE pre-hispánico; arte popular, y también, conviene no olvidarlo, barroquismo mexicano (que es cosa, ya lo veremos más adelante, harto diferente de barroco a secas): he aquí los tres manantiales que se le ofrecen de inmediato al artista en ciernes o en sazón, llegado de Norteamérica a México, con deseo de anchar su sensibilidad. He aquí, por tanto, las tres realidades patentes, a cuya luz hemos de comprobar la significación, desde nuestro propio ángulo plástico, de esta introducción, en la vida artística mexicana de estos últimos años, de esa sensibilidad, de esas sensibilidades, que se nos han entrado por

la puerta, abierta de par en par, de ciertas facilidades económicas, y de unas ilusiones creadoras no menos positivas.

Al principio fué el verbo. O sea la expresión.

¿Qué expresión? ¿Y de qué? ¿Qué es lo que se trata de expresar, cuando el Verbo ya no es míticamente divino, si no humano?

He aquí el principio mismo de la creación artística. El deseo —irresistible— de comunicación, de comunicarse y de realización: de realizarse en una obra tangible, o, al menos, patente. Y esto, —como el verbo, y en su calidad expresiva de verbo— nada tiene que ver con representaciones de realidades tangibles. Pero, ha sido menester el transcurso de largos siglos de darle vuelta a todas las posibilidades de representación —en dos, o tres dimensiones— de realidades tangibles, para que el Arte volviera a recuperar su derecho a no representar sino su necesidad de expresión.

Volviera a recuperar; y es que basta con una ojeada rápida, por las realizaciones arcaicas de la mayoría de las Escuelas, para recordar hasta qué punto es falaz, y frívolo, el concepto-rasero, por el cual, desde el arte cuajado en fórmula escolásticas, se pretende medir la razón de ser de la obra de arte: concepto limitado, con pavorosa miopía, a una interpretación a su vez limitada a la sola representación, o, más exacto, reproducción, de una realidad asequible a todos. Y, entre todos, en sumisión al dictado nivelador de las mayorías, principalmente a aquellos que sólo se hallan capacitados para ver con los ojos de su cara, y sentir con el tacto de sus manos.

Ahora bien: estamos en México. No lo olvidemos. Que el olvido, aquí, entraña riesgo mortal de confundir apariencias transitorias con realidades permanentes; la envoltura con su esencia. Estamos en México; en donde el arte directamente proyectado por el suelo, y por las reacciones, ante su suelo, y sobre su suelo, de sus habitantes, fué, en un principio, signo: que es como decir revelación, y no afirmación, que lo último es como recortar un vuelo infinito en indicación mezquinamente finita. Representación de adentro afuera, y no —académicamente— lo contrario. (El llamado Calendario Azteca, no es tal calendario; pero sí es representación, por signos, de una noción de tiempo. Y cada detalle de la ubicación de una pirámide precortesiana, y de su decoración, es signo elocuente para los iniciados).

Estamos en México: no lo olvidemos. Pero olvidémonos, para aquilatar la realidad profunda mexicana, de las representaciones plásticas que hoy se contentan con vestir, con atuendos pintorescos —los más de un regionalismo fruto de mestizaje—, actitudes y expresiones, sentimientos y reacciones fijados, hace siglos, en los signos de una plástica íntimamente correspondiente a esa realidad profunda, que hoy queda al margen de superficialidades folklóricas.

De ahí el que, por primera vez, la necesidad de expresión de unos Estados Unidos hechos, en sus realizaciones artísticas y culturales, a retazos de antiguas civilizaciones trashumadas, "importadas", más o menos deliberadamente, cuajara, en su fusión con estos signos, comprensibles para algunos, y auténticamente representativos de una realidad autóctona, en nuevos signos, fácilmente reconocibles en su doble origen.

De ahí la trascendencia, que no creemos se haya aún destacado lo suficiente, de este encuentro de un arte joven norteamericano, impregnado, en su voluntad de abrirse nuevas rutas de expresiones para él absolutamente exóticas, con las fuentes de unas expresiones cuya autenticidad, como proyección rigurosamente vernácula, le es dado penetrar.

PRIMERA equivocación que conviene destruir: la plástica mexicana en sus expresiones genuinas, no fué nunca realista. Y su realismo, o, más exacto: su dramatismo revestido de apariencias reales (inclinación al tema de la muerte, etc. . .) nunca, en etapa ninguna de su evolución espiritual o costumbrista, se ha contentado con representaciones literales de lo visible. Más aún: la extraordinaria —quizá incomparable— intuición artística de los pueblos que integran el conjunto del pueblo mexicano, ha llevado a éstos, por igual en sus etapas de creación teocrática y específicamente religiosa, que en la persistencia de sus interpretaciones de tipo popular, a una estilización espontánea, de cuantas formas tratábase de utilizar a modo de depositarias visibles de una verdad superior a las mutaciones posibles de las formas. "Una cosa es ver, y otra es pintar", afirma Picasso, genial creador y volatinero de formas. A lo cual cabe añadir: una cosa es ver con los ojos de la existencia cotidiana, y otra con los que de esta existencia, o en esa existencia, saben extraer la verdad esencial y permanente de cada forma y cada espectáculo. Y otra

cosa es, además, saber trasladar, a la forma de la creación de arte, esa verdad, de manera que se imponga como realidad, a la vez en su esencia permanente, y en su apariencia de momento.

Sobran aquí las disquisiciones acerca del simbolismo de la plástica pre-cortesiana; simbolismo complicadísimo, y, sin embargo, de nítida percepción, y de apariencia apegada a la realidad en todas sus formas: aun en aquellas de inspiración míticamente polimorfa. En aquellas cuya interpretación requiere previo conocimiento de las diversas encarnaciones atribuídas a las diversas divinidades de los antiguos cultos; de las varias facultades que se les reconocían y, en fin, de los pormenores del culto de cada una de ellas. Aun en aquellas, en una palabra, de simbolismo más hermético, la representación de cada uno de sus detalles permite ser examinada a tenor de cánones realistas. Lo cual no quiere decir que se trate, en conjunto, de una creación nacida de un concepto realista de las apariencias. Bastan dos nombres: el de Coatlicue, cuya intrincada composición encierra nada menos que la idea de madre de los dioses y de los hombres, yuxtapuesta a la idea de la doble encarnación de la Muerte y de la Tierra; y el de Quetzalcóatl, en su figura de serpiente emplumada, para desvanecer la presunción de una fuente pre-hispánica de las representaciones realistas, o por realistas tenidas, de algunos aspectos, desde luego no los trascendentales, de la plástica mexicana contemporánea. Así como bastan los signos —antropomorfos o no— de cualquier página de códice azteca, o la síntesis de planos y concreción de volúmenes de muchas de las esculturas que figuran divinidades huastecas, para advertir el punto de partida, de la voluntad de traducción de formas en signos, del arte que hoy, en sus abstracciones, absolutas o parciales, en parte alguna menos que en México puede ser tenido por especulación que desdiga de su finalidad.

Si tomamos, como ejemplo de "razón de ser" de la búsqueda, entre las formas mexicanas, y por parte de los pintores norteamericanos que en ellas creen hallar su mejor posibilidad de realizarse, de una inspiración que desintegre las apariencias externas, en aras de una suma superior de las mismas, la obra de un Rufino Tamayo será la que más cabalmente nos indique cómo es lícito someter una forma, ya exaltada en sus perfiles esenciales, a una expresión que las exige, no tal como se presentan en la realidad inmediatamente asequible a todos, si no tal

como puede el artista percibirlas, una vez despojadas de la envoltura mutable de esa realidad. Ahora bien, Rufino Tamayo, sin duda alguna el pintor mexicano que mayores resonancias tiene en las búsquedas de estos jóvenes pintores llegados de Estados Unidos (mayores todavía que un Carlos Mérida, cuyos análisis desnudos de formas naturales, empero son aprovechados, en sus asociaciones coloristas, por muchos de estos pintores); Rufino Tamayo, en contra de cuanto acerca de él quieran proclamar los apegados a la realidad más superficial, es decir: a los que confunden la representación de la realidad esporádica con la fijación de la realidad permanente, jamás se aparta —al menos deliberadamente— de las sugestiones de la propia realidad.

El acento vernáculo, raras veces es captado por quien habla siempre el mismo idioma. El acento mexicano; específica e inconfundiblemente mexicano, de las transposiciones de un Tamayo (transposiciones de la forma en signo) lo han captado, en toda su fuerza y toda su pureza, quienes, con ocasión de exposiciones celebradas allende el Bravo y, sobre todo, allende el Atlántico, se han encontrado, de pronto, con ocasión del conocimiento de Tamayo, frente a una representación certera del espíritu de la plástica mexicana a través de todas sus etapas. Cuando un Henry Moore, que nunca ha estado en México, declara que "la escultura mexicana pre-cortesiana ha sido la influencia más importante en mi (su) escultura" no se refiere, sobra decirlo, a ninguna influencia directa, de presencia, sino, tácitamente, a una influencia de punto de partida. Cuando un Braque, después de haber sido, junto con Picasso, el iniciador del período cubista, retorna a la construcción formal de los objetos, y proclama que, en su interpretación del objeto, parte de una obsesión del objeto para, al cabo de una labor intensísima (él dice "exasperada") de afloración de signos, destruir el objeto: según su definición textual, "matar al objeto", no hace sino poner en práctica el conocido axioma vinciano, de que el arte es cosa mental. Proceso de intelecto y de inteligencia a compás de depuración de la emoción. Todo lo cual, inclusive el arte llamado abstracto y, a la vez, y, por supuesto, sin que ello entrañe contradicción, la psicología de un retrato de Clouet o de Velázquez, queda encerrado en la conocida frase de Gide: "Para mí, la literatura pictórica es una aberración tan deplorable

cual la pintura literaria: *no creo, de punta a punta de mi obra*[1] *haber pintado o descrito un solo paisaje iba a decir un solo objeto— sino haber expresado la sensación que su contacto me producía*". Y añade, en el texto (Carta al pintor Jacques-Emile Blanche) en que tal explica: "*Lo extraño es que parece usted creer que, al escribir así, lo hice a pesar mío, o al menos inconscientemente. ¿Acaso no dije*: "*que la importancia esté en el ojo, y no en lo que se mira?*"

Gide aquí, con el sentido adivinador del verdadero artista (de la palabra o de la pincelada, da lo mismo) le devuelve, a la pintura moderna, el arte moderno, o, más exacto: a la expresión moderna, su categoría de "cosa mentale" que le reconocía Leonardo. Y cuando, a esta categoría, se le opone frívolamente la famosa ventana abierta sobre el aire libre, de los Impresionistas, y no digamos ya el goce del color de los Venecianos y de un Rubens, simplemente se olvida uno del proceso, no ya intelectual, sino rigurosamente científico —es decir de un raciocinio adrede despojado de toda contingencia imaginativa— de la descomposición del espectro solar por un Chevreul y un Helmhotz, que dió pie a esa vibración de la luz que, en intención de los maestros de la Escuela de las Batignolles, no fué nunca desintegración de la forma, sino reconstrucción de la forma más allá de los límites que pretenden cercenar su luminosidad, su "luminismo"; y también del rigor con que un Rubens, o un Tintoretto, hacen depender todas las asociaciones de tonos de una composición de su relación con el tono "local". Lo cual implica básicamente, la solución de un problema planteado al concebir el pintor su expresión pictórica.

Al aspirar, pues, a establecer su pintura sobre una expresión por signos de una realidad que, antes de ser apariencia externa, es su realidad propia; y al recurrir, paŕa ello, para completo desenvolvimiento de este doble proceso, de retina y de intelecto, a las fuentes que naturalmente les proporcionan las combinaciones, de formas y de tonos, del arte mexicano en su esencia más permanente —la de las realizaciones intuitivas del arte popular— estos jóvenes pintores norteamericanos, que han venido a tomar contacto con la expresión plástica mexicana, después de haber sufrido contactos, más o menos directos y conscientes, con ciertas expresiones del arte europeo, que supu-

[1] Se refiere a *Les Nourritures terrestres.*

sieron más aptas a responder a sus inquietudes; estos jóvenes artistas, decimos, no hacen sino recorrer, en sentido contrario, o sea de la meta al arranque, el camino que, a los decoradores de las etapas más refinadas del arte pre-cortesiano, les hizo descubrir la expresión intelectual de los colores: el amarillo, color del maíz, reservado a la representación de los alimentos; el verde, color del plumaje del quetzal, a las figuras de los altos dignatarios y jefes; el negro, color de la obsidiana, y, por tanto, de las puntas de las lanzas, a la de instrumentos bélicos, etc. . . (Sylvanus Morley: "La Civilización Maya").

¿Dónde queda, entonces, ese pretendido realismo del arte prístinamente mexicano?

¿Dónde la supremacía, en la plástica mexicana; en la expresión mexicana, de la reproducción a ras de tierra, a ras de exactitud aparente, sobre la transposición, no ya imaginativa, sino simbólica, es decir fruto patente de operación intelectual, de una realidad considerada, única y rigurosamente, como punto de partida de esa necesaria transposición?

YA pronunciamos antes la palabra-tabú: barroquismo. Creer que éste sólo ha florecido, en México, en portadas más o menos churriguerescas, equivale a creer en la posibilidad, para una expresión plástica, de originarse a guisa de brote espontáneo. Repentino. Mucho se ha dicho de las riquezas naturales, para explicar —cómodamente— la selvática exuberancia del barroquismo mexicano. Cierto es que aquí el oro y la plata surgían a paletadas; y toda suerte de metales preciosos y de gemas, de mármoles y tecalis, y de paciencia y habilidad manual indígenas, para enrevesar hojarascas de piedra, realzar marcos y afiligranar, en su exterior y en su interior, construcciones primitivamente trazadas sobre planos de algún Herrera. En el Viejo Mundo, no se ignoraba que ahí estaba el techo de Santa María Maggiore, en Roma, refulgente del oro "traído de Indias". Todo no ha de ser, en las ansias de opulencia, cacería de espacios: los artistas que para este continente vienen, o que para él labran o pintan, procuran ponerse a tono, bajo los Carlos y Felipes, con tamaña embriaguez de bienes: el propio Murillo, que alzará sus Inmaculadas sobre fondos lisos, cuando, en sus años mozos, fabrica al por mayor retablos, para satisfacer demandas lucrativas de monjes misioneros, hace más nutridos los ramilletes a los pies de sus Vírgenes, y les pone más plie-

gues a los brocados que, anacrónicamente, sirven de fondo a sus anacoretas.

¿Acaso el arte pre-cortesiano se expresa ya en lenguaje barroco?

¡Ni dudarlo! Las pirámides, en su traza, son severas: las de allá, las que bordean el Nilo, y las torres escalonadas de Caldea. Mas, se las viste y reviste, por acá, con decoraciones que quiebran lo inexorable de su estructura. Y ahí están —que para algo hay tanto oro— discos y narigueras, y pectorales y brazaletes, y —por algo surcan los aires tropicales policromías de aves— las obras de plumería que, en las cortes de España y de Inglaterra, despiertan sueños de fabulosos Dorados.

Etapas coloniales. Era menester, ya lo apuntamos, no sólo aprovechar las riquezas en materiales, sino procurar no quedárseles a la zaga. Y el culto aquí injerto en los cultos ancestrales, tampoco podía ser absolutamente el mismo que el que hacía desfallecer en renunciaciones, y ansias de una renunciación aún más absoluta, dentro del abulense convento de la Encarnación. Después, la Revolución. Quien dice Revolución, dice, al pronto, desmesura. Trote largo. Y afanes legítimos de revancha. Todo lo cual nada tiene que ver con el sentido de la medida. A aquel José Churriguera que, desde Salamanca, da suelta a cuantas extravagancias pétreas levántanse por ambos mundos, quizá no le asombrara demasiado el pasmoso florecer a que dan lugar, al otro lado del Océano, sus amplificadas resonancias. El sabe muy bien que aquello de la mesura, y de la euritmia, que, decíase en la Atenas fidiaca, aproxima los mortales a los dioses, quedó bajo las ruinas de unos conceptos clásicos que no han de volver como no sea a fuerza, forzados. Reminiscencias; voluntad de resurrección, o de renacimiento, podrá haberlas; mas, cuando empiezan de nuevo los pintores a recordar que la belleza espiritual puede encarnar en armonía externa, los primeros de entre ellos afánanse en esgrafiar y estofar fondos de oro. No el oro de la luz en que bañan las ciudades castellanas, sino oro, oro. El que cegará las mentes y las conciencias que, desde el Viejo Mundo, partirán a la ventura de Indias. O sea, que el barroquismo nace mucho antes de que se entienda y defina lo que es barroco.

Lo cierto es que ahí, *aquí,* está. Y bien cuajado y distinguible. Y que todo el que tenga ojos para ver —ojos de su cara y ojos de más adentro— advierte el marchamo del más

inconfundible de todos los barroquismos, en la expresión de la plástica mexicana que aquellos que carecen de ojos suponen exótica en México, precisamente porque, de tan profunda y prístinamente mexicana, les resulta hermética, junto a las apariencias que de mexicanas sólo tienen el ropaje que viste —viste y desnuda— su academicismo.

Pero estos jóvenes artistas que nos llegan de Norteamérica, después de haber, en vano, buscado su verdad en innovaciones de una plástica para ellos puramente intelectual, de seguida sienten y resienten como golpe asestado en mitad de su emoción, el encontronazo con ese barroquismo de los signos ancestrales de la expresión plástica realmente mexicana.

Pueden, entonces, darse incluso las "Declaraciones del Ser", perfectamente ingrávidas, de un Worthington. Y ese otro barroquismo al revés del "Paisaje amarillo" de un Robert D. Ray, tal vez de todas, la pintura que mejor dice de la plenitud de realización a que puede llegar, a través de los signos aprendidos en las fuentes vivas del arte mexicano, la visión pictórica de una sensación (véase más arriba: Gide) que empezó a cuajarse bajo otra luz, menos deslumbradora.

Y diréis: todo eso podrá ser una explicación; pero ¿dónde está, en todo eso, la aportación específicamente norteamericana? ¿Dónde, el punto de convergencia, con las características de la creación plástica mexicana, de unas facultades creadoras desarraigadas de todas las soleras, y abonadas con los más heterogéneos limos?

Ahora, hay que apelar a los antípodas. Por ejemplo, a un Chagall, que llegó, a su presencia en la Escuela de París, ya cargado con todos los lirismos de los ensueños infantiles de su Rusia nativa. Mejor dicho: de sus siglos de ghetto ruso. Y no es por casualidad que el nombre, precisamente de Chagall, se alza aquí, para apuntalar, con los vuelos de sus ángeles, estos vuelos hacia la luna, o hacia la copa de un poste en una mísera vecindad, de los chiquillos que le hacen de ángeles a Angela von Neumann, o en torno a los "Arboles mágicos" de un Henry C. Hagan. Podía —todo esto—, quedarse en un "a la manera" de Chagall: de seguro, así hubiera sucedido si, en lugar de venirse a cambiar sus dólares en pesos mexicanos, y los automatismos de sus Drugs Stores por el primitivismo

subjetivo de Metepec, estos artistas, desde la estación de paso de su primera formación en Estados Unidos, hubieran marchado a incorporarse a la cohorte de proveedores de las galerías parisinas. El hecho es que aquí vinieron, y aquí se encontraron con sus mejores oportunidades de vuelo a costa de sí mismos. Por aquello de que los extremos se tocan, y de que lo más próximo a lo que estos artistas norteamericanos eran antes de nacer en Estados Unidos, es la transposición instintiva de los signos de la plástica mexicana. (Sobra reiterarlo, mas sin embargo lo haremos: nos referimos a la plástica que realmente traduce, en formas visibles, las formas invisibles que dictaron el simbolismo del arte pre-cortesiano, y nunca a las apariencias de una realidad limitada a sus más transitorios y mutables contornos).

¿Y a todo esto, y con todo esto, seguiréis diciendo, que es del naturalismo de aquellos aspectos de la plástica mexicana que, aun en las etapas de más trastesado simbolismo, fueron más crudamente naturalistas?

Bien; no nos olvidemos ni siquiera de esa predilección zapoteca por recubrir una figura con la piel de su víctima; ni del jamás igualado realismo de ciertas representaciones nahuas de hombres muertos. Cuando un John Ulbricht empieza, aquí en México, a renegar de las representaciones "exactas" de sus retratos demasiado fáciles, y de la también excesiva facilidad de su entrega a las intelectualizaciones que le sugestionan en las publicaciones del arte europeo, toca tierra con el peso específico de esta "Mujer arrodillada", descendida de cualquier mural mexicano, pero con el ritmo previo de los arcaísmos helenos. Ya no se trata de pensar en los Códices, como en la "Laguna" de Henry C. Hagan; ni de brincar con los "Niños saltando" de Angela von Neumann; pero sí de desollar las costillas de un "Cristo" que Thea Ramsay no ha conocido sino cuando, aquí en México, ha conjugado, con las estilizaciones del arte contemporáneo de los crisoles de París y del este de Europa, las que exaltan, hasta el más apocalíptico sentido de la muerte, los dramatismos indígenas. (Los cuales sólo tienen —a veces— parangón, en los de las devociones del renacimiento hispánico, al cabo brotadas, en su más remoto estrato, de una concepción judía de irredimibles maldiciones).

Porque hay, hubo siempre, en todos los tiempos y Escuelas, distintos naturalismos; y el que por tal entienden hoy los que

creen en un mensaje plástico ceñido a la pura representación, prescinden —adrede o por omisión involuntaria— del naturalismo elevado al cubo en poesía e imaginación, de las representaciones románicas y góticas. Las figuras de los portales de Chartres o de Bamberg, al igual que las de Tonantzintla, en ninguno de sus detalles se contentan con subir a un pedestal una figura viva; las calaveras de azúcar no son únicamente trasunto fiel de la parte superior de un esqueleto; y cuando el poeta Francisco Tario y la fotógrafa Lola Alvarez Bravo ponen de acuerdo la impresión que les causan espectáculos vívidos, es decir realistas, para contarnos que en el Acapulco de su sueño y de sus ensueños, "hay otro hombre, también negro, pero ciego, que cuenta al amanecer las estrellas", con toda naturalidad les brindan, a estos jóvenes que nos han llegado en busca de imágenes para cuajar y encuadrar su fantasía, el canon de un naturalismo tan introspectivo, que, sin ver con los ojos con que se ve, puede nada menos que alcanzar a enumerar astros.

Que es como divisar ángeles o sirenas: de Tonantzintla, o de Chagall.

¿Y en correspondencia?

Hasta ahora, cierto, comprendimos lo que México, en sus más cabales expresiones plásticas, supone para los trampolines del arte joven norteamericano; pero hay, debe haber, la significación del reverso —o del anverso— de este acuciamiento. Y, en efecto, la hay. Y es, en opinión —o en frivolidad, o, mejor todavía, en comodidad— de aquellos que quisieran una plástica mexicana limitada a sus propios límites externos, es decir a infranqueables limitaciones, el escollo de esta integración a México de sensibilidades extrañas, en principio, a sus fuentes.

A la postre, siempre el mismo y único problema: el de la universalidad frente al cerco. La plaza abierta, el puerto abierto a todos los vientos, en oposición al campanario, cuya sombra no ha de sobrepasar la proyectada al pie por su silueta apenas alargada. En el fondo, temor de perder los propios perfiles. Temor.

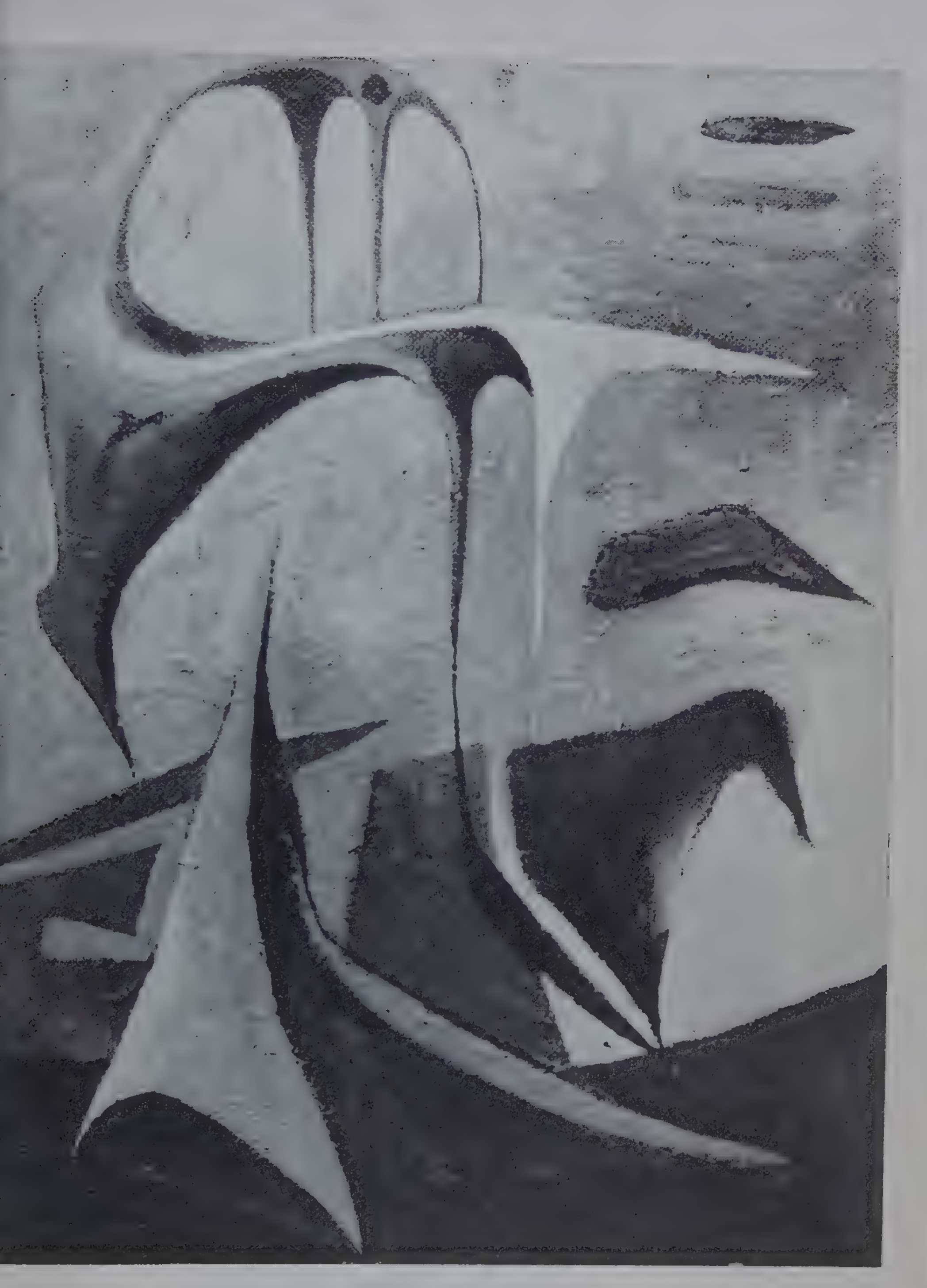
Ni aquellos pueblos que, con anterioridad al contacto con los invasores arribados del otro lado del Atlántico, trashumaban, de región a región, sus interferencias; ni aquellos, ya

sometidos a una expansión extranjera hasta en el color de su piel y en su modo de temerle a lo Incógnito, abrigaban suspicaciones respecto a tales riesgos. Y, en evolución contemporánea, ahí, está, para ejemplo magno, el de la llamada "Escuela de París", tan notoriamente distinguible en sus resonancias específicas, y cuyos elementos, a manera de ingredientes de vasija de alquimia, antes de mezclarse en su poso, fueron traídos de los cuatro puntos cardinales. Y es que, en arte y en religión, el sentido del fervor sólo puede ser ecuménico. Cuando no lo es, se queda en pequeño culto particular. Como quien dice, en adoratorio para inciensos caseros.

¿Hubiera, de por sí, la expresión plástica mexicana actual, ensanchado sus horizontes más allá de esa línea sempiterna de un realismo a ras de lo cotidiano, tras la cual algunos quisieran rutinariamente amurallarla?

Seguramente. Ahí están un Rufino Tamayo, y un Carlos Mérida, y, a veces, un Orozco Romero, para mostrar al mundo la transposición genuina de realidades en imágenes; y una Frida Kahlo, tan desenfrenadamente introvertida. Y citamos sólo unos pocos nombres, de entre cuantos podríamos citar. Ahí está también, en ejemplo de tres dimensiones, lo que un Germán Cueto, tan pronto vuelve a tropezarse con ella, al regresar de aquilatarla en París, le pide a la escultura pre-hispánica; y lo que un Ortiz Monasterio, en cuanto se remonta por encima de sus naturalismos, sabe oír, en las policromías de las figuras populares. Pretender que, sin intromisión de resonancias de fuera, la plástica mexicana contemporánea permanecería apresada por simples apariencias externas, no es afirmación comprensiva y amorosa, sino, por el contrario, rebajar una Escuela de posibles proyecciones mundiales, a la categoría de elemental fijación de un exterior impermeable a toda receptividad emocional de carácter universal. Amén de lo que ello supone de afán de circunscribir, sectariamente, a una única modalidad interpretativa, encauzada a priori en una única dirección, lo que puede ser una expresión maravillosamente compleja y fértil. Dicho de otra suerte: pretender sentar el dogma de una plástica mexicana partida en dos, y amputada paradójicamente de aquella de sus facetas reveladora de sus más profundos estratos.

Ahora bien, quien no osaría oponer como única verdad, la verdad exterior de cualquiera de las figuras naturalistas de la estatuaria pre-cortesiana, a cualquiera de las estilizaciones "en



Worthington.—Declaración del ser.



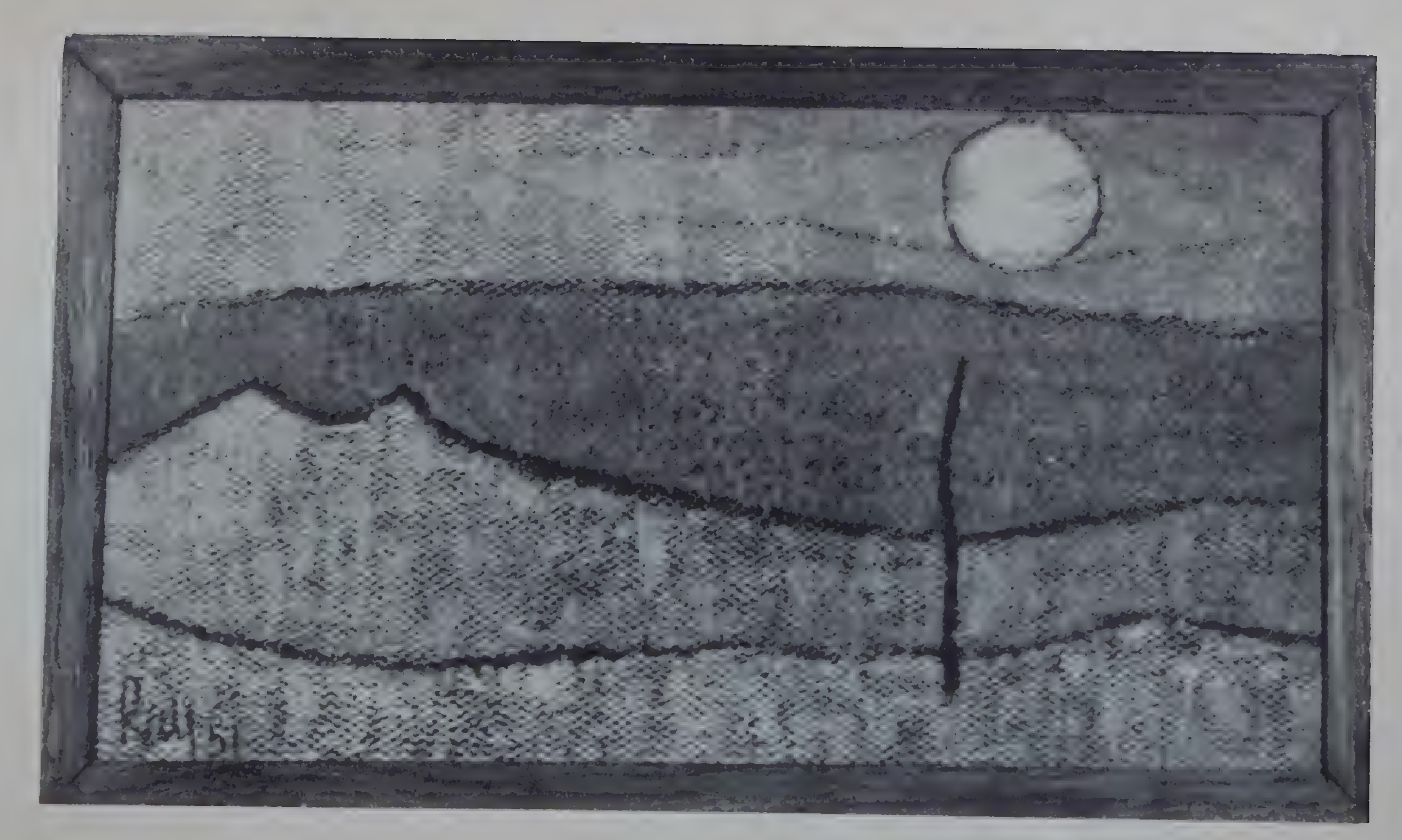
Thea Ramsey.—El cristo negro. Monograbado.



Henry C. Hagan.—El árbol mágico.
Vinelita y tinta.



John Ulbricht.—Mujer arrodillada.



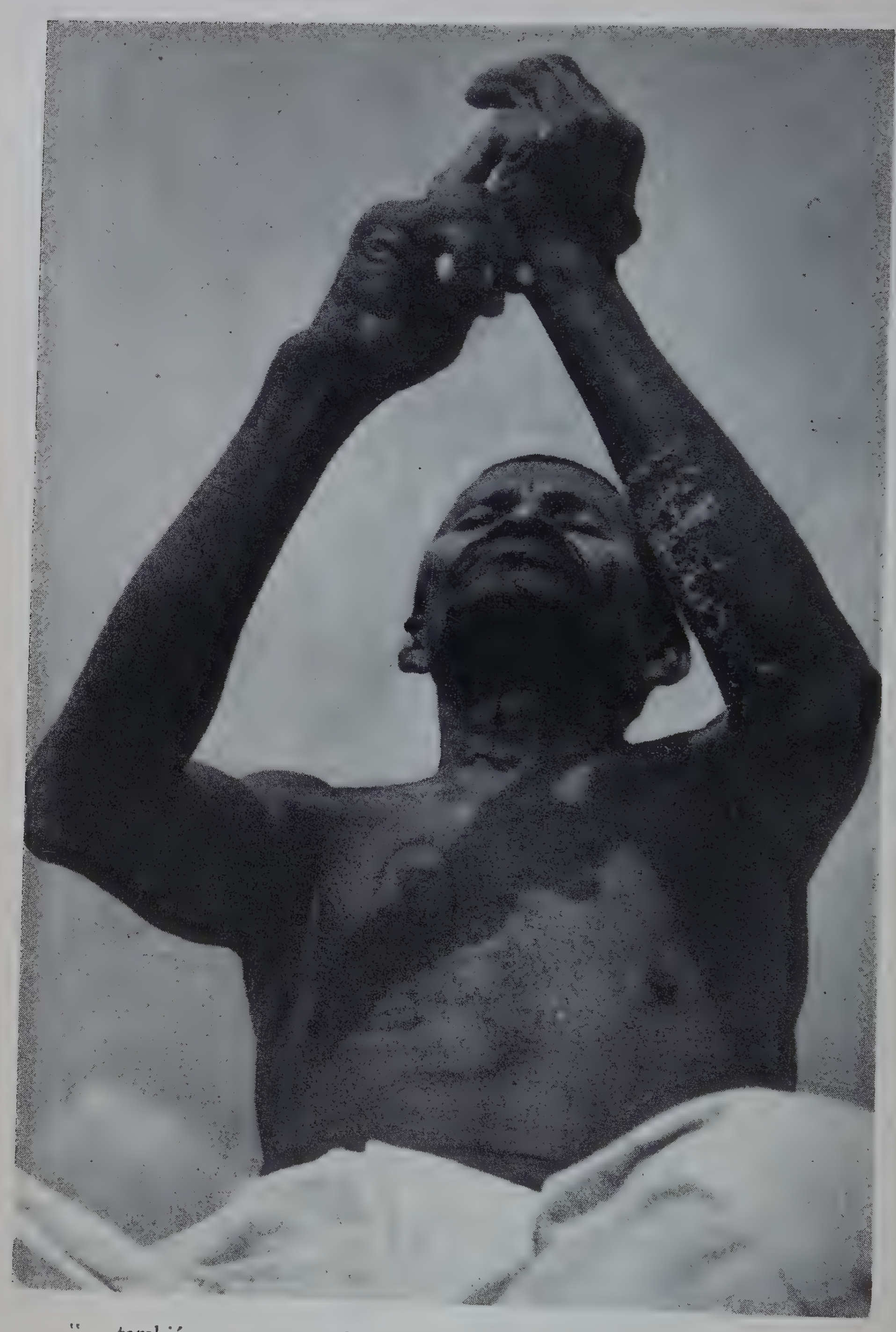
Robert D. Ray.—Paisaje amarillo. Vinelita sobre papel.



Angela von Neumann.—Niños saltando. Oleo.



Angela von Neumann.—En la Avenida Consulado. Oleo.



"...también negro, pero ciego, que cuenta al amanecer las estrellas..."
Foto de Lola Alvarez Bravo. Texto de Francisco Tario.

signos" de la misma estatuaria, con frecuencia no tiene empacho en oponer, como única verdad actual en la plástica mexicana, una de sus representaciones tenidas por realistas, a una de sus expresiones imaginativas. Ni más ni menos que si la imaginación, en el decurso de los siglos, hubiera dejado de ser, ella también, una realidad. De ahí el repudio de la realidad del signo, en nombre de la necesidad de resguardar lo autóctono contra el acento extranjero y sus deformaciones; y de ahí el negarse a reconocer hasta qué extremo la precipitación de corrientes de fuera en el cauce vernáculo, puede servir a crecer éste.

Mas, el hecho ya existe, y se impone. Estos jóvenes artistas de Norteamérica, que han venido a apoderarse de lo más precioso, a su vez dan algo, cuyo valor todavía no puede calibrarse, pero que ya se comprende de singular importancia. Sería absurdo, desde luego, hablar de una influencia norteamericana en la expresión plástica mexicana: entre otros motivos, por el fundamental de que mal puede ejercer influencia decisiva quien no ha tomado aún cabal conciencia de sí mismo. Mas, nada de paradójico tiene el hablar del reflejo de universalidad traído por esos muchachos y esas muchachas que, en la realidad mexicana, buscan instintivamente la asociación con interpretaciones cuya enseñanza recibieron a control remoto. Exactamente como Henry Moore la de nuestra estatuaria.

No es parca la aportación. Y si la consideramos a la luz del amaneramiento que ya ha hecho presa en algunos de los artistas nuestros más personales, pero cuya personalidad, una vez encauzada por su mejor camino, pisa siempre en las huellas de sus logros anteriores; si, esta aportación de los ingenuos, la consideramos como el efluvio de ingenuidad indispensable para renovar la atmósfera enrarecida por certidumbres excesivas, entonces estos muchachos, y estas muchachas, a medio formar los más de ellos, habremos de reconocer que bien pueden haber venido a desempeñar, a la larga, un papel de galvanizadores. A cumplir con esa misión histórica de todas las aportaciones que, aún fundiéndose —hasta, en apariencia, desaparecer— en el movimiento general que aspiran a seguir, en más o en menos, lo nutren y renuevan.

De momento, esto es todavía una hipótesis. Incluso, una hipótesis que quizá no llegue a realizarse sino en brevísimas

proporciones; y hasta que se quede por siempre en hipótesis, si bien ya su perspectiva "problemática" ha de merecer la atención de quienes deseamos, para la plástica mexicana, posibilidades de constante enriquecimiento, y sabemos que, en arte, no hay mayor enriquecimiento que el que produce el contraste de las propias corrientes con las extrañas, ni mayor seguridad que la que procura el contraste con inquietudes vencidas. En cambio, ya no es ilusión, sino factor vivo, la potencialidad de creación despertada, en esta joven pintura norteamericana, por su contacto directo con la expresión artística mexicana. La expresión profunda, ya quedó dicho.

¿Nacerá de ello, a la vuelta de algún tiempo, una Escuela reconocible como típicamente de Estados Unidos; o, quizá mejor, de Chicago, ya que, en estos últimos años, Chicago va suplantando, a gran velocidad, en punto a interés por las concepciones artísticas acordes con el momento, todos los demás grandes centros norteamericanos, y muy singularmente el ya clásico de Nueva York?

Todo lo hace presumir. Y sobra insistir acerca de la importancia que ello tendría para nuestros artistas, que entonces sentirían, a las mismas puertas de casa, efluvios vivificadores de universalidad. Mas, dejando de lado el panorama tentador de las conjeturas, la realidad ya manifiesta nos muestra, en ese arte joven anheloso de hallar sus perfiles peculiares, la impronta enérgica de la expresión plástica mexicana. La cual, aunque otra cosa hayan pensado, o querido hacer suponer, los que todavía sitúan esta expresión en sus más superficiales reflejos, para estos artistas llegados de fuera, en busca de impresiones que ahonden y amplíen decisivamente su sensibilidad creadora, no radica, no puede nunca radicar, en aspectos sin conexión con las líneas directrices del arte mexicano a través de su evolución, y desde sus raíces.

Todavía jóvenes, muy jóvenes y, los demás, a medio formar intelectual y emotivamente. Pero, por un instinto despertado por los ecos de aquel polifónico concierto de la llamada Escuela de París, guiados, desde su primer cotejo con las formas de la expresión mexicana, hacia aquellas que constituyen —de la estatuaria pre-hispánica a Tamayo, pasando por los objetos del arte popular y los grabados de un Posada— una realidad viva en todas sus etapas.

Posada no hubiera sido sin Goya y Daumier, y hoy son los grabadores surgidos de un Posada los que mejor le indican, al grabado universal contemporáneo, la ruta en la cual será expresión viva. No es ningún sofisma el pensar que, por este arte nuevo norteamericano, le sea dado quizá, a la expresión plástica mexicana de siempre, a la verdadera y más profunda expresión de México, alcanzar una proyección de orden universal, y rigurosamente de hoy y de mañana.

LA FOTOGRAFIA

COMEDIETA

Por *Ramón SENDER*

Estudio de fotógrafo. Retratos, entre ellos uno grande, con un lazo de crespón. Teodosio, en mangas de camisa. Rosario va y viene con el vestido blanco de novia que usó hace veinte años.

TEODOSIO *(Dejando el periódico):* ¡Se acabó! ¿Qué haces, Rosario? ¿No puedes estarte quieta?

ROSARIO: Fuí al salón de belleza y sabes que me pone nerviosa. Al volver compré flores. Mira este ramito de violetas. Me lo he prendido con los tallos hacia arriba. Hacia arriba son amor y fidelidad. Hacia abajo, indiferencia. *(Teodosio calla)* ¿Oyes? Hacia arriba, amor.

TEODOSIO: Tú lo que quieres es que te haga una foto.

ROSARIO: ¿Por qué no?

TEODOSIO: No eres ya una novia. Ni yo un novio aunque nos pongamos los trajes de boda. Ha llovido mucho desde entonces.

ROSARIO: El corazón es siempre joven como dice Campoamor. ¿Qué hay de malo en eso de hacerme una foto? Y más en el día de nuestro aniversario.

TEODOSIO: Yo no soy un fotógrafo de aniversarios. Yo soy un fotógrafo psicológico. El barrio entero lo sabe.

ROSARIO: ¿Qué es eso de psicológico?

TEODOSIO: Un fotógrafo de almas.

ROSARIO: Bien. ¿No tengo yo un alma?

TEODOSIO: Ah, lo que es eso, todo el mundo tiene un alma.

ROSARIO: Retrátame, Teodosio.

TEODOSIO: ¿Sabes que lo he intentado varias veces en los últimos días.

ROSARIO: ¿Y qué hago yo para que no puedas retratarme?

TEODOSIO: Nada. Pero el alma está en la expresión y la expresión es cambiante y fugitiva. El alma sale o no sale al rostro. Rosario, hoy tienes la expresión vacía.

ROSARIO: Se comprende, Teodosio. Han pasado tantas cosas en las últimas semanas que cualquier otra mujer estaría loca. Cuando dejaste el periódico dijiste "se acabó". ¿Qué es lo que se acabó?

TEODOSIO: La información sobre la muerte de Gustavo. Ya no dicen nada los periódicos.

ROSARIO: Ayer leí yo algo. El sumario había sido sobre...

TEODOSIO *(sobreseído)*: Se diría que respiras mejor desde ayer.

ROSARIO: Sí, Teodosio. Todo eso era como para perder la cabeza. *(Alegre)* Pero yo conservo mis cabales y además he sido sincera con el juez, contigo, con todo el mundo. Olvídalo. Olvidémoslo todo. Hoy es un gran día. Mira mis violetas.

TEODOSIO: Las veo. En las fotos salen mejor las flores de azahar.

ROSARIO: Veinte años después de la boda ¿dónde estarán las flores de azahar? Y sin embargo están en algún lado. ¿Dónde? En mi alma, Teodosio. ¿No las ves? ¿No? *(Suspira. Teodosio suspira también. Ella vuelve a suspirar)*. ¡Ay, Teodosio! ¡Qué hondo me salió ese suspiro!

TEODOSIO: Vamos, vamos. Ya digo que se acabó.

ROSARIO: Es muy fácil decirlo. *(Ríe con tristeza)* ¡Pero lo que yo he sufrido!

TEODOSIO: Hay que sobreponerse. Hay que olvidar. ¿Qué pasaría en la vida si no pudiéramos olvidar?

ROSARIO: Todo lo malo lo he olvidado, Teodosio. Pero lo bueno, no. No me puedes pedir que olvide nuestra boda en un día como éste. *(Mimosa)* Tengo una sorpresa para ti.

TEODOSIO: ¿Qué sorpresa?

ROSARIO: Adivínalo.

TEODOSIO: ¿Una corbata?

ROSARIO *(intrigante)*: Algo más importante. Pero, por favor, Teodosio. Quítate las gafas.

TEODOSIO: ¿Por qué?

ROSARIO *(coqueta)*: Porque parece que me miras y no me miras.

TEODOSIO *(Quitándoselas):* Todavía tienes el ramo histérico, Rosario.

ROSARIO *(Acercándose tímidamente al sillón y encendiendo una de las baterías):* Permíteme, Teodosio. *(Se sienta y posa en una actitud sentimental y afectada).* Ahora sé bueno, maridito mío. Que no diga la gente que tu esposa es la única a quien nunca le has hecho una foto de aniversario. *(Heroicamente)* Aquí está mi alma, Teodosio. ¿No la sabes ver?

TEODOSIO: ¿Por qué quieres la foto precisamente hoy?

ROSARIO: Por el vestido. ¿Es que no te dice nada mi vestido?

TEODOSIO: Te has puesto demasiadas cosas. El reloj pulsera, los pendientes de oro, el broche de perlas. Eso es lo que quieres que salga en la foto.

ROSARIO: Es para enviársela a mi hermana y que vea todo lo que tengo.

TEODOSIO: Yo no soy un repórter. Yo soy un artista. Además, con el traje de novia no van bien las joyas.

ROSARIO: ¿Me las quito?

TEODOSIO: Lo preferiría. *(Rosario se levanta, se quita las joyas, las deja en una mesita y vuelve corriendo al sillón)* ¡Ese peinado! Las ondas parecerán de metal en la foto. ¿Tú no sabes que lo importante es el claroscuro?

ROSARIO: Iba a ponerme el velo para cubrir el peinado, pero tú dices que es grotesco.

TEODOSIO: No he dicho grotesco, sino inadecuado. Tú sabes que me molesta que me atribuyas palabras que no he dicho.

ROSARIO: Perdona, querido. Pero, anda. Hazme el favorcito.

TEODOSIO *(La mira, retrocede para verla en perspectiva):* Hum... Mn...

ROSARIO *(Ahuecándose el pelo):* ¿Así?

TEODOSIO *(Enciende la batería del otro lado del sillón):* Quizá. Vamos a ver. Pero salta a la vista que no eres lo que eras. Estos trajes hacen de nosotros caricaturas.

ROSARIO: No importa, Teodosio. Hazme dos. Una de cuerpo entero y un busto.

TEODOSIO: Lo importante es la cabeza.

ROSARIO: Si quieres hacerme una cabeza también...

TEODOSIO *(Poniéndose bajo el trapo negro y mirando por detrás*

de la cámara): Demasiada rigidez. *(Saliendo)* Tu cara tiene un aire que no me gusta.

ROSARIO *(Suplicante):* Teodosio, hoy es un gran día. ¡Si supieras la sorpresa que te guardo!

TEODOSIO: Ponte más natural. Descansa el busto en el respaldo. Más atrás. *(Alzando la mano)* Mira aquí. No, no es eso. Pones una expresión noble y tú no tienes nada de noble. Por eso la expresión es falsa. En estos días he visto a menudo esa falsedad. No. . . tampoco. No pongas esos ojos inocentes, porque no eres tan inocente. Perdona, pero soy un fotógrafo psicológico. Otra vez quieres dar una impresión aristocrática. Para eso no tienes que levantar la cabeza. La verdadera distinción no es nunca arrogante. Yo la llamaría consuetudinaria.

ROSARIO: Tú lo sabes todo. Teodosio. ¿Así?

TEODOSIO: No, eso es peor. ¿No puedes ponerte natural?

ROSARIO: Estoy nerviosa. Más vale que no me lleves la contraria, querido. Yo creo que me pongo natural.

TEODOSIO: Si esa es tu naturaleza continúas siendo falsa. Falsa hasta la punta de los pies.

ROSARIO: Por Dios, Teodosio. ¡Qué manera de hablar!

TEODOSIO: Baja la cabeza. Ahora, levanta la mirada. No. Parece que tienes miedo.

ROSARIO: Teodosio, ¿por qué voy a tener miedo?

TEODOSIO: Perdona, querida. No. Alza los ojos. Mira aquí, a mi mano. . . bien. *(Se pone bajo el lienzo)* Sonríe. No, no es eso. Pon las dos manos en la falda. Los pies cruzados. Mírame con amor. *(Saliendo de debajo del lienzo)* No me miras con amor, sino con una satisfacción de persona que ha hecho un truco difícil y le ha salido bien.

ROSARIO: No digas eso. ¿Qué truco voy a hacer yo? ¿Así?

TEODOSIO: Mírame de modo que salga el alma a tus ojos. ¿No eres mi esposa? Para que el carácter salga en la fotografía es necesario como dice el profesor Vandergoat un cierto claroscuro moral. Espontaneidad por un lado, arte por otro. Tú pones la espontaneidad, yo el arte. Mírame con amor, palomita.

ROSARIO *(feliz):* ¡Ay, Dios mío! Ese eres tú. Me llamas palomita, como entonces. Te guardo una sorpresa.

TEODOSIO: ¿Una cigarrera de plata?

ROSARIO: Algo de más valor. De un sinfín más de valor.

TEODOSIO: Mírame con arrobamiento. No. Tu boca tiene todavía un rictus falso.

ROSARIO *(Se limpia los labios):* Estoy fatigada y no sé lo que hago. ¿Ahora?

TEODOSIO: Vamos a ver, un poco de melancolía. Piensa en una frustración. Algo que quieres y no tienes. Mira al muro, allá. *(Indicando la foto de un niño desnudo)* ¿A ver? Antes esa foto te daba tristeza, pero ahora no. ¿Por qué?

ROSARIO *(Confusa):* No me preguntes todavía. Es un secreto.

TEODOSIO: ¿Secreto? Todo el mundo sabe que desde que nos casamos quieres un hijo.

ROSARIO: Es verdad. No puedo olvidar lo que decía mi madre que en gloria esté. *(Imitando a su madre)* "En marzo conocí a mi novio, en abril nos casamos y en mayo estaba encinta".

TEODOSIO: Me lo ha dicho tu madre mil veces a mí. Con segunda intención. No me importa. Son los derechos de la maternidad. Tu querías un niño. Pero ya te dije antes de casarnos que probablemente no tendríamos hijos. El médico no aseguró que yo fuera del todo estéril.

ROSARIO: Claro, querido. Los médicos no dicen nunca eso a un marido.

TEODOSIO: ¿Por qué?

ROSARIO: No sólo tienen que saber medicina sino también filosofía. Filosofía de la vida. El médico te dijo: "Tal vez no tendrán ustedes hijos". Tal vez. ¿Te das cuenta de la importancia de ese "tal vez" No es seguro.

TEODOSIO: No. Es hipotético.

ROSARIO: Hay una diferencia.

TEODOSIO: La hay. *(Ella ríe histéricamente)* ¿Qué te pasa? ¿Por qué ríes? *(Animado, viendo en ella alguna expresión)* ¿A ver? Mira aquí, un momento... *(Decepcionado)* No, no hay nada. No veo nada.

ROSARIO *(Súbitamente triste):* Dilo de una vez, Teodosio. Tú no me quieres. Estás amoscado y piensas todavía en lo que yo me sé. En Gustavo. Pobre hombre, que nos mira desde el otro mundo y que... *(Con curiosidad dramática)* ¿Tú crees que los muertos nos miran?

TEODOSIO: No. Yo nunca he creído esas tonterías.

ROSARIO: Pues la mirada de la foto de Gustavo me sigue a todas partes.

TEODOSIO: Cuando lo retraté miraba a la cámara y ahora sus ojos siguen al espectador. Es lo que se llama una mirada epicéntrica. Una ilusión.

ROSARIO: Teodosio, ¿sabes lo que pienso? Si me quisieras me dirías algo, me preguntarías cuál es mi sorpresa.

TEODOSIO: ¿Un reloj?

ROSARIO: No. *(Intrigante)* Oyeme, querido. Algún día, quien sabe, a pesar de todo podríamos tener un hijo. Es lo que dijo el médico. Y yo le hice una novena a Santa Librada.

TEODOSIO: No creo en las novenas. *(Viendo en ella una expresión nueva)* Quédate con esa expresión. No cambies. *(Se pone debajo del lienzo)* Si crees que un día podrías tener un hijo, piensa en él para que salga el alma a tus ojos. *(Ella mira el retrato de Gustavo en el muro y toma una actitud melancólica y grave)* Ahá, Rosario. Ahí está tu alma. No sonrías. *(Sale y al ver que ella mira la foto de Gustavo su expresión se ensombrece.* Ya veo, estás mirando a Gustavo.

ROSARIO: Murió ayer como quien dice. Y ya te he dicho que es él quien me mira a mí.

TEODOSIO *(Sombrío):* También yo te he dicho que su mirada es una ilusión. Un mes se cumplirá mañana. Bien. Murió y Dios lo tenga en su gloria. Mira a donde quieras. Esta foto es sólo de busto. De cintura para arriba. Un momento, pero... ¿por qué te ríes ahora? Esos cambios tan repentinos me desconciertan. Quieta. Un instante. *(Abre el objetivo. Rosario suelta la carcajada)* Estropeaste la placa, Rosario. Al precio que está el material podrías tener más cuidado.

ROSARIO: No pude aguantar, Teodosio. Cuando me da lo que tú llamas la hilaridad no puedo.

TEODOSIO: ¿Pero de qué te ríes?

ROSARIO: Me acordé de unas palabras del difunto Gustavo.

TEODOSIO: ¿Qué palabras?

ROSARIO: Cuando dijo que las mujeres sólo se retrataban de cintura para arriba y que él las prefería de cintura para abajo.

TEODOSIO: Eso es una desvergüenza, Rosario. Con todos los respetos para el difunto. Un hombre de cuarenta años no

dice esas cosas y menos a la esposa de un amigo. *(Cambia el chasis)* ¿Estás ya tranquila? Vamos a ver. Pero otra vez tu cara está vacía y fría. ¿Qué te pasa? Mira como antes, mira a donde quieras.

ROSARIO: No miro a Gustavo porque tienes celos.

TEODOSIO: No es cierto. Puedes mirarlo, si quieres.

ROSARIO: Vamos, Teodosio, haz la foto de una vez.

TEODOSIO *(Desistiendo):* No. No hay foto. Tú no pones nada de tu parte.

ROSARIO: Es que no puedo ser natural hasta que veas mis adentros. Hasta que sepas la noticia. Oye bien, Teodosio. *(Cerrando los ojos)* Esta mañana estuve en la clínica de maternidad. Dentro de seis meses, en marzo próximo, seré madre. Y tú, serás padre.

TEODOSIO *(Pensativo):* ¿Te das cuenta lo que dices?

ROSARIO *(Con los ojos cerrados):* El médico no te dijo que no podías tener hijos. Sólo dijo que "tal vez".

TEODOSIO: Tal vez, Rosario.

ROSARIO: Sí. Tal vez.

TEODOSIO: Abre los ojos *(Ella obedece)* Y. . . ¿es seguro?

ROSARIO: Tan seguro que tengo una foto con rayos X. ¿Quieres verla?

TEODOSIO *(Aterrado):* No. *(Pausa)* La verdad, es una sorpresa. Y un regalo. Un regalo original. ¡No digo nada! Pero me niego a hacerte la foto. ¡No hay foto! *(Rosario se levanta resignada, va a la mesita donde dejó las joyas y lentamente se pone el broche de perlas).* Es inútil, Rosario. No puedo y no quiero.

ROSARIO: Y todo porque he mirado el retrato de Gustavo.

TEODOSIO: No es cierto. Si eso fuera verdad yo sería un ogro. Lo que soy es nada más un psicólogo. Tú dices que vas a tener un hijo. Yo reflexiono. Eso es todo. Vuelve al sillón, Rosario. *(Rosario toma un ramo de flores blancas que hay en la mesa y va con él al sillón)* Tienes opiniones equivocadas sobre mí y quiero desmentirte.

ROSARIO *(Acercándose el ramo al rostro):* ¿Así?

TEODOSIO: No. Deja esas flores en el suelo. Parecen flores funerales. Mírame bien. O mira a Gustavo. *(Abre el objetivo y después de una pausa lo cierra)* Ya está.

ROSARIO *(Se queda en el sillón entre las baterías encendidas):* Uf. . . al fin.

TEODOSIO *(Pausa. Saca el chasis de la cámara):* ¿Qué dices?

ROSARIO: Nada. No decía nada. *(Pausa)* Dudo que haya salido bien. Estaba preocupada por el niño. Dentro de seis meses nacerá. ¡Y no se te ocurre decirme una palabra, una sola palabra!

TEODOSIO: Reflexiono, Rosario. Un hijo. Sin embargo, el médico...

ROSARIO: ¡Qué pesadez! No pienses más en eso.

TEODOSIO: Tú dices que los médicos tienen que ser filósofos.

ROSARIO: Sí, conocer la vida.

TEODOSIO: ¿Y qué filosofía es esa?

ROSARIO: Hombre, se cae de su peso.

TEODOSIO: ¿Pero, qué es? *(Rosario calla).* Rosario, hay maneras de callar que tienen su miga. En cuanto a la foto... *(Pausa)* No sé si revelarla o no. Tú no tenías la expresión del día que nos casamos.

ROSARIO: El tiempo no pasa en vano.

TEODOSIO: Verdad. A nuestra edad la gente no es lo que era. Lo veo en mí mismo. En cuanto a la foto... *(Duda un momento, mira a Rosario y de pronto sin mostrar indignación alguna arroja el chasis al suelo y lo pisotea)* No hay foto, Rosario.

ROSARIO: Teodosio, ¿qué haces?

TEODOSIO: La cámara es mía, la placa es mía. Hago lo que quiero. Perdona, pero hago lo que quiero. ¡No hay foto de aniversario!

ROSARIO *(Llora, sentada en el sillón):* ¿Qué he hecho para merecer esto en un día como hoy? Y todo porque miré ese retrato. Tú siempre tuviste celos de él. Celos infundados. Y no te basta que haya muerto. La noticia del niño te deja frío.

TEODOSIO: Más que frío. Congelado.

ROSARIO: Me miras con odio. Vaya un esposo. Vaya un padre. En tus ojos veo todo lo que callas. En este momento me matarías.

TEODOSIO: No es cierto. Reflexiono y callo. Eso es todo. *(Mirando alrededor)* ¿Hay un poco de whiskey?

ROSARIO: En la mesa.

TEODOSIO *(Sirviéndose y viendo al lado del vaso algunas joyas):* Eso es lo que nos queda. El vino a nosotros. Las joyas a las mujeres. Nada.

ROSARIO: Por eso yo quería que tuviéramos un hijo. Y que me hicieras una buena foto. Dentro de unos meses estaré deformada. Y quien sabe lo que puede suceder en el alumbramiento. ¿A dónde mirarás tú el día de mañana si estás solo entre estas cuatro paredes?

TEODOSIO *(Cínica y tristemente)*: ¡Un hijo! ¡Una foto! La foto, ¿de cintura arriba o abajo?

ROSARIO *(Pasando de la tristeza a la risa)*: ¡Ay, Teodosio! No sé qué me pasa. No me hagas reír. Yo creo que es por mi estado.

TEODOSIO *(Mirando la foto de Gustavo en el muro)*: Ultimamente habías cambiado, pobre Gustavo. No fuiste siempre así. *(Pausa)* Un hijo.

ROSARIO: Sí, tienes razón. Gustavo se hizo más... Bueno, siempre fué un tarambana.

TEODOSIO: Un inconsciente. *(Dirigiéndose al retrato)* Perdona, Gustavo, si te hablo así. Todos cambiamos con la edad. *(Pausa)* Un hijo. Tú fuiste perdiendo poco a poco la vergüenza. Yo, con los años también he cambiado. Soy cada día más...

ROSARIO: Más artista.

TEODOSIO: Gracias, Rosario. Tú en cambio has ido haciéndote más...

ROSARIO *(Alarmada)*: Teodosio, hoy es una fecha grande en nuestra vida.

TEODOSIO: Todos los días son grandes y todos son miserables. Hay que pensar que dentro de cien años seremos polvo como Gustavo.

ROSARIO: Gustavo no es polvo... todavía. *(Desconcertada por lo absurdo de sus propias palabras)* Quiero decir... *(Pausa. Da un grito)* Teodosio, no hables de Gustavo.

TEODOSIO *(Abstraído)*: Tú has cambiado también en los últimos tiempos.

ROSARIO: Sé lo que estás pensando.

TEODOSIO: No, no lo diré. Parece que hoy no es un día para decir las verdades. Callémonos. Lo mejor sería callarse para siempre. ¡Un hijo! *(Pausa)* Uno creyó hace tiempo en algunas cosas.

ROSARIO: En el amor, querido. *(Teodosio ríe)* ¿Por qué te ríes? Yo siempre creí en el amor con la ilusión de ser

mamá y ahora que voy a serlo. . . ¿por qué te ríes? *(Pausa)* Yo veo en tus ojos que esa risa no es buena.

TEODOSIO *(Sonriendo):* El amor, la fidelidad.

ROSARIO: Calla, Teodosio.

TEODOSIO: Es verdad. Me hacía la ilusión porque una familia bien ordenada ayuda a llevar el negocio adelante. Además, porque. . . *(Pausa)* Porque me gustaría creer que en la vida hay algunas cosas que merecen la pena.

ROSARIO: ¿Te parece que un hijo no vale la pena? *(Llaman a la puerta de la calle)* Deben ser clientes. Anda, querido y diles que hemos cerrado y que hoy no trabajas. Cierra la puerta y apaga las luces de las vitrinas. Tú para mí. Yo para ti.

TEODOSIO *(Se pone las gafas):* Claro que valdría la pena. *(Saliendo)* Un hijo.

ROSARIO *(Sola. Se levanta del sillón y va a la mesa. Sigue poniéndose las joyas con un aire escéptico):* Tantos años esperando y ahora. . . ahora. . .

TEODOSIO *(Volviendo súbitamente animado):* Es la hija del Dr. Sandoval, con su novio. Se han casado esta tarde y vienen a hacerse el retrato de boda. No podemos negarnos. *(Hacia adentro)* Pasen ustedes. *(Entran el Novio y la Novia, ella con traje blanco y velo y él de negro)* Perdonen. Tenemos también una pequeña fiesta de familia.

LA NOVIA *(Con simpatía):* ¡Qué casualidad! Esto nos dará buena suerte. ¿Hace mucho que se casaron?

TEODOSIO: Figúrese. Acérquense aquí. La novia sentada y usted de pie al lado del sillón. *(Mientras se instalan los novios, Rosario, a un lado de la escena, mira en silencio con una expresión satisfecha y soñadora).* La verdad es que mi especialidad son las fotos de novios, es decir. . . con mucha expresión afectiva. Un momento. Pónganse más juntos. *(Mira por debajo del lienzo)* No tan juntos, por favor. *(Saliendo)* Yo hago las fotos de bodas dándoles cierta intimidad. No demasiada, claro. Cuando se trata de una novia como usted, tan llena de candor juvenil y de un novio tan. . . enamorado. *(Los novios sonríen divertidos)* Perdonen que les hable así, pero han llegado ustedes en un instante. . . vamos, que una aparición así trae siempre alegría.

La novia: ¿Qué sabe usted si mi novio está enamorado?

Teodosio: Yo soy lo que se llama un intuitivo. Adivino que tienen ustedes fe en el amor. Ojalá la tengan siempre.

La novia: ¿Es que la ha perdido usted?

Teodosio: A mi edad es mejor no contestar a esa pregunta para no producir un "anticlimax".

Rosario *(Con admiración):* Dice palabras demasiado raras, pero en esto de la fotografía es un genio.

Teodosio *(Manipulando en la máquina):* Una cierta intimidad es muy adecuada en las fotos de boda. Hay algunos fotógrafos que exageran. Yo no lo aconsejo, aunque en determinadas circunstancias puede ser permitido. Les recomiendo que junten sus cabezas hasta tocarse. Así, inclinándolas un poco. Esas maneras las ha puesto de moda Hollywood, el emporio del arte. Así. . . ¿qué te parece, Rosario?

Rosario: ¡Ay, Dios mío, qué hermosa pareja!

Teodosio: Un momento. . . *(Abre el objetivo)* Ajá. Ya está.

El novio: Queremos otra.

Teodosio: Lo supongo. Con una *pose* diferente. La segunda será mirándose a los ojos de un modo familiar y tranquilo. ¿A ver? Inclínese usted sobre ella, señor. Delicadamente. ¿A ver? Esta foto será solamente de cintura para abajo.

El novio *(Extrañado):* ¿Cómo dice?

Teodosio: Perdone, quería decir de busto. *(Rosario ríe tratando de reprimirse sin conseguirlo)* Sí, de busto. *(Mira a Rosario un poco impaciente)* De busto nada más. Mírense profunda y serenamente, de modo que. . . Una expresión menos pasional, caballero, pero más tierna.

Rosario: Deja al caballero que mire a su amorcito como quiera.

Teodosio: Es que esta foto debe ser como una promesa de la dulce costumbre en la que se convierte el fogoso amor juvenil.

Rosario: Eso viene con los hijos.

Teodosio: En algunos casos. Tal vez. Eso dicen los médicos. Tal vez. . . Así. Oh, ustedes los recién casados son los clientes más cooperativos, es decir, los que ayudan más al fotógrafo. Bueno, el amor nos hace artistas a todos. Esa es mi opinión. Usted, señora, sería la ilusión de cualquier hombre y usted, joven. . .

El novio *(Irónico):* Perdón, tenemos prisa.

TEODOSIO: Comprendo. Algunos dicen que soy un poeta. *(Recitando)* "Amor, divina flama, motor del universo. . ." Todo es necesario en mi profesión, señores. Un momento. . . Ya está, amigos míos. Muchas gracias y muchas felicidades.

ROSARIO: ¿A dónde piensan ir en viaje de novios?

LA NOVIA: A las cataratas del Niágara.

ROSARIO: ¡Jesús, que suerte! Nosotros no fuimos y siempre lo he sentido. Es como si me faltara algo en la vida.

LA NOVIA *(Mirando el retrato de Gustavo):* ¿Qué foto es esa?

ROSARIO: Un amigo.

LA NOVIA: ¿Ha muerto?

TEODOSIO: Sí, hace un mes.

EL NOVIO: ¿No es el que murió ahogado en el río?

ROSARIO: Justamente.

LA NOVIA *(Mira a Teodosio y a Rosario):* Vámonos.

TEODOSIO: Enviaremos las fotos a casa de su suegro. *(Al novio)* Caballero, tengo algo para usted. Un regalo de la casa. Venga. *(Lo lleva a un lado y le muestra una foto pequeña entre las que están colgadas en el muro)* ¿Eh? ¡Qué me dice usted!

EL NOVIO: ¡Mi esposa en traje de primera comunión!

TEODOSIO *(Orgulloso):* Hace diez años. La señora ha olvidado esa foto, quizás; pero yo, no. Una obra maestra. No es un ser humano sino un ángel. *(La descuelga y se la ofrece)* Para usted, caballero.

EL NOVIO: Debo pagársela.

TEODOSIO: De ningún modo. No tendría precio. Y repito que es un obsequio.

EL NOVIO: Gracias.

LA NOVIA *(Que estaba distraída hablando con Rosario):* ¿Qué es eso?

EL NOVIO *(Escondiendo la foto a la espalda):* Es un secreto, querida mía. *(Van saliendo tomados por la cintura)* Y muchas gracias otra vez.

TEODOSIO y ROSARIO: Felicidades.

EL NOVIO *(Marchándose):* Gracias.

ROSARIO: Teodosio, nunca me llevaste a las cataratas del Niágara.

TEODOSIO: Es verdad. Lo lamento.

ROSARIO: Pero me mirabas el día de la boda lo mismo que mi-

raba el novio a su amor. Eso, sí. Yo llevaba también azahar. Azahar en el pecho y en la frente.

TEODOSIO: Comprendo tu emoción. *(Soñador)* Yo era entonces otra cosa. Un joven lleno de. . .

ROSARIO *(Apresuradamente)*: Y yo.

TEODOSIO *(Humorístico)*: Pero no he dicho de qué estaba lleno.

ROSARIO: Me mirabas de un modo que me azorabas. Y yo soñaba con tener un niño. Iba llena de azahar. Ya sabes lo que significa el azahar. La virginidad. *(Teodosio ríe)* ¿De qué te ríes?

TEODOSIO: Esta vez, Rosario, has estado ligera. Hay cosas de las cuales no habla una mujer que se estima.

ROSARIO: Entre nosotros. . . Pero no me lleves la contraria hoy, por favor. Piensa en el niño. Y si me llevas la contraria, que no sea a propósito.

TEODOSIO: ¿A propósito de qué?

ROSARIO *(Yendo al rincón donde hay un gramófono)*: Voy a poner música. *(Leyendo el título del disco)* "Indian love call". Si vienen otros clientes, no abras. *(Comienza a oírse la canción que tiene un exagerado tono sentimental)* ¡Ay, Dios mío! Esa música me rejuvenece. ¿Recuerdas? Yo llevaba una corona de azahar y. . .

TEODOSIO: Ya lo has dicho, Rosario.

ROSARIO *(Escuchando la música)*: Cállate, amor mío. Esta música me. . . me. . .

(Escuchan los dos en éxtasis. El novio aparece en la puerta)

EL NOVIO: Oh, perdonen.

TEODOSIO: Pase. ¿Olvidó algo?

EL NOVIO: Olvidé decirle que con las fotos debe enviar a casa de mis suegros los negativos.

TEODOSIO: De acuerdo.

EL NOVIO: Ah, y que. . . que no exhiba la foto en la vitrina. Es un deseo de ella.

TEODOSIO: Comprendo. Sólo se hace con el consentimiento de los clientes.

EL NOVIO *(Saliendo)*: Muchas gracias.

ROSARIO *(Melancólica)*: También tú pediste al fotógrafo los negativos. Pero nuestra foto la pusieron en la vitrina. Todo el mundo se paraba a vernos. *(Lloriqueando)* Y todo el

mundo cantaba entonces esa canción. *(Pausa)* Yo también tuve mi foto de primera comunión, Teodosio.

TEODOSIO *(Pensativo):* Parece que era ayer.

ROSARIO *(Súbitamente tranquila):* ¿Qué nombre le pondremos al niño?

TEODOSIO: Cualquiera menos el mío.

ROSARIO: ¿Quién habla de eso?

TEODOSIO: Creí que habías pensado...

ROSARIO: No. El tuyo parece cosa de broma. Tú sabes que nuestros nombres nunca me han convencido. El pobre Gustavo dijo que debíamos ponerle...

TEODOSIO: ¿Qué sabía Gustavo de eso?

ROSARIO: Al fin era un amigo íntimo.

TEODOSIO: ¿Pero qué sabía él del niño? ¿O es que lo supo antes que yo?

ROSARIO *(Confusa):* No. Era hablando en general, suponiendo que tal vez algún día llegaría. Como dices tú, era sólo una hipótesis.

TEODOSIO: ¿Y qué nombre dijo?

ROSARIO: Un nombre que según creía era el más adecuado para el hijo de un fotógrafo. ¡Pero, vaya un nombre! Era peor que el tuyo.

TEODOSIO: ¿Qué nombre?

ROSARIO: Un nombre como de farmacia. *(Tratando de recordar)* Hipo... Hipoclorito.

TEODOSIO *(Indignado):* Se burlabà. Se burlaba de ti. Se burlaba de mí. ¿Tú no sabes lo que es eso? *(Levantándose y yendo a buscar un frasco de un pequeño armario donde hay otros)* Vas a ver tú misma, Rosario. *(Toma el frasco y vuelve a su lado. Mostrándoselo)* Lee. Haz el favor de leer.

ROSARIO *(Leyendo):* Mer...

TEODOSIO: No, debajo, la letra pequeña.

ROSARIO: Hipoclorito.

TEODOSIO: Es un líquido para revelar las placas. Se burlaba. Se burlaba de ti, de mí, del niño. ¿Para qué se burlaba?

ROSARIO: ¡Ay, Teodosio! El mundo está lleno de gentes muy distintas. Era un poco vivalavirgen. Ya murió.

TEODOSIO: Sí. Dios lo perdone.

ROSARIO: Yo decía que ese nombre me parecía así como de chiste.

TEODOSIO *(Va al retrato, arranca el lazo de crespón y lo arroja al suelo, aunque sin violencia):* Y el retrato... ¿se puede saber qué hace aquí?

ROSARIO: Ayer te dije que lo quitaras. Y no me hiciste caso. La verdad es que todo eso no es ya más que una sombra.

TEODOSIO: Una sombra. Cierra la música, Rosario.

ROSARIO: No, amor mío. La pondré más baja. *(Lo hace)* Esa música me calienta el corazón.

TEODOSIO *(Pensativo):* Hipoclorito. *(Pausa)* ¡Miserable!

ROSARIO: Olvídalo, querido. Tuvo una muerte horrible. Después de una muerte como esa no está bien guardarle rencor.

TEODOSIO: Podía haber muerto en la cama, como las personas decentes. Su muerte nos complicó a todos la vida y echó lodo sobre nuestro honrado nombre.

ROSARIO: No es verdad. Ni un solo periódico publicó tu nombre. Las cosas como son. Di lo que quieras, pero tu nombre está limpio como el oro.

TEODOSIO: No, yo no odio a Gustavo. Horrible destino. Era joven. Seis años más joven que yo.

ROSARIO: Tú representas menos que él. Pero si he de ser sincera, Teodosio, yo no siento su muerte.

TEODOSIO: Yo no te pregunto si la sientes o no.

ROSARIO: No importa. Aunque no me lo preguntas, te lo digo. Yo no la siento.

TEODOSIO: No hables así.

ROSARIO: Yo no he dicho que me alegro. Es posible que me alegre, pero no lo he dicho.

TEODOSIO: Hablar así puede traer desgracia.

ROSARIO: Digo lo que pienso.

TEODOSIO: No es ese un pensamiento para formularlo.

ROSARIO: Hoy estoy un poco loca, amor mío. Es el hijo. Alégrate. Eres mi esposo. Hace años que me tomaste con mi velo blanco... ¡Ay, esa música, Teodosio!

TEODOSIO *(Le toma la mano):* Sí, querida. Tranquilízate.

ROSARIO *(Llora):* Yo he sufrido lo mío sin hablar. Sin un alma a quien decirle nada. Sin poderme consolar contigo.

TEODOSIO: ¿Por qué no? Vamos, vamos, ya sabes que me doy cuenta de tu estado. No es para menos. Por un lado, el niño. Por otro las desgracias de las últimas semanas. El juez te llamó a declarar. ¡Qué ocurrencia, estar tú con Gustavo el día del accidente!

ROSARIO: Sé que has pensado mal de mí.
TEODOSIO: ¿Yo?
ROSARIO: Tienes celos. Todavía tienes celos.
TEODOSIO: La vida. ¿Quién puede poner vallas a la imaginación?
ROSARIO: Me encontró aquel día en la calle y como era de noche quiso acompañarme. Una fineza. ¿Hay algo malo en eso?
TEODOSIO: No. Yo no digo nada.
ROSARIO: Otras veces me acompañó.
TEODOSIO: Muchas veces.
ROSARIO: ¿Qué hay de malo? *(Pausa)* No caviles, Teodosio.
TEODOSIO: No cavilo. Pero nunca puedo comprender cómo fué aquello. Anda, querida, repítemelo. Y explica bien lo del malecón.
ROSARIO: ¡Te lo he dicho tantas veces! Estaba un poco bebido y aunque yo no quería ir por el malecón del río, él se empeñó. Tú sabes cómo era de atolondrado. Iba caminando al borde mismo de la orilla. Por aquel lado el río está más de tres cuerpos de hondo. Yo no podía mirar. Se me iba la cabeza.
TEODOSIO: Vértigo. Eso se llama vértigo.
ROSARIO: Aquel día volvía yo de la clínica y acababa de saber la buena noticia.
TEODOSIO: ¿No dices que la has sabido esta mañana?
ROSARIO: Esta mañana era la tercera vez que iba a la clínica. La noticia la sabía hacía ya tres meses, pero guardaba el secreto para el día del aniversario. *(Escuchando la música)* ¡Ay, qué día aquel!
TEODOSIO: Dime. Era de noche. Estabais solos.
ROSARIO: Sí. No había un alma alrededor.
TEODOSIO: Por eso te preguntó el juez si tú lo habías empujado. Porque no había testigos y un juez tiene que estar en todo. Viendo las cosas como son, podría ser muy bien que alguien lo hubiera empujado.
ROSARIO: Sí, pero me lo preguntó de un modo. . .
TEODOSIO: Un juez es un juez.
ROSARIO: Aunque así fuera. *(Pausa)* No me mires así, Teodosio. Ya sabes lo que pasó en la autopsia.
TEODOSIO: Le encontraron alcohol en la sangre. Eso te salvó. *(Pausa)* Muy joven murió, el pobre.

ROSARIO *(Convencida):* Había hecho todo lo que tenía que hacer en la vida.

TEODOSIO: Escúchame, Rosario. Tú sabes lo que en este momento estoy pensando. Te veo en la noche, caminando con Gustavo al borde del malecón, sobre el río. Quisiera hacerte una pregunta.

ROSARIO: ¿Qué pregunta?

TEODOSIO: No me atrevo.

ROSARIO: Entre nosotros. . . ¿Qué pregunta?

TEODOSIO: Tú sabes qué pregunta es, Rosario. Para mi tranquilidad, dime sí o no.

ROSARIO *(Nerviosa):* Cállate. Ese retrato más vale que lo quites de ahí. Tu pregunta es como la del juez. Nunca lo hubiera esperado de ti. *(Pausa)* Quítate las gafas y mírame, amor mío.

TEODOSIO: No soy el juez. Soy tu marido. ¿Sí o no, querida?

ROSARIO *(Evasiva):* No sé. ¿Qué voy a decirte? Piensa lo que quieras. *(Llora)* Piensa lo que quieras.

TEODOSIO *(Acercándose cariñoso):* Vamos, vamos, no llores.

ROSARIO: Estás pensando que sí.

TEODOSIO: Cálmate. Tu cara se marchitará y será una lástima. *(Pausa)* Está de Dios que por una razón u otra no voy nunca a poder hacerte una buena fotografía.

ROSARIO: Estás pensando que sí. *(Pausa)* ¿Por qué rompiste la foto anterior?

TEODOSIO: No eras tú. Veía en tu cara que no eras tú. Pero puedo hacerte otra.

ROSARIO *(Súbitamente tranquila y alegre):* Sí, querido. Ahora mismo. Verás cómo ahora asoma mi. . . es decir, la. . . ¿cómo dices que se llama eso?

TEODOSIO: Psique.

ROSARIO: Teodosio, eres un hombre tan leído que a veces no te entiendo. Pero te adoro. Estamos solos. Estaremos siempre solos. No me mires así. Cuando nazca el niño. . .

TEODOSIO *(Ayudándola a sentarse en el sillón):* Poco a poco. *(Enciende otro foco supletorio)* Vamos a ver. ¡Qué joven eres! *(Rosario toma otra vez una pose sentimentalmente cursi)* Verás qué bien sales ahora. Tu expresión es otra. Con la esperanza del. . .

ROSARIO: ¡Del niño!

TEODOSIO: Así. Las violetas, con los rabitos hacia arriba son de una delicadeza encantadora.

ROSARIO: Amor y fidelidad, eso quieren decir.

TEODOSIO: Levanta la cabeza. Estás sublime.

ROSARIO: Favor que me haces, Teodosio. ¿Por qué no vienes aquí y nos hacemos la foto juntos?

TEODOSIO: Bien. Pondré el disparador automático.

ROSARIO: Gracias, Teodosio. Pero, ponte el chaqué.

TEODOSIO *(Obedeciéndola):* Será lo que se podría llamar un doble autorretrato. *(Manipulando en la máquina)* Eres una mamaíta deliciosa.

ROSARIO: Se me ocurre una idea. Haz la foto ofreciéndome una flor, como en el cuadro de la Anunciación.

TEODOSIO: Así lo haré; Rosario. Es una ideal genial.

ROSARIO *(Con mimo):* ¿Me llevarás a las cataratas del Niágara?

TEODOSIO: Sí. Un momento. *(Corre al lado de ella con una flor blanca de largo tallo, un nardo o una azucena, que alza en actitud de ofrecimiento)* Mírame.

ROSARIO: ¡Ay, mi niñito! ¡Qué felicidad tener la vida completa!

TEODOSIO: Quieta un momento.

Callan, se miran en éxtasis, Teodosio ofreciendo la flor en una actitud casi religiosa. Se oye el ruidito de relojería del disparador automático. Inmediatamente después cae despacio el

Telón

I N D I C E S

DE

CUADERNOS AMERICANOS

LA REVISTA
DEL NUEVO MUNDO

1 9 5 1

Año X. — Vols. LV al LX. — Nos. 1 al 6.

INDICE POR SECCIONES

NUESTRO TIEMPO

Ensayos

Notas

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Ensayos

Notas

PRESENCIA DEL PASADO

Ensayos

Notas

DIMENSION IMAGINARIA

Poetas de España y de Hispanoamérica

Notas

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

(Abrev.: N. T.: Nuestro Tiempo. - A. del P.: Aventura del Pensamiento. - P. del P.: Presencia del Pasado. - D. I.: Dimensión Imaginaria).

SUMARIO

Printed in Mexico.